

SCARLETT  
O'CONNOR

*Señoritas británicas 4*

CHELSEA



***CHELSEA***



***SEÑORITAS BRITÁNICAS 4***

**SCARLETT O'CONNOR**

©Lune Noir, 2020

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

Imagen de portada: freepik; shutterstock.

*Para la abeja laboriosa no hay tiempo de estar triste.  
William Blake.*

# ÍNDICE

## Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

## Segunda parte

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[Epílogo](#)

[Otras obras de Scarlett O'Connor](#)

[Tú, mi deuda pendiente](#)

[Serie Señoritas Americanas](#)

[Serie Señoritas británicas](#)

[Contemporáneo](#)

[Otras obras de La editorial Lune Noir](#)

[Síguenos en las redes sociales](#)

[Cuenta oficial de Scarlett O'Connor](#)

[Cuentas de Lune Noir](#)

# PRIMERA PARTE

INGLATERRA

1859-1860

Si años después le preguntaran a Chelsea Gibbon cuál fue el comienzo de sus desgracias, el recuerdo de ese día regresaría con nitidez a su mente.

El otoño batallaba contra el verano para instaurarse en Londres. El calor persistía, la humedad y las lluvias matutinas se convertían, a lo largo del día, en una espesa niebla que se mezclaba con el smog. Los árboles empezaban a perder el follaje al mismo ritmo que los nobles regresaban de sus retiros para dar comienzo a la temporada social.

Nada de eso afectaba a Chelsea, ella no era noble, y su familia no podía darse el lujo de muchos días sin trabajar. Solían reservarse unas semanas en el mes más caluroso para aceptar la invitación de los Webb, los condes de Sutcliff, y esparcirse en la casa del condado a las afueras de la ciudad. Un privilegio que recibían gracias a la vieja amistad forjada entre la condesa y la señora Gibbon. Esos pocos días eran los más felices para Chelsea, quien los disfrutaba en compañía de Thomas Webb, el más joven integrante de la familia y su mejor aliado de aventuras. Tras retornar a Londres, la rutina era inalterable: Marcus Gibbon iniciaba bien temprano por la mañana administrando su empresa de armas Gibbon, su esposa Faith dirigía el hogar y dictaba algunas órdenes a los pocos sirvientes que poseían y Chelsea tomaba algunas lecciones en casa, a veces impartidas por su madre, otras, por una tía abuela vieja y viuda que solo refunfuñaba en contra de las inquietudes intelectuales de la muchacha.

Sin embargo, el cambio es inevitable en el transcurso de la vida y llegó a la existencia de Chelsea como les llega a todas las niñas. Primero se sintió cansada, luego experimentó un malestar que confundió con una indigestión, tras lo que pidió permiso para retirarse a su habitación temprano en la noche. Se ovilló en la cama y, sin razón aparente, lloró. Lloró, lloró y lloró, hasta que el sueño la venció. Al despertar...

—¡Qué... ¿qué es esto?! —El pánico se hizo uno con las lágrimas de la noche anterior y la impulsó a salir despedida de la cama. Movi6 las mantas, y la roja mancha se reveló sobre las blancas sábanas. El dolor era punzante aunque soportable, lo que la asustaba era la sumatoria de ambos sucesos: malestar y sangre—. ¿Es... Es mía? —se preguntó. Observó el camis6n, por delante no había nada, pero por detrás... No iba a gritar, no podía asustar a nadie. ¡Oh, ¿qué demonios le sucedía?! Se dirigió al aguamanil y humedeció un paño, tembló cuando pasó el mismo por entre sus piernas, cerró los ojos para no ver... y contó hasta tres antes de volver a abrirlos. Sí, más sangre.

El golpe en la puerta la sobresaltó. Era Jessica, la doncella que compartía con su madre. La mujer estaba acostumbrada a ingresar sin más, el aviso era para prevenir sustos; abrió y se adentró en la recámara.

—Chelsea, ya estás despierta... —La mujer solía tutearla cuando estaban a solas, algo que alegraba a la niña. Jessica llevaba más años que la misma Chelsea de vida al servicio de la familia, más precisamente de Faith. Había sido su doncella antes de casarse, y la había acompañado tras el matrimonio—. ¿Cómo has amanecido, pequeña? Ayer no te sentías muy bien.

Chelsea escondió el paño e intentó correr hacia la cama antes de que la doncella viera la mancha que ella había expuesto. No consiguió su cometido a tiempo.

—Jessica, te juro... —dijo con voz temblorosa—, te juro que no es nada, no le digas a mamá,

no...

Se silenció en cuanto vio que Jessica, en lugar de horrorizarse ante la posible mortal enfermedad, sonreía y se llevaba las manos a la boca, para contener la emoción.

—¡Chelsea, mi niña! Oh, ya no eres mi niña... —Se dirigió a ella, la abrazó, divisó el paño y la sonrisa se amplió más, al igual que la felicidad.

—¿Qué... qué me sucede?

—¡Te has hecho señorita! —exclamó la doncella.

—¿Señorita?, ¿y antes qué era?

—Se lo comunicaré a tu madre... —Jessica ignoró la observación de Chelsea—, o no, ¡mejor no!, le diré que venga y tú se lo dices. —Le acomodó un mechón rubio detrás de la oreja y acompañó el movimiento con una caricia sobre su mejilla—. Señorita Gibbon —expresó con alegría—, señorita Gibbon... Oh, que voy a llorar, saber que te tuve en brazos... Eras tan pequeña, y ahora...

Abandonó la recámara dejando a Chelsea en un completo estado de estupor y con más lágrimas en los inmensos ojos cafés. ¿Por qué demonios todo la hacía llorar?, ¿y por qué la asaltaban unas enormes ganas de engullir panecillos?

Muchas otras preguntas invadieron su mente en los meses que siguieron a ese día, la más importante de todas fue ¿qué había cambiado en realidad? Ella se sentía igual, su alrededor mutaba mientras en su interior todo parecía inalterable. Ese era el gran problema con los puntos de inflexión, reflexionaría Chelsea años después, que uno no se daba cuenta de que estaba ante un giro de los acontecimientos hasta que no lo observabas con el poder de análisis que brindaba la perspectiva. Solo entonces comprendería lo que «hacerse señorita» había implicado para ella.

En un principio, salvo por los dolores mensuales y la incomodidad que traía consigo, todo lucía mejor con su nuevo título. Era la transición a la adultez, un mundo que hasta entonces había vislumbrado a hurtadillas, muchas veces junto a Thomas. Solían escabullirse de sus habitaciones en los retiros de verano y asomar las pequeñas narices en los salones de damas y caballeros, para verlos jugar a los naipes, fumar puros, hablar de política, moda o escándalos sociales. Las damas con sus lujosos vestidos y los caballeros con sus chaquetas a juego. La galantería les resultaba ridícula, y al día siguiente los imitaban en un juego lleno de risas, en el que se burlaban de los intentos de tal o cual noble de obnubilar a una dama.

Pronto ella sería una, con su grupo de caballeros alrededor en busca de robar su atención, y aunque todavía la idea le resultaba graciosa y pensaba que le costaría contener las risas, Faith solía decirle que eso era porque aún era pequeña:

—Esa es la razón por la que recién en dos años te presentarás en sociedad, aún no estás lista... debes pulir tus modales y dirigir tus intereses a lo que le corresponde a una señorita.

—¿Marido? —adivinó con fastidio.

—Marido, un buen marido, y no conseguirás uno si sigues burlándote de los caballeros.

—Thomas se burla y nadie le dice nada. —Faith rio ante la observación de su hija. Se encontraban en el salón principal de su casa situada en una agradable zona residencial de Londres.

La habitación contaba con un secreter que solía fascinar a la joven de la familia, era su espacio preferido, con un banquillo redondo en el que podía acomodarse las abultadas enaguas o el miriñaque hasta que se perdiera debajo de ella. Allí se hallaba Chelsea en esos momentos, en plena práctica de caligrafía, bajo el escrutinio de su madre. El resto de la sala eran sillones individuales, de diversos tapizados en tonos pastel, y mesas auxiliares en las que podían apoyar la taza de té, los trabajos de bordado o las lecturas. Contaba también con un piano, regalo de la

condesa de Sutcliff, que era el tesoro más valorado por las mujeres Gibbon.

Era importante que Chelsea mejorara la escritura; muchas veces se dejaba llevar por sus ideas y desplazaba la pluma a gran velocidad sobre el papel, sin poner cuidado en la prolijidad. Su tía abuela se lo había remarcado: a nadie le importa lo que escribas, lo relevante es que se vea bonito. Tarjetas, invitaciones, buenos deseos y cartas para sus conocidos y amigos, eso era lo único que una buena señorita podía escribir.

—Pronto, Thomas será también un caballero, y se verá él mismo en esa situación que hoy define de ridícula.

—¿Por qué Thomas aún no es un caballero y yo sí una señorita? —Depositó la pluma en el tintero; Faith adoraba a su hija, pero no podía evitar fastidiarse un poco con sus preguntas. Sabía lo que las mismas escondían: rebeldía. Algo que debía aplacar si quería que hiciese un buen matrimonio—. Él es mayor que yo, casi por dos años, ¿no debería haberse hecho caballero antes que yo señorita?

—Los hombres no se «hacen caballeros»... Chelsea, presta atención —Le quitó la hoja que lucía una gota de tinta—, retoma la tarea. Recuerda que tus amistades esperan con ansias recibir correspondencia tuya, anhelan que les brindes una distracción al relatar las novedades de tu vida y conocidos. Debes hacerlo de manera ágil y con una caligrafía legible. —Le entregó una hoja nueva y la instó a recomenzar.

Chelsea no estaba conforme con la respuesta.

—Es como si fuéramos plantas distintas... —dijo, y sus labios se fruncieron en un gesto de concentración. Había elegido escribirle a su prima, no la veía hacía años, y por ese motivo tampoco sabía qué contarle. *Querida Jaqueline*... inició, y quedó en blanco.

—Me cuesta seguirte, Chelsea... —se quejó su madre.

—Los hombres y las mujeres, madre... es como si fuéramos plantas distintas. Las mujeres florecen rápido, y rápido se marchitan. Desde los dieciséis hasta los veinte, y ya está... Los hombres, en cambio, son buenos partidos hasta los sesenta, ¿cuántos años tenía el esposo de Jaqueline?, ¿cuarenta y nueve?, y ella dieciocho. —Eso le dio la idea para continuar: *espero que tu familia se encuentre bien de salud, en especial tu marido, que ya es un hombre mayor.*

Faith le quitó el papel.

—¡Chelsea!

—Es que ahora debe rondar los sesenta, ya se aproxima a marchitarse...

—¿Sabes?, creo que tu padre tiene razón... —Se rindió Faith—, podrías asistir un año a una escuela de señoritas, pulir algunas... algunos aspectos de tu carácter. Los tiempos cambian, y la educación hogareña no es suficiente...

—¡Oh, madre! —El entusiasmo la dominó. La idea de relacionarse con muchachas de su edad le agradaba y siempre había querido aprender más de lo que su tía abuela y madre le enseñaban. Al fin de cuentas, su mejor amigo era lord Thomas Webb, y él ya asistía a Eton. Ya desde algunos veranos atrás la asaltaba la sensación de rezagarse en comparación. Él leía con mayor fluidez, sabía hacer cálculos, conocía de historia no solo británica, sino mundial, de política y filosofía, y ella solo sabía redactar cartas para hacer menos aburrida la vida de otras mujeres.

—No te alegres aún, ¿sí? Debemos analizar las instituciones y nuestro presupuesto. Por lo pronto, dejemos el asunto de las cartas, que ya me duele la cabeza. ¿Por qué no un poco de piano?, se te da bien y tienes una voz melodiosa, algo que puede ser de agrado de los caballeros.

Chelsea bufó, esos invisibles caballeros empezaban a fastidiarla; al parecer, todo lo que hacía debía ser aprobado por ellos. Desde su guardarropa, que ahora contaba con miriñaque y corsé, hasta su educación. Comprendía, poco a poco, lo que se esperaba de ella y no le gustaba; al igual

que las cartas, no importaba su contenido, sino cómo lucían. La caligrafía prevalecía por sobre las ideas, y su imagen lo hacía por sobre su esencia.

Aún no vislumbraba la magnitud del cambio en su condición; lo haría, la vida era la mejor y más cruel institutriz a la que una señorita como Chelsea podía aspirar.

El orgullo se hizo presente en forma de pesadez en el pecho de Faith Gibbon. Chelsea, su única hija, era un diamante. No uno en bruto, uno pulido y reluciente. Apenas si le quedaban aristas por lustrar, pero para ser que casi rondaba los quince años y que tenían un año más de formación antes de su presentación en sociedad, no encontraba nada de qué quejarse.

Crecía a pasos agigantados, a veces le costaba mirarla y percatarse de lo rápido que se hacía mujer. Los senos se adivinaban bajo el corsé, la cintura era cada día más estrecha en comparación de las caderas, los rasgos redondos de la niñez daban paso a pómulos altos, mirada profunda en tono café, labios llenos y una cabellera rubia espesa, bastante lacia y fácil de moldear bajo las expertas manos de Jessica.

¡Su bella Chelsea haría un gran matrimonio!

No contaba con una cuantiosa dote, y pertenecían a una familia de burgueses. Pese a ello, la amistad de Faith con Marion Webb era fructífera, y Chelsea tendría la posibilidad de asistir a bailes de la nobleza, donde sus posibilidades se incrementarían. Lo demás lo haría ella, con su gracia natural y su voz melodiosa. Siempre y cuando la usara para cantar, y no para entablar conversaciones.

La expresión de Faith cambió. Chelsea aún mostraba un temple curioso que muchas veces la conducía a conversaciones impropias. Una de ellas, relacionadas al decoro de las enaguas, por fortuna, había conseguido la renuncia de la niñera. Una niñera que ya no podían afrontar y que no era necesaria; le había ahorrado el mal trago de tener que despedirla. Como castigo, la misma Chelsea fue la responsable de escribir la carta de recomendación, una elegante y bien redactada misiva que ponía en manifiesto las mejoras educativas de la jovencita. Algo que la señora Gibbon agradecía. Las finanzas estaban cada día peor, y no lograron inscribirla en un buen colegio para señoritas, por lo que el aprendizaje seguía estando en manos de Faith. Y ella, al igual que su madre, y su abuela, y su bisabuela, era una mujer con los conocimientos básicos. Temía no poder otorgarle a Chelsea las herramientas necesarias que le permitieran dar el salto social.

—¡Madre! —exclamó la joven Gibbon, agitada—, ¿adónde llevan mis cosas?

—Ya no tienes niñera, Chelsea, y tampoco necesitas sala de juego. La convertiremos en una nueva habitación de invitados.

—Ni que recibiéramos invitados con frecuencia —bufó de mala manera.

—¡Chelsea! —La reprimenda fue ahogada. Su hija tenía razón, hacía tiempo que no se podían dar el lujo de recibir visitas, ni siquiera su tía los frecuentaba. La economía hogareña se desplomaba, y aunque Marcus le prometía, con insistencia, que solo era temporal, Faith prefería prevenir que incurrir en gastos innecesarios—. No necesitas tus muñecas, y lo sabes. Los caprichos no son propios de una dama.

—Nada es propio de una dama —murmuró con los dientes apretados. Ser señorita le gustaba cada vez menos. Atrás había quedado el resplandor de los primeros días; hacía tiempo que no iban a la modista para elegir nuevos vestidos, y Jessica pasaba sus horas remendando trajes para ajustarlos a la cambiante figura de Chelsea; tampoco seguía compartiendo las cenas con sus padres, al parecer, Marcus no estaba de buen humor para las preguntas de su hija y discutía con Faith al respecto. La mujer insistía en que de eso se trataba, de que la jovencita aprendiera qué temas era correcto abordar durante una velada, mientras que el hombre se irritaba cada vez con

mayor facilidad.

—Chelsea, hija... —dijo Faith en modo conciliador—, muchas cosas en la vida no las elegimos. Ni nuestro sexo, ni nuestro lugar en la sociedad, ni la velocidad en la que crecemos. Pero nos tocan, y quejarse no las cambia...

—¿Entonces?

—Entonces, nos queda adaptarnos. Y es por eso que debes hacer caso. Ven... —invitó—, tomemos el té, hay algo que debemos conversar y lo haremos como las mujeres adultas que ya somos las dos. —Pese a su declaración, besó la frente de la joven como si aún fuera una niña y le brindó una caricia sobre la sonrosada mejilla.

Caminaron juntas hasta el salón, y Faith hizo sonar la campanilla. Jessica se presentó, con una sonrisa que disimulaba su cansancio. Chelsea no lo sabía, pero además de la niñera, Faith se había visto en la obligación de despedir a una de las sirvientas, duplicando el trabajo de la doncella. Solicitó el té, y no abordó la conversación hasta que no estuvo dispuesto ante ellas. Esperó, de modo paciente y evaluativo, a ver cómo se comportaba su hija, y se alegró en el instante en que la muchacha inició una charla sobre folletines de moda.

Sí, Chelsea se salvaría, tendría una mejor vida junto a un gran marido.

—Sirve el té, hija —pidió, y observó el movimiento grácil de las manos de Chelsea—. Perfecto... —Esperaba que con esas habilidades bastara.

—¿De qué querías hablar, madre?

—De tus nuevas responsabilidades... —La mujer bebió un sorbo de su taza y con delicadeza la regresó al platillo. Chelsea la imitó—. Sé que no te agrada hablar de caballeros ni de matrimonio, y lo entiendo, todavía tienes un año y deseas aferrarte a él, solo me adelanto para que, en el momento en que des el gran salto, te sientas lista y preparada. —La expresión en el rostro de la joven le demostró cuánto la fastidiaba el asunto, por desgracia, el alrededor había alimentado su cabecita con ideas románticas. Chelsea era aún una niña impresionable cuando Lord Colin Webb se enamoró de una americana, impropia para su título y posición, y fue tras ella con tal loco enamoramiento que abordó un barco como polizonte. Tal historia, que, para mayor daño, no hacía más que repetirse entre suspiros en los ambientes que visitaba su hija, la alejaba de la idea real de los matrimonios: la unión económica.

—Casarse no debería ser una responsabilidad, sino una elección. Lady Daphne no se ha casado —aludió a la hija de los Webb.

—Lady Daphne es eso, lady... —explicó, con paciencia, Faith—, además de que tiene dinero y relaciones. Nosotros no las tenemos...

—Tenemos relaciones. —Chelsea hizo un mohín—. Lady Marion siempre dice que me introducirá en sociedad, allí conoceré a un caballero del cual enamorarme.

«Enamorarme», Faith bebió para no dejar ir palabras que arruinaran las ilusiones de su hija. Aún podía enseñarle a dirigir el interés, a elegir los pretendientes con la cabeza y luego, entre ellos, decantarse con el corazón. Pero enamorarse... esa era una aspiración demasiado arriesgada. Ella misma se había visto en una disyuntiva años atrás; hija de comerciantes, debió optar por el hombre que mejores oportunidades le diera en la vida, y ese había sido Marcus Gibbon. A su vez, ella había formado parte de una elección similar, no poseía dinero pero sí una relación de amistad con una condesa. En esos momentos, pesaba más lo que Faith había aportado a la unión que lo brindado por Marcus; el dinero escaseaba, la amistad seguía vigente, y era ese vínculo el que salvaría a su hija.

Solo unos meses más, rogó, solo debían tomar aire y sumergirse hasta que Chelsea cumpliera los dieciséis.

—Y lo conseguirás —reafirmó, para darse ánimos—, lo que nos lleva a lo segundo... algunos aspectos de tu carácter que debemos pulir. Lady Marion... —En cuanto dejó escapar el nombre de la condesa, Chelsea la interrumpió.

—¿Ha enviado la invitación?

—Chelsea, ese es uno de los aspectos que debes mejorar. No interrumpas cuando otra persona habla...

—Lo siento. —Bajó la mirada a su taza, que ya se encontraba vacía, y volvió a elevarla con un brillo feliz—. ¿Ha enviado la invitación?

—Sí. —Faith rio—. Como cada año, nos invita a pasar unas semanas en la casa del condado.

Chelsea dejó la taza para tener las manos libres y poder aplaudir, le resultaba imposible contener la ansiedad.

—¿Estará Thomas? —En cuanto la pregunta abandonó los labios de la joven Gibbon, Faith mutó su rictus. La parte difícil de la conversación se avecinaba.

—Sí, estará lord Thomas —La mujer hizo hincapié en el título que le correspondía por ser hijo de un conde—; no se encontrarán ni lady Daphne, quien visita a su tía en Escocia, ni lord Colin, quien recorre Italia con su esposa en estos momentos.

La expresión de Chelsea indicaba con demasiada transparencia que esas ausencias no podían importarle menos. Faith dejó escapar el aire en un bufido impropio.

—Lo extraño muchísimo —confesó la muchacha—, siento que hace siglos que no lo veo. ¿Cuándo fue la última vez?, en el cumpleaños de Lord Webb.

—Mejor no hablemos del evento...

—Madre, ya me disculpé... Además, fue idea de Thomas jugar a dar en el blanco con dardos.

—¡Y tú le has seguido el juego!, ¿qué te he enseñado en este último tiempo?

—Las mujeres somos las embajadoras del decoro... los hombres se comportan tan mal como nosotras lo permitamos... —Bajó una vez más la mirada, en esa ocasión no había vergüenza, sino enojo. Las palabras decoro y señorita se unían de manera irremediable, y Chelsea tenía una forma certera de determinar qué era indecoroso y, por lo tanto, impropio de una dama: cualquier cosa que fuera divertida.

A Faith también le desagradaba tener que impartir esas lecciones; lo hacía porque deseaba lo mejor para su hija, y eso solo era posible si Chelsea aceptaba las bondades de atenerse a las reglas en lugar de desafiarlas. La capacidad de adaptación era una virtud en una jovencita, no la rebeldía.

—Bien, quiero que tengas esa enseñanza bien arraigada antes de nuestra visita a la casa de campo de los Sutcliff. Serán varias semanas, y no quiero ni un comportamiento impropio de una señorita. Ni uno —remarcó.

—Sí, mamá.

Faith suspiró. Sabía que, si deseaba que Chelsea acatará una orden, la misma debía de ir acompañada de una explicación.

—Sé que has crecido con Thomas, lo consideras un amigo... —La joven fijó los ojos cafés en los de su madre, y dejó entrever el pavor que la atacaba ante la inflexión de la voz utilizada. A las emociones no se las podía recubrir de eufemismos, y en esa sentencia se adivinaba el dejo a pretérito, a tiempo pasado, a acción concluida—, y nos lo han advertido, a Marion y a mí, que debíamos de empezar a separarlos de niños; pero es que se llevaban tan bien... —dijo con nostalgia.

—Nos llevamos tan bien. —Puso énfasis en «llevamos», presente, y se atrevió a conjugarlo en futuro. Siempre se llevaría bien con Thomas.

—Lo sé, pero ahora eres una señorita, Chelsea, y él... bueno, él está en una edad... ¿cómo decirlo?, mmm, difícil.

—¿Y las señoritas no pueden tener amigos? —inquirió, las mejillas ardieron, hasta sus orejas se tiñeron de rojo.

—No con la cercanía que caracteriza tu amistad con Thomas. Lady Marion me prometió que Lord Webb hablará con él, pero te corresponde a ti...

—¡Ser la embajadora del decoro! —alzó la voz—. ¿Cómo pueden prohibirme ser su amiga?, ¿acaso pretenden que mude mis afectos como he mudado las enaguas cortas por las largas?

—Chelsea... Nadie quiere eso, se trata de... cambiar. Solo eso, podrán tenerse el mismo cariño, por supuesto... pero tendrán que encontrar otra forma de manifestarlo que no sea con... los juegos habituales —concluyó. Los ojos de Chelsea ardían de furia, ¡no podía creer que le arrebataran su amistad!, lo único que ansiaba cada año era la invitación de verano a casa de los Webb para divertirse y reír con Thomas hasta que le dolieran las tripas.

—Es injusto...

—Puede ser, yo no pongo las reglas, solo las sigo, y tú tienes que hacer lo mismo. Y recordar que no tiene el mismo costo la rebeldía en Lord Thomas Webb que en la señorita Chelsea Gibbon. —Chelsea se mordió el labio para no indagar en qué demonios significaba eso—. Por eso es importante que te comportes de manera decorosa, propia de una dama, durante toda nuestra estadía en casa de los Webb. No estaremos solo nosotros, se encontrarán otras familias, como siempre, y ellas atestiguarán tu conducta. Un error puede costarte un futuro matrimonio...

—Un futuro matrimonio —repitió. La frase escapó de entre los dientes apretados—. Cierto, lo único que debe ocupar la mente de una señorita es el matrimonio, no hay lugar para amigos, ni risas. No hay descanso para mí, ni receso... soy una «señorita» por y para siempre, y haré bien en no olvidarlo. Ya me ha quedado claro, ahora, si no es mucha molestia, me gustaría ir a pensar sobre pretendientes a mi habitación. Con permiso. —Se puso de pie y abandonó la sala con una impertinencia que tampoco correspondía a su condición.

Ser señorita era un completo infierno.

El traqueteo del carruaje con la insignia del condado de Sutcliff intensificaba el rictus molesto en el rostro de Marcus Gibbon. Faith intentaba mantener una conversación, y Chelsea apoyó la sien sobre el borde de madera lustrada del interior y dejó vagar su mirada por el cielo azul; buscó las nubes e intentó adivinar sus formas. Se requería de mucha imaginación, eran pocas y lucían estiradas, transparentes, como si no quisieran arruinar el paso del sol. Sonrió, abandonar Londres le infundía esa paz y felicidad, sentimientos que se teñían de nostalgia ahora que era consciente de que ese año su receso veraniego sería distinto.

Regresó la atención a su madre, suspiró y permitió que esa sonrisa que pujaba de la comisura de sus labios se dirigiera a ella, ya sin rencores. Faith hacía un esfuerzo enorme por mantener el ánimo, con un esposo que refunfuñaba cada vez más seguido y una hija que batallaba en una guerra imposible de ganar.

Hasta el momento Chelsea no lo comprendía; lo haría, con los años y la madurez. Su madre no era estricta por maldad, todo lo contrario; deseaba reducir las decepciones y los golpes de la vida tanto como fuera posible e intentaba hacerlo con atajos: transmitirle su sabiduría. Permitir que los hijos vivan sus propias experiencias desagradables era lo más duro de la maternidad.

—Al parecer no va a llover en varios días —dijo Chelsea. Un pacto tácito de dejar las diferencias atrás, en parte porque detestaba pelear con su madre, y en parte porque Marcus se volvía insoportable con sus bufidos.

Faith amplió la sonrisa, orgullosa una vez más de su hija. Chelsea era poseedora de un carácter dulce, empático, que la guiaba a hacer lo correcto aunque solo fuera por instinto. Y en esos momentos, lo apropiado era sobrevivir a las horas de viaje que restaban sin terminar en una discusión con su padre.

—Sí —Faith asomó el rostro por la ventanilla—, ni una nube, y ya se respira el aire de campo. Nos vendrá bien a todos.

Marcus resopló. Chelsea continuó:

—Sin contar con los platos preparados por el chef francés que ha contratado Lady Marion... de solo recordarlo, se me abre el apetito. —Las dos mujeres rieron, el hombre gruñó.

La joven Gibbon frunció los labios, aspiró e intentó que su boca se curvara. Le dolieron las mejillas. ¿Cómo hacía su madre para mantener el temple sereno cuando su esposo no hacía más que renegar por lo bajo sin pausa? Sin contar con las discusiones que se daban cada noche en su despacho; Chelsea intentaba ignorarlas, pero era imposible. Sus padres no dejaban de pelear, y cuando se atrevía a preguntar el motivo, recibía de su madre una media sonrisa y una respuesta evasiva: *nada importante, cosas de mayores*. Su padre, en cambio, no soltaba palabra; profundizaba el surco de arrugas en su entrecejo, dejaba lo que estaba haciendo y se marchaba sin más.

—Sus panecillos son una caricia para el alma —concedió. Marcus se giró, casi dándole la espalda, y Chelsea aspiró por la boca para deshacer el nudo en su garganta.

El señor Gibbon nunca fue un padre amoroso, como lo era, por ejemplo, lord Webb con sus tres hijos; eso había conseguido que Faith y Chelsea se aproximaran más en el cariño y ahondaran fuerzas para hacer de su existencia algo ameno. La entereza con la que su madre llevaba a cabo las

tareas de esposa era algo que la joven Gibbon admiraba, mas no sabía si envidiaba. Le dolía pensar así, y concluyó que crecer no era agradable; hacía que uno se cuestionara aspectos que no hubiera colocado bajo la lupa con anterioridad. La aguijonaba la culpa al pensar que Faith no era feliz, ni en su matrimonio ni en su vida, y que esa sonrisa que se vislumbraba era una máscara con la que enfrentaba a la sociedad. Una máscara que le enseñaba a su hija a construir. Se recordó, una vez más, que la fortaleza de la señora Gibbon era encomendable, algo que debía imitar, y consiguió que se le formaran los hoyuelos de las mejillas, esos que solo aparecían ante sonrisas genuinas. Ya no, ahora podía impostarlos.

Era una buena señorita.

La mansión de estilo francés se divisó a lo lejos, las ruinas de la vieja construcción se encontraban a una milla de distancia, cubiertas de musgo, como un recuerdo de la antigüedad del título que portaba Lord Webb, conde de Sutcliff. El alivio hizo que Chelsea dejara escapar un suspiro lleno de ensoñación, e ignoró el último gruñido de su padre. Abrió la ventanilla, y se tomó del marco para impulsarse hacia afuera; deseaba sentir el aire en el rostro, la brisa jugar con su cabello rubio y aspirar el aroma a veranos pasados. Allí sería todo más fácil, se dijo, esperanzada. En la casa de los Webb nadie refunfuñaba, todo era risas, manjares y charlas amenas. Todo era travesuras con Thomas, tardes de picnic, juegos y desafíos. Podría olvidarse por unos días de las discusiones de sus padres, de las obligaciones de señorita, de la formación para ser una buena esposa, de las expectativas puestas en ella que se sentía incapaz de cumplir.

El carruaje se adentró por el sendero principal, secundado de altos robles en los que Chelsea recordaba trepar o ir en busca de ardillas. Las sombras se proyectaban sobre ellos, protegiéndolos de los rayos del sol; conseguían que la ventisca se sintiera fresca. Faith no la reprendió por mostrar tanto entusiasmo, también ella necesitaba de unos días de descanso de la ardua tarea de formar a su hija para una sociedad que solo la valoraría por el marido que consiguiera. La quería ver feliz, radiante; deseaba apresar esa niñez un tiempo más, del mismo modo que temblaba al pensar que tiempo era lo que no tenían.

No deseaba agobiarla con preocupaciones, menos cuando no estaba en sus manos hacer algo al respecto. Prefirió forzar una sonrisa, gesto natural cuando se contagiaba de la euforia de su hija, y fingir que todo iba bien. ¿Quién podía asegurarlo?, quizá, de tanto actuar, la mentira se volviera verdad y ninguno de sus temores se haría realidad. Ella también necesitaba del aire fresco que proporcionaba la amistad, y lady Marion era capaz de brindárselo.

—Creo que nunca me cansaré de ver la casa del condado... —expresó Chelsea. Su falda, abullonada con las enaguas y el miriñaque, ocupaba casi todo el interior del carruaje. Marcus, con su altura, se arrinconó en el otro extremo. No se involucraba en la educación de su hija, y los errores que pudiera cometer la muchacha, él se lo achacaba a su esposa.

—Lady Marion ha hecho un trabajo de reconstrucción increíble.

—Tarea para nada difícil con el abultado presupuesto con el que cuentan los Webb —dijo Marcus, entre los dientes apretados. Faith simuló que no había deje de envidia en esas palabras.

—El buen gusto no se compra...

—Eso es relativo, querida. —Chelsea regresó a su lugar, sus ojos marrones llenos de infancia se fijaron en sus progenitores con la pena inundándolos. Entendía lo suficiente como para saber que su padre criticaba a los Webb, que tan amablemente los invitaban cada año y los tenían en alta estima, mientras que no comprendía los motivos que despertaban el rencor en Gibbon—. Al fin de cuentas, ¿no es eso lo que ha hecho lord Webb al casarse con lady Marion?, ¿comprar el buen gusto francés?

—Señor Gibbon... —Faith dejó escapar su nombre con una dosis de advertencia que no le

correspondía. No solía llamarlo por su nombre de pila en público, solo lo hacía en privado o cuando discutían, y era evidente que intentaba que eso no se convirtiera en una discusión. Hizo un gesto disimulado hacia Chelsea, para remarcar que no debían hablar en esos términos del matrimonio delante de una muchacha que, en breve, debía forjar el propio—. Lord Webb no pudo elegir una esposa mejor, lady Marion es refinada, educada, bella...

—Pobre... caída en desgracia... —siguió el hombre con la enumeración—. Aunque los franceses insistan en restablecer la nobleza, lo cierto es que ya no lo son —aludió a los orígenes de lady Marion, quien provenía de una familia refugiada en Inglaterra durante la guerra napoleónica.

Era cierto, la actual condesa tenía orígenes humildes, de allí se conocían con Faith, la hija de un simple comerciante. Su formación como damas se había dado en una escuela para señoritas, de no gran prestigio entre los ricos; lo llamaban el colegio de institutrices, porque de allí salía la mayoría de las mujeres que terminaban ocupando esos puestos. Lady Marion había vencido al destino, lord Webb no necesitaba dotes y podía sacrificar relaciones; eligió con el corazón, un corazón que latía por una mujer única.

La suerte de su amiga era un sueño para muchas damas, pero no todas podían darse el lujo de soñar, de dejar de caminar con los pies en la tierra y la mente en la realidad. Faith hizo lo esperado en su condición, casarse con otro comerciante e intentar crecer dentro de la burguesía, lejos de las aspiraciones nobles y de las altas esferas del poder. Si le hubieran preguntado unos meses atrás, hubiera dicho que no se arrepentía; nada le faltaba, no necesitaba más. Un marido respetuoso, aunque no cariñoso, una hija dulce y hermosa, una casa acogedora y comida cada día. Ahora no estaba tan segura.

—A mí me resulta una historia de amor como la de los libros —comentó Chelsea, en un intento de salvar la conversación—. ¿Quién no quisiera vivir un romance así? Un caballero guiado por el amor... —Suspiró—, y no cualquiera...

—¿Uno rico? —sugirió su padre.

—Uno apuesto... —contradijo ella—. No es un vejestorio desagradable. —Los Webb eran conocidos por su atractivo, característica que lady Marion también había enriquecido.

—Apreciar a alguien por su belleza es superficial, Chelsea —la reprendió su madre, con dulzura. Marcus regresó a sus gruñidos, y Faith quiso ahorcarlo con la pañoleta de su cuello.

—Lo que tu madre quiere decir, Chelsea —Marcus miró a su mujer de soslayo y leyó en su expresión la súplica de silencio. Él no deseaba callar más, estaba hasta la coronilla, la presión del trabajo lo estaba matando lentamente y no podía evitar transmitir esa angustia a su familia, ¿acaso no era esa parte del juramento?, ¿en las buenas y en las malas?—, es que si uno de esos vejestorios con vientre tan abultado como sus cuentas bancarias te propone matrimonio, debes aceptar. No sueñes con romances improbables, como el de lady Marion, ni cometas el error de tu madre de casarse... mmm... ¿cómo lo dirías, querida?, ¿por debajo de tu condición? No, no... no por debajo, en igualdad de condición. Dos pobres comerciantes están destinados a seguir siendo pobres y comerciantes, en cambio tú...

—¡Suficiente! —lo interrumpió Faith.

—Sí, querida, suficiente. Ya hemos arribado. Como has dicho, a todos nos vendrá bien un poco de aire de campo, sobre todo si eso implica mantener las apariencias. Al menos así no tendré que escuchar tus reclamos constantes...

—¿Mis reclamos? —Faith se sonrojó producto de la ira. Si jamás reclamaba, la actitud de Marcus era producto de su propia vergüenza, y su orgullo le impedía oír las sugerencias de su esposa para salir adelante. Mucho menos utilizar sus contactos, esa provechosa amistad con una

condesa. La combinación alimentaba los rencores de Gibbon, al tiempo que lo empujaban al borde del acantilado. O cedía y aceptaba un poco de ayuda, o se desbarrancaría arrastrando consigo a la familia. Y Faith era una mujer práctica, no permitiría que lo segundo sucediera.

La portezuela se abrió, un lacayo vestido de librea azul colocó la escalera y aguardó, con la mano extendida y una expresión impávida a que los invitados descendieran. Los tres pares de ojos en distintos tonos de marrón compartieron un instante de comunión, todavía eran una familia y debían jalar para el mismo lado si querían sobrevivir. Asintieron y, de forma mecánica, brindaron una cordial sonrisa antes de descender.

Faith lo hizo primero, compuesta e impecable, como si no hubiera discutido con su marido segundos atrás. Chelsea lo hizo detrás de ella, sin esperar la ayuda del lacayo, ansiosa de escapar del encierro del carruaje y del eco de sus pensamientos. ¿Eso se esperaba de ella, que se casara con el primer hombre rico que se le cruzara en el camino? No creía que su madre fuera capaz de tal idea, y su padre no se mostraba de acuerdo, sino cínico al respecto. Debía despejar la mente, no agobiarse con esos asuntos todavía. Le faltaba un año y varios meses para su presentación en sociedad, hasta entonces podía simular que no estaba al tanto de las expectativas puestas en ella ni de las pocas herramientas que tenía una señorita para forjarse un futuro próspero por sus medios. Su suerte estaba atada al matrimonio, y ni siquiera a uno que ella eligiera. No. Su azar dependía de atraer la atención del hombre correcto y que este la eligiera a ella. Oh, no... era mejor no pensar, o viviría con la sonrisa impuesta de su madre cual máscara de yeso y el resentimiento de su padre, que escapaba en cada palabra como el veneno de una serpiente.

Sus pies pronto estuvieron en la escalinata de ingreso de la mansión, y se giró impaciente porque sus padres no se apuraban. Lady Marion y lord Webb salieron a su encuentro, y Chelsea los observó con otros ojos, con unos cargados de ilusiones. Casarse por amor era un completo acto de rebeldía, y en la mente de la pequeña Gibbon comenzó a tejerse la idea de que rebeldía y justicia eran sinónimos.

—¡Oh, querida Chelsea! —exclamó la condesa al verla—, estás tan grande y tan bella. Tu madre me ha escrito contando cada avance y me advirtió de que me sorprenderías. ¡Y lo has hecho, pequeña!

—Muchas gracias, milady. Milord... —saludó con una reverencia al conde, mientras intentaba que sus pies no repiquetearan sobre la piedra de la escalinata. Al fin Faith y Marcus estuvieron a su lado, reverenciaron a los anfitriones e iniciaron las conversaciones protocolares, lo que les daba permiso para avanzar al interior de la casa.

—Gibbon —dijo Webb, con confianza, y Chelsea sintió que se sonrojaba. El conde se mostraba tan amable con su padre, sin saber que minutos atrás lo habían acusado de comprar a su esposa—. Sir James vendrá este viernes, creo que será una buena oportunidad para delimitar algunos... mmm... proyectos.

El ceño fruncido de Marcus pasó desapercibido para todos, a excepción de su hija, quien no conseguía quitarse la sensación de mal presagio. Negocios, matrimonio, discusiones, aspiraciones... todas olían a lo mismo: dinero. O, mejor dicho, a la ausencia del mismo.

Las cavilaciones se detuvieron al traspasar el umbral; un vozarrón, que cada vez le resultaba más ajeno, inundó el recinto y le provocó un escalofrío de dicha.

—¡Chelsea! —Su nombre exclamado con esa voz sin rastros de niñez fue seguido del resonar de las botas sobre la escalera que unía el hall con la planta alta—. ¡Chelsea!

El impacto que siguió le dijo que Thomas, como siempre, descendía de a dos peldaños hasta recorrer los últimos cuatro de un único salto. La suela chirrió contra el mármol cuando se giró y detuvo la inercia de su cuerpo. Estaba más alto, más rubio, más elegante e igual de encantador que

siempre. Su sonrisa aún mantenía la transparencia de la niñez, y se la contagió a Chelsea, desbarajustando sin esfuerzo el intento de la pequeña de lucir una máscara social como intentaba inculcarle Faith.

La atmósfera a su alrededor se llenó de tensión, no por Thomas, sino porque todos estaban atentos a sus reacciones. La joven Gibbon debió presionar los talones contra el suelo para no correr al encuentro de su amigo. Aguardó por él, con los labios curvos, la mirada brillante y las mejillas coloreadas por la felicidad. No rompió el contacto visual, no deseaba ver en los presentes la censura ante la efusividad de Thomas o haría lo de siempre: salir en su defensa para que no lo reprendieran.

Thomas siguió su irrefrenable recorrido. Chelsea percibió el modo en el que la piel lo reconocía, con tantos años del mismo ritual. No, no podía detenerlo cuando ansiaba tanto regresar al verano anterior, a los meses antes de «ser señorita». El más joven de los Webb no tenía intenciones de cambiar nada entre ellos, y eso implicaba ignorar a los presentes, al protocolo de saludos, a lo correcto e incorrecto, e ir directo y sin escala junto a Chelsea, para abrazarla y llevarla en alzas, hasta arrancar carcajadas que pusieran en cero la cuenta de meses sin verse.

Un carraspeo lo detuvo, Lord Arthur Webb clavó los ojos en su hijo y lo paralizó; aunque no con el efecto de autoridad que hubiera esperado.

La sonrisa de Thomas no dejó de ser alegre, solo le sumó socarronería. Los ojos celestes, más claros que los de lord Webb, no se apagaron, por el contrario, relucieron con picardía y se unieron a los cafés de Chelsea. Compartieron una broma muda, ella se mordió apenas el labio, por dentro, para que nadie notara que contuvo la risa cuando su amigo le guiñó el ojo.

—Señorita Gibbon —exageró el benjamín de los Webb. Chelsea supo que la misma incómoda charla que ella tuvo con su madre, Thomas la entabló con su padre. Solo que lo que a ella la había amargado, a él parecía haberlo divertido, o llamado al desafío—, me habían comentado que el sol brillaba con intensidad hoy, pero no es hasta que ha arribado que lo confirmo. —Hizo una reverencia, con el antebrazo izquierdo apoyado en la espalda, el derecho extendido hacia ella y la disposición de posar los labios sobre la enguantada superficie del revés de la mano de Chelsea.

La joven Gibbon no pudo contenerlo más, en su pecho nació la carcajada y escapó, sin barreras, obligándola a tapar su boca. Las lágrimas de diversión pujaban por salir debido al esfuerzo de mantener las formas. Al fin se atrevió a mirar más allá de su amigo. Lord Arthur Webb rodaba los ojos, Lady Marion se agarraba la cabeza y sus padres eran incapaces de decidir qué emoción dejar salir a flote.

Ella sí lo sabía, que los reprendieran luego, pero en ese momento se permitió reír sin máscaras.

—¿Eso te enseñan en Eton?

—¿Acaso creías que tenía clases de filosofía, economía o política?, oh, no... aprendemos a desperdigar halagos para las damas. Vale cada libra invertida, ¿o no, padre?

Si las miradas mataran, ese verano tendrían un funeral. Lady Marion rescató la incómoda situación.

—De seguro están agotados por el viaje, ¿por qué no se instalan, y en unas horas nos reunimos para el té? —Hizo señas, y varios lacayos y doncellas estuvieron a disposición de los Gibbon. Faith arrastró a Chelsea, y si no fuera por lo ajustado del corsé, la jovencita hubiera emitido un quejido de dolor por el codazo en sus costillas.

No lo hizo, en cambio, regresó la mirada una vez más a Thomas. Estaba junto a Arthur, la sonrisa ya no era completa, pero batallaba por mantenerse en su rostro.

—¿Qué hablamos, Thomas, sobre el trato a la señorita Gibbon?

—¿Acaso lo he hecho mal, padre?, si me señalas en qué fallé, mejoraré en la próxima ocasión —sugirió con falsa sumisión y su mejor expresión de ángel caído del cielo.

Chelsea no oyó la respuesta del conde, a ella tampoco la podrían reñir, ¿verdad? Reír no era pecado, que ella supiera. No apostaría, por las dudas, no quería averiguar aún que la felicidad tampoco era propia de una señorita.

La espalda de Thomas se apoyó sobre la pared de la terraza trasera; las mujeres jugaban con los naipes y dejaban escapar sonoras carcajadas. ¿Divertido?, nada lo era ya. Chelsea se encontraba en uno de los bancos del jardín, bajo la media sombra de un roble, cuyas ramas no la cubrían del todo. Tenía un libro en las manos, y se retorció sobre el hierro del asiento en busca de una posición cómoda que le permitiera continuar con la lectura a gusto.

Ella también había recibido una absurda charla, adivinó Thomas. De entre sus labios escapó un bufido de frustración; estaba cansado de adivinar, percibir, intentar comprender. Si tan solo pudiera tener unos minutos a solas con Chelsea, le preguntaría, ¿qué demonios te han dicho a ti?, ¿te han soltado un sermón sobre damas y caballeros, y la tan odiosa palabra «decoro»? ¿qué es el decoro sino lo que ellos dicen, verdad? Sabía que Chelsea le daría la razón, y que se sentiría de mejor humor al saberse entendido por alguien.

Eso era Chelsea en su vida. Los ojos celestes, de un tono aún más claro que los del resto de la familia Webb, estaban posados en ella, la observaban, se fijaban en los cambios. Ahora llevaba pesadas enaguas y ajustado corsé; ya no se despeinaba, con lo fácil que era alborotarle el cabello, y lo peor, ya no sonreía.

La melodiosa carcajada de Lady Thomson, la vizcondesa de Sameville, lo irritó. ¿Desde cuándo lo irritaba Lady Mariana?, oh, sí, desde que todos se divertían menos él. También merecía su descanso, los meses anteriores fueron por demás de exigentes en cuanto a estudio. Eton, más profesores particulares, más una amiga de su madre que impartía lecciones de danza, más un par de horas, en los días libres, acompañando a su padre en sus responsabilidades con el condado. Solo deseaba lo mismo que las personas a su alrededor, un momento de desahogo y esparcimiento.

¡Al demonio!, se negaba a ser más aburrido que un libro —sea cual fuera el que estaba en manos de Chelsea— y tampoco estaba dispuesto a comportarse como esos caballeros aduladores, fingir entretenimiento frente a una mujer desafinada al piano.

No, quería lo prometido, su verano con su amiga Chelsea. Ya tendría el resto de las estaciones para pretender que los lores de su edad eran amistades desinteresadas y no halagadores en busca de relacionarse con uno de los herederos del condado de Sutcliff. Abandonó su lugar de espectador pasivo, y descendió las escalinatas laterales camino al jardín. Sintió los ojos de su madre seguirlo, los de las demás mujeres permanecían en el juego.

Todavía no se le daba bien el andar lento y menos enérgico. «Con esas piernas largas obligarás a las damas a trotar para mantenerte el paso», le había dicho la señora Walter, su profesora de protocolo y ceremonial. ¿Qué culpa tenía de que sus piernas hubieran crecido tanto?, sin duda no fue una elección personal pasar horas y horas sobre un banquillo, mientras una asistente del sastre intentaba extender el bajo de sus pantalones hasta conseguir cubrir los tobillos. Lo mismo le sucedía con los brazos y el torso, se estiraban y estiraban, hasta convertirlo a sus dieciséis en el más alto de los Webb, pero no el más fornido.

A Chelsea no le molestaba, pensó, al menos no como al resto de las damas con quienes alternaba en ocasiones. No, a su amiga solo la irritaba que las carreras ya no fueran en igualdad de condiciones; de pequeña, la agilidad de Chelsea conseguía prevalecer sobre la torpeza de Thomas; ya no. Y, sin embargo, no existía entre ellos competencias absurdas. Simplemente

utilizaban eso a su favor para idear travesuras. Llegó junto a ella.

—¿Qué lees?

—David Copperfield...

—Ya lo leíste —se quejó Thomas.

—Sí, pero en tu biblioteca tienes la versión con todas las entregas en forma de libro.

—Pero es la misma historia... —Los labios del joven dibujaron un mohín caprichoso, y Chelsea se rio. Era la característica del más pequeño de los Webb, ser un niño mimado. A ella no le molestaba, no existía maldad en los berrinches de Thomas, solo costumbre. Lo habían apañado mucho en su niñez, y el carácter manipulador, acompañado de su rostro angelical, había conseguido el equipo perfecto y siempre se salía con la suya.

—La misma historia, distinta experiencia —discutió, y volvió la mirada a las páginas. Lo ignoraba adrede, conocedora de cuánto le molestaba al joven ser desplazado. Simuló más concentración, para no reír ante el rostro de desconcierto de su amigo.

—¿Una experiencia mejor que... mmm... dar un paseo a caballo?

—Mucho mejor... —Se reacomodó sobre el banco, si las costillas hablaran, clamarían piedad —, ¡oh, es que no puedo ni empezar a describir lo sublime de releer esta historia! No... no lo cambiaría por nada, por nada del mundo... Podría dejar de comer, de dormir, de hablar... —exageró—. No existe compañía que compita con un buen li...

Las palabras de Chelsea se cortaron para hacerse risa contenida. El joven Webb le había arrebatado el libro.

—¡Oh, Thomas, eres tan fácil de molestar! —se burló ella y se puso de pie—. En cuanto no te dan lo que quieres...

—Pues dame lo que quiero —insistió él y alejó el libro—. Vayamos a cabalgar.

—No podemos a solas, lo sabes, y todas las damas dirán que hace mucho calor para cabalgar. Además, eso no me devolverá mi libro. —Colocó las manos a la altura de la cintura, dibujando dos asas en torno a su cuerpo—. No pretendo hacértelo tan fácil.

—Tampoco así recuperarás tu libro —insistió él; alzó más el brazo.

—¿Ya te cansarás? —Retornó a su lugar en el banco, con la mirada hacia arriba, puesta en la de Thomas.

Chelsea intentaba no sonreír, ni mostrarse divertida, o perdería. Bueno, en realidad perdería de todos modos, siempre lo hacía con Thomas, el muy maldito no solo obtenía lo que deseaba con sus padres, los sirvientes y la mayoría de los maestros. También lo hacía con ella. Resistirse era parte de las reglas tácitas, la obligación de negociación no era más que una farsa para convertir una propuesta de actividad conjunta en dos. Ella cedería a cabalgar, y él haría algo propuesto por ella en retorno, y sin darse cuenta, estaría la luna en lo alto como testigo de un día plagado de diversión.

—¿Quieres apostar quién se cansa primero? —Bajó el brazo, Chelsea intentó recuperar el libro. Fue en vano. Thomas rio—. Tramposa. Podemos cabalgar por el sendero del lago, frontal, siempre hay invitados merodeando, ellos cuidarán nuestro decoro... —dijo, estirando las letras de la palabra decoro.

—Pero si cabalgo ahora, perderé las horas de sol, las mejores para leer. —Thomas volvió a bajar el brazo, en esa ocasión, Chelsea no se lanzó a por el libro. Aguardó, como un gato al asecho, casi pudo sentir cómo sus omóplatos se movían y la columna se tensaba—. Mira..., ¿puedes cabalgar con el barón de Chester? —Señaló al anciano hombre que paseaba con un bastón a paso de tortuga. Consiguieron su cometido, mientras el joven Webb se mofaba de tal absurda idea, ella pudo moverse con lentitud hasta estar en una posición ventajosa—. ¡Oh, Thomas! Eres

tan predecible... —Se rio con el libro una vez en sus manos.

—Por favor, tú eres predecible. Te dejé ganar... —dijo, pero ella sabía que era mentira.

—No, no. —Retrocedió hacia el roble—. No me dejaste ganar, has caído en la trampa, y sé lo que intentas ahora.

—¿Ah, sí? —Los ojos de Thomas brillaron con picardía. Una sonrisa ladeada elevaba más la comisura derecha que la izquierda, y su cuerpo delgado, tan distinto al del año anterior, estaba en completa tensión. Al fin se divertía. Sí, Chelsea siempre conseguía divertirlo—. Si quieres leer, hazlo —dijo—, yo buscaré algo más entretenido para hacer. Pescar... —enumeró. El lago era el lugar preferido de la señorita Gibbon—, nadar o ir a ver los cachorros de gato que han nacido en las caballerizas.

—Mientes... —Chelsea dudó—, no hay cachorros de gatos.

—¿Cómo saberlo? —Ladeó la cabeza—, ¿cómo saberlo? Solo hay una forma. —Se dio media vuelta, sabía que su amiga era lista, no caería en la trampa. No en esa, motivo por el cual debía tender dos. Los gatos eran la trampa señuelo, la verdadera era hacerle creer que era la única. Se conocían demasiado bien. Se alejó unos pasos, los suficientes como para que Chelsea se aproximara al banco—. ¡Te lo dije, tú eres predecible...! —exclamó. Volvió a estar al asecho en dos pasos, la jovencita no se esperaba ese cambio de velocidad en su amigo. Thomas agradeció sus zancadas tan impropias de un caballero.

La muchacha rio al verse atrapada, con el banco de hierro a sus espaldas y el cuerpo de su amigo al frente. Intentó rodearlo, no pudo. ¡Demonios, ¿desde cuándo Thomas le llevaba una cabeza de altura?! Retrocedió, aún riendo, y trepó al banco. Un pie, con cuidado, las enaguas y el miriñaque le impedían gran parte del movimiento; el otro pie. Antes de que el muchacho la pudiera alcanzar, saltó por detrás del respaldar y se lanzó a la carrera. Él la siguió, ella puso el roble de obstáculo.

—No... —chilló, divertida—. No te saldrás con la tuya. Ahora no cabalgaré en todo el verano, ya verás —dejó escapar la vacía amenaza. Rodeó el árbol por un lado, Thomas por el otro. El corazón le bombeaba descontrolado, las carcajadas le robaban el aire más que el corsé, la risa de Thomas, ronca y grave, sin rastros de niñez, alimentaba su diversión. ¡Cómo había extrañado eso!

—Si te atrapo, y lo haré, Chelsea... —dijo, con falsa calma—, harás lo que ordene. Por desafiarme...

—¿Ah, sí?, obligame. —Volvió a correr, pero no pudo ir muy lejos. Las enaguas pesaban y ya no era competencia para Thomas. En pocos segundos fue atrapada por los largos brazos del muchacho, y sin siquiera poder tomar aire, se encontró en alzas sobre el hombro masculino—. ¡Está bien, está bien! —exclamó, no conseguía una bocanada completa por tantas carcajadas—, cabalgaremos y luego retomaré mi lectura, pero bájame. ¡Bájame!

—No aún, falta tu escarmiento. —Thomas giró con ella encima. La cabeza de Chelsea pendía a la altura de la cintura del muchacho, solo podía ver el césped moverse bajo ella, mientras él daba más y más volteretas, cada vez más rápido, para marearla.

—¡Detente, detente, me rindo!

Thomas la apoyó sobre el suelo; el mareo hizo lo demás. Chelsea trastabilló, tuvo que sostenerse del cuerpo del muchacho para no caer. No lo consiguió, por el contrario, los dos rodaron sobre el césped. Las enaguas amortiguaron su caída y la de él, atrapando las extremidades del joven entre los metros y metros de tela verde lima del atuendo veraniego.

Las carcajadas aumentaron al verse en ese enredo. Los ojos de Thomas resplandecían como hacía meses no le sucedía, y sus mejillas, esas que ya no eran redondeadas, sino dos pómulos altos y firmes, estaban teñidas de un saludable tono rojizo. Chelsea volvía a reír, ya no tenía la

expresión ausente de hacía unas horas, y su cabello rubio escapaba del alto moño, devolviéndole ese porte de genuina felicidad tan característico en ella.

Una sombra se proyectó sobre ellos y los paralizó. Lord Arthur Webb no alzó la voz, no bramó su tan común «¡Thomas!» que extendía la o en un sonido eterno. No, el nombre de su hijo escapó en un siseo mucho más amenazante. Chelsea intentó incorporarse de inmediato, la vergüenza la hacía arder hasta las orejas, situación que empeoró al percatarse de que el lío de faldas y enaguas le impedía ponerse de pie. Thomas la socorrió, arrastrándola con él hasta recuperar la verticalidad frente al conde. En ese instante se dieron cuenta de que los ojos del anfitrión no eran los únicos sobre ellos; desde la terraza, cuatro mujeres los observaban. Por fortuna, dos de ellas eran Faith y Lady Marion, las restantes se encontraban entre las damas más permisivas de la sociedad: Lady Mariana Thomson y la señora Walsh, de origen americano y carácter amable hasta rayar la santidad.

—Señorita Gibbon —dijo el hombre, con un aplomo envidiable—, creo que la busca su madre. Thomas, acompáñame. —No aguardó por respuesta, se giró y emprendió un camino que no requería mapa. Era el sendero sin marcar hasta su despacho. Thomas siguió los pasos de su padre, se volvió solo una vez, para desperdigar una última sonrisa, en esa ocasión con la necesidad de transmitirle calma a Chelsea.

Ella tardó en reaccionar, no era la primera vez que los regañaban, pero sí se trataba de una novedad que solo Thomas se ganara el castigo. Acató la orden implícita del conde y fue junto a su madre. Las mujeres no emitieron palabra, la instaron a sentarse y simularon que nada había sucedido, actitud que incrementó el remordimiento. Solo la mirada de soslayo de Faith le dijo que ya tendrían su conversación, a solas, en ese instante era mejor simular que nada había ocurrido; a Chelsea le hubiera agradado saber qué era lo que en realidad había sucedido. No era ni por cerca la peor de sus travesuras, solo habían peleado por un libro.

Las explicaciones para ella debían aguardar; Thomas, en cambio, las recibiría de inmediato.

—Cierra la puerta —demandó Arthur Webb una vez en su despacho.

Thomas lo hizo sin vacilar. Tras ello, caminó hasta posicionarse frente al escritorio de caoba en el que su padre atendía los asuntos rurales del condado. Arthur se sumergió en un profundo silencio por un par de minutos. El espacio era agradable, incluso en esas circunstancias. Los sofás estaban dispuestos alrededor de una mesa baja, en la que un tablero de ajedrez reposaba con sus piezas ordenadas, listas para una nueva partida. En otra mesa, de superficie ovalada, una bandeja sostenía las bebidas espirituosas. El hogar se encontraba a sus espaldas, no necesitaba de fuego a esa altura del año. Los ventanales abiertos dejaban pasar la brisa veraniega y la luz del sol. No flotaba ni una mota de polvo. El conde posó las manos sobre la superficie de madera e inclinó el cuerpo hacia adelante; para la mayoría hubiera sido un acto amenazante. No para Thomas, su padre era incapaz de un acto de violencia o fuerza desmedida.

—Creí haber sido claro respecto a tu trato con la señorita Gibbon —retomó la palabra.

—Lo fue, padre. Y no fallé en mi promesa, en ningún momento amenacé el decoro de Chelsea...

—¡Señorita Gibbon! —insistió su padre, con énfasis—. Repite, Thomas... señorita Gibbon. Hasta que se te ancle en la mente, hasta que ese sea el único modo en que la llames. Se-ño-ri-ta Gi-bbon.

Thomas hizo rechinar los dientes. Los de Arthur sonaron con más fuerza. Odiaba ese cambio de título con el que todos se empecinaban, era una forma más de quitarle a Chelsea. Ya no era ella, ahora era señorita, una señorita cuyo valor se lo daba el apellido paterno y no la amistad compartida.

—Y sí —insistió el conde, al ver que su hijo no contestaba—, le has faltado el respeto.

—¡Por supuesto que no!, ¡jamás sería irrespetuoso con Chelsea! —Su voz sonaba ronca, demasiado adulta para alguien que no comprendía la responsabilidad de serlo. Arthur volvió a gruñir al notar que su hijo se resistía a llamarla señorita—. Fue un simple juego...

—No, Thomas. No fue un simple juego, y tuvieron suerte de que los testigos hubiéramos sido los más allegados. Personas capaces de cerrar la boca y ser magnánimos con ustedes. Pero no todos serán siempre buenos y comprensivos, y cuando eso suceda, quien pague por tus... «jueguitos» será la señorita Gibbon.

—Por favor...

—¡Al demonio, Thomas! —La mano derecha del conde impactó sobre el escritorio, haciendo que su hijo se estremeciera por primera vez en la vida. Estaba enojado, como nunca antes, y el joven ni siquiera vislumbraba el verdadero motivo, razón por la cual, el enojo actuó como aceite para la llama de su temperamento.

—Sí, al demonio. ¡Al demonio con todo y con todos! —Quiso prestarse a un berrinche como no los tenía desde los diez años, con su respectivo consuelo. No lo hizo, claro que había crecido y madurado, pero ¿cuánto más esperaban de él? Las presiones hicieron mella, y comulgaron con las decepciones para envenenar sus palabras—. Todo el maldito año haciendo lo que me piden. Estudio más que cualquier otro en mi lugar, catorce horas al día, seis veces a la semana, preparándome para algo que no me corresponde...

—Sí te corresponde, Thomas. Eres hijo de un conde, ya sea en tu situación particular o no, la responsabilidad es tuya... Viene con esta casa de verano, con la de Londres, con los carruajes, la vestimenta, los libros, los viajes y los estudios.

—¡Pues no pedí nada de esto!, y no lo quiero, no lo quiero si ni siquiera soy capaz de tener una semana de descanso.

La risotada de Arthur no fue de humor.

—¿Qué es esto sino una semana de descanso, Thomas? ¿Acaso crees que en las fábricas de las afueras de Londres les dieron receso a los empleados?, ¿en los campos crees que se dejó de trabajar porque el sol quema al estar en lo alto del firmamento?

—Es tu semana de descanso, es la de madre, incluso la de Daphne en Escocia o Colin en Italia. Pero no es mi semana de descanso —remarcó—, yo no tengo más mi lugar para dejar de ser lo que se espera de mí. —El reclamo dolió en lo más hondo del conde, tocaba una espina clavada, una que había generado dolor en sus dos hijos.

Lord Colin Webb había sufrido de paperas de joven, y la esterilidad fue la secuela que nadie quería. Las presiones del condado lo habían amargado por años, hasta que al fin se atrevió a elegir una esposa guiado por el corazón y no por el deber. Sin embargo, la consecuencia de ese acto estaba frente al conde en esos momentos; tuvieron que considerar al siguiente en la línea sucesoria como lo que tarde o temprano sería: el heredero. Thomas pasó a cargar con las responsabilidades que antes fueron de su hermano, debía formarse en todos los aspectos necesarios para mantener el legado y, de ser posible, ampliarlo.

—Sí lo tienes, Thomas. Es más, y lo sabes, a diferencia de muchos otros lores que raspan el fondo de sus riquezas, tienes todo lo que puedes desear. ¿Viajar a Italia con tu hermano?, ¿ir a Escocia como Daphne? El descanso que deseas...

—Este es el descanso que deseo, mis semanas de verano, como siempre. Tú lo has dicho, muchos lores raspan el fondo de sus riquezas, padre, y eso implica que cada persona que se me acerca lo hace con interés. ¿Sabes cuántas veces escucho susurrar a mis espaldas?, y casi siempre con el nombre de Colin... No es agradable saber que mi valor cotiza con tu muerte y la infelicidad

de mi hermano. Chelsea... —Hizo una pausa—, ella es mi amiga de verdad, ella es mis vacaciones, el lugar en el que necesito refugiarme unas semanas... ¿también a eso debo renunciar por mis «responsabilidades»?

Arthur frunció el ceño, sus ojos celestes, esos que se replicaban en cada uno de sus hijos, escrutaron a Thomas. Su altura, su cabello rubio ondulado, su porte orgulloso. Cerró los párpados con pesar y se dejó caer en la butaca, un suspiro derrotado escapó de sus labios. Marion y él habían llegado tarde a contener la catástrofe, y su hijo ni siquiera era capaz de reconocerlo. Lo había dicho, sin más, con una inocencia que no se condecía con su nueva anatomía de hombre. Creció, bajo sus narices, ya no eran padres de un niño. El conde entendía muy bien la confesión, él no podría haber descrito lo que sentía por su esposa de un modo mejor: «es mi refugio». ¡Maldición! Y Thomas desconocía el panorama completo, el dolor que se encontraba próximo a este.

—Sí —dijo sin vacilar lord Webb—, lo siento, Thomas, pero sí, a eso también debes renunciar por tu responsabilidad. El día de mañana, hijo, serás uno de los hombres más poderosos de Inglaterra, e Inglaterra, a su vez, es de los países más importantes del mundo. Ya sabes dónde te deja eso. La rebeldía en un hombre común es una virtud; en un hombre poderoso es hedonismo, y el hedonismo tarde o temprano se convierte en tiranía. La sociedad es proclive a perdonar a los poderosos, te brindarán su beneplácito, pasarán por alto tus fallas y errores; pero la inocencia nunca ha eximido a una mujer ni ha limpiado su reputación. Quien pague por lo que tú te niegas a comprender, y sé, Thomas, que eres lo suficientemente inteligente para entenderlo, aunque demasiado ingenuo aún para asimilarlo, es la señorita Gibbon...

—No...

—Por eso no me dejas más remedio que ser yo quien ejerza la responsabilidad que mi puesto demanda y limite el daño que mi hijo pueda cometer. Estarás castigado...

Las cejas de Thomas se alzaron. ¿Castigado?, ¿como cuando era un niño?

—¿Padre...?

—Te mantendrás recluido; el tiempo dependerá de ti y de tu capacidad de reflexión. No puedo permitir imprudencias de esta magnitud en mi hijo y heredero, sería un desacierto de mi parte educar al próximo conde de Sutcliff en la idea de que puede hacer y deshacer a su gusto y antojo, como si no existieran consecuencias. Consecuencias para los más vulnerables. —Thomas deseaba rebatir, insistir en que jamás permitiría que algo le sucediera a Chelsea, ¡por Dios!, no a ella. Su padre se adelantó a la réplica—. Sé que no hay intención de daño de tu parte, en ese sentido, no dudo de que tu madre y yo hemos educado un hombre de bien; pero también se hiere en la ingenuidad, y eso es lo que debes comprender en este... retiro forzado. Ahora vete... —ordenó, la calma regresaba a Arthur, una calma que nacía de la resignación—, mientras antes entres en razón, antes volverás a disfrutar de tu merecido descanso.

Thomas supo que había perdido la disputa. Estaba furioso, y no era capaz de pensar con claridad. Si aceptaba la reclusión era solo para disminuir la ira que lo carcomía. Le acababan de quitar lo que más deseaba, y no manejaba bien esa sensación. Hizo una corta reverencia antes de abandonar el despacho y encaminarse a su recámara. Mientras se alejaba, otra clase de reflexiones daban vuelta en su cabeza, lejos de las supuestas consecuencias sociales que traería aparejado su comportamiento con Chelsea. En su mente lo que formaba nubarrones y torbellinos era que no le dolía el castigo en sí; el mismo no significaba nada si, al liberarlo, tampoco podía regresar junto a su amiga. Lo que en verdad lo agobiaba era la ausencia irremediable de Chelsea en su vida.

La vergüenza la impulsaba a la calma y al desánimo. El castigo caído sobre Thomas parecía excesivo, pero fue impuesto por lord Arthur Webb y su palabra era ley. Esa era la primera lección a aprender, ni siquiera su madre podía oponerse a lo que el conde había dictaminado. No castigaron a Chelsea —recibió su reprimenda en privado y de labios de su madre—, la joven Gibbon contaba con todos los beneficios de una invitada más. Beneficios que no era capaz de disfrutar sin Thomas.

El chef francés no cocinaba tan sabroso, la brisa era menos tibia, el césped no olía bien, las flores no lucían sus pétalos y el aburrimiento se respiraba en cada rincón de la mansión, por muchas risas y conversaciones que resonaran.

Lord Webb había dado en el clavo con su castigo, consiguió sosegar el espíritu de Chelsea con mayor aplomo que Faith en meses y meses de impartir lecciones de decoro. ¿El problema?, ponía en manifiesto una verdad imposible de silenciar, revelaba que aquello que tardaron en controlar ya estaba fuera de su cauce, a merced de la fuerza natural de los sentimientos.

Ojalá todo se tratara de afectos, los mismos eran correspondidos por los Webb hacia los Gibbon. Chelsea tenía potencial, la misma Lady Marion no hacía más que remarcarlo en cada ocasión. El problema no era ese, sino el tiempo. Un gran reloj cuyo péndulo se asemejaba a la espada de Damocles.

A veces se hería más con la intención de prevenir, de proteger. *Son niños*, se decían cada verano; *es una crueldad obligarlos al aburrimiento, pronto ellos mismos descubrirán que no comparten intereses*. Y en el presente, era otra la verdad que acallaban. Chelsea desconocía el verdadero lugar de Thomas en la familia Webb, mientras que el joven lord no estaba al tanto de la situación económica de su amiga.

Y Arthur lo tuvo claro en su despacho. Sí, los intereses entre ellos habían cambiado, pero solo para decantar por su propio peso hacia un escenario que se revelaba como improbable, o peor, imposible.

Ante los anhelos utópicos, el resultado era la desdicha, y ese afán de protección fue el que permitió que se alimentaran las falsas expectativas. Una irresponsabilidad de parte de ellos, de los adultos, que pagarían los jóvenes inocentes.

Chelsea creía que la culpa que la agujoneaba no tenía rival; no imaginaba cuán hondo era el remordimiento en el conde de Sutcliff. Se sentía aislada, no había muchas jóvenes de su edad entre los invitados. No era común que los niños, o aquellos en mitad de camino, fueran incluidos en los eventos sociales. Los Webb eran una excepción, pero una de las pocas. La mayoría de los lores y señores importantes dejaban a sus hijos al cuidado de niñeras e institutrices, o los enviaban con algún familiar lejano, menos afortunado, que aceptaba recibirlos como una retribución a la ayuda económica del más pudiente. Como fuera, en la casa de campo del condado solo se encontraban damas ya presentadas en sociedad, caballeros adinerados, ancianas de buen corazón y ella.

Deambulaba por los pasillos sin rumbo fijo, recorría los senderos laberínticos de los jardines; esa mañana se atrevió a ir hasta el lago, a ver los patos y cisnes... regresó tras pocos minutos. El paisaje no era igual sin Thomas. Suspiró, resignada, y se encaminó a la biblioteca. Al menos ese aspecto sí era una mejoría en comparación a la casa de Londres, los Webb tenían más ejemplares

de los que un hombre podía leer en su vida. Pasó sus dedos por los lomos, el estante de las novelas se encontraba al alcance de todos, así nadie corría el riesgo de utilizar la escalera para llegar a los últimos estantes.

—Lo leí... lo leí... lo leí... —Tenía que retirar lo dicho, si su apatía seguía, terminaría por devorar la biblioteca del condado por completo—. Mmm... —Alzó la vista un estante más allá, en busca de otra clase de rebeldía. No soportaba más con estoicismo lo demandado por los adultos, no cuando las explicaciones brillaban por su ausencia. ¿Qué tiene de impropio?, había preguntado, y Faith comenzó a dar vuelta una vez más sobre el asunto del supuesto decoro. ¿Y qué es el decoro?, ¿de qué me protege? Salía a colación el tema de la sociedad, sus normas, su condena; pero lo que nadie se atrevía a manifestar era la realidad de lo que esa estructura repleta de enaguas almidonadas ocultaba. El despertar de la sexualidad.

Y como nadie era claro, Chelsea no lo asimilaba. Capturó un ejemplar que llamó su atención: «Crítica de la razón práctica», sabía que a Thomas le hacían estudiar filosofía, y en ese momento se preguntó por qué ella se limitaba a la caligrafía de sus cartas. Lo abrió, las palabras ética, moral, rellenaban sus páginas y ella esperó hallar alguna respuesta.

Solo obtuvo dolores de cabeza. Dejó la biblioteca con el libro en mano, dispuesta a leer en un espacio aireado, con el afán de que la brisa le ayudara a comprender el entretejido de pensamientos de Immanuel Kant.

—Lo mismo sería que estuviera en alemán —se dijo, y lamentó lo precario de la educación hogareña.

En los corredores de la mansión prevalecía el silencio, el día era soleado y la mayoría de los invitados disfrutaban de un picnic en la zona de las ruinas. Le sorprendió escuchar la voz del conde, intentó ignorarla, provenía del despacho. Cuando el nombre Thomas abandonó sus labios, el empeño de seguir camino se vio truncado. Deseaba saber cómo estaba su amigo, cómo se apañaba con el innmerecido —según ella— castigo.

—¿Estás seguro, Arthur? —Lady Marion hablaba con pena, pese a eso, a Chelsea le gustaba el tono empleado; ese deje de cariño jamás escuchado en otras parejas. Su madre y su padre no se hablaban de esa manera, o se trataban de usted o discutían.

—Sí, y no me sorprendería la reciprocidad.

—¿Podemos hacer algo? No lo sé, por lo que Faith me ha comentado, no creo que... que llegue a la presentación en sociedad siquiera.

—Es peor de lo pensado. —Chelsea creyó haber escuchado mal, no hablaban de Thomas, sino de alguien más, aunque su nombre volvió a salir a colación—. Thomas no lo entenderá, Marion. Lo acostumbramos a salirse con la suya, una tenacidad y ambición válidos para un conde, no para un muchacho... —El hombre buscó las palabras, la expresión enamorado era demasiado determinante—, un joven que transita las primeras experiencias —dijo al fin—. Sufrirá, y es inevitable.

La conversación flotó en el aire, a Chelsea ya no le concernía qué había comentado su madre ni quién no llegaría a la presentación en sociedad, incluso si era ella misma. Lo único que resonaba en su mente era «Sufrirá». Sufrirá... Thomas sufrirá... sufrirá...

Al demonio con todo, se dijo, al sentir que la angustia la estrujaba. Al demonio los castigos, las reprimendas y los consejos de su madre. Si Thomas padecería algún mal, ella quería... no, ¡necesitaba!, estar con él.

En esa ocasión no haría algo impropio por desconocimiento de las reglas, o por la falta de explicaciones. Sabía muy bien las consecuencias, y no le importaban. Tenía que llegar al fondo, descubrir qué era lo que nadie quería expresar a viva voz.

Su compañera de habitación era la señora Roosevelt, Chelsea no tenía nada que temer. La anciana mujer era medio sorda, algo ciega y cuando dormía roncaba con gran estruendo, consiguiendo que ningún sonido extraño atravesara el aura de descanso que la rodeaba.

De todos modos, no tentaría a su suerte. Nada de velas, ni detenerse a cambiar de atuendo. Así, con el largo camisón blanco de volados y puntillas que rozaba el suelo, los esarpines tejidos y un salto de cama liviano, se escabulló de la recámara.

La luna estaba en lo alto, creciente, casi llena, y se colaba por los altos ventanales de la mansión. La luz blanquecina iluminaba los retratos que pendían de las paredes; un centenar de ojos Webb, de diversas edades y épocas, la observaban y juzgaban. Ninguno de ellos podía delatarla. Era demasiado tarde como para tener testigos, y si alguien la pescaba in fraganti, también se vería en la obligación de dar explicaciones. Chelsea aún contaba con el naípe de la juventud e ingenuidad, ¿qué podría esgrimir un adulto como excusa para andar por los corredores?

Estaba a salvo.

El ala de la familia se encontraba en el otro extremo del de los invitados. Así le gustaba al conde, y así se mantenía cada verano. Arthur Webb era un hombre de familia y muy cercano con sus seres queridos; si bien extendía invitaciones y aceptaba llenar la casa de extraños, siempre se resguardaba un espacio y un tiempo para estar a solas con su esposa e hijos. A Chelsea le parecía un buen padre, casi envidiaba a Thomas por eso; el conde de Sutcliff era cariñoso y atento, sobre todo si se lo comparaba con Marcus Gibbon. Sin embargo, dejando la subjetividad de juzgar a su propio padre, la muchacha reconocía que el común de los hombres se aproximaba a su progenitor y no al de Thomas. Y si ahondaba más, debía admitir incluso que el señor Gibbon era superior a la mayoría: no era dado a castigos físicos, a gritos o al completo abandono. Solo poseía una leve inclinación a la indiferencia y al cómodo pensamiento de que la educación de una mujer solo requería de otra mujer. Él sobraba, y le gustaba sobrar.

La habitación de Thomas se hallaba cerca de la sala de juegos, Chelsea rogó que no lo hubieran cambiado. Al fin de cuentas, ya ninguno de los dos jugaba, la diferencia era que el condado mantenía el espacio destinado al esparcimiento de los más pequeños porque no tenía necesidad de más recámaras. Sin contar con que, pese a que Lord Colin Webb no había procreado aún ni Lady Daphne parecía interesada en el matrimonio, el conde y la condesa anhelaban ver su casa repleta de retoños correteando. Al arribar, golpeó la puerta y repitió la acción; era tarde, y Thomas no tenía por qué estar despierto.

No lo estaba. Abrió y asomó su semblante confundido por la hendidura. Lucía el cabello rubio desordenado, los ojos se veían oscuros por la falta de luz y los tenía entrecerrados.

—¿Chelsea? —No era una pregunta, claro que era ella. Thomas no estaba seguro de no estar soñando.

—Shh... Necesitaba saber que estabas bien. Escuché a tu padre decir algo de que sufrirías y temí... —susurró. Él la detuvo, observó a ambos lados del corredor antes de arrastrar a la muchacha dentro de su recámara.

Chelsea se sonrojó por completo al darse cuenta de la magnitud de su osadía. De no comprender algunas reglas a eso, existía una brecha enorme, y ella sabía que estaba del lado equivocado de la misma. Thomas vestía solo ropa interior, prescindía de la camisola de dormir. El muchacho se apuró a pasar la prenda que reposaba en una silla por la cabeza, se cubrió y encendió una vela. Las ventanas estaban abiertas, la brisa era suave y hacía danzar la llama. Una vez «presentable», regresó la atención a Chelsea.

—No sé qué demonios sucede con mi padre —dijo y se dejó caer en la cama. Ella se quedó de pie, algo inhibida. El valor empezaba a diluirse, al igual que sentía en las tripas una extraña sensación de irrealidad. La habitación de Thomas era distinta a la que había imaginado, tenía una amplia cama de dosel en madera oscura, dos mesas de noche, una de ellas repleta de libros apilados con poco equilibrio, un espejo de pie, un tocador con los utensilios de barbería y un biombo pintado a mano con un paisaje exótico que separaba el espacio de la tina y las necesidades básicas.

—Estaba muy preocupada —confesó—, sé que tu padre jamás te ha castigado... ya sabes...

—Dado una paliza —dijo sin más.

—Sí, pero esta vez lucía realmente enojado y cuando oí eso... Lo siento, Thomas, siento que solo te hayan reprendido a ti por un juego sin sentido.

—¿Piensas quedarte de pie toda la noche? —preguntó él, y le restó peso al asunto del castigo. Ese instante, con ella allí, valía más que salir de su habitación ¿para qué?, ¿pescar solo, cabalgar solo, leer como leía todo el año?

—No, pienso regresar antes de que la señora Roosevelt despierte.

—¡Excelente!, tenemos tiempo de sobra. Si esa mujer se duerme hasta en mitad de un concierto de ópera —Thomas se puso de pie para acercarse, empezaba a irritarlo la incomodidad en la muchacha. Se detuvo frente a ella con una media sonrisa divertida—, ¿qué es esto, Chelsea? —Rio mientras capturaba en sus dedos un lazo de lienzo que sostenía los mechones delanteros de su cabellera. La muchacha lucía una trenza pesada que pendía hasta el medio de sus omóplatos, solo algunos cabellos quedaban fuera, esos que se encontraban enlazados en tiesos resortes.

—No todos tenemos tu cabello —se defendió—, algunos nacimos con esto. —Cogió su trenza para señalar a qué se refería—. Ni una onda, ni unaaaa... Debo irme a dormir con esto para formar los tirabuzones que enmarcan el rostro.

—¿Cuántos secretos me oculta, señorita Gibbon? —bromeó—, es usted una caja de sorpresas. —Ella golpeó apenas su brazo y buscó un espacio donde sentarse. La cama estaba vedada, no necesitaba que su madre se lo dijera. Optó por la silla en la que antes reposaba la camisa de Thomas y se ahorró de contratar la pulla. Si ella debía resaltar un secreto descubierto esa noche, sería que su amigo dormía casi desnudo. Mejor callar.

—¿Fue muy severo tu padre? —Chelsea regresó a lo que la había impulsado a visitarlo.

—Severo y Arthur Webb rara vez están en la misma oración. —Thomas se tendió en la cama, el colchón lo recibió hundiéndose bajo su peso. Luego se giró, para enfrentar el rostro de Chelsea; apoyó el codo en la cama y la cabeza en su palma—. Me ha recluido para que reflexione, como a los monjes.

—¿Sobre qué debes reflexionar?

—Sobre qué va a ser —bufó—, desde que planean este evento de verano que no dejan de repetir una palabra hasta el hartazgo: decoro. Decoro, decoro, decoro. Al parecer todo lo que hago está mal...

—Pues podemos fundar una cofradía de los que se equivocan todo el tiempo sin saberlo. —Los labios de Chelsea dibujaron un mohín. Thomas la observaba y se dejaba embargar por la paz de tenerla cerca. Sabía que ella lo entendería, incluso compartiría su forma de ver el asunto—. Desde que soy «señorita» —Dibujó comillas en el aire—, todo son reglas sin porqués. Porque es así, Chelsea —imitó a su madre—, porque es lo mejor para ti, porque la sociedad lo dice, o la peor de las respuestas «porque ya eres una señorita» —gruñó—, lo que no hace más que regresarme al inicio de todo esto. ¿Qué es ser una señorita?, ¿y qué era yo antes de ser señorita?, ¿eh?

—Esa respuesta me la sé —dijo Thomas, y Chelsea negó con la cabeza. Se divertía a su costa, no con maldad, buscaba animarla.

—Si dices ardilla te golpeo —amenazó.

—No lo dije yo, fuiste tú. —Fruunció los labios para imitar la forma de la boca de Chelsea. Los labios no muy llenos, los dientes blancos que refulgían cuando reía a todo pulmón; si eso se combinaba con los pómulos altos, la nariz pequeña y la mirada enorme de ojos cafés, daba como resultado una imagen de dulce ardilla. Chelsea le lanzó con lo primero que encontró, fue uno de los libros que reposaba en la eterna pila. Él se cubrió, y se puso de pie, dispuesto a contraatacar —. Oh, no, Chelsea, no creerás que puedes venir a mi recámara y agredirme. Pagarás, ardillita.

—¡No tengo rostro de ardilla!

—Eso claman todas las ardillas.

—No tiene sentido lo que dices, Thomas. —Rio e intentó escapar, aunque no tenía adónde ir. Lanzarse a la carrera por los pasillos de la mansión a la madrugada no era opción. En pocos segundos fue presa de los brazos del joven Webb. Intentó contener la carcajada para no despertar a todos.

El muchacho la redujo sin esfuerzo, atrapando a la joven Gibbon entre la cama y su cuerpo. Ella cayó sobre el colchón, él pudo mantener el equilibrio, apenas inclinado sobre la joven. La sonrisa de diversión en el rostro masculino mutó a otra, algo enigmática. Chelsea lo vio parpadear, como si quisiera asegurarse de lo que veía. Thomas apresaba sus muñecas a cada lado de la cabeza, sin necesidad de ejercer presión y, así y todo, ella era incapaz de liberarse. Tampoco podía retorcerse o batallar, solo le restaba rendirse, y quedar a merced del juego de su amigo. Esperaba que fueran cosquillas, como siempre, pero nunca llegaron.

El joven Webb no conseguía procesar las sensaciones nacidas ante ese tonto juego. Cada año le divertía más y más percatarse de que superaba a Chelsea en todo, ganarle era sencillo. Poseía mayor velocidad para una carrera, más agilidad para trepar, fuerza para imponerse en esas chiquilnadas... y hasta el momento no había pensado en eso de otro modo que no fuera como debilidad femenina.

Ahora lo veía como una virtud. Se retrajo, dejó que Chelsea ocupara el colchón y puso distancia hasta ocupar la silla. Aún sonreía, pero era una sonrisa repleta de preguntas y confusiones. ¿Por qué se sentía tan bien la fragilidad de Chelsea?, ¿por qué ese cuerpo menudo le parecía tan perfecto? Estaba seguro de que su padre no se refería a «esa clase de daño» cuando hablaba de su relación con la joven Gibbon, no aludía a temas físicos. No, nadie en su entorno mencionaba el asunto a viva voz.

Chelsea también sonreía, algo sonrojada por el esfuerzo, y se irguió para recuperar la compostura. Alisó su camión y cerró aún más el salto de cama.

—Thomas, debemos descubrir a qué reflexión espera tu padre que llegues, así se la dices y te dejan en libertad. Me aburro demasiado. —Se mordió los labios para impedir que formaran el mohín del que el joven Webb se había burlado segundos atrás. No sospechaba que Thomas era incapaz de volver a observar sus gestos delicados con diversión—. Si hasta tomé prestado un libro de filosofía de la biblioteca. —Sus manos fueron en dirección a la pila de tomos del muchacho. Le gustaba más lo que le enseñaban a él, no eran cartas y partituras. Leyó «Economía y reforma agraria», «Monarquías parlamentarias y otras formas de gobierno», «Colonias británicas, tomo III, Las Indias». Los devolvió a su sitio, al sentir que su desconocimiento alimentaba la ira. ¿Por qué ella no podía aprender esas cosas?

—De nada sirve —masculló Thomas. Cambió de lugar para sentarse junto a Chelsea y le regresó uno de los libros a sus manos. «Monarquías parlamentarias y otras formas de

gobierno»—. Si cuando salgo de aquí, vuelvo a comportarme como antes, lo que implica ser tu amigo, me volverá a recluir. Y así, hasta el infinito, o hasta... no sé... —Dejó que su espalda tocara el colchón y su vista se perdiera en el cielorraso—. Al parecer mi amistad te hiere, Chelsea, aunque no haya descubierto por qué.

—No es verdad, Thomas. Jamás me lastimarías... —Se recostó a su lado y lo imitó. Abrazó sobre su pecho el libro que el joven Webb le había entregado—. ¿Sabes?, mi padre se ha enojado en el viaje, y dejó escapar una frase sincera, lo único que ha arrojado algo de luz a todo este asunto...

—¿Ha sido sincero? ¡Oh, de seguro la sociedad no aprueba eso! —ironizó Thomas. Giró su rostro para observar a Chelsea de soslayo, ella hizo lo mismo y compartieron miradas y sonrisas.

—Te aseguro que no. Mi madre por poco lo ahorca. —Rieron—. Pero lo que ha dicho... creo que nuestra amistad no sería del agrado de mi futuro e imaginario marido —confesó.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Quieren que me case con algún adinerado hombre, según ellos, por mi bien; el problema es que estos adinerados hombres tienen una lista interminable de virtudes que esperan en una buena esposa, y la rebeldía, mi incapacidad de escribir cartas y mi amistad contigo no entran en esa lista.

—Pero... —Thomas se desesperó, sintió que algo lo estrangulaba, como si su ayudante de cámara hubiera ajustado por demás la pañoleta. ¿Un esposo?, ¿ya? Eso sí sería perderla, no sería ni siquiera una señorita, con todo lo que aquello implicaba; sería una ¡señora!, señora de... de un propietario. El horror se apoderaba del joven Webb, más cuando contemplaba la resignación de su amiga ante, en su opinión, terrible destino que la asechaba. ¡Demonios!, si ni Daphne, su hermana, se había casado por no hallar el amor. ¿Casarían a su amiga con un hombre al que no amara?—. Chelsea, con más razón, no pueden hacerte esto —proclamó—, no pueden...

—Thomas...

—Y yo sintiendo que a mí me han robado mi receso y mis días libres, cuando al menos tengo años por delante...

—Por eso mismo, debes convencer a tu padre de que has aprendido la lección, así podremos al menos aprovechar este verano. —La angustia de la muchacha lo aguijonó.

—Me encargaré de eso, pero no será lo único que hagamos, Chelsea. ¡Al demonio!, mañana iremos a pescar, el lago es tu lugar preferido...

—No puedo, mañana las damas irán al pueblo, al parecer armarán más puestos en el mercado y...

—Y con más razón, nadie se enterará. —Acomodó su peso sobre el codo, la observó. No debió hacerlo, el pensamiento de que el futuro e imaginario esposo de Chelsea era un jodido afortunado lo invadió en un ramalazo demasiado próximo a los celos—. Yo me encargo de todo, tú solo busca una excusa para quedarte, ¿sí? Salvo que prefieras ir al mercado en lugar de al lago... —intentó bromear como antaño.

Ella se sumó al intercambio de simular que prefería cualquier cosa en lugar de su compañía. Lo llamó aburrido, soso y solo preferible ante tardes de lluvia y bordado. Él fingió ofensa, a sabiendas de que Chelsea había accedido a su plan.

—Está bien, está bien... —concedió—, no prometo nada, mi madre está muy atenta a todo lo que hago. Lo intentaré, ¿sí?

—Tras el mediodía en el lago, allí te esperaré —dijo él—, ahora vete —ordenó al ver que la negrura de la noche empezaba a teñirse de púrpura—, los sirvientes se levantan en breve, y aunque son discretos, no quiero poner en jaque su lealtad. Soy encantador e irresistible, pero mi

padre les paga el salario. —Le guiñó un ojo bajo el umbral de la puerta. Cerró la misma unos segundos, hasta sentir que Chelsea se alejaba y volvió a abrirla, por el impulso de asegurarse la ausencia de peligro. ¿Desde cuándo era tan protector? No pensaría en ello, el amanecer se acercaba y había dormido poco, le dedicaría unos segundos de reflexión por la mañana; si la ansiedad de escaparse con Chelsea le permitía pensar en otra cosa, claro.

En cuanto divisó a Thomas, los temores se disiparon. Había hecho el trayecto desde la mansión al lago temblando. Miraba a ambos lados, se sobresaltaba por el vuelo de los pájaros, el movimiento entre las ramas, el sonido lejano de un galope. Estaba convencida de que, en cualquier momento, su madre o su padre aparecerían —peor aún, lord Arthur Webb— y descubrirían el plan. Ya se vislumbraba siendo expulsada de las tierras del condado, mientras Thomas era aislado de por vida. Una especie de cuento de hadas a la inversa.

Nada de eso sucedió, y la imagen de su amigo sobre una manta, con una canasta a su lado y la caña fija entre las rocas, la hizo olvidar de todo. Casi de todo, pues fue incapaz de borrar de su mente el cuadro de Thomas sin camisola la noche anterior. Aún no entendía por qué aquello la perturbaba tanto y, por eso, no ahondaba demasiado. Mejor era dejarlo pasar, más si pretendía mantener la amistad intacta con el muchacho. Se suponía que de eso se trataba, ¿no?, de rescatar los veranos pasados y aprovechar cada momento presente hasta que el inevitable destino de una señorita los separara para siempre.

Thomas pareció percibirla antes de que se hiciera visible y se giró hacia ella. Sus labios se curvaron, y los ojos celestes resplandecieron. Le hizo señas de que se acercara, al tiempo que se incorporaba sobre la manta para darle espacio. Chelsea se aproximó y acomodó su cuerpo sobre el resguardo de la tela y el verde césped, su falda dibujó un medio círculo a su alrededor.

—¿La señora Roosevelt? —preguntó por la chaperona asignada, y la picardía se dibujó en su rostro.

—Duerme, al parecer el joven lord Thomas le recomendó un té de hierbas para sus nervios. Una de las ayudantes de cocina se lo aproximó tras el almuerzo. —Chelsea lo escrutó con fingida censura.

—Me preocupé por la anciana mujer, es evidente que sus nervios la aquejan. —Carcajearon ante la idea, la señora Roosevelt era la persona menos propensa a ataques de histeria que jamás hubieran conocido. En una ocasión lo habían conversado, la mujer había llegado a esa edad porque vivía lento, y cada año de ella eran tres en alguien normal—. Te dije... —Se dejó caer sobre la manta—, soy encantador e irresistible, los empleados guardarán el secreto.

—Me pregunto qué sucederá el día que no te salgas con la tuya. —Chelsea levantó el paño que cubría la canasta, el chef los había consentido de más. Tenían limonada, panecillos recién horneados, queso y un apartado especial para los dulces. Thomas al ver que dudaba entre lo correcto y lo deseado, capturó una de las masas dulces y la colocó en manos de la muchacha.

—Espero no averiguarlo jamás. Ven... —La instó—, preparemos tu caña de pesca.

Con movimientos calmos, tensaron el cordel, colocaron el anzuelo y la carnada, y Thomas se posicionó detrás de ella para lanzarlo al lago y así conseguir mayor distancia. Una vez más, a diferencia del pasado, no existió pullas entre ellos. El joven lord no la desafió a probar quién lanzaba más lejos, quién pescaba más o quién ganaba el premio mayor. De pronto fueron conscientes de que aquel picnic era solo una excusa para estar juntos, y en lugar de batallar con las preguntas incómodas, se permitieron disfrutar.

Regresaron a la manta, Thomas pellizcaba la miga del pan mientras Chelsea atacaba los dulces sin piedad ni pudor. Encontrarse en ese estado de relajación quitaba todo el peso que acarreaban

en los hombros sin saberlo. Eran jóvenes, y las responsabilidades no se comparaban con la de los adultos, sin embargo, allí estaban, atosigándolos. La señorita Gibbon olvidó por un instante lo que se esperaba de ella, el matrimonio, la vida doméstica y el conformismo; el joven lord barrió a un lado las presiones del condado, la preparación para ser el próximo heredero y lo que implicaba en sus relaciones y amistades.

El calor a esas horas era agobiante. Thomas ya se había quitado las botas y la pañoleta, y no dudó en sumar su chaleco y arremangar los pantalones cuando el sol los atacó sin piedad en esas horas próximas al mediodía. Chelsea no podía quitarse prendas con tal facilidad. El vestido celeste era de una pieza y no contaba con un chal, el cuello alto le hacía picar con las puntillas, y lo único que pudo hacer a un lado en pos de la comodidad fueron los zapatos. No dejaba de abanicarse un segundo. Thomas constató las cañas y regresó a su lado, ella retomó la conversación para no pensar en lo agobiante del calor; no quería que el clima pusiera fin al encuentro.

—Esta mañana leí algunas páginas del libro que me has dado, el de monarquía parlamentaria... —dijo, bebió un sorbo de limonada—. ¿Crees que soy tonta, Thomas? Sé sincero, por favor.

—¿A qué viene esa pregunta?

—No has contestado. Sí, por supuesto piensas que soy tonta.

—No, en absoluto, y como no lo creo ni una pizca, me sorprende que tú sí lo pienses. Insisto, ¿a qué viene esa pregunta? —Thomas rodó para ponerse de lado, parte de la falda de Chelsea quedó bajo su cuerpo. La moda parecía ser eso, un límite de tela que marcaba con precisión hasta dónde un hombre se podía acercar a una mujer. El muchacho había traspasado la frontera.

—A que ayer no sabía qué leer, y encontré un libro de filosofía de un tal Kant. Hablaba de ética y no sé qué más... pensé que iba a arrojar un poco de luz a todo el asunto del decoro con el que tanto insisten, pero... —Thomas le hizo señas de que siguiera—, pero no entendí nada. Nada de nada, ni una palabra. —La carcajada de Thomas la hizo sonrojar, y no por el calor, por la vergüenza—. No te rías de mí... ¡En serio!

—No me río de ti, Chelsea —Sus labios seguían curvos y sus ojos relucían por las lágrimas de diversión—, me río contigo. —Volvió a carcajear, al ver que la muchacha no le encontraba la gracia, se explicó—: Nadie entiende a Kant o Hegel. ¡Por Dios...! ¡Nadie entiende a los alemanes en general! Estoy convencido de que nos dan filosofía en Eton solo para aplacarnos la soberbia —insistió—. «No se crean tan listos, lores británicos, siempre existirá un alemán que los maree».

Chelsea se sumó a las risas en esa ocasión, con una cuota de alivio.

—Como sea, el de formas de gobierno me fue más fácil.

—Ya lo ves...

—Pero solo porque entiendo «nuestra forma» de gobierno, y en parte la francesa. De todos modos, cuando analizan las constituciones... uff...

—No eres tonta, Chelsea, solo has empezado por libros muy avanzados. Antes de llegar a Kant, debes estudiar desde los primeros filósofos, al menos los que dan inicio a lo que hoy llamamos filosofía: Sócrates, Platón, Aristóteles... Empezar por Kant es ir directo y sin escala a la frustración.

—A ti te enseñan todo lo divertido. —Thomas volvió a reír con ganas.

—Solo tú puedes decir que Aristóteles es divertido.

—De verdad —se quejó la muchacha—, dices eso porque no pasas horas escribiendo cartas y practicando partituras. —El lamento la hizo fruncir el entrecejo—. ¿Crees que es un defecto que quiera saber?, ¿que ningún esposo me querrá si leo filosofía?

Thomas se sumó al ceño fruncido, pero por motivos diferentes. Le molestaba que Chelsea hablara de matrimonio, de futuro esposo. Le irritaba, demasiado, que eso aquejara la vida de su amiga hasta sumirla en pensamientos tristes; más aún, lo violentaba atestiguar cómo la joven Gibbon limitaba sus gustos e intereses en pos de hallar un esposo.

—No puedo hablar por los demás, ya ves, estoy castigado por no comportarme como ellos. — Encogió los hombros; a él también lo aquejaba todo el tiempo el futuro que parecía hallarse próximo—. En lo personal, no me agradaría tener una esposa con la que no pudiera hablar más que de moda o cotilleos sociales... —Chelsea le sonrió, aliviada por su opinión, y Thomas se petrificó al sentir que sus propias palabras impactaban en él hasta convertirse en un eco burlón resonando en su hueca cabeza.

¿Cómo no lo había visto antes? Esa era la solución a todos sus problemas: Chelsea. Y él podía ser la solución a los de ella. ¡Era perfecto!, ¡ella era perfecta! La observó abanicarse una vez más, rebuscar entre los dulces de la canasta y la dicha que lo embargó fue absoluta.

Si se casaba con ella, si él se convertía en ese futuro e imaginario esposo con dinero, los dos serían felices por siempre. Vivirían un verano eterno, que no dependería del sol. Algunos serían junto al lago, con limonada y dulces, y otros los pasarían frente al hogar, con la nieve acumulándose en las ventanas. Pero todo el año sería verano junto a Chelsea.

Ella no tendría que preocuparse por escribir cartas, ni practicar partituras. Nada podía importarle menos a Thomas; por el contrario, la visualizaba en la biblioteca de su casa de Londres, trepada en la escalera para alcanzar los libros ocultos en lo alto, y los leerían cuando él estuviera cansado de sus responsabilidades. Cada noche tendría un refugio junto a Chelsea, no una vez al año, y nadie podría decirles cuán apropiado o decorosa era su relación.

La observó en detenimiento. La conocía tanto que nada parecía nuevo en ella y, sin embargo, todo lo era; como si hubiera observado una escultura siempre de frente y un buen día cambiara la perspectiva. Hallaba en ella cosas fascinantes que no había notado antes, y otras que antaño le resultaban graciosas y, ahora, hermosas.

Chelsea hablaba, le rogaba que confeccionara una lista en orden de libros para dejar de sentirse «tonta». Él accedía, con un asentimiento constante de cabeza. No era capaz de decirle que no a nada, y tuvo que contener la carcajada que le nacía en el pecho y le cosquilleaba en la boca del estómago. Hacía tan solo unos pocos minutos Chelsea había preguntado ¿qué sucederá el día que no te salgas con la tuya?, la respuesta la tenía ella misma. Era su amiga la única capaz de imponerse a sus caprichos, estaba seguro.

Estaba embobado con Chelsea, la observaba con embeleso. ¡Oh, Dios, ya parecía Colin con su esposa!, y saber que se había burlado hasta el hartazgo de su hermano. No se arrepentía para nada de beber de su propia medicina, pues claro, Chelsea no era Emily. Chelsea era Chelsea, única, su mejor amiga y, además, perfecta, y bella, ¿y ya había dicho única?

Thomas era un convencido, lo que él sentía no lo había sentido nadie antes. Porque solo lo podía provocar Chelsea, lo consideraba un don de ella, un poder que ejercía sobre él. ¿Quién más poseía esa boca de labios no muy llenos, con el arco de cupido no muy marcado?, ¡demonios!, ¿quién más podía hablar de la alegoría de la caverna sin dormirlo?

—¿Me estás escuchando, Thomas?

—¿Eh? —preguntó desorientado. Su nombre pronunciado con esa voz melodiosa lo trajo a la realidad.

—¡Thomas!, no me estabas escuchando.

—Claro que sí, hablabas de filosofía. —La vio abanicarse una vez más. Se estaba rostizando con ese vestido celeste cerrado. Ya casi no quedaba limonada, y si no hacía algo en breve,

tendrían que regresar. No quería regresar, no podían ponerle fin a la tarde—. Ven, vamos a nadar —propuso—. Hace un calor letal, y te vas a brotar si sigues así.

—No lo sé, Thomas... —Chelsea miró a ambos lados.

—Nadie vendrá. Tienen más de una hora desde el pueblo, y créeme, pasarán todo el día allí.

—Tu padre no fue... —insistió la muchacha. Lord Webb era quien más temor le infundía, no por ella, por su amigo.

—Porque está encerrado en el despacho haciendo negocios. Nadie nos verá, lo prometo. —Comenzó a quitarse los pantalones—. Yo pienso hacerlo, es tu decisión si prefieres morir de calor aquí o sumarte. —No tardó en quedar en ropa interior y camisa. Así, sin un rastro de pudor, caminó por entre las resbaladizas piedras hasta que el lago se hizo profundo y quedó cubierto hasta el pecho por el agua—. Ten cuidado con los anzuelos, están bastante lejos, pero... —Hundió la cabeza y al sacarla, acomodó los mechones rubios, ahora dorado intenso, hacia atrás. Sus facciones quedaron al descubierto sin la suavidad que le brindaban las ondas. Chelsea pensó que no había un muchacho más atractivo que Thomas, con los pómulos tan altos y filosos, la nariz recta, los ojos más celestes que el cielo y esa sonrisa perenne.

—Bueno, pero no haremos carrera, ¡y no se te ocurra salpicarme! —amenazó la muchacha—, ya conoces mi oscuro secreto, mis ondas no son reales, y si se desarman... ¡oh!, estaré en serios problemas.

Thomas rio de buena gana, no dejaría de molestarla jamás con esos ridículos lazos que usaba para peinarse. Otra cosa que iría a la lista de beneficios, Chelsea no necesitaría peinarse si no quería; a él le gustaba con o sin rulos, y siendo la próxima condesa de Sutcliff podía imponer la moda de usar el cabello lacio, largo, hasta los omóplatos, como una cascada que invitaba a enredar los dedos en ella y... ¡Thomas!, se reprendió. Cerró los ojos y se maldijo un poco más.

Si su padre se enteraba cómo era que había conseguido la ansiada reflexión, lo castigaría de por vida. Al fin comprendía lo que su padre advertía, no era «apropiado», porque Chelsea no era su esposa. Pero eso tenía solución, en unos años, y entonces, ¿qué hombre le reclamaría su comportamiento? No habría otro hombre en la vida de Chelsea. Punto.

Intentó con todas sus fuerzas retener en la memoria la imagen de Arthur Webb tras el escritorio, reprendiéndolo, porque si dejaba a su mente vagar, iría en dirección a Chelsea y en que no era correcto mirar. La muchacha batallaba con los botones de su vestido, y no fue la falta de caballerosidad lo que mantuvo a Thomas sumergido. Una vez retirada la prenda, Chelsea permaneció con el miriñaque, las enaguas, la camisola y el corsé. El joven lord ya no pudo pensar en nada más.

Bueno, sí. Pensó en que era un genio al haberse dado cuenta de que debía casarse con ella. Más allá de todo lo analizado, no pudo descartar la vanidad entre los beneficios de su decisión. ¡El mundo entero lo envidiaría por la excelente elección!, y él se pasearía orgulloso, guardando para sí el secreto de que Chelsea era mucho más que esa hermosa muchacha que...

Que se quitaba el corsé.

Se sumergió una vez más, y contó cuántos segundos aguantaba bajo el agua. Bien... eso sí que nadie se lo había explicado en detalle. Tenía algunas experiencias previas, y sabía reconocer las respuestas de su cuerpo, hacía algunos años que le sucedía, pero no sabía que podía ser de ese modo. Dejó escapar el aire hasta que formó burbujas a su alrededor.

Chelsea permaneció con la camisola, una de las enaguas y los pololos. Todo lo que tenía metal fue hecho a un lado por los motivos evidentes: el óxido y la rigidez. De solo pensar que el corsé podía ser aún más tieso, le hizo optar por la practicidad en lugar del pudor. Una vez lista, se apuró a adentrarse en el agua para que Thomas no la viera así.

En las zonas de baño, como las playas o las aguas termales, los caballeros y las damas no compartían el espacio, apenas se veían a lo lejos. Allí estaban frente a frente, como cuando eran niños. Ahora no lo eran.

Thomas asomó la cabeza por fuera del agua, y la movió de lado a lado, salpicando a Chelsea.

—¡Te lo advertí! —se quejó la joven y le arrojó agua. Corrió lejos de él, con la intención de ponerse al resguardo. Thomas se acercó, actuó de modo amenazante solo para hacerla reír, mientras se dejaba mojar por ella—. ¡Chelsea, espera! —advirtió al ver que se acercaba a los anzuelos, la muchacha pensó que era una trampa y se alejó más de él—. Te lastimarás...

No había tiempo de convencerla; tantas veces de jugar a tenderse emboscadas pesaba en su contra. Se zambulló y nadó rápido hasta alcanzarla, la tomó por la cintura, desde abajo del agua antes de salir a la superficie.

—Oh, demonios —masculló ella, al darse cuenta de que tenía el anzuelo enredado en su enagua—, ¿cómo explicaré esto?

Thomas le quitó el filo de la tela, sin que le importaran las justificaciones. ¿Y qué si había nadado con Chelsea?, se dijo, ¿y qué si el mundo lo consideraba inapropiado?

—Lo que importa es que no te hayas lastimado —insistió. Aún tenía una mano en su cintura, ella observaba la rasgadura en su enagua y Thomas lanzó el anzuelo lejos de ellos. Ya no tenía carnada, y tampoco le importaba si picaba o no, él ya tenía lo que había ido a buscar. La tenía justo allí, entre sus brazos.

Chelsea alzó la mirada, pretendía decir algo sobre las posibles explicaciones que daría; ninguna palabra salió de sus labios, la intensidad de los ojos de Thomas la paralizó. Quedó cautiva de ellos, como los peces de los anzuelos, completamente atrapada. Solo que ella no se retorció, ni buscó escapar. Quiso quedarse así por siempre.

Cuando sintió que la mano de Thomas viajaba por su cintura, su brazo, su hombro, su cuello hasta detenerse en el mentón, cogió aire. Elevó más el rostro como muestra de muda aceptación, y dejó que su amigo tomara la determinación de cambiar el matiz de su relación.

Todos lo habían sabido antes que ellos, ese era el verano que ponía fin a la niñez. Thomas unió su boca a la de Chelsea, izó la bandera con su nombre en ella. El primero y el último. La instó a abrir los labios, a compartir la respiración. Se atrevió a avanzar con su lengua, apenas, para rozar la comisura de Chelsea, palpar la textura de sus labios; ella hizo lo mismo, como una buena aprendiz, y ambas lenguas se tocaron, generando una corriente intensa en sus cuerpos inexpertos.

Tomaron distancia, sorprendidos por la sensación despertada. Se observaron por unos segundos, evaluaron las reacciones, los miedos y ansiedades, y los arrojaron lejos, como supo hacer Thomas con el anzuelo. Allí, donde no hicieran daño ni molestaran. Se acercaron una vez más, ya sin dudas, y volvieron a besarse.

Las manos de Chelsea lo rodearon por el cuello, enredó sus dedos en los mechones húmedos y se pegó más al pecho firme del muchacho. Él la aproximó desde la cintura, deleitándose de la forma en que ese cuerpo menudo se acoplaba al suyo con facilidad. Quería más, quería todo, y tanto lo ansiaba que supo que debía detenerse. Separó sus labios apenas, y acarició los de ella con el pulgar. ¡Al demonio!, solo un poco más se dijo, y volvió a apoderarse de la situación.

Chelsea también se embebió de la novedad. Era Thomas, su Thomas, y siempre lo sería. No conocía la vida sin él, le parecía natural ese cambio, a diferencia de los otros miles que le resultaban forzados. Era como su propio cuerpo... mutaba, mostraba una nueva forma, pero seguía siendo el mismo. Así era su relación con Thomas, sus sentimientos hacia él. Más maduros, más complejos, más intensos, pero los mismos.

—Ven —insistió él. Batallaba contra sus necesidades físicas y, en parte, contra las de Chelsea.

La capacidad de refrenarse siempre estaría en él, sobre todo cuando de priorizar a la señorita Gibbon se trataba—. Salgamos, así podemos secarnos un poco antes de que debamos regresar.

Abandonaron el lago tomados de las manos. Thomas iba a la cabeza, tanteando las piedras y advirtiendo los peligros. Se acomodaron una vez más en la manta, el calor que sentían no tenía nada que ver con el sol.

Chelsea intentó vestirse, aún estando mojada, al percatarse de las transparencias. Thomas la detuvo, le alcanzó su chaqueta para que se cubriera.

—Me será más fácil a mí explicar por qué está húmeda. —La rodeó con ella, y permaneció con los brazos en torno a la muchacha.

Les restaba una hora antes de regresar. La aprovecharon con más besos y algunas inevitables caricias. Se abrazaron, permanecieron recostados por un buen rato, sin necesidad de llenar silencios con palabras que no bastaban.

Si compartir aquello era parte de ser una señorita y un caballero, entonces pagarían gustosos el precio social. Arthur y Faith tendrían lo que deseaban, serían los más correctos jóvenes de la sociedad; siempre y cuando contaran con el refugio el uno del otro.

Tras la tarde junto a Thomas, todo cobró sentido para Chelsea. Observaba a su entorno y los labios se le alzaban desde las comisuras en un gesto de irónica felicidad, como si al fin alguien le hubiera explicado una broma que hasta el momento se gestaba a sus espaldas.

Empezaba a encontrarle la gracia. Los lores y ladies, las damas y los caballeros, se movían a su alrededor con fingido decoro. Porque eso era el decoro, lo había descubierto al fin, era una farsa desarrollada por los hombres y mujeres para proteger sus secretos; secretos que ahora ella también tenía y debía cuidar. Mientras más tieso era el corsé, mientras más ajustada era la pañoleta de ellos, más era lo que tenían para resguardar.

Un día entero tardó Thomas en convencer a su padre de que las horas de reflexión habían dado resultado. Al dejar su recámara, lo hizo con el chaleco impecable, la camisa abotonada hasta el cuello y la pañoleta aprisionando su nuez de adán sin piedad. También sus ondas lucían tirantes, nada en él estaba fuera de lugar. Se convirtió en el perfecto caballero esperado.

La educación recibida durante tantos años hizo lo demás. Sin proponérselo, se sumaron a la puesta en escena que era la sociedad, como una pareja de bailarines que deciden danzar cuando la música ya ha comenzado e intentan adentrarse entre los demás sin romper la armonía. Así ingresaron al cuadro conformado por los invitados del conde de Sutcliff, y con ellos como testigos, transformaron su juego infantil a juego de adultos: iniciaron un cortejo. Un evidente, nada disimulado pero por completo apropiado cortejo. Nada en su accionar era reprochable.

Al menos, nada de lo que dejaban ver. Los corredores de la mansión, los rincones laberínticos de los jardines, las oscuras sombras cerca de las caballerizas contaban otra historia. Una de besos robados y corazones desbocados. De despedidas con promesas a futuro.

Thomas reía de sí mismo, sus carcajadas alcanzaban a Chelsea y la hacían reír con él.

—Me he convertido en esos petimetres de los que tanto me burlaba... —le susurró para que los demás no lo oyeran. Desayunaban en el salón comedor, con los invitados a su alrededor, y mantenían forzosa distancia. Uno a cada lado de la mesa, con sus tazas de té, los huevos escalfados y las tostadas con mantequilla. Tras su confesión personal, dejó escapar en un tono normal de voz—: Sería agradable, señorita Gibbon, si luego del desayuno nos deleita con algo de música.

—Será un placer —accedió, con un leve sonrojo. Marion y Faith cruzaban miradas, pero, ¿qué podían decirles? Las aclaraciones debían venir acompañadas de duras confesiones, y las mismas solo arrojarían dolor a sus hijos. Todo aquello que una madre desea evitar para sus retoños sucedía frente a sus ojos.

Thomas estaba decidido a aprovechar cada minuto de sus vacaciones junto a Chelsea, y si debía comportarse de ese modo e inventar actividades adecuadas, lo haría. Cantaría con ella tantas canciones como tuviera el repertorio, jugaría a los naipes, sumaría ajedrez, damas y backgammon, recorrería junto a ella cada metro de jardín bajo la penetrante mirada de las matronas y comentaría tantas veces como fuera necesario «¡qué buen clima!, ¿ha visto usted un verano más gentil que este, señorita Gibbon?». Nada de eso importaba, si lo compensaba con los besos robados, los encuentros fortuitos y la certeza de que era temporal.

Chelsea estaba radiante, feliz. Olvidó las discusiones de sus padres, las obligaciones de

señorita, la amenaza matrimonial que pendía sobre su cabeza; en su mente revoloteaba una bandada de pájaros y en su estómago las abejas polinizaban sensaciones nuevas. No le incomodaban los murmullos que en ocasiones le acariciaban el oído y que arrastraban el nombre de Thomas enlazado al de ella. Susurros que hablaban de imposibles y falsas ilusiones. Al contrario, cuando los oía, erguía la espalda, alzaba el mentón y dejaba que el miriñaque se bamboleara con gracia a su alrededor, que la fachada ocultara su verdad. Thomas Webb no era imposible para ella y las ilusiones eran reales, compartían besos, abrazos, caricias y promesas.

Se sentaron juntos al piano, cantaron por horas hasta el almuerzo, y luego Faith insistió en que era mejor dejar al joven lord descansar, de seguro ella prefería aprovechar a leer algo de la amplia biblioteca del conde. Chelsea le hizo caso, sin discutir, poniendo aún más en evidencia el cambio de carácter. La señora Gibbon se maldecía a sí misma, y cavilaba la posibilidad de regresar a Londres antes de lo previsto. Lo único que la retenía era que Marcus estaba trazando negocios con Sean Walsh, un americano que trabajaba en los ferrocarriles, y esa podía ser la última posibilidad de salvación económica que tuvieran.

El sol se proyectaba por delante de la casa de campo y la sombra ocupaba gran parte de la terraza trasera. Chelsea se acomodó a leer Dickens en un banco alargado, junto a las macetas rebosantes de flores. No le daría otra chance a Kant hasta que Thomas no le entregara la lista prometida de lecturas, y ya había terminado el de formas de gobierno; consideró que un poco de evasión le vendría bien.

Volvía a lucir el vestido celeste, no tenía demasiados y ese se había convertido en su preferido. La falda era amplia, le permitía flexionar las piernas debajo sin perder la gracia de una postura regia. Así la encontró Thomas, su cuerpo se dibujó a contraluz y el sol pareció nacer en su cabellera. Le sonrió, había estado esas horas en el despacho del conde, estudiando y simulando que no tenía quejas de ningún tipo. Las miradas de las matronas de la sociedad se posaron en ellos, obligándolos a mantener las formas.

—¿Qué lees?

—El libro de Dickens que he dejado a la mitad. —Lo cerró e hizo a un lado, y le dedicó su atención a él. Se iluminó con su sola presencia, le parecía increíble no haber notado la belleza de Thomas hasta entonces, o al menos, no como lo hacía ahora. Una rara punzada se fijaba en la boca de su estómago cuando se percataba del modo en que las féminas lo observaban, con ese interés mal disimulado y una evidente especulación a futuro. Era joven, y aunque Chelsea no hubiese perdido del todo la inocencia, sus instintos le gritaban la verdad: las damas se disputaban ser quien iniciara al joven lord en los placeres de alcoba.

Quería gritarles que no lo conseguirían, y como bien había aprendido, en cada ocasión en que sentía que sus pasiones se alborotaban, recurría al porte rígido.

—Pues seguirá a la mitad. —Se lo quitó de las manos, sin que entre ellos se desatara una disputa física. Las verbales eran apropiadas durante el coqueteo.

—Eres un déspota.

—Me declaro culpable, su señoría, pero uno de los más divertidos. Quiero que leas para mí, Chelsea —pidió, y su rostro angelical desmentía lo autoritario de su demanda. Siempre se salía con la suya, y a ella, en el fondo, le agradaba darle los gustos.

—¿Por qué haría eso?, ¿por qué no mejor lees tú para mí?

—Porque mi voz es ronca. —Hizo un gesto de desagrado—. En cambio, la tuya es hermosa.

—Los halagos no funcionan conmigo.

—Mientes, mis halagos siempre funcionan contigo. —Aprovechó que le daba la espalda a las

mujeres reunidas en la terraza para guiñarle un ojo—. De todos modos, he sido precavido, me temía una negativa de mi díscola señorita Gibbon.

—¿Y cuál ha sido esa precaución?, claro, además de robarme el libro. —Rio.

—Ofrecer una lectura mejor. —Expuso el ejemplar que sostenía con su mano izquierda. *The Poor Pensioner* de Holme Lee.

—¿Holme Lee? —preguntó Chelsea. Contuvo la risa, en general se consideraban novelas para damas y tenían una gran aceptación en la sociedad. De hecho, ella poseía algunos libros de su autoría, Faith los disfrutaba mucho—. No te hacía de esa clase de novelas.

—Porque no lo soy. —Extendió el libro, y antes de que Chelsea lo cogiera, lo puso al resguardo tras de sí—. No, no... acepta leer para mí. Recuerda, lord Thomas Webb siempre se sale con la suya.

El cruce de palabras había despertado su interés, accedió, incluso si eso significaba releer una de las historias que más conocía. Thomas depositó el tomo en manos de Chelsea y se sentó a su lado, respetando la frontera de su falda. Lady Marion los vigilaba de soslayo, casi a la espera de una travesura que pusiera fin a ese inocente coqueteo; más cuando Lady Eloisa comentó algo sobre las primeras decepciones amorosas y procedió a contar cómo ella había sido cautiva de un barón en su primera temporada. ¡Oh, cuánto le había costado superarlo! La condesa tuvo que digerir la anécdota con una dosis extra de limonada y unas inmensas ganas de agregarle whisky.

Chelsea, bajo el escrutinio severo de las demás mujeres, embajadoras del decoro como las llamaba su madre, abrió las solapas de *The Poor Pensioner* para encontrarse con otra historia completamente diferente. Madame Bovary. Intentó contener la sorpresa, su cuello se movió en un gesto delicado hacia su amigo, que lucía la expresión misma de la santidad. Él arqueó una ceja, y ella se mordió para contener la sonrisa.

—Eres incorregible, Thomas. —Dicha novela supo ser censurada en Francia, y su autor enviado a la corte bajo los cargos de ofensa a la moral pública y a la moral religiosa. Si bien fue absuelto, se consideraba una lectura impropia de una dama, más si esta era soltera, joven e impresionable.

—Oh, no. No acepto que se me adjudique el pecado —se defendió.

—¿En serio?, ¿y de quién más puede haber sido idea?

—No todas las travesuras tienen mi nombre, revestir los libros con otras tapas es autoría de mi querida hermana Lady Daphne. —La picardía se traslució en el brillo de sus ojos claros—. Yo solo he hecho lo que me correspondía como hermano.

—Ser su cómplice... —adivinó ella.

—¡Por supuesto que no! —Rio—. Extorsionarla con contárselo a nuestros padres si no hacía todo lo que yo quería. Señorita Gibbon, siento que me repito, ¿no lo dejé claro ya? Siempre me salgo con la mía. Ahora exijo su parte.

Chelsea asintió, en su fuero interno lo reconocía, sumarse a las ideas de Thomas era lo más excitante que hubiera experimentado en su corta vida. Lecturas prohibidas, besos furtivos y esa idílica sensación de rebeldía. Desafiar las normas bajo las propias narices de quienes las dictaban. Ante ellos, leían *The Poor Pensioner* y mantenían la distancia, debajo de esas falsas solapas de vestidos encorsetados y modales comedidos, refulgían con la osadía y peligrosidad de Madame Bovary.

Abrió el ejemplar y pasó las primeras páginas hasta dar con el inicio. Thomas se recostó sobre el banco, con su cabeza en la superficie, apenas rozando la falda celeste, y las piernas pendiendo del apoyabrazos.

—*Nos encontrábamos en clase cuando entró el director...* —leyó con su melodiosa voz. Al

joven lord le obsequiaba una inmensa paz, le gustaba el modo en que Chelsea impostaba las voces para remarcar cuando hablaba un personaje u otro, y conseguía una inflexión que te mantenía al vilo en la historia. El relato lo acunó, cerró los ojos y elevó una promesa muda, la vida de Chelsea jamás estaría plagada de falsas expectativas, carencia de pasiones y un aburrimiento que la arrojara a brazos de un amante. Sentía pena por la protagonista de la historia, al tiempo que elevaba la admiración que profesaba hacia su hermana. Lady Daphne había leído ese libro y aprendido muy bien, no se casaría por mandato social para luego ir mendigando la felicidad por los rincones.

Chelsea tampoco lo haría.

—...*No era aquel el yerno que hubiera deseado...* —continuó la joven e intentó quitar dramatismo a ese fragmento en el que se hablaba de la dote y lo poco atractivo de pactar un matrimonio por razones tan distintas al amor. En un gesto mecánico, la mano de Chelsea viajó hacia los cabellos de Thomas, que estaban tan cerca de su regazo, y los acarició; palpó la suavidad de esas ondas bajo la yema de sus dedos y sintió que los miedos se disipaban. Prosiguió con la lectura y las caricias, hasta que el muchacho le puso fin, antes de que alguien se atreviera a catalogar esa demostración de afecto como excesiva. Tomó la mano de Chelsea, y depositó sobre cada nudillo un beso. La hizo a un lado, y aguardó al cruce de miradas para dejarle saber que no era desprecio, sino protección.

Dieron por finalizada la tarde de lectura cuando el sol se escondía y la luz no era apropiada. Antes de alejarse por completo, Thomas le susurró.

—Página ciento quince... —y se marchó.

Chelsea avanzó las hojas hasta la indicada y entre ellas halló una nota: *Esta noche, a las dos de la madrugada, en la biblioteca. T.W.*

Guardó el papel en el discreto bolsillo oculto en su falda. Allí estaría, era la última noche en la casa de verano y no tenía intenciones de pasarla durmiendo. Dormiría en Londres, a la mansión de los Sutcliff había ido a soñar despierta.

Antes de poner un pie en la biblioteca, unos brazos que conocía muy bien la rodearon por la cintura.

—Chelsea... —Su nombre en labios de Thomas provocaba que las mariposas en la boca de su estómago se pusieran furiosas. Ya no se les dificultaba llamarse señorita y lord en público, porque sabían que se reservaban Chelsea y Thomas para esos instantes robados.

Ella no pudo pronunciarlo, porque los labios del muchacho sellaron los suyos con un beso y otro y otro. Empezaban a extrañarse sin siquiera haberse despedido.

Se aferró a sus hombros, y él la estrechó aún más. Estaban en ropa de dormir, si alguien los encontraba tendrían problemas.

—No quiero irme —confesó ella—, permanecería por siempre aquí.

—Me alegro de oírlo.

—¿Te alegra mi nostalgia? —preguntó con un deje de gracia—. Eres un insensible.

—No, me alegro de que seas feliz aquí, en un lugar que también es mío. —Se reservó el resto de las palabras. Antes de hacer una proposición formal, necesitaba hablarlo con su padre, el conde. Se sentía confiado en recibir su aprobación, ¡más que eso!, no había mejor posible esposa que Chelsea Gibbon. Era perfecta, en cada maldito sentido. Claro que se trataría de un cortejo largo y un compromiso extenso, pero no le molestaba en lo absoluto. Al fin de cuentas, si no se hubiera enamorado de ella, también hubiera aguardado años antes de iniciar la búsqueda de esposa. Así, con su plan en mente, se aseguraba la felicidad de ambos. Chelsea no tendría que pensar en potenciales maridos ricos ni en las presiones de una señorita, podría ser libre hasta el día en que al fin estuvieran listos, y tras su paso por el altar, las alas tampoco se cortarían.

Silenció todas esas declaraciones, haría las cosas de la forma correcta, no deseaba que le reprocharan nada ni que esgrimieran cualquier excusa para impedirle lo anhelado. Sería la perfección hecha lord.

—¿Tienes algún plan para esta última noche? No me importaría solo quedarme contigo sin hacer nada, pero te conozco, y la quietud no te caracteriza —dijo Chelsea.

—Es verdad, me conoces. —La hizo rodar en sus brazos—. Y sí, hay algo que deseo hacer esta última noche. Ven...

Avanzaron juntos y en puntitas de pie por los corredores, tomados de las manos. La luna los iluminaba junto a algunas lumbres que permanecían siempre encendidas, lujo que solo algunos podían darse, entre ellos los adinerados Webb. Las puertas del salón de baile de la casa de verano estaban cerradas, dos paneles de madera tallada que durante la temporada de eventos sociales se abrían de par en par para descubrir un recinto enorme, con arañas de cristal pendiendo de su techo y un intrincado dibujo de baldosas negras y beige. Las bisagras chirriaron apenas cuando Thomas empujó la superficie, y al ingresar, Chelsea pudo jurar que hasta su aliento tenía eco.

—¿Thomas? —Oyó como el nombre resonaba vacío en el lugar. Él volvió a acercarla, no conseguía dejarla ir. Necesitaba cada vez más del contacto físico; sí, podía esperar y lo haría, Chelsea merecía la maldita pena, pero nunca dijo que sería fácil. Ella era más inocente en esos asuntos que él, quizá por lo recatado de su educación, o tal vez porque los meses que le llevaba en edad marcaban una honda diferencia de vivencias; incluso podía ser más simple, solo se trataba

de que eran distintos. Como fuera, Thomas reconocía que los años venideros serían duros, muy, muy duros. Se premió por su compostura, ¡demonios!, lord Arthur Webb debía de estar condenadamente orgulloso de su hijo.

Era tiempo de sincerarse con Chelsea, prepararla para lo que se avecinaba. Era un pacto de a dos, y ambos requerirían de entereza.

—Te lo dije —Sonrió en la penumbra—, por tu culpa me he convertido en uno de esos petimetres de los que solíamos reír.

—Tú nunca serías uno de ellos, para empezar, porque ya eres apuesto, noble y rico, no necesitas aparentar. En ese caso, sería yo quien actúa ese papel.

—Créeme, la única que afronta esto con dignidad eres tú, y por si te quedaban dudas de ello... aquí estamos. —Dio una media vuelta con los brazos extendidos para señalar su entorno, y regresó hasta posicionarse frente a ella—. Haré honor a la señora Walter... —aludió a su profesora. Chelsea adivinó hacia dónde se dirigía el joven lord y estuvo dispuesta a disfrutar de cada segundo. Pero antes de hacerlo, Thomas destinó un instante a la seriedad. Una vez más la tomó entre brazos y la instó a alzar el mentón, para unir las miradas—. Chelsea, debemos ser realistas... Los tiempos de una señorita y los de un caballero son distintos —expuso.

—Lo sé, mi madre dice que no debo quejarme de eso, que le doy dolores de cabeza. —Thomas rio.

—Pues deberá buscar sus sales, porque seremos dos los que le provoquemos migrañas. Yo también reniego de eso, y lo haré desde este instante hasta mi última exhalación —exageró para hacerla reír—. A lo que me refiero —retomó—, serás presentada en sociedad el año entrante, mientras que yo debo continuar con mis estudios varios años más. Visitarás salones, los caballeros te invitarán bailes y paseos... —La mandíbula se le tensó al decirlo y el rechinar de sus dientes hizo eco en el gran salón.

—Diré que no... —quiso prometer. Thomas posó el dedo índice sobre sus labios, y lo que esperaba que fuera un gesto de silencio se convirtió en una caricia.

—No es necesario que digas que no; mereces disfrutar, brillar, deslumbrarlos. Muchos dicen que es divertido... solo... solo que yo no estaré allí tan pronto como tú, y aunque acepto esa odiosa regla, no permitiré que me roben el privilegio de ser el primero. —La hizo girar, para volver a atraparla, en esa ocasión con las piernas algo abiertas, la espalda recta y la perfecta posición de un bailarín—. Entonces, ¿señorita Gibbon, me permite esta pieza... su primera pieza?

—Mmm —Chelsea sintió las mejillas arder y debió parpadear para que la emoción no le arrancara lágrimas—, déjeme ver mi carné de baile, milord. —Simuló sacar uno del bolsillo de su salto de cama—. Es usted afortunado, la próxima pieza la tengo libre.

—Soy doblemente afortunado, porque la próxima pieza es un vals. —Acercó los labios al oído de Chelsea y sintió cómo la piel de la muchacha se erizaba. Le susurró—: Tendrás que ayudarme a imaginar la melodía.

Acompasaron los cuerpos, contaron por lo bajo hasta tres e iniciaron la danza en perfecta sintonía. No se trataba solo de las horas y horas de práctica, eran ellos, que todo podían hacerlo bien cuando estaban juntos.

También la vestimenta, pensaron entre risas; el camisón de Chelsea no tenía la amplitud de una falda a la moda y los pies descalzos de Thomas no corrían riesgo de herir a nadie en un descuido.

La suerte estaba de su lado esa noche, ante la ausencia de testigos, de orquesta y compañía, no debieron limitarse a un baile, o dos, o tres. Tampoco a seguir un ritmo específico. No había reglas entre ellos, podían acelerar hasta reírse a carcajadas, o cambiar a movimientos lentos que les permitieran compartir besos, roces y miradas. Thomas la hacía girar, la elevaba con facilidad del

suelo, sus pies parecían flotar. Y si ella volaba, él lo hacía a la par.

Agotados, decidieron detenerse, pero no despedirse. Aprovecharían hasta el último minuto de luna.

—Chelsea —Thomas se sentó en el suelo y ella lo imitó, dejó que el muchacho la cobijara sobre su pecho y se lo brindara como respaldo. Sus labios depositaron besos y más besos en las superficies de piel que el recatado camisón dejaba al descubierto—, sabes que siempre te he querido.

—Yo también.

—¿Y tú también me quieres ahora de este modo diferente? —preguntó; Chelsea rodó en sus brazos para mirarlo al rostro, era la primera vez que Lord Thomas Webb, el benjamín de la familia y niño mimado, el diablillo con rostro de ángel que siempre se salía con la suya, mostraba un indicio de inseguridad.

La quería, la quería tanto que era imposible no temer.

—Sí, Thomas, yo también te quiero ahora de este modo diferente. —Depositó un dulce beso en los labios masculinos antes de volver a refugiarse entre sus brazos.

—Entonces estaremos bien... —prometió, con seguridad—, podremos con esto.

Chelsea asintió. Sí, debían separarse y no sabía cuándo lo volvería a ver. El próximo verano parecía demasiado lejano y los eventos sociales demasiado impersonales, pero ella también estaba segura, convencida, se decían «hasta luego», jamás adiós.

Hizo lo posible por no llorar. Se repitió la lección aprendida, no debía mostrar lo que se hallaba bajo la superficie; mientras más secretos tuviera, mejor debía ser la fachada.

La tarea era ardua; aún persistía en su memoria la imagen de Thomas en la escalinata de su casa de campo, con su cuerpo erguido, la mandíbula apretada y una expresión que denotaba cuánto le costaba dejarla ir. Esa escena era la que pujaba en su lagrimal para volverse agua salada.

Necesitaba contenerse, solo un poco más. En su casa de Londres, en la intimidad de su habitación, se permitiría el llanto y así daría espacio a la dicha. A la felicidad de saber que todo era temporal. Thomas la quería, ella lo quería a él, y aguardaría tanto como hiciera falta hasta poder concretar sus planes. Bailaría, se lo había prometido, pasearía por el Hyde Park y asistiría a los salones; pero no lo haría por disfrute, al menos no como Thomas creía. Ella gozaría de esas actividades de otra manera, se nutriría, aprendería cómo ser la esposa de un lord.

Eso sí era un objetivo claro. Si por Thomas tenía que escribir cartas e invitaciones, lo haría; si por él debía mejorar al piano, practicaría a diario. Esa determinación la ayudó a mantenerse firme, a no quebrarse, aunque de nada sirviera.

Faith la observaba como si pudiera ver a través de la máscara que intentaba usar, y Marcus también. La diferencia radicaba en que su madre sufría por su conocimiento, mientras que su padre bufaba.

No entendía a ninguno de los dos. ¿Acaso eso no era lo esperado?, ¿no le habían dicho que debía casarse, ser del agrado de su futuro marido y procurar que el mismo fuera rico? Si ese era el caso, Chelsea acababa de dar en el blanco con su corazón, no existía mejor candidato que Lord Thomas Webb. Entonces..., ¿a qué se debía el malestar?, ¿los gruñidos entre dientes?, ¿los «hablaremos en Londres»?

Arribaron a la ciudad agotados, el esfuerzo de contener las emociones y, peor aún, las palabras, los había dejado sin energía. Chelsea obtuvo su cometido, ni siquiera lloró al atravesar el umbral, por el contrario, sonrió al ver a Jessica, la doncella, y corrió a su encuentro dispuesta a compartir un té y varias confidencias. Era cierto que Jessica superaba a Faith en edad, pero no en severidad, y la joven Gibbon se sentía cómoda con ella.

Sus padres, por el contrario, no perdieron tiempo. Se refugiaron en el despacho, cerraron la puerta e iniciaron la disputa.

—...Los corazones sanan, las finanzas no, mujer...

—...mi culpa..., ¿la tuya?... ¡no, claro que no, pero...!

—Puedes quedarte... cambiarías una vergüenza por otra...

—¡No digas sandeces!

Chelsea miró a Jessica con la súplica impresa en su rostro, la mujer la invitó a la cocina, con la excusa de realizar algunas tareas y alejarla del ojo de la tormenta. La joven preparó el té, mientras la mujer trabajaba en una labor de costura sobre las viejas enaguas de las mujeres Gibbon.

—¿Qué haces? —preguntó con curiosidad—, ¿puedo ayudarte?

—Puedes, y también puedes contarme de tus vacaciones.

—Lo haría, pero luces triste y yo estoy demasiado feliz. Se siente incorrecto alardear tanta

dicha cuando mis padres discuten y tú te encuentras tan cabizbaja... ¿qué sucede?

—Pronto te enterarás, pequeña, así que... cuéntame tus alegrías, que las penas llegan solas. Y toma una labor... —Le extendió las agujas y la canasta con los hilos—. Debes coser bolsillos ocultos en estas enaguas.

—¿De qué tamaño?

—De varios, nunca se sabe qué debe ocultar una dama entre sus enaguas... —explicó Jessica—. Vamos, que eres capaz de usar las manos y hablar al mismo tiempo.

Chelsea le contó de Thomas, se reservó los besos y la escapada al lago; compartió en cambio los sentimientos y las promesas. Jessica intentaba sonreír, pero la pena se reflejaba en su mirada y en la sonrisa que no conseguía elevar la comisura de sus labios.

—Lo sabía —dijo Chelsea, compungida—, no es justo ser tan feliz cuando todo se cae a pedazos a mi alrededor.

—Tu felicidad siempre es justa, Chelsea. —La mujer se puso de pie y le besó la frente. No volvió a su sitio, un llamado a la puerta principal la hizo cambiar de rumbo—. Aguarda aquí, ya regreso...

Dado que el personal doméstico era escaso, la misma doncella hacía varias tareas. Se dirigió al ingreso de la casa para atender a tres hombres, los hizo pasar y llamó a sus señores. Marcus y Faith se presentaron ante ellos.

—¿Tan pronto? Recién hemos llegado de nuestro viaje...

—Sí, señora, se les ha brindado tiempo de sobra. —Las voces llamaron la atención de Chelsea que se asomó por la puerta de la cocina—. Nos llevaremos algunas cosas, el conde de Sutcliff ha solicitado un plazo mayor; deberían de agradecerlo.

Faith no dijo más nada. Marcus, en cambio, preguntó:

—¿Deben llevarse esta botella? —Señaló un whisky sin abrir.

—No, señor.

—Bien, entonces ella y yo aguardaremos en el despacho. —Y se marchó, dejando a Faith clavada en el medio del salón. Chelsea se acercó al verla tan abatida.

—¿Qué sucede, madre?

Faith no contestó de inmediato. La abrazó y posó los labios sobre la rubia cabellera de su hija.

—¡Oh, Chelsea! Chelsea, Chelsea... Pensé que lo lograríamos, pensé que podría salvarte. —Las lágrimas que no derramó la muchacha en el viaje asaltaron los ojos de su madre.

—¿A qué...? —No necesitó finalizar la oración, los tres hombres avanzaron por la sala. Uno de ellos señalaba objetos y los otros dos se los llevaban. Un jarrón, un cuadro, la vajilla de porcelana que utilizaban en ocasiones especiales... El piano—. ¡No! No... —clamó Chelsea—, no se pueden llevar el piano, es un presente de Lady Marion. ¡Madre! —Faith la retenía para que no batallara contra lo inevitable—. ¡Madre, no pueden llevarse el piano! —Escondió el rostro en el abultado pecho de la mujer—. Es un regalo de Lady Marion, a Thomas le gusta cómo toco, necesito practicar.

—Chelsea... —Era lo único que podía repetir, el nombre de su hija en un eterno lamento.

Los hombres vaciaron el salón principal ante los ojos de las tres mujeres. Marcus no era tan fuerte como las féminas, no soportaba ver cómo su patrimonio era expropiado tras años de trabajo; necesitaba el consuelo del alcohol.

—Regresaremos mañana —dijo uno de los hombres, el que lucía como el encargado—. Iremos habitación por habitación, tienen dos semanas para marcharse. Que tengan un buen día... —Su saludo cordial sonó a una broma de mal gusto.

—¿Madre?, ¿qué sucede?, ¿qué ha pasado? —Faith miró a Jessica, las dos cerraron los ojos al

unísono en un acto de completa rendición. La inocencia de Chelsea tocaba su fin, y el mundo real le mostraba su peor rostro antes siquiera de que tuviera las herramientas para enfrentarlo.

—Ven —pidió—, Jessica, ¿podrás como último favor traer las labores y el té a la recámara de Chelsea?

—Por supuesto, Faith, y que no sea el último favor, siempre contarás conmigo.

Los ojos de Chelsea viajaron de mujer a mujer, sabía que, en tantos años, la doncella era una íntima amiga de su madre; sin embargo, tan aferrada a las normas como era Faith, jamás se permitía el trato informal en público. El muro entre señora y empleada acababa de ser roto, y solo había una explicación: Jessica no trabajaba más para ellos.

La señora Gibbon tuvo que tirar de Chelsea para que la acompañara, la joven estaba en un completo estado de estupefacción. Su vida acababa de dar un vuelco, y pasaba de los momentos más dichosos a los más penosos. Los pies no respondían, una vez en su recámara, se dejó caer sobre la cama. Era incapaz de pedir explicaciones, y Faith no hallaba el modo de abordarlas.

Jessica ingresó con la bandeja y las labores, dejó ambas cosas en el tocador y se marchó dando lugar a la conversación. Les pertenecía a ellas, desde ese instante, se vería cuán fuerte era el lazo que las unía y el material del que estaban conformadas. Averiguarían si por las venas de Chelsea corría más sangre paterna o materna.

Las manos de Faith temblaron al servir el té, le alcanzó una taza a su hija, y ella deseó hacerle compañía a su marido con los restos de un bourbon.

—Chelsea, hija... Estamos en quiebra —confesó. Los ojos de la muchacha se fijaron en los de su madre, no dejaron entrever que comprendiera la magnitud del problema—. Hace meses que luchamos con las cuentas —prosiguió y tomó una de las enaguas para seguir con la tarea de coser bolsillos. Le tendió otra a su hija—. Hazlo, aquí esconderemos algunos objetos de valor... así no nos los pueden arrebatarse.

—En los bolsillos no caben los pianos —dijo, y al fin pudo asimilar parte de lo que sucedía. Lo habían perdido todo.

—La empresa de tu padre tenía un acuerdo de negocios con la milicia, pero el nuevo primer ministro decidió no renovarlo. Sin la armada británica como principal cliente, la producción se redujo un ochenta por ciento. Tu padre intentó buscar otros clientes, pero en armamentística... —Dejó la frase inconclusa, no había más que agregar. El resto de la producción era para individuos, y la misma fluctuaba en demasía, al tiempo que las novedades y avances en la ingeniería de armas podía dejar a un fabricante fuera de mercado con un simple cambio de viento. Exactamente lo que le había ocurrido a Marcus Gibbon.

—¿Qué... qué sucederá ahora?, ¿te... tendrá otro empleo?

—Sí, pero no es tan sencillo, Chelsea. En estos meses, con el afán de salvar la fábrica, tu padre ha solicitado un préstamo para invertir en innovación y ha salido mal. Sus deudas son impagables. —La joven se llevó una mano a los labios, contuvo la exclamación—. La prisión lo espera si no consigue saldar, por eso es que se llevarán todo lo que encuentren de valor...

—Pero... Madre, madre... —Chelsea desesperó; Faith se lamentó por no haberlo hablado antes. Ella había procesado la noticia de a poco, mientras que a su hija le caía como un rayo en el medio de una inesperada tormenta—. Tenemos amigos, alguien puede ayudarnos.

Faith la abrazó, contuvo junto a su pecho la inocencia de su hija. Aún no sabía el valor de la verdadera amistad, aquellos que permanecían a tu lado cuando la desgracia sobrevénia.

—Los tenemos, sí, y han velado por nosotros tanto que no me alcanzará la vida para agradecerles. Lo siento, Chelsea, de verdad lo siento... creí que podríamos soportar la situación hasta tu presentación en sociedad, que te casarías y conseguirías salvarte de la desgracia. Pero la

inversión ha salido mal, y las deudas... —Se secó las lágrimas con la enagua que tenía en sus manos y retomó la labor de costura. Algo rescatarían, algo para empezar de nuevo.

—Puedo trabajar, madre —dijo la joven—, de seguro seré capaz de hacer algo. Lord Webb nos ayudará a conseguir empleo, ya verás, y una vez que crezca...

—Lord Webb nos ha ayudado ya, Chelsea. Él es el motivo por el que nos han brindado dos semanas de gracia y consiguió quitar el peso de la prisión, comprando parte de la deuda...

—Entonces, podremos salir adelante... —La muchacha se impulsó sobre su madre y cubrió la necesidad de esperanza de la mujer con un abrazo—. Ya lo verás, no necesitamos vestidos nuevos, ni empleados. Aprenderé a cocinar y fregar no parece tan difícil, ¿verdad?, lo haremos, saldremos adelante...

La fe de su hija la hizo cerrar los ojos con alivio.

—Sí, Chelsea, saldremos adelante. Debí suponer que eras fuerte, mi niña, incluso más que yo. Empezaremos de nuevo y todo irá bien. —La sonrisa se le empañó de lágrimas—. Ya verás cómo le transmitimos esta certeza a tu padre y él encontrará en nosotras la determinación para emprender este nuevo negocio.

—¿Ya tiene un nuevo negocio? —preguntó con alivio—. ¡Ya lo ves!, podemos trabajar los tres, madre. Llevaremos las cuentas, ¡escribiré la correspondencia si es necesario! Lo prometo... —La efusividad de Chelsea le hizo carcajear. Era la dosis de luz que se requería ante tanta oscuridad.

—Sí, ¿sabes? No íbamos a vacacionar este año, te imaginas, los ánimos no estaban para celebraciones y vida social, pero Lord Webb tenía intención de introducir a tu padre en sus círculos de negocios hasta que naciera una oportunidad. ¡Y ha sucedido!

—¡Oh, gracias a Dios por la existencia de los Webb! —exclamó y se dejó caer rendida sobre el colchón. Notó que el sudor le enfriaba la piel por debajo del ropaje, los nervios la tenían tensa como una cuerda de violín—. Por uno en particular —susurró de manera inaudible, embargada por la renovada dicha. Conseguirían sobrevivir a esa crisis, y ella lucharía con uñas y dientes para mantener su posición, un lugar en la sociedad que le permitiera ser la esposa de Thomas en el futuro.

—Ya lo creo; ese puesto en los ferrocarriles americanos junto al señor Sean Walsh ha sido la lluvia para apagar el incendio; solo necesitamos convencer a tu padre de que de nada vale lamentarse por lo perdido, hay que ir en búsqueda de lo que podemos ganar y...

—¿Ferrocarriles americanos? —Chelsea se incorporó de golpe. En Inglaterra había trenes ingleses, en el único lugar en el que los había americanos era en...

—Sí, viajaremos a América —continuó Faith, sin notar el cambio de humor en su hija. Con la sangre renovada gracias a la esperanza de Chelsea, se entusiasmó, convencida de que todo sería mejor desde ese instante en adelante. No solo lo económico, dejaría de discutir con su marido, restablecerían el matrimonio, ¿y quién sabía?, quizá se animaban por fin a buscar un segundo hijo, algo que ella siempre había anhelado—, ¡a California en primer lugar! Allí nos esperarán los Grant y los Foster, dos familias muy adineradas. Bueno... A la señora Grant la conoces, la madre de Lady Emily Webb, ¿te acuerdas de ella? Oh, una mujer tan amable... sus modales un poco rústicos pero bondadosos, ¡ya verás qué fácil nos adaptamos a ellos...! —La mujer podía seguir parlotando una eternidad sin que su hija la interrumpiera, se había quedado sin voz por la noticia.

Cuando al fin recuperó el habla lo hizo para repetir:

—¿América? —La desesperación se apoderó de ella—. No, madre, yo no puedo ir a América. ¡Por favor! No puedo marcharme... Debo quedarme, debo permanecer aquí, con Thomas...

—Chelsea... —se lamentó Faith—, hija, cuánto lo siento. —Le acarició los mechones—. Me he mordido la lengua para no decírtelo, pero me ataba una promesa a Lady Marion; las dos nos

arrepentimos tanto... creíamos que los protegeríamos con nuestro silencio...

—¿De qué hablas?

—¿Te has enamorado de él, verdad? —indagó. Secó las lágrimas de su hija con el pulgar.

—Sí... lo quiero tanto. —Alzó la mirada inundada en lágrimas para que su madre viera la sinceridad de sentimientos en ella.

—Debimos impedirlo, lo intentamos este verano, pero ya era tarde...

—¿Por qué querrían impedir que me enamorara de Thomas?, ¿por el dinero? Si es así, madre, lo prometo, me esforzaré para que volvamos a ocupar el lugar de antaño. Lo juro... —Su promesa se alimentaba del mismo fuego que el amor profesado hacia Thomas; no se rendiría, como él tampoco lo haría, estaba segura.

—No solo por el dinero, hija. Ven, siéntate... —La instó a regresar a la cama y rellenoó la taza de té. No estaba a la temperatura óptima, pero debía bastar—. Chelsea, quizás hayas escuchado rumores... Lord Colin Webb no ha engendrado heredero en los seis años de matrimonio...

—Hay muchas parejas que no...

—Sí, hay muchas parejas que no pueden tener hijos, pero dos aspectos caracterizan la situación de Lord Colin... una, él tuvo paperas y los médicos advirtieron la posibilidad de esterilidad. No es seguro por completo, puede darse, pero es improbable. Y dos... —Tomó aire y valor antes de decirlo—, es el hijo mayor de un conde.

—¿Qué significa eso, a qué te refieres, madre?

—A que engendrar un heredero es una obligación para mantener el título en la familia, y los Webb lo han conservado por cinco generaciones...

—¿Y?, ¿qué tiene esto que ver con...? —Se acalló al comprender, su rostro mutó—. Thomas es el heredero de su hermano...

—Más que eso; Lord Colin ha declinado su lugar directamente. Lord Arthur Webb no lo ha hecho público, no desea que más presiones recaigan sobre Lord Thomas de las que ya posee, pero en cuanto el más pequeño complete su formación, se hará pública la decisión de Lord Colin... Lord Thomas será el próximo conde de Sutcliff.

—No... —Chelsea negó con la cabeza—, no... a Thomas no le importan esas cosas. Él me quiere, madre, me lo ha dicho. —La determinación la hizo ponerse de pie—. Lo esperaré y él me esperará a mí. Lord Webb no es un esnob —agregó—, ha permitido que Lord Colin se case con una americana sin título y que Lady Daphne mantenga la soltería... no se opondrá, él no...

Faith se incorporó a su vez, era indispensable contener la desesperación de su hija con un abrazo.

—No se trata de que Lord Webb se oponga, Lady Marion tampoco lo haría, menos cuando se trata de la felicidad de sus hijos... y tú felicidad, pero... —Le alzó el mentón con cariño—, pero Thomas tiene una obligación familiar, a los años de Eton le seguirá Cambridge y recién entonces se propondrá la búsqueda de esposa. Son demasiados años para una señorita...

—No me importa —insistió con terquedad—, aguardaré. Aquí o en América, esperaré por él, no pueden obligarme... no pueden...

—Entonces será en América, Chelsea, porque en Inglaterra ya no tenemos un hogar. —Volvió a abrazarla y le permitió llorar sobre su hombro lágrimas en nombre de Thomas. Una pequeña dosis del interminable caudal en su honor.

No llorar le parecía extraño, era como si no le hubieran quedado lágrimas. Faith la había dejado sola, se marchó con el afán de buscar el mismo consuelo que su esposo, una botella de whisky.

Jessica pasó a despedirse, entre ellas no salían las palabras. Sí, la amistad continuaría; sí, tenía una carta de referencia; sí, se escribirían; sí, estarían bien. Tras su partida, Chelsea sintió que el mundo se derrumbaba por completo. Era ya de noche, nadie sirvió la cena. Se sentó frente al tocador, con la canasta de hilos y agujas frente a ella y retomó la tarea de coser bolsillos ocultos. De nada valía intentar dormir, ocuparía las horas en algo productivo. Salvarían algo de dinero, las pocas joyas que les quedaban, algunos objetos de valor sentimental...

A Chelsea esas cosas le eran insustanciales, entendía su relevancia en el mundo real, pero no calaban tan hondo en ella como las cosas que no cabían en los bolsillos. No podía acarrear en ellos el amor de Thomas, ni la esperanza; ni tampoco podía vaciarlos de miedos y desesperación.

América... Un océano se interpondría entre ellos, una extensa masa de agua salada y años sin verse. No podría volver, por lo menos no en mucho tiempo; el dinero para esos pasajes de ida había sido un adelanto de Sean Walsh, no conseguirían ahorrar para el regreso hasta que no se instalaran y estabilizaran, ¿y entonces?, ¿podría regresar?, ¿Thomas aguardaría por ella?

Confiaba en él, tanto que el corazón pareció pesar más cuando contemplaba la idea del olvido. Sin embargo, ese verano había conseguido arrancarle la última cuota de niñez que poseía, las palabras de su madre cobraban verdadero significado: Lord Thomas Webb. Lord... Lord... Lord... a eso se debía la insistencia de su madre de que lo llamara por el título, de que recordara cuál era el lugar de su amigo y amor en la sociedad británica. El próximo conde de Sutcliff. Thomas cargaba con muchas responsabilidades y recibía una formación acorde a su rol; una de esas obligaciones era conseguir una condesa. No una esposa, no una mujer que lo amara, no un refugio... una condesa. Chelsea lo sabía, ella no era la persona idónea para el puesto. Amaba a Thomas, podía esforzarse, pero jamás contaría con una cuantiosa dote que incrementara las arcas del condado, ni relaciones de poder, ni amistades influyentes.

Se aferraba a la esperanza ciega de que los Webb se regían por el corazón. Su padre lo había dicho, con su buena cuota de desdén en los labios, Lord Arthur Webb se había casado por amor con Lady Marion. Chelsea dio una puntada y la tensó hasta conseguir un frunce. Lady Marion era de la nobleza, se recordó, empobrecida, perseguida, pero de la nobleza francesa en fin. Atravesó la tela de la enagua con la aguja una vez más. Emily no era noble, por el contrario, era de orígenes más humildes que ella... *Pero ahora es rica, Chelsea, rica como un creso.* La afilada punta impactó en su dedo y una gota de sangre brotó. Apartó con frustración el trabajo y succionó la yema hasta que dejara de sangrar.

No podía rendirse. Los ojos volvieron a inundarse en lágrimas cuando la embargó la certeza de que Thomas tampoco se rendiría, siempre fue el más terco de los dos, quien se salía con la suya en cada ocasión. Eso solo los dejaba en un sitio, el del sufrimiento.

Las palabras del conde, oídas a hurtadillas, cobraron sentido. Lord Arthur Webb lo sabía, y conocía el resultado de que su hijo se enamorara de Chelsea: dolor. Había querido prevenirlo, sin imaginar que era como tratar de contener una avalancha. La catástrofe estaba en marcha, solo quedaba manejar los daños que ocasionaría, y eso hacía el hombre.

Un nuevo empleo para Marcus, una nueva vida para Chelsea y el tiempo necesario para sanar. ¿Sabría también que jamás se repondrían por completo?, cargarían por siempre con las secuelas de ese primer amor. Todos los hombres palidecerían ante el recuerdo de Thomas, y todas las mujeres sufrirían la injusta comparación con Chelsea Gibbon.

Los lamentos fueron interrumpidos por un chasquido en su ventana, otro y otro. Chelsea abrió el cristal y se asomó, bajo el marco, cubierto por las ramas del frondoso árbol, Thomas se hallaba de pie con una maleta a su lado y la mirada fija en la luz de la vela que resplandecía en la habitación de la muchacha.

—¿Thomas?

—Temí que ya te hubieras dormido... —dijo él. Buscó un arbusto para esconder la maleta y se lanzó a la tarea de trepar el roble. Tenía práctica, su cuerpo ágil se elevó con facilidad y equilibró su peso sobre una de las ramas hasta aproximarse por completo a la ventana. Chelsea abrió el segundo cristal permitiéndole el ingreso. Los pies del muchacho impactaron sobre la alfombra, antes de que pudiera recibir una queja, la abrazó con desesperación—. ¡Demonios, Chelsea!, vine tan rápido como pude...

—¿Te has enterado? —Se permitió el consuelo del contacto y de la certeza. Estaba en lo cierto respecto a él, no se rendiría ni aceptaría el destino con tanta facilidad.

—¡Mierda! —Chelsea no lo reprendió por el recién descubierto vocabulario—. Sí, fui a hablar con mi padre respecto a lo nuestro y me confiesa, lo más campante, que te marchas a América. ¿Qué demonios?, ¿y no pensaban decirnos nada de la situación?

Ella se distanció apenas de él, lo cierto era que necesitaba de su cercanía para no rendirse. ¿Cómo haría cuando lo tuviera lejos?

—Tampoco yo sabía... ni de mi situación, ni de... —Bajó la mirada, le costó expresarlo a viva voz—, de la tuya.

—La mía no cambia nada, Chelsea, tenlo por seguro. Al contrario —Su mandíbula se tensó por la ira contenida—, tiene que haber un modo de usar mi lugar para solucionar esto. De momento, nos debemos apresurar para impedir tu partida, luego veremos el resto de los inconvenientes.

—¿Thomas? —No sabía si temer o aliviarse por el hecho de que el joven lord tuviera un plan; ella, más que nadie, era conocedora de la capacidad de destrozo que poseía la imaginación del muchacho.

Él no reaccionó de inmediato, la angustia se unía con su temperamento impetuoso para convertirlo en un volcán pronto a hacer erupción. Aprisionó el cuerpo de Chelsea contra el suyo, en una demostración de vehemencia que hasta entonces había reprimido; ¡al demonio!, ella sería su esposa. La besó con ímpetu, presionando su boca sobre la de ella, exigiendo su rendición. Se separó con la misma violencia con la que se había unido.

—No puedes viajar, no pueden alejarte de mí —dictaminó—, salvo que tú así lo desees.

—¡Claro que no!

—La única manera de que pueda decidir por sobre tu padre es... —No lo dijo aún, negó con la cabeza, como si se reprendiera a sí mismo, y palpó su chaleco en busca de algo—. Lo siento —se disculpó—, de verdad lo siento, creo que nunca estuve tan furioso y nervioso en mi vida. —Sacó una delicada cajita de una pulgada de ancho—. Debemos casarnos... Me refiero. ¡Mierda! ¿Estoy haciendo todo mal, verdad?

—No, Thomas. —Chelsea se cubrió la boca con la mano. Sí, quizás esa fuera la propuesta de matrimonio más repleta de insultos y torpezas, pero ella no podía desear una mejor. Thomas siempre sería el condimento de perfección en cualquier proposición—. Lo estás haciendo excelente, como todo, solo... —Él no le permitió la réplica.

—Olvidé esta parte. —Hincó la rodilla en el suelo y forcejeó con la cajita hasta descubrir la alianza más hermosa que Chelsea jamás hubiera visto. Un anillo de platino, con incrustaciones de diamantes blancos y rubíes que formaban una rosa Tudor en lo alto—. Ahora sí, Chelsea Gibbon, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

—Solo por el formalismo —dijo ella, y se arrodilló a su lado. Lo abrazó con firmeza—, porque no necesitas mi respuesta, ya la conoces. Por supuesto que me casaré contigo, pero...

Una vez más, Thomas no tenía intenciones de escuchar dudas o balbuceos. Silenció sus peros con besos, conocía sus vacilaciones y las entendía, él mismo era atacado por las mismas; la determinación se imponía sobre el raciocinio ante el temor de perderla para siempre.

Se incorporaron juntos.

—Chelsea, debes armar una maleta, algo ligero, regresaremos en breve.

—¿De qué hablas?

—Nos casaremos ahora, ahora mismo —sentenció—. Iremos a Gretna Green, está al límite con Escocia, dicen que allí se celebran bodas sin tantos permisos, no necesito tener veintiún años. ¡Ya ves!, y luego los ingleses dicen que los escoceses son salvajes... ¡Son unos malditos genios!

—Thomas, ¿estás seguro?

—¡Claro que sí!, serás mi esposa, Chelsea, y al demonio con todos... —Volvió a abrazarla—. Al demonio con las intenciones matrimoniales de tus padres, con tus obligaciones de escribir cartas, con mi espera interminable a los veranos para conseguir sosiego junto a ti. ¡Al demonio con todos!

—Deja de maldecir, que luego tus palabrotas salen de mis labios, y a mí me reprenden...

—Ya no. —Sonrió—. Podrás ser la lady más mal hablada de Inglaterra...

—O la que escriba peores cartas...

—O la que lea mayor cantidad de libros prohibidos para las damas. Vamos, Chelsea, arma la maleta.

Ella se puso en marcha, sabía que no se detendrían y que era probable que la boda se concretara con su traje arrugado, su cabello despeinado y profundas ojeras. No le importó. Separó el vestido celeste con puntillas blancas que tanto adoraba para usar camino al altar, las elecciones eran limitadas, seleccionó el verde lima y lo guardó en la maleta. Le sumó algunos artículos femeninos, como cepillo, horquillas y lazos, y ropa interior. No más, tampoco le cabía. Luego fue el turno de enfundarse el vestido de bodas, a diferencia de la recámara de Thomas, ella no contaba con biombo.

—Vóltate —ordenó, y el pudor hizo que le temblara la voz. Thomas acató la orden, también él temblaba. Tuvo que cerrar los ojos con fuerza al oír el roce de la tela sobre la piel. No se contuvo por mucho tiempo, y pidiendo perdón a todas las deidades que regían sobre la humanidad, abrió los párpados para vislumbrar el reflejo de Chelsea en los cristales.

Volvió a maldecir como había hecho durante todo el día, solo que en esa ocasión producto de una frustración física sin igual. En cualquier momento comenzaría a sudar. Observaba la cintura de Chelsea de espaldas, el modo en el que se curvaba hacia la cadera, para terminar en unos glúteos redondeados. Se sintió torpe y desproporcionado a sus dieciséis años en comparación a ella, tan perfecta. La vio deslizarse la camisola para cubrir la piel, y recién en ese instante volvió a respirar.

—Thomas, necesito tu ayuda —solicitó, y él creyó que allí mismo moriría.

—¿Sí?

—Mis corsés son todos con lazos en la espalda, ¿puedes?

Él se acercó, tragó saliva, intentó mantener la compostura. Falló. Al llegar a su lado, depositó besos en el cuello, en los hombros, y en cada vestigio de piel que había imaginado sin poder tocar.

—Eres hermosa... —le susurró—, eres hermosa y yo muy, muy afortunado. Dime, ¿qué debo hacer? Necesito terminar con esto lo antes posible —confesó, y fue la primera vez en la noche en que el enojo daba paso a algo más. Al miedo de perderla.

—Ajustar los lazos. —Chelsea hizo a un lado la trenza para despejar el camino de su espalda. Thomas inició la tarea, y la suave risa de la joven alivió el momento.

—¿De qué te ríes?

—Serías una pésima doncella. ¡Ajusta, Thomas!

—Pero si tenso más, te quedarás sin aire. —Ella volvió a contener la carcajada. Era importante no alertar a nadie. Los riesgos eran pocos, los Gibbon ya no contaban con servidumbre y el matrimonio había bebido una buena dosis de whisky.

—Oh, ¿no lo sabías? Respirar no es prioridad en una dama, la cintura sí.

—No, no y no... —Thomas enlazó los cordeles sin presionar más—, de ninguna manera aceptaré que mi esposa deje de respirar. —La hizo girar en brazos hasta tenerla de frente—. No me gusta ser el segundo en nada, Chelsea, menos cuando de ti se trata —le dijo, y acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—, no me agrada que un libro sea más interesante que yo, mucho menos permitiré que un maldito objeto de tortura me robe el privilegio de ser el único en quitarte el aliento. —La besó para remarcar su lugar, uno que ella le otorgaba gustosa.

—Si no me abrocha el vestido será tu culpa —rebatía cuando pudo coger aire. Sí, Thomas superaba por amplio margen hasta al corsé más tieso y ajustado del mundo.

Logró abotonar el traje, y contuvo la sonrisa al notar lo cómodo que resultaba el cambio en su ropa interior. Era cierto, la imagen que le devolvía el espejo lucía una cintura menos estrecha, pero de todos modos ella era menuda y delgada, nadie se percataría de las pobres dotes de su doncella, pensó divertida.

Descubrió que la buena idea de Thomas no terminaba ahí. Debían escapar por la ventana, y descender por las ramas de un roble con vestimenta femenina era toda una odisea. El muchacho terminó por cargarla en brazos una vez estuvo firme en la rama, y bajar con ella a cuestras. En esa ocasión, la odisea fue no reír a carcajadas y despertar a todos los vecinos a la redonda.

Con las maletas en mano y con la luna como testigo, se alejaron por la acera camino a la estación de tren.

Las farolas los iluminaban apenas; no se soltaron las manos en ningún momento. Sus pasos resonaban con eco en las aceras, no se oía más que el murmullo característico de la noche: algunos grillos, el vuelo bajo de murciélagos, el eco lejano de los cascos de un caballo, la brisa que atravesaba las casas y los árboles.

La distancia hasta la estación *King's Cross* era de algunas millas, y a medida que se acercaban, notaron que la ciudad latía de otra manera. No poseía el andar de primera hora de la mañana, pero sí algunos trabajadores nocturnos y borrachos. Ellos no se detuvieron en observarlos, su atención estaba puesta en la magnífica construcción de ladrillos que tenían ante sí.

Dos andenes, el de partida y el de llegada, ocupaban casi la totalidad del espacio, en una muestra de completa fastuosidad victoriana. El progreso hacía alarde en aquel lugar. Thomas avanzó con Chelsea casi a la rastra, la muchacha no había vuelto a la estación desde su inauguración, ocho años atrás, y estaba embelesada al redescubrirla con ojos adultos.

Un empleado ojeroso y bastante gruñón dispensaba atención en la boletería. Bebía de una taza, Thomas no sabía si era té o café, de lo que estaba seguro era de que contenía unas gotas de whisky para combatir el hastío. En invierno sería peor, el frío lo arrojaría al completo sopor.

—Buenas noches... —saludó y el hombre alzó las cejas—, necesito dos pasajes con destino a Escocia. —El pobre empleado casi escupe la bebida. Tosió para alivianar la garganta.

—¿Hasta Edimburgo? —indagó.

—Hmm, no, hasta Gretna Green. —La respuesta despabiló por completo al hombre.

—Veo, veo... —Y lo hacía. Por fin sus ojos se posaban en el cliente y su mente ataba cabos. El muchacho lucía un traje de elegante confección, su porte, sin rastros de timidez ni tartamudeos, revelaba lo acostumbrado que estaba a dar órdenes. La jovencita junto a él lo tomaba de la mano, observaba el alrededor con fascinación. El vestido era de menor calidad, aunque más hermoso del que él podía comprarle a su esposa con el trabajo del ferrocarril. Si a eso se le sumaba la evidente juventud de ambos y el destino elegido, no había que ser un genio para dilucidar que huían para casarse—. Están a tiempo para coger el tren de medianoche —confirmó. Era un servicio que solía prestarse para aquellos que buscaban viajar y retornar en el día, por motivos de negocios. Eran los pasajeros habituales y que más dinero dejaban a la compañía—. Para llegar a Gretna Green deberán hacer trasbordo. —Le indicó en qué estación debían bajar y cuántas horas aguardar—. Bien, entonces —concedió cuando Thomas asintió conforme—, ¿en qué clase los pasajes?

La pregunta desorientó al joven lord y consiguió que el empleado tuviera que hacer un esfuerzo por no reír. Claro que ese muchacho no entendía la pregunta, ¡qué clase sería!, el hombre empezaba a sospechar que no se trataba solo de un adinerado joven, sino de uno de la nobleza sin una experiencia en el mundo real. Chelsea intervino, confirmando sus sospechas.

—Si viajas en primera clase, te pueden reconocer. Nadie te reconocerá en tercera...

—Pero... ¿En tercera?, ¿no es muy incómodo? Son un montón de horas... —Sacó un par de libras, y el empleado se apiadó de él. En tercera le vaciarían los bolsillos en un santiamén.

—Permítame sugerirle segunda clase —dijo—, suele utilizarlo la clase media y... la burguesía. —Buscó con la mirada a la jovencita, para determinar si sería entonces ella la que

correría riesgo de ser descubierta. Chelsea se encogió de hombros, ya había llegado muy lejos, y la alternativa a Escocia con Thomas era América sin él.

—Bien, segunda clase. —Rellenó los pasajes con el destino, la hora y la clase, y cobró el importe. Les indicó el andén de partida y los despidió con amabilidad, sin dejar de preguntarse si lo lograrían.

Chelsea sintió que el cansancio del día la dominaba y apenas podía mantenerse en pie. Se sentaron en uno de los bancos, y Thomas la sostuvo entre sus brazos. No fue por demasiado tiempo, a los pocos minutos arribó el tren, con su estruendoso claxon y la humareda de la máquina a vapor. Se apuraron a subir y buscar sus butacas, en esa oportunidad, fue Thomas quien se mostró asombrado por todo a su alrededor.

El espacio le resultaba reducido, aunque suficiente. Los paneles no estaban decorados con esmero, los tapizados eran de menor calidad —pero tapizados al fin, la tercera clase no contaba con ese resguardo entre tu trasero y la dura superficie de los asientos—, y nadie aguardaba para abrir y cerrar las portezuelas ni acomodar las maletas. Bueno, pensó mientras le restaba importancia, sin duda era capaz de alzar las mismas con sus dos manos y colocarlas en el compartimento correspondiente. Una vez hecho eso, le cedió el lugar junto a la ventana a Chelsea, quien se entusiasmaba por la idea de ver el paisaje, luego se acomodó a su lado.

—Estoy muy cansada —le confesó—, este ha sido el día más agotador de mi vida. Partí esta mañana pensando que no te vería en meses, para luego descubrir que estamos en la quiebra, y que en realidad no te vería por años, y ahora... ahora estoy contigo, escapando. No lo sé, Thomas, ¿es todo esto real?

—Lo es... —Le besó la coronilla.

—No se siente real —dijo—, es como uno de esos sueños en los que saltas de escenario en escenario sin control. De un momento al otro pasa a ser pesadilla, para retornar a la calma. —Hizo una pausa—. No sé si me estoy durmiendo o desmayando...

—Duerme, Chelsea... —La acercó a él—, descansa, yo me ocuparé de ti. —Ella posó la cabeza en el hombro. Se durmió de inmediato, y ni siquiera el claxon que anunciaba la partida la despertó.

Thomas, en cambio, no era capaz de cerrar los ojos. La sensación onírica también lo alcanzaba. Esa mañana se despidió de Chelsea confiado en que en pocos días volvería a ella con una propuesta formal, contrario a eso, descubrió que la perdería, la perdería para siempre. Ahora no quería dormir, no podría hacerlo hasta asegurarse de que Chelsea se quedaría con él, en Inglaterra.

La cobijó con más fuerza contra su pecho, y posó los labios en su frente mientras la mirada se perdía por la ventanilla. Jamás imaginó que querría tanto a alguien, al punto de sentir que le arrancaban una parte de él. El traqueteo del tren sobre los rieles y las miradas curiosas puestas en ellos le recordaban sin piedad que estaba actuando de manera precipitada, su padre lo mataría cuando se enterara y era probable que sus futuros suegros no lo quisieran ver nunca más.

Y, sin embargo, nada de eso lo afectaba. El único miedo que lo perseguía era el de no conseguirlo y tener que atestiguar cómo Chelsea, su Chelsea, esa muchacha que dormía sobre su hombro segura de estar a su lado, se subía a un barco y emprendía una vida lejos de él.

Un cortejo largo y una promesa no bastarían para retenerla, Lord Webb había sido claro al respecto. Eso implicaba que la señorita Gibbon sería presentada en sociedad como era esperado, solo que en la sociedad americana, y la arrojarían en la búsqueda de ese imaginario y rico hombre que deseara desposarla. La observó, maldijo su belleza, su encanto, la voz melodiosa, sus dotes al piano, la capacidad de convertir cualquier conversación en interesante, su sonrisa radiante y sus

ojos de ardillita. Ojalá fuera fea y poco agraciada, ojalá tuviera la certeza de ser el único capaz de rendirse ante sus encantos. No lo era, y mientras él asistiera a Eton y luego a Cambridge, mientras aprendiera cómo ser el próximo conde de Sutcliff, otro hombre reclamaría a Chelsea como suya.

Ella podía negarse, probablemente lo hiciera. La rebeldía era, en opinión de Thomas, una más de sus virtudes; pero lo cierto era que Chelsea pertenecía al padre hasta que pasara a ser del marido, y salvo que él se adelantara a ser ese marido, la perdería. Podían obligarla, y no solo a punta de pistola, existían demasiadas formas de someter a una mujer. La peor de ellas era la ausencia de libertad e independencia. Su hermana, Lady Daphne, podía oponerse porque, al igual que él, pertenecía a la nobleza; tenían dinero, contactos y privilegios, las herramientas para imponer voluntad. Chelsea viajaría a América siendo demasiado joven, sin dinero y con pocas relaciones, sin armas para defenderse de las malditas reglas sociales.

Ojalá hubiera estudiado menos, se dijo, con la mandíbula apretada y los ojos cristalizados de lágrimas que no derramaría. Ojalá fuera ignorante e ingenuo, así podría albergar esperanzas de que, si su huida salía mal, existirían otros caminos.

El sol comenzó a despuntar en el horizonte, un par de ronquidos se oían en el vagón y Chelsea se removió incómoda, adolorida por el mal descanso. Seguía con los ojos cerrados, y él la manipuló como si de una muñeca se tratara. La guió entre dormida al asiento que antes ocupaba Thomas y él se sentó en el de la ventanilla; de inmediato, Chelsea dejó caer la cabeza hacia la izquierda y percibió el alivio en sus cervicales. El suspiro que emitió enterneció al muchacho.

El cielo se tiñó de naranja, y el tren comenzó a desacelerar. Los pasajeros se mostraron dubitativos y pusieron en alerta a Thomas.

—Disculpe, ¿qué sucede? —le preguntó a un caballero a su derecha.

—El tren no suele frenar en Doncaster —explicó—, debe tratarse de alguna falla mecánica, quizá.

En la segunda clase no abundaban los guardas al servicio de los pasajeros y nadie se acercó a dar explicaciones. Todos se mostraban inquietos, abrían las ventanillas y asomaban los cuerpos en busca de información. Chelsea despertó.

—¿Hemos llegado?

—No, no aún. Han frenado en Doncaster —le dijo e intentó serenarla. Ella percibió su nerviosismo.

Algunos oficiales uniformados ascendieron al tren, según comentó uno de los viajeros.

—Lo hicieron en primera clase —comentó, asombrado. En cada ocasión en que buscaban a un delincuente, solían dirigirse a la tercera, entre los más humildes y necesitados. Chelsea y Thomas cruzaron miradas de pánico.

Los minutos pasaron, y Thomas caviló la posibilidad de darse a la fuga a pie, pero otros uniformados aguardaban en el andén. Cerró los ojos en el momento exacto en que la portezuela del vagón se abría.

—Damas y caballeros, busquemos a Lord Thomas Webb, hijo del conde de Sutcliff... si tienen alguna información...

El silencio fue sepulcral, lanzando la primera alerta a los oficiales. En los vagones anteriores la noticia había despertado murmullos. El mutismo fue acompañado de miradas disimuladas hacia Thomas. ¡Demonios!, maldijo el muchacho, no había contado con eso. Así como el vendedor de pasajes había adivinado que pertenecía a la primera clase, todos allí observaron lo mismo. Tendría que haber cambiado su atuendo por el de algún sirviente, al menos, para ser menos evidente. El oficial se volteó e informó algo a otro antes de avanzar por entre los asientos en su

dirección.

—¿Es usted Lord Thomas Webb? —preguntó. Respondía a la descripción: cabello rubio con ondas, ojos celestes, aproximadamente un metro ochenta de alto, vestimenta elegante, acompañado de una muchacha rubia, joven, de quien no tenía el nombre.

Thomas intentó negar, quizá podía engañarlo. Un tercer hombre ingresó al vagón. Si el muchacho destilaba nobleza, no existía descripción para el conde de Sutcliff.

—Muchas gracias, oficiales —siseó. Thomas pudo jurar que los dientes chirriaron—. Lo hemos encontrado. Thomas...

No tuvo que decir más. Thomas cogió la mano de Chelsea y le brindó una mirada cargada de disculpas antes de emprender junto a ella el regreso tras los pasos del conde; le había fallado, había fracasado en su misión de protegerla de lo que se avecinaba. Fue a por las maletas, pero el eco del lord ya había resonado en el recinto; dos guardas de la primera clase estaban allí para atender las necesidades de ese joven noble a quien acababan de amputar una parte de su corazón.

El silencio en la casa de Londres de los Webb era sepulcral. Los sirvientes estaban preparados para cualquier cambio de planes, y en pocos minutos tuvieron un par de habitaciones listas para el inesperado regreso del conde y su hijo. La condesa permanecía en la casa de campo, como anfitriona de los invitados. En esos momentos, aguardaba en el hall principal, con una taza de té y el rostro desfigurado de preocupación, por noticias de su fugitivo hijo.

Varias millas más al norte, en la ciudad más importante de Inglaterra, Lord Arthur Webb trinaba. Su hijo no expresaba arrepentimiento por lo acontecido, y el conde pensó que jamás había estado tan próximo a la violencia. El instante en que habían dejado a Chelsea en su casa, frente a un Marcus y una Faith desesperada tanto por el bienestar de su hija como por la consecuencia de sus actos, fue la experiencia más embarazosa de sus casi sesenta años de vida. Sin contar con el hecho de presenciar la resignación con la que ese matrimonio, al que consideraba amigos por los años compartidos entre Faith y Lady Marion, aguardaban por su veredicto, o peor aún, por el de su hijo Thomas.

Su hijo no era consciente del nivel de humillación al que había sometido a los Gibbon, ni los peligros a los que había expuesto a Chelsea. El deseo de tomarlo por los hombros y zamarrearlo hasta que comprendiera su lugar, su poder e influencia era abrumador. Una cosa era ser un niño mimado, reconocía la responsabilidad en ese rasgo, y otra era ser un caprichoso que no medía sus acciones.

Se dirigió a su despacho sin necesidad de dar la orden a su hijo de que lo siguiera. Iban a tener esa conversación tantas veces como fuera necesario hasta que Thomas recapacitara; la misma sufría pequeños matices en cada repetición. Se sumaban más reproches al comportamiento del joven lord y más enojo a las palabras del conde.

—¡Thomas! Ni siquiera sé qué demonios hacer contigo. No sé cuántas veces debo decirte lo mismo, pero has traspasado cualquier límite. ¡Mierda, Thomas!, ¿en qué estabas pensando? —Agradeció que Lady Marion no estuviera ahí para oírlo maldecir.

—¿En qué estaba pensando?, ¿en qué estaba pensando?! —Thomas tenía la osadía de enfrentar a su padre como nunca antes. Su enojo competía con el del hombre, y sus motivos desafiaban cualquier reclamo lógico—. Pensaba en cómo voy a perder a Chelsea, pensaba en cómo han decidido sin consultarnos llevarla lejos de aquí. ¡Pensaba en cómo utilizan su poder para ser tiranos! —reclamó utilizando el mismo argumento que Lord Webb había expuesto en la discusión anterior.

—¿Disculpa? ¿Tiranos?

—Sí, ¿o acaso se han detenido a preguntarle a Chelsea si desea marcharse?

—¡Chelsea es una niña!

—¡No lo es! —contradijo, furioso—. No es una niña, dejó de serlo en el maldito instante en que ustedes iniciaron esta absurda farsa de señorita y lord. Pues bien, aquí me tienes, siendo un lord que pretende a una señorita como su esposa. ¡Y he hecho todo bien hasta el momento!

—No has hecho ni una maldita cosa bien, Thomas.

—¡Sí!, ¡sí lo hice! Fui a tu despacho a declarar mis intenciones, dispuesto a un compromiso de años si era necesario. ¿Y para qué?, para que me comuniqués que es imposible, que la enviarán a

América. ¡A América! Escapar fue la única opción que me dejaron...

Arthur se mesó el cabello entrecano con desesperación.

—Thomas, fue una completa locura. ¿Sabes qué hubiera sido de la reputación de la señorita Gibbon si alguien más se enteraba?, ¿si se descubre lo que han hecho?

—Nada que no se hubiera solucionado con un paso por el altar —contraatacó.

—¡Thomas, por Dios!, tienes dieciséis y ella ni siquiera cumplió los quince. ¿Casarse?

—Ya lo dije, no era mi primera opción, era la última. Ustedes me acorralaron, y no lo sé, padre, quizá lo intente de nuevo.

Ya no bastaba con el cabello, pasó la palma por el rostro producto de la frustración.

—No irás a ningún lado, hijo, te quedarás bajo custodia hasta que los Gibbon se marchen a América.

—¿Por qué?! —Thomas avanzó hasta enfrentar a su padre. Solo el escritorio los separaba—. ¿Por qué te opones a Chelsea? Es una excelente elección de esposa, no puedo darle nada mejor al maldito condado de Sutcliff.

—No me opongo a la señorita Gibbon, Thomas. Me opongo a que te cases con dieciséis años. ¡Mierda!, por algo existe una ley en Inglaterra que te prohíbe hacerlo hasta los veintiuno, ¡porque son dos malditos críos!

—Bien. —Thomas asintió con énfasis—. Bien, esperaré, pero Chelsea no se marcha. Anunciaremos el compromiso, la tutelarás para que pueda permanecer en Inglaterra y ni bien cumpla la mayoría de edad...

Arthur se desplomó en la butaca y gruñó. No sabía por qué le sorprendía, el más pequeño de los Webb siempre fue el más díscolo, pero su determinación y terquedad traspasaba la línea de lo aceptable.

—No haré tal cosa —determinó.

—¡No puedes darle la espalda a los Gibbon! —exclamó el joven—. La señora Gibbon ha sido amiga de madre desde antes de conocerte a ti, ¡merecen un poco de nuestra parte!, ¿no?

—¿Y qué crees que he hecho?! —El conde se incorporó de manera intempestiva—. ¿Eh?, ¿quién crees que ha movido los hilos con cada contacto hasta conseguir quien lo contrate?, ¿quién crees que compró parte de la deuda para aplazar los tiempos y salvar a Gibbon de la prisión de deudores?, ¿quién demonios piensas que negoció para que en lugar de dejarlos en la calle les dieran dos malditas semanas para prepararse antes del viaje? Thomas, he hecho mucho más de lo que me corresponde por los Gibbon, y lo he hecho por la amistad que nos une. No se te ocurra, muchacho, juzgar sin siquiera tener el vello suficiente para saber de lo que hablas.

—No... —inició su réplica, su padre lo acalló.

—Ya has oído lo que yo he hecho por ellos, ahora escucha lo que tú deseas hacer. ¡Repítelo! —demandó el conde—, repite tu plan. ¡Repítelo!

—Tutelar a Chelsea hasta que yo llegue a la mayoría de edad —dijo—. No es una mala idea, podríamos brindarle mejores relaciones, educación...

Arthur alzó la mano para silenciarlo.

—Tutelar a una niña que tiene padre y madre —amplió el panorama, sintió que la voz se le enronquecía—, padre y madre que la quieren. Propones separarla de ellos, dejarla aquí, sola, con tan solo qué... ¡Oh, sí, claro! Mi protección, que en realidad es la tuya, ¿verdad? Sin más amistades que nosotros, con el peso social de saberla abandonada por la quiebra de sus padres, a merced de ti...

—¡No estaría a merced...! —se defendió, la indignación lo hizo sonrojar, no podía aceptar lo que su padre decía, aunque supiera que tenía razón. De eso se trataba, de quién era más poderoso,

quién mandaba sobre la vida de Chelsea.

—Sí, Thomas, sí lo estaría. Dependería de nosotros para todo, básicamente estaría atada —remarcó— a ti y a tu voluntad, al miedo de ofendernos y que la dejemos en la calle. Eso, Thomas, como he intentado explicarte un centenar de veces es abuso de poder. De tu poder como hombre y como noble.

—¿Y arrastrarla a América contra su voluntad no lo es? —preguntó, pero sus palabras habían perdido parte del brío. Arthur no contestó, solo lo observó con fijeza, hasta ver en la mirada de su hijo que comprendía la diferencia. Había aspectos de la vida que no podían modificarse, Thomas debía pagar un precio por ser hijo de Arthur Webb, y ese precio eran las responsabilidades del condado. Chelsea poseía otras limitaciones, nacer mujer, ser demasiado joven y no tener dinero. En lugar de ahondar allí, lo hizo en la lección que el muchacho debía aprender.

Volvió a sentarse y esperó a serenarse.

—Thomas, dime, quiero que lo expreses en voz alta de modo que tú mismo te escuches. ¿Por qué propones que tutele a Chelsea, que la separe de sus padres, que la retenga aquí, en Inglaterra?

—Porque la quiero... —confesó el muchacho, y sintió que ya no podía contener las lágrimas que pujaban por abandonar sus ojos celestes.

—Completa la oración —exigió su padre—, porque la quieres... —Hizo un ademán con la mano, para que prosiguiera.

—Porque la quiero para mí y solo para mí. —El llanto se hizo presente—. No es un capricho —se defendió—, lo juro —Puso énfasis, negando con la cabeza—. Lo juro, padre, no es un capricho, de verdad la quiero.

—Capricho es imponerte, no quererla, Thomas. Capricho es obligarla a elegir entre sus padres o tú. Capricho es instarla a esperarte con tan solo una promesa y ninguna certeza. —Arthur dejó que su mirada vagara por el cuadro de su hijo preso de un lacerante dolor; un sufrimiento que, sin duda, lo alcanzaba a él y lo destrozaba—. No solo debes aprender a ser responsable con tu poder, Thomas, al parecer también debes aprender a serlo con tu amor.

Thomas Webb no pudo decir más, se encontraba abatido por lo irrefrenable de los hechos. Se alejó de su padre, hasta la segunda ventana del despacho y posó su mirada en las calles de Londres. Una ciudad que sería más gris desde ese día en adelante.

—La perderé para siempre, padre, y tú lo sabes. La presentarán en sociedad, le encontrarán un marido y otro ocupará el lugar que yo ansío. —Arthur creyó que su corazón se rompía a la par del de su hijo—. Te lo confesé, creí que lo entenderías, Chelsea es mi refugio, mi único refugio. Ahora no tengo escapatoria ni paz, seré «el próximo conde» en cada maldito aspecto de mi vida. Ojalá alguien le hubiera preguntado a Chelsea si se quería marchar y a mí si quería este legado. ¿Y me hablas de tiranía?, ¿quién le pone un límite al destino cuando se convierte en un vil dictador? —Se volteó hacia él—. Cumple tu palabra, padre, enciérrame y ponme en custodia hasta que parta, porque no puedo prometerte que no escaparé una vez más. Hasta que no queden esperanzas, no me rendiré; simplemente soy incapaz de rendirme cuando de Chelsea se trata.

Lo único que Chelsea empacó fue la alianza. Lord Arthur Webb le había permitido conservarla, pese a ser una de las piezas más importantes de la colección de joyas del condado de Sutcliff.

Solo eso necesitaba. Tampoco quedaba demasiado. Se habían llevado hasta los cubiertos que no eran de plata, hasta los almohadones de plumas, hasta las velas; y mientras dejaban la casa de Londres, los acreedores se adentraban en ella, sin brindarles siquiera la posibilidad de pasar el cerrojo y decirle adiós.

Aún debían mucho dinero, aunque no tanto como para terminar en prisión. Con el nuevo trabajo de su padre pagarían una alta mensualidad, se avecinaban años duros, de pocos lujos y nulas esperanzas. Eso no asustaba a Chelsea, ella solo tenía un anhelo y lucharía por él. Aguardaría, esquivaría pretendientes y proposiciones, se rebelaría a lo impuesto y alcanzaría su cometido: regresar a Inglaterra junto a Thomas.

Tenían pocas maletas, apenas un par de vestidos se habían salvado de los demandantes. Un coche con el escudo del condado de Sutcliff los recogió, no se encontraba ni el conde ni la condesa; no podían despedirlos, habían viajado a Escocia, en esa ocasión a Edimburgo, junto a la hermana de Arthur y Lady Daphne. Fue la única forma que hallaron de impedir que su segundo hijo siguiera los pasos del primero y se arrojara al Támesis tras los pasos de su amor.

Se juró no llorar. Derramar lágrimas era sinónimo de derrota, y Chelsea Gibbon no perdería.

Arribaron al puerto en donde el buque Victoria East aguardaba por su partida en algunas horas. Faith simulaba estar animada e intentaba contagiar ese falso estado de ánimo.

—Nos han asignado un camarote familiar —comentó con la vista puesta en los billetes. Sacó del bolsillo de su abrigo una carta cuyo sello estaba quebrado, Chelsea vio el escudo y le resultó extraño.

—¿El marqués de Aberdeen?, ¿lo conocemos?

—No, no a él. ¡Oh, Chelsea!, hemos estado lejos de la sociedad por el tema de nuestras finanzas y nos hemos perdido el jugoso cotilleo de este año. Al parecer el antiguo marqués era un impostor, y un americano, Charles Miler, es el verdadero heredero. —Le mostró la carta como prueba fehaciente del rumor. Estaba firmada por el susodicho Lord Charles Miler, marqués de Aberdeen.

—Para ser honesta, madre, la vida del marqués verdadero o falso me tiene sin cuidado —La voz sonó amarga—, ya imaginarás, si el hijo de un conde es demasiada aspiración de mi parte, ¡un marqués! —Marcus dejó escapar una risotada, Faith lo golpeó con el diminuto bolso de mano.

—El sarcasmo no es agradable en una señorita. —Chelsea sonrió; bien, entonces recurriría a él en cada ocasión que necesitara deshacerse de un pretendiente—. Además, el marqués es casado.

—¡Oh, no!, padre, hemos perdido nuestra oportunidad de hacernos ricos. —El hombre volvió a reír, Faith, a golpearlo.

—¡Chelsea!

—Madre... Ve al grano, somos pobres, ¿recuerdas?, ¿qué puede querer un marqués de nosotros?

—Pues nos ha pedido, como favor personal, que actuemos de carabina y compañía de la

señora... —Releyó las palabras— Thelma Ferrer y su hijo Derek. Debemos ir en su búsqueda en cuanto abordemos. —Se impacientó y repiqueteó los pies sobre el muelle. El ascenso al buque era lento, y se generaban embotellamientos producto de los pasajeros que se detenían para un último vistazo de Londres.

Chelsea no haría eso, o rompería en llanto. Al fin ingresaron, les revisaron los billetes y los acompañaron a su camarote.

—Chelsea, señor Gibbon...

—Yo iré luego, querida —dijo su esposo—, prefiero descansar. —Lo que era sinónimo de comenzar con la bebida. Como el espectáculo de su padre alcoholizado desagradaba a la joven Gibbon, decidió seguir los pasos de su madre.

Golpearon la puerta del camarote contiguo, y una muchacha de cabello moreno, intensos ojos azules ocultos tras gruesos cristales y una leve cojera las recibió. Tras ella, un niño pequeño, tan bello como su madre, las observaba con curiosidad.

—Usted debe ser Thelma Ferrer —dijo Faith—, nuestra compañera de viaje. Mucho gusto, soy Faith Gibbon, y ella es mi hija, Chelsea.

Y junto a esa extraña señorita británica, Chelsea Gibbon dio inicio a su nueva vida, una en tierras americanas.

## SEGUNDA PARTE

INGLATERRA – ESTADOS UNIDOS

1867

*Londres, Inglaterra.*

El inicio de temporada generaba en lord Thomas Webb una molestia similar a la de soportar una gran piedra en el zapato; y si esa piedra llevaba años incrustada en la planta de tu pie era por demás lógico pensar que el malestar se hubiera extendido a cada parte de su ser. Era eso, o era una excusa para eludir las responsabilidades sociales. O tal vez, era simple y llano desdén con aires de superioridad, algo que parecía un defecto genético en el joven lord. Detrás de escena, tras las bambalinas de la nobleza y la aristocracia británica, el apellido Webb y el condado Sutcliff eran la comidilla de los lores ociosos y las ladies con afán de cotilleo. Lo único que no se ponía en tela de juicio era la respetabilidad de los actuales condes, una conducta intachable, digna de imitar. El problema se hallaba en la generación siguiente. Algo había fallado. Todos, absolutamente todos, cuestionaban el resultado como una extraña paradoja. La mejor educación académica combinada con la mejor educación familiar tendría que dar como fruto lo mejor de lo mejor. Y en cierta medida lo fue, tiempo atrás lo fue. Lord Colin Webb fue el primogénito perfecto hasta que en su camino se cruzó una jovencita americana, adinerada a más no poder, pero sin cuna noble. ¡Vaya herejía! ¡Sin cuna noble! Así fue como todo el trabajo familiar se echó por tierra. Por desgracia, ahí no finalizó el asunto, le siguió algo peor, la desaparición de la joven lady Webb, seguido de un matrimonio con un bastardo. ¡Un bastardo! Con buenos vínculos empresariales, pero bastardo al fin. El único que estaba libre de atroces errores era el más joven de los Webb, lord Thomas, que heredaría el condado debido a la declinación del título por parte de su hermano mayor. Era un excelente partido, el lord que toda lady deseaba conquistar. La lista de cualidades era amplia, sus primeros puntos incluían: título, fortuna, una red extensa de conexiones comerciales y políticas, educación de élite, juventud y una belleza masculina envidiable. Sin embargo, era fundamental revelar la otra parte de la lista, lo opuesto a las cualidades, lo que la mayoría conoce como defectos, pero que cuando de la nobleza se trata, no se confiesa a viva voz.

Era inconcebible pensar que lord Thomas Webb tuviese comportamientos maleducados, eso no sucedía ni en sus peores días. Y los tenía, claro que sí. La columna de cotilleos en la gaceta londinense siempre hacía un apartado especial a modo de alerta para las jóvenes ladies cuando sucedía. Quitando de análisis los comportamientos fuera de lugar, podría decirse que el futuro joven hacía un alarde único de la petulancia y la soberbia, con una notable dosis de desprecio social. En los últimos años, el propio Thomas se encargó de establecer las normas protocolares en torno a su persona; nadie tomaba la iniciativa de conversación a menos que naciera de un primer acercamiento de su parte. En cuanto a las jóvenes beldades de cuna noble que solían estar al acecho, rehuían de su mirada con la intención de mantener el ego a flote en todo su caudal. Existían otros peces en el mar además del lord, y la mayoría de ellos no traían consigo el sabor amargo en los labios. El rumor que corría entre las muchachas tenía como función alertar a las incautas. Lord Thomas Webb era un bocado difícil de digerir.

La presencia del joven en la fiesta de Lady Thomson era un suceso digno de murmuración. Solía ser la figurilla faltante en los eventos de temporada, y hasta cierto punto, la sociedad londinense lo agradecía. Thomas tenía la capacidad de aplacar los buenos ánimos con su sola cercanía, se lo podría comparar a un aguacero de verano, llegaba sin previo aviso y se marchaba de igual manera, dejando destrozos a su paso. La clase de destrozos que Lady Mariana Thomson

esperaba. La antigua cantante de ópera italiana estaba hastiada de las pacatas costumbres británicas. Su pasado en el mundo del arte y el entretenimiento hicieron de la mujer un espíritu libre, no apto para el molde de la nobleza. Por lo bajo era criticada, desde la perspectiva de la mayoría no calificaba como vizcondesa. Por lo alto, la alababan por sus atributos musicales — hasta un sordo reconocería su talento—, fingían agrado con respecto a sus formas no tan clásicas y disfrutaban de sus estrafalarios eventos. Sin duda, las reuniones y bailes organizados por la vizcondesa se colocaban en el centro social de Londres.

—¡Oh, Lord Webb, dichosos sean mis ojos! —exclamó Lady Mariana deslizándose sobre su piso de mármol europeo con grácil movimiento. Una vez junto a él, desplegó el abanico con la intención de cubrir su boca—. Y por supuesto, dichosos los ojos del resto de los que aquí se encuentran.

—Es una jugada muy arriesgada hablar en nombre de otros, milady, en especial cuando se trata de mí. —Las amistades de Thomas Webb eran reducidas, contaba con un par de buenos amigos de sus tiempos en Eton y Cambridge, por fuera de ese grupo, solo poseía vínculos de negocios. El matrimonio de vizcondes fluctuaba entre medio de esos extremos. Le agradaban, por eso no solía despreciar todas sus invitaciones—. Escuche... —La motivó a prestar atención al sonido del ambiente—. Dígame, ¿qué oye? —El murmullo generalizado se detuvo ni bien se sintió la impronta del futuro conde en los alrededores.

—La maravillosa música de orquesta... y un exquisito mutismo aristocrático. Algo que solo usted consigue, Lord Webb. —Sin modestia, enlazó su brazo al de él y lo invitó a caminar a su par. Thomas aceptó sin mostrar agrado o desagrado. Era una gran incertidumbre la mayor parte del tiempo—. Déjeme reformular lo dicho entonces, bienaventurados los ojos y los oídos. Decir que su presencia es siempre un placer, está de más.

—Lo mismo digo con respecto a sus invitaciones... aunque no siempre las acepte.

El murmullo generalizado volvió a su cauce, acompañado de miradas bastante indiscretas y suspiros ahogados por parte de las jovencitas. Lord Thomas Webb, además de ser esa incomprensible paradoja, también era un atractivo enigma, y todos querían descifrarlo. Lady Mariana Thomson poseía información extra para hacerlo; lo conocía desde la niñez, desde una época en la que el lord era sonriente y feliz. El motivo de esa felicidad se hallaba a un océano de distancia, y desde entonces, la luminosidad de Lord Thomas se había apagado.

—No se preocupe, sé que un hombre con sus responsabilidades no cuenta con tanto tiempo libre para el ocio.

—En eso se equivoca, Lady Thomson, le otorgo a mi ocio todo el tiempo que necesita, no tengo reparos para con él.

—Oh, me acaba de sorprender, milord, no lo hacía tan buen compañero del ocio. —La vizcondesa era una especialista en socarronería.

—Nos entendemos bien, solo eso... ni a él ni a mí nos agradan los excesos. —La realidad era que Thomas Webb generaba y establecía cuanto negocio pudiera, de esa manera hallaba las excusas perfectas para engañar a su familia, a su mente y, sobre todo, a su corazón.

Lady Thomson le era funcional en ambos aspectos, con su esposo se dedicaban al trabajo y con ella, al ir y venir de información social. Datos que eran de extrema importancia para ayudarlo a respirar. Los contactos de la vizcondesa alcanzaban América, más precisamente, el estado de Virginia donde se encontraba la señorita Chelsea Gibbon, ahora señora Hughes. Las relaciones con Sean Walsh, casado con la virginiana Cameron Madison, los habían destinado allí con la mayor posibilidad de crecimiento económico, algo que no se concretó debido a la repentina muerte de Marcus Gibbon.

Hasta ese golpe de mala fortuna, Thomas y Chelsea compartieron correspondencia ocasional; pero cuando la última misiva llegó, con la noticia del inminente e inevitable matrimonio con el señor Hughes, el lazo fue roto por completo, y el joven Lord Webb supo que el mal presagio se había cumplido: la perdió por siempre. Ahora solo bebía retazos de información, rumores y murmullos, cualquier migaja que le dijera que Chelsea se encontraba bien tras desatarse la guerra de secesión que azotaba al país que la albergaba.

Evadieron la pista de baile durante la caminata, como reemplazo de esta, Lady Mariana optó por las terrazas que brindaban el acceso a sus espléndidos jardines. Allí se detuvieron.

—Eso me catapulta de forma directa a otro análisis, no se trata de la cantidad de horas de ocio... sino de la calidad.

—Su análisis es muy acertado, Lady Thomson, y si los dos nos sinceramos, creo que podemos coincidir ante el hecho de que los salones de baile londinenses no brindan calidad alguna.

—Exceptuando los míos, claro está —dijo agitando su abanico.

—Por supuesto, exceptuando los suyos, de lo contrario, no estaría aquí.

Lady Mariana le sonrió, replegó el abanico solo para golpear el hombro de Thomas con delicadeza.

—¡Adulador! Acepto creerle, aunque sé que está aquí por otros motivos... y, oh, casualidad, allí se encuentran. —Señaló a un par de metros de distancia detrás de su espalda.

Thomas se volteó y siguió la línea que le marcaba la punta del abanico de la vizcondesa. En una de las bancas del jardín, sentadas en torno a una de las tantas fuentes de agua, se encontraban su madre, la condesa de Sutcliff, y lady Daphne, su hermana.

—Con su permiso, milady, el deber familiar me llama.

—No esperaría menos de usted, lord Thomas. Además, no me atrevería a robarle más tiempo del necesario.

—No me lo roba, yo decido compartirlo con usted —dijo y extendió de nuevo el brazo hacia ella.

Lady Thomson comprendió al instante que el joven lord tenía planes ocultos y estos la incluían a ella. Se enredó en su brazo y se dio el permiso de hacer una presión en su torneado músculo.

—¿Me necesitas, verdad? —preguntó por lo bajo dándole lugar al tuteo.

—Necesito esa capacidad suya de información...

—Pues, es toda tuya, muchacho.

Su padre, Lord Arthur Webb, al igual que el esposo bastardo de su hermana Daphne, se hallaban en un viaje de negocios en conjunto; las mujeres de la familia quedaron al cuidado del futuro conde. No era solo por aprecio a los Thomson que Thomas asistió al evento, el motivo real se debía a esas dos mujeres que le sonreían de par en par.

—Dime, ¿tus intenciones son las de granjearte un apodo a futuro? ¿O solo pretendes torturarnos por simple entretenimiento? —Lady Daphne conocía la dinámica de acción de su hermano menor, no había que permitirle el espacio a la primera estocada, era fundamental atacar primero. Con cariño, pero primero.

—¡Daphne, por los cielos! —Los ojos de su madre le resaltaron la presencia de la anfitriona —. Disculpe a mi hija, Lady Mariana. —Carraspeó avergonzada. La vizcondesa no hizo más que reír.

—Lady Thomson, me imagino que sabe que la apreciación de «tortura» no tiene asociación con su trabajo de anfitriona.

—No, no, mi querida Lady Daphne, jamás asociaría tales palabras... comprendo muy bien la clase de tortura a la que haces referencia. No en vano he puesto tanto esmero en estos jardines —

bromeó. Cuando el hartazgo social le apretujaba el pecho hasta el sofoco, el mejor resguardo se hallaba en ese lugar.

—Es bueno saberlo, Lady Thomson. —La mirada de Daphne impactó con aires de triunfo en los de su madre. Lady Marion Webb solo atinó a resoplar por lo bajo. Daphne ya era incorregible, y lo más catastrófico del asunto era que fue desposada por un hombre que amaba con locura esa «cualidad». Aclarado el posible mal entendido, repito... ¿intenciones o tortura, Thomas?

Daphne rompió el protocolo de la nobleza al llamar a su hermano por el nombre de pila fuera del ámbito hogareño, al fin de cuentas, la anfitriona podía considerarse parte de la familia Webb, debajo de ese puente de amistad corrió mucha agua.

—Ni una cosa ni la otra, lo sabes... me demoré por unos asuntos que no vienen al caso explicar.

Había iniciado una secreta búsqueda de un apartamento de soltero. En sus planes estaba abandonar el hogar en cuanto su padre estuviese de regreso. No se sentía a gusto en la casa familiar, ni en la casa de verano, albergaban recuerdos en sus paredes, y no de los buenos, sino de aquellos que le habían roto el corazón. Lord Thomas Webb estaba quebrado por dentro, su corazón se fragmentó en siete pedazos, y cada uno de ellos tenía grabado las letras de un nombre: Chelsea.

Odiaba todo lo que estaba relacionado a la herencia familiar y al título de nobleza que obtendría tarde o temprano, porque eso le robó lo único que le daba sentido a su vida. Para sus padres, la adolescente historia de amor entre Chelsea Gibbon y él se convirtió en un recuerdo que no merecía la pena traer a la mente. Tantos años... un océano de distancia y una señorita Gibbon casada. No había más tela para cortar, e intentaban, por todos los medios, que su hijo pasara página. Por lo visto, no conocían la mecánica del corazón roto de Thomas, latía a ritmo lento y pausado, utilizando la energía justa y necesaria. Nada más. Sobrevivía, a duras penas... le faltaba una pieza, esa que era capaz de volver a unirlo. Thomas requería de claridad mental y soledad, solo así podría tolerar el peso de las responsabilidades que caían sobre su espalda.

—Oh, no, siempre viene al caso explicar... cuéntanos. —Daphne no tenía límites.

—Deja a tu hermano con sus asuntos, y tú encárgate de los tuyos. —Fue el llamado de atención perfecto por parte de su madre. Un comentario desacertado haría refulgir en Thomas ese temperamento odioso que se esforzaba tanto en demostrar.

El ceño fruncido de su hermana no le resultó de su agrado, disfrutaba de su visita, su jovial e indiscreto temperamento lo sacaban de sus casillas y, a la vez, lo hacía olvidar un poco la realidad que lo asfixiaba. Además, bebía en secreto del dulce licor que significaba en ella el logro de haber consolidado un matrimonio por amor, algo que él nunca obtendría.

—En otro momento, Daphne, prometo compartir «mis asuntos» contigo, ahora, otros demandan mi atención.

—¿A qué te refieres? —La alegre motivación regresó a su hermana.

—Si he de invertir mi tiempo aquí, quiero que valga la pena. Dígame, Lady Thomson... ¿Cuál es la víctima de la temporada? —Se refería a las muchachas que, ante la ausencia de llamativos atributos físicos o económicos, eran despreciadas por la mayoría. Ceros a la izquierda, moscas en la miel...

—Thomas, por favor, no otra vez...—Su madre trató de hacerlo reflexionar, sabía que lo hacía porque le encantaba poner en relieve la pantomima social que se desarrollaba en la temporada.

Daphne palmeó mostrándose cómplice de su hermano.

—Si usted no le da un nombre, Lady Thomson, yo lo haré —la alertó con las ansias quemándole los labios.

—Lo siento, lady Daphne, pero no le daré ese gusto, y con justa razón... está desactualizada, lleva mucho tiempo lejos de Londres. —Tras ser puesta en jaque, Daphne asintió con pena. La vizcondesa regresó la atención a Thomas—. Tengo el nombre perfecto para ti...

—Soy todo oídos.

Ella lo instó a voltearse, y con su mirada le marcó el camino directo a una muchacha que se encontraba aislada con otras junto a la mesa de refrigerios. Lucía un vestido amarillo con bordados en blanco y negro, el cabello estaba enlazado en lo alto con un tocado de plumas que convertían a su cabeza en una especie de pajarera. Lentas, pose desgarrada y descuido en sus modales: bebía limonada como si tuviese años sin hidratarse. Sin pausa. ¡Cielo santo!

—La señorita Holland... —murmuró satisfecha con su elección Lady Thomson. Mejor candidata, imposible.

—Has oído, madre, la señorita Holland... —Puso énfasis en el nombre con su tono de cordial caballero.

—Sí, he oído... la señorita Holland, sin duda, parece tener todo para ser la adecuada. —Los ojos de Lady Marion rodaron en sus cuencas. Era imposible luchar contra la corriente de su hijo.

—Con su permiso, miladies... —Hizo una exagerada reverencia.

Las tres mujeres lo vieron marchar. Lady Marion resignada, Daphne y Lady Thomson con una sonrisa en los labios.

—Digan lo que digan, no se puede negar que aún tiene un buen corazón —dejó escapar Lady Thomson.

Daphne abandonó la comodidad de la banca, se enlazó al brazo de la anfitriona y dejó escapar su pensamiento.

—Por supuesto que sí, tiene un buen corazón, roto... pero bueno al fin.

La señorita Holland se transformaba, a cada paso que Thomas daba hacia ella, en el plan más adecuado de la noche. El tiempo no corría de prisa en los salones de baile, y si pretendías salir ileso, debías emplearlo con criterio. La muchacha no malinterpretaría sus intenciones, de eso estaba seguro, comprendería el juego a sabiendas del beneficio que traía consigo. Un baile con el futuro conde de Sutcliff era un pasaje directo al ascenso social que la colocaría bajo la lupa de los aristócratas en busca de esposas. No solo eso, la experiencia le decía que detrás de un rostro y un cuerpo poco agraciado, siempre se escondían otro tipo de atributos.

En cuanto la señorita Holland cayó en cuenta de que ella era el final de recorrido del lord, se atragantó con la limonada. Tosió... tosió más fuerte de lo esperado, todos los ojos en torno a ella la evaluaron con desaprobación. Las dos muchachas que la acompañaban la socorrieron palmeando en su espalda. El acto en sí fue una burlesca representación digna de un teatro de los bajos fondos de Londres. La tos continuó por un par de minutos, Agnes Holland tuvo que utilizar la mesa de refrigerios como punto de apoyo.

Cualquier otro hombre hubiese huido espantado, pero lord Thomas Webb ansiaba consagrarse como la excepción a todas las reglas.

—Permítame asistirla, señorita Holland —dijo y extendió un delicado pañuelo bordado hacia ella—. Aquí tiene.

Las muchachas, igual de desastrosas en apariencia que Agnes, coincidieron en miradas. A través de los gruesos cristales de los lentes de la mencionada, Thomas pudo ver cómo sus párpados se entornaban.

—No, milord, por favor... —desestimó el ofrecimiento—, no quiero arruinar su... su delicada pertenencia.

Fue el tono de la muchacha lo que puso en alerta a Thomas. No era vergüenza, tampoco modestia...

—No lo arruinaría, al contrario, señorita Holland, usted estaría contribuyendo a su propósito en el mundo... es un pañuelo. Por favor, acéptelo.

Agnes resopló por lo bajo. Las miradas de los allí reunidos volvían a posarse en ella. No podía atreverse a semejante desplante.

—Tiene razón, es un pañuelo... —Volvió a resoplar resignada. ¿O fastidiada? Thomas no podía dilucidarlo aún—, y a la vez, es todo lo contrario. —Tomó el pañuelo y, sin otra alternativa, limpió las comisuras de sus labios. No había restos de humedad visible; la tos desapareció de un instante al otro, sin ningún carraspeo molesto a modo de despedida.

—Disculpe, señorita Holland, no logro entender ese «contrario» que usted indica.

—Es simple, Lord Webb. —Enderezó la espalda, se acomodó las gafas y, con un gesto de manos casi imperceptible, despidió a sus amigas—. Ahora, usted se verá en la obligación de prescindir de su pañuelo, y yo de conservarlo hasta que otro evento nos coloque, de nuevo, en una situación similar a esta.

—No tiene que devolverlo, si es lo que le preocupa.

—Si no lo devuelvo, se generarán rumores sobre el supuesto apego sentimental que yo he colocado en el objeto. Y si lo hago, me verá en la obligación de entregárselo en persona.

Thomas no tuvo que dilucidar más, no existía ni un ápice de resignación en ella, era puro y llano fastidio.

—¿Acaso eso la incómoda, señorita?

—Puedo ser franca con usted... —Redujo el tono de su voz hasta alcanzar el susurro.

—Para variar, en un lugar como este —rio con sorna Thomas—, sí... me encantaría una dosis de franqueza, señorita Holland.

Se acercó a él cuanto pudo, dejando a un lado el pudor.

—Agradezco su intención... esta intención —Los ojos de Agnes recorrieron el entorno, en ese instante, más de un hombre la observaba—, por desgracia, no coincide con la mía.

—¿A qué se refiere?

—A que arruina mis planes, milord.

La conversación comenzaba a ponerse interesante. Para él y para el resto. Los murmullos resonaban con mayor intensidad.

—¿Planes?

—Sí, uno en particular... ser un auténtico florero.

—¿Eso pretende ser a conciencia?

—A mucha conciencia, milord... créame, no me ha sido nada fácil conseguir una modista dispuesta a insultar la moda y el buen gusto.

Ese vestido amarillo con bordados en tonos desacertados no era más que una fachada. Thomas dejó escapar una ruidosa carcajada.

Él tenía planes. Salvarla, ser su caballero de brillante armadura por esa noche.

Ella tenía otros planes. Ser su propia heroína y construir su armadura.

Si las circunstancias del corazón de Thomas fueran distintas, la señorita Holland sería una inesperada candidata.

—Me ha dejado sin palabras, señorita Holland...

—Y por lo visto, gracias a usted, también he dejado sin palabras al señor Cotton, pues detuvo su común parloteo para sumarse a nosotros. —Thomas se volteó, el hombre se dirigía a ellos, sus intenciones eran bien explícitas, ganarle la partida al joven lord.

—Lo siento...

—Tarde para arrepentimientos, Lord Webb, ahora va a tener que bailar conmigo como compensación.

—Será un placer... —Le extendió su mano.

—Espere, acabo de recordar que no traigo la libreta de baile conmigo.

—¿Casualidad? —se burló él.

—No, pura conveniencia, por supuesto.

—Pues no importa, diremos que la trae consigo. —Agnes dudó, luego se entregó al momento al notar que la cercanía del señor Cotton era inminente.

Avanzaron hasta el centro de la pista de baile ante las miradas inquisidoras de todos los allí reunidos. Las calles de la ciudad se inundarían de cotilleo durante semanas. La única feliz ante el hecho sería Lady Thomson, le encantaba ser la que manejaba los hilos de los títeres vestidos con ropajes de nobleza. La vizcondesa generaba tendencia en habladurías, era su actividad favorita y, por tal motivo, solicitó un vals a la orquesta. Thomas y la señorita Holland danzaron haciendo de cuenta que el alrededor no existía.

—Dígame, señorita Holland, ¿cuál es su relación con el señor Cotton?

—Conmigo, ninguna... tiene negocios con mi familia, y por lo que tengo entendido, mi padre ha intentado concretar una unión entre ambos creyendo que despierta mi interés.

—Interpreto de sus palabras que no lo ha conseguido.

—Interpreta bien, no despierta mi interés y, además, el señor Cotton no se ha mostrado muy satisfecho con nuestro posible enlace, hasta hoy... —Exhaló con pesar y alzó sus bellos ojos verdes con escudo de gafas hacia los de él—. Creo que usted ha encendido su chispa...

—¿Y eso es un problema?

—¡Por supuesto, no quiero casarme! —Agnes Holland reaccionó a la defensiva.

—No quiere casarse con él... —agregó Thomas. Si él tuviese que valerse también de la sinceridad, el señor Cotton tendría que estar último en la lista de candidatos. Tenía unos veinte años más que la muchacha, no era agradable a la vista y en el club de caballeros se rumoreaba que era íntimo amigo de los licores—. Es entendible...

—¡No, no quiero casarme en lo absoluto! —exclamó alzando el mentón.

Thomas se detuvo, ella se vio obligada a hacer lo mismo. La acción provocó otra ola de susurros. Retomaron el baile en silencio, hasta que ella decidió romperlo.

—Mi madre murió cuando yo era muy pequeña... fui criada y educada a base de institutrices, pero mi más grande escuela fue mi padre.

Thomas conocía muy poco de la historia familiar de los Holland, solo sabía que, tras la viudez, Theodore Holland no volvió a contraer matrimonio, dejando como única heredera a Agnes.

—¿Y qué ha aprendido en esa escuela, señorita Holland?

—Que el amor verdadero no se compra ni se pacta... nace, y solo lo hace en algunos pocos, en aquellos que tienen el valor para desafiar las normas sociales.

Las palabras de Agnes se clavaron como espinas en la garganta de Thomas. ¿Cuánto tiempo más podía burlarse de las normas sociales? La soga pendía de su cuello y estaba decidida a ahorcarlo el día que su padre falleciera o fuera lo suficientemente mayor para llevar las responsabilidades del condado. El rostro de Thomas mutó, palideció, el ceño se le frunció. La señorita Holland se sintió responsable del cambio de actitud en el joven lord.

—¿He dicho algo que lo disgustara, Lord Webb?

—No, señorita Holland, ha dicho lo correcto... su padre le ha enseñado muy bien. Créame, la acompaño en el sentimiento.

—¿Usted tampoco quiere casarse?

—No, no quiero... aunque lo quise, pero era demasiado joven y mi capacidad de desafío era la de un crío recién nacido.

—Que nada ni nadie le impida obtener aquello que anhela, milord... eso también me lo enseñó mi padre, y eso es lo que pretendo hacer.

El rictus severo de Thomas se evaporó dando lugar a una pequeña sonrisa. Agnes era una muchacha maravillosa, demasiado para una sociedad como la de la nobleza británica, le recordaba a su hermana, solo que. en la dinámica de esa nueva relación, él podía cumplir el rol de hermano mayor.

—Dígame, señorita Holland... ¿Qué es lo que pretende, lo que anhela? —Acababa de descubrir que hablar con Agnes le aliviaba las penas, contenía su furia y su afán de reproches.

—Promete no reírse.

—¿De usted? ¡Jamás! —la certeza resonó en su voz.

—Deseo abrir una fábrica de perfumes —le susurró.

—¿Pretende arrojarse a los brazos de la burguesía? —la burla fue inmediata.

—Prometió no reírse, milord...

—No me río de usted, me río con usted... Si ese es su deseo estoy más que seguro de que ya ha imaginado los rostros de los presentes si lo consigue, ¿verdad? —Ella asintió apretando los

labios, contenía la sonrisa—. Ve, me río con usted —repitió.

—Lo conseguiré... —afirmó Agnes. Estaba decidida a todo, inclusive a desmerecer su imagen con tal de mantenerse fuera del radar de los hombres y lograr su cometido empresarial—. Lo conseguiremos —agregó cuando en una vuelta de vals hizo contacto visual con sus amigas.

—¿Plural? ¿Tiene socios?

—Socias. —Con un gesto de cabeza señaló a sus amigas.

El cuadro, contemplado desde otra perspectiva, le pareció una obra de arte a Thomas. Las muchachas recurrían a la misma estrategia que su amiga, pésima selección de vestuario y comportamientos poco delicados. El vals concluyó, y caminaron de regreso a la mesa de refrigerio, el lugar elegido como escondite.

—¿No hay socios?

Agnes liberó una carcajada.

—¿Quién se atrevería a apostar por una empresa construida por mujeres?

Nadie en su sano juicio. Era un sacrilegio romper el molde de las costumbres. El rol de la mujer ya estaba establecido, y aquellas que se atrevieran a jugar en su contra obtendrían la peor de las condenas, la social. Parias absolutas. En eso te convertías cuando decidías luchar por tus sueños.

—Solo un demente...

—Así es... —convino Agnes.

—La clase de demente que usted tiene delante. —Se cruzó en su andar; la obligó a detenerse y enfrentarlo.

—¿El futuro conde de Sutcliff? No, no ... no lo creo tan demente.

—Entonces no me conoce lo suficiente, espere y verá.

—Lo haré, milord, esperaré... no voy a negarlo, nos vendría muy bien un socio como usted.

—Me alegra oírlo... ¿Ha visto? Puede que haya arruinado uno de sus planes —Se refería al rescate—, pero contribuiré de forma significativa en el otro. Ya lo sabe, de hoy en adelante, cuente conmigo para lo que necesite... solo tiene que pedirlo.

Los labios de Agnes Holland se torcieron en una mueca. Pensaba... pensaba. No debía de perder esa oportunidad.

—Hablando de planes arruinados, puede que una de mis socias requiera de su ayuda...

—¿Quién?

—La señorita McAdam, sus conocimientos de herbolaria la hacen indispensable... pero su familia está en quiebra y un buen matrimonio es lo único que puede salvarlos.

—Y un buen matrimonio le buscaremos.

—Bueno, no solo se trata de un buen...

—Lo sé... —la interrumpió Thomas—, necesitamos un hombre con una gran renta anual y una mente abierta aún más grande.

La señorita Holland sonrió de par en par.

—Ha leído mis pensamientos, milord...

—Haré más que eso, los llevaré a cabo... y si no encontramos el esposo perfecto, enfrentaremos esa situación de quiebra a como dé lugar.

Necesitaba un nuevo Norte, nadar en aguas desconocidas, disfrutar de una bocanada de aire fresco sin el smog que provocaban las exhalaciones tóxicas de la nobleza. Necesitaba exprimir la mente, generar proyectos, solo así lograba acallar los lamentos de su corazón.

Pensar en la situación económica y familiar de la señorita McAdam le hizo viajar al pasado, a lo que Chelsea tuvo que vivir, a lo que tuvo que abandonar y aceptar. No lo permitiría, ahora que

podía evitarlo. Lo haría en nombre de Chelsea... se lo debía.

Desde que Daphne se encontraba de visita en Londres a la espera del retorno de su marido, la aburrida y pacífica vida en el hogar Webb no era la misma. Tenía esa habilidad única en algunas mujeres —que no había heredado de la madre— la de alterar la armonía de cuanta persona se le cruzara en el camino. Thomas disfrutaba en secreto de su presencia, les aportaba frescura a sus días, aunque debía de reconocer que tenía semanas sin poder gozar de un desayuno sin sobresaltos.

Lady Daphne carraspeó adrede, intentaba enviar un mensaje que no estaba siendo interpretado. Thomas había amanecido en un estado completo de mudez. Solía tener de esas noches, en donde los sueños se atrevían a hurgar en el pasado convirtiéndose en pesadillas, y cuando abría los ojos, sin importar el estado real del clima, todo se teñía de gris. Era una mañana muy gris. Sus padres, con el paso del tiempo, aprendieron a lidiar con las repentinas recaídas emocionales del menor de sus hijos. Respetaban su silencio, no indagan, tal vez, porque les dolía reconocer el motivo: una infelicidad gestada por los malditos mandatos sociales. Pero la aguja de la brújula de Daphne no apuntaba a ningún norte y siempre tomaba el camino menos esperado.

—No lo hagas, Daphne —le advirtió su madre en un susurro que no pasó desapercibido a oídos de Thomas.

Él mantuvo su postura, reclinado contra el respaldo de la silla con el periódico extendido a la altura de la cabeza. En las damas, los abanicos eran el elemento que procuraba intimidad y disimulo. En los caballeros, el periódico. No estaba colocando ni la más mínima gota de atención en las palabras allí impresas, era la excusa hasta que se marcharan. Estaba al tanto de los planes de las mujeres de la familia: modista, almuerzo, cerrando con una tarde de té en compañía de Lady Wimbley. Solo debía de tolerar un par de minutos.

—¿Por qué no habría de hacerlo, madre?

—Porque te lo estoy pidiendo, y estoy segura de que te he enseñado bien... no te atreverías a inmiscuirte en los...

—¿En los momentos de aislamiento forzado detrás de un periódico? —interrumpió Daphne a su madre—. Si te refieres a ello, lamento decirte que no, madre, no me has enseñado bien... y por lo visto, tampoco le has enseñado bien al futuro conde de Sutcliff sobre cómo mantener conversaciones familiares civilizadas.

Daphne no se detenía por nada, cuando tenía un propósito, iba a por él sin piedad. Ayudar a sanar el corazón de su hermano menor era su nuevo propósito, era una convencida de las segundas oportunidades, y deseaba que Thomas tuviera la suya, para lo que era necesario abandonar la coraza tras la que se protegía. Tenía pocos días para lograrlo, y el aludido no contribuía en lo más mínimo. Debía de tomar medidas drásticas, aún a costa de poner sobre el tapete la verdad mantenida en las sombras. El joven lord era infeliz, y la causa de su infelicidad había sido propiciada por las responsabilidades heredadas.

—En eso te equivocas, Daphne... —Thomas dobló el periódico con un marcado mohín de fastidio en los labios—, me han enseñado muy bien y he aprendido de maravillas. Como bien dices, soy el futuro conde y puedo darme el lujo de ignorarte.

—¿Eso haces? ¿Ignorarme? —La directa ofensa no hizo impacto en ella.

—Con descarada intención... una que tú pasas por alto. —Alzó la taza de café, lo sorbió sin

apartar la vista de la de su hermana. El gusto por la bebida le fue inculcado por su cuñada americana, y la endulzaba con algo más, beber esa infusión era otra forma de bastardear la costumbre inglesa del té.

—Y la pasaré por alto cuanto me plazca... ¿te olvidas que te he cargado en brazos!

Marion Webb le puso fin a su desayuno. No toleraría ni un bocadillo más. Sus «niños» parecían haber viajado en el tiempo y se comportaban como caprichosos críos. Daba gracias al cielo que Arthur no estuviese allí presenciando esa infantil puja. Intentaba mantener la calma, respirar.

—La has oído, madre —Thomas rio con sarcasmo—, utiliza el mismo argumento que tú.

—Sí, he oído a la perfección... —exhaló con notoriedad, no los regañaría de forma directa como antaño, ya no eran niños, pero tenía que exponer ante ellos las consecuencias de las absurdas jugarretas—. A los dos los he oído, y estoy por demás segura de que me causarán dolor de cabeza como que sigan con estas chiquilinas.

—¡El único que se comporta como un niño es Thomas, madre! ¡Todo Londres está al tanto de que busca un apartamento de soltero, menos su familia!

Los ojos de Lady Marion se abrieron de par en par. No esperaba esa clase de sorpresa. Los dientes de Thomas rechinaron ante la fuerte presión de su mandíbula.

—¿Es verdad lo que dice Daphne? —Marion contuvo el deseo de alzar la voz. Estaba enojada y pasmada en partes iguales. No era necia, sabía que su hijo le ocultaba cosas. Estaba incluido en el manual de la buena madre y esposa hacer oídos sordos, ver solo cuando hay que ver... Ahora cargaba a sus espaldas el peso de una vida, un matrimonio sincero y amoroso.

—Sí, Tiffany Wilbur me lo contó —agregó la muchacha. Edward Wilbur se dedicaba a los bienes raíces, solía procurar apartamentos para los nobles con la mayor de las confianzas—. Y Tiffany siempre tiene información certera.

—La señorita Wilbur debería aprender a cerrar la boca —gruñó Thomas, el negocio de Edward terminaría en la quiebra con una hija como esa.

—No has respondido, Thomas... ¿Es verdad lo que dice tu hermana? —Marion intentaba contener el fuego que pretendía emerger como lava ardiente por su garganta—. Pensé que ya había quedado establecido que no ibas a necesitar un apartamento de soltero. Tú padre y yo...

—Lo sé, lo sé... —Restó importancia a las palabras de su madre con un ademán en el aire—. ¡Cómo olvidarlo! En los últimos dos años me lo han repetido a diario. Padre y tú se instalarán de manera definitiva en la casa de verano del condado...

—Exacto, y esta residencia quedará por completo a tu disposición...

A tan temprana edad, ser poseedor de una mansión ubicada en una de las zonas más prestigiosas de Londres debía considerarse un honor. Tres pisos, amplios jardines, caballerizas, salón de baile, salas de entretenimiento y un total de ocho habitaciones de invitados. Más de lo que podía llegar a necesitar, con el agregado de las reliquias familiares decorando los ambientes y las experiencias pasadas coloreando las paredes como un sutil recuerdo. Allí se hallaba el inconveniente, en el recuerdo. Thomas debía olvidar para sobrevivir, atesorar el pasado significaba un riesgo. Requería de un espacio nuevo.

—También lo sé... aunque eso no implica que deba utilizarla. Quiero un lugar propio.

Daphne, que hasta ese instante se mordió los labios y dio espacio a la conversación entre madre e hijo, alzó las cejas en clara afinidad ante lo planteado por Thomas. Coincidió con él, el peso del legado familiar no era fácil de cargar, Thomas todavía poseía mucho tiempo a su favor, era fundamental que saboreara las mieles de la soltería como lo mayoría de los lores. Como el mismo Colin lo hizo. Lo justo era justo. ¡Hasta ella había conservado la independencia por más

años!

—Puedes hacer de este lugar uno propio, Thomas. —Marion Webb tenía otra perspectiva, una enraizada a fuerza de mandatos nobles. Sí, siempre sentiría pena por aquel amor adolescente truncado, pero ya era pasado y estaba muy lejos de rozar el presente. Su hijo tendría que aceptarlo de una buena vez, por su bien y el del condado. Basta de tonterías, de juegos de poder entre él, su padre y la condenada nobleza.

—Nunca será mío. —Prefería vivir en una de las habitaciones compartidas de Eton que ahí. Maldijo por lo bajo dejando escapar un—: Es más, nunca debió de serlo... —Si les obsequiaba un minuto más de su compañía, la discusión crecería. Abandonó la silla con un movimiento brusco y se encaminó fuera del salón comedor. Antes de cruzar el dintel, les comunicó sus deseos de soledad de forma indirecta—. Le diré al señor York que prepare el carruaje, si quieren cumplir con la agenda del día, es mejor que se marchen a la brevedad.

En la tranquilidad de su despacho, se dio el permiso de odiarse un poco. Detestaba que lo colocasen entre la espada y la pared, que le recordaran de forma continua que sus elecciones no podían ser cien por ciento propias, sino que tenían que sustentar la base del condado Sutcliff. Si le dieran a elegir en ese preciso instante, abandonaría todo, riqueza, apellido, estaba seguro de que podía forjarse una vida muy lejos de allí. Por desgracia, existía un problema... amaba a su familia. Ya había perdido demasiado, no perdería lo que le quedaba.

Dedicó la mañana a revisar los libros contables y el posible plan de inversión que le entregaría a Agnes Holland. Tenían semanas intercambiando correspondencia profesional. Edward Wilbur no solo se hallaba a la caza de un apartamento de soltero, también, bajo órdenes de Thomas, estaba en la incansable búsqueda de una locación para el consecuente armado de una fábrica. Esperaba pronto tener noticias.

El señor York, el mayordomo de la residencia Webb, golpeó a la puerta, estaba entreabierta, lo que hizo que su rostro se asomara a la par del repiqueteo de nudillos.

—Permiso, milord.

—Adelante, señor York... ¿qué necesita?

—Ha llegado correspondencia de último momento —le extendió la bandeja de plata con la misiva. Tenía el sello Webb en ella.

—Gracias, señor York.

Thomas la cogió con prisa, en el primero en que pensó fue en su padre. Posiblemente informaba de una extensión de su estadía en territorio extranjero, o, algo en lo que él no quería pensar, informaba sobre malas noticias. Error. No era una carta de su padre, era de su hermano Colin, quien estaba disfrutando de unos meses en California junto a la familia de su esposa, los Grant. Solían pasar una gran parte del año en tierras americanas. Los negocios de las familias supieron encontrar un punto en común años atrás, otorgándole un justificativo más de permanencia. Recibían correspondencia de él, pero enviar una segunda carta en un lapso de un trimestre podía significar lo opuesto a compartir placenteras anécdotas. La preocupación caló profundo en él. En otra circunstancia, hubiese esperado al regreso de su madre y revelar su contenido en reunión familiar. En otra circunstancia... rompió el sello de cera. Sus ojos desfilieron por las palabras con un frenetismo despiadado. Despiadado y feliz. ¿Qué? ¿Había leído bien? Repasó las primeras líneas.

*«Sé que no van a poder creerlo, porque con Emily experimentamos la misma sensación al enterarnos... Pero es una verdad incuestionable, una que crece en su vientre y nos hace inmensamente felices».*

Era un milagro. ¡Colin sería padre! Emily, después de trece años de matrimonio, contra todos los pronósticos, había quedado embarazada. Thomas podía sentir la felicidad impresa junto a la tinta en la misiva.

*«Nos quedaremos en California hasta que nazca el bebé, el doctor de la familia le ha prohibido a Emily los viajes largos... y los Grant están decididos a encarcelarnos si no lo hacemos. Son bienvenidos si así lo desean, nos daría mucho gusto reunir a nuestras familias y a las amistades cercanas para compartir este momento de maravillosa plenitud.*

Agregaba un par de líneas relatando las novedades de la familia Foster, tan ligada a los Grant; los avances de los niños de la nueva generación, la visita del marqués de Aberdeen, entre otras buenas nuevas.

*...Lo que me recuerda, Chelsea también se encuentra en California, ha enviudado y se ha mudado a Sacramento junto a su madre, somos los únicos conocidos para ellas en este lado del mundo. Les estamos brindado toda la ayuda posible (y que nos permiten, vale aclarar). Trataré de mantenerlos al tanto de cada avance.*

*Pensé que ya había alcanzado mi cuota máxima de felicidad en esta vida. Me equivoqué. La dicha no tiene límite».*

Compartía la dicha con su hermano. Su rostro no lo expresaba, había olvidado cómo hacerlo, pero estaba más que feliz ... su corazón se rearmaba, volvía a latir como en su juventud. Colin fue por completo acertado, la dicha no tenía límite, y en el diccionario de Lord Thomas Webb, Chelsea era sinónimo de felicidad.

—Milord... —York se atrevió a romper el silencio. Thomas estaba paralizado, con un rictus severo y un tono pálido que comenzaba a tomar posesión de él—. ¿Ha ocurrido algo?

Sí, ella... Chelsea. En California. Viuda. Lamentaba la muerte del hombre, tenía que hacerlo, no podía ser tan insensible. ¡Al demonio!, sí podía, y si ahondaba en la herida solo lo apenaba el posible dolor de ella. Necesitaba estar a su lado, prestarle consuelo. Necesitaba... lo que siempre necesitó, a Chelsea Gibbon de regreso en su vida.

Dicen que la desgracia de unos es la suerte de otros. Thomas la confirmaba. ¿Se le podía pedir más a la buena ventura?

—Sí, Ned... —Los formalismos quedaron a un lado, las emociones brotaban de él, ascendían por su garganta—, ha sucedido algo... ha sucedido todo. Prepara mi equipaje, parto de inmediato para América.

No demoraría ni un segundo más. No le daría posibilidad al destino de orquestar una traición. Iría a por ella. Nadie se lo impediría.

—¿A América, milord? —El comportamiento del futuro conde le resultó precipitado, Lord Webb estaba en viaje de negocios, todo recaía en manos de su hijo, ¿y este se marchaba?—. ¿Por cuánto tiempo?

—No lo sé... —Si regresaba, lo haría con ella. De lo contrario... —. Por tiempo indeterminado.

No la perdería una vez más. Perderla significaba perderse a sí mismo, conocía el sabor amargo de esa sensación. No, no la perdería.

*California, Estados Unidos.*

Amanecer antes de que la última estrella del firmamento desapareciera se convirtió en la más anhelada costumbre de Chelsea. La hermosa sinfonía del desierto resonaba a esas últimas horas nocturnas, en ese extremo único y despoblado, abandonado a la buenaventura de la naturaleza. Muy pocos se atrevían a asentarse en esa región tras la sobreexplotación de la minería décadas atrás y la avalancha de mano de obra barata tras el final de la guerra de secesión. Allí, en las afueras remotas de Sacramento, a varias millas de San Francisco, limitando contra la región más inhabitada del condado Yolo, se erguía en medio de la nada el hogar que daba cobijo a la joven viuda. En tiempos pasados, había pertenecido a un granjero que, tras las eternas sequías que asolaron California, debió hipotecar los terrenos para cubrir los impuestos regionales. El auge de la minería contribuyó a la deserción final, una vez que dejó vacías y en ruinas a las montañas, abandonó el territorio para nunca más regresar.

La señora Chelsea Hughes, viuda de Warren Hughes, adquirió ese terreno al granjero por un precio muy menor al que en verdad correspondía. Por lo visto, nadie se atrevía a gastar un solo centavo en esa propiedad y, contra todas las amables sugerencias de los conocedores de las zonas —que la instaban a hacer lo contrario—, invirtió la mayor parte de sus ahorros —que no eran muchos— en la compra y reacondicionamiento del lugar. El mismo poseía una amplia casa, un tanto desvencijada por fuera, pero bien conservada en su interior que incluía una cantidad decente e igual de estropeado mobiliario, el cual, a falta de propio, fue recibido como una gran bendición. Estaba por cumplirse casi un año de su silencioso retorno, y la muchacha, a pesar de todo lo experimentado, estaba satisfecha con su nueva vida y sus resultados.

Chelsea y su madre regresaron a California dejando atrás los tristes sucesos ocurridos en Virginia. Junto a Margaret Jones, la antigua mujer del capataz de la estancia algodonera Hughes que se sumó al cambio de vida con ellas, e Imat, uno de los esclavos de la plantación que obtuvo su libertad y que por aprecio a las mujeres continuaba brindándoles su protección y servicios. Entre todos, hicieron de ese lugar un hogar. Como el ave fénix, la antigua granja Coleman resurgió de sus cenizas dejando en el olvido lo que antes fue. La realidad era que la tierra no resultaba óptima para ningún tipo de cultivo; lo intentaron, Imat construyó una serie de canales que lograban que el agua del río Sacramento —a pesar de estar en zona de bajo curso en esa región— hidratara el suelo y alimentara las semillas. La contaminación de los residuos mineros de tiempos pasados continuaba afectando el ecosistema. La vegetación en sí era muy pobre, aunque de naturaleza resistente, y la fauna autóctona, reducida, autosuficiente y migrante. Podía considerarse a ese territorio como pertenencia de un único tipo de animal, de la familia invertebrada, quien se alzaba rey de la comarca. O, mejor dicho, reina. En las cercanías del río, libre de todo tipo de intervención humana, una superpoblada colonia de abejas, que Imat reconoció como más próximas a las africanas que a las europeas, estableció un inmenso panal. Era su territorio, y Chelsea, después de meses de estudio, paciencia y una que otra picadura que pudo sobrellevar gracias a los conocimientos medicinales del hombre, encontró la forma de establecer un pacto entre ellas.

Aprendió cuanto pudo; se tomó la molestia de viajar hasta San Francisco para indagar más en el trabajo vinculado a la manipulación de este tipo de insectos y la producción de la miel. Al parecer, la abeja que conquistaba gran parte de su granja era un híbrido procedente del

cruzamiento de la subespecie natural africana con abejas domésticas pertenecientes a varias familias europeas. No era de extrañar la mutación dadas las continuas migraciones a tierras americanas. La combinación de especies daba como resultado un carácter defensivo extremo y agresivo, con enjambres que superaban las quinientas obreras y picaduras que, en esas cantidades, tomaban como trofeo la vida de sus atacantes. En condiciones tropicales —algo que no ocurría en California—, las abejas híbridas podían llegar a producir nueve o más enjambres al año. Chelsea coincidió junto a ellas en ese momento mágico: miles y miles de abejas levantando el vuelo, formando una gran nube, dirigiéndose a la rama de un árbol, y posándose en él para formar una piña. Lo supo ni bien las vio, ellas serían su elemento sustentable.

Imat fue el encargado de realizar las primeras colmenas, recordaba la construcción de las mismas desde su infancia, de forma alargada, horizontal y con laterales inclinados al estilo keniano. Chelsea hizo el trabajo más difícil, capturar el enjambre y establecerlo en la colmena de madera. Cuando las abejas vuelan en nube en busca de un nuevo lugar donde asentarse, se encuentran en su momento más débil, óptimo para el accionar humano. Durante el vuelo cargan miel en sus buches y polen en sus patas, dificultando la defensa, ya que se les hace imposible utilizar sus aguijones. Colocando una cubeta junto al enjambre, y golpeando rítmicamente en ella, obtuvo lo que buscaba. Las abejas exploradoras cambiaron su recorrido hacia el interior de la misma, una vez la reina ingresó, las trasladó a la que sería la colmena de madera. De ahí en adelante, la labor se transformó en una tarea más sencilla, y el aprendizaje basado en la experiencia creció sin límites.

En el presente, de manera mensual, contaba con una producción de miel y cera que le permitían cubrir las necesidades del hogar y las de producción. Si deseaba elevar los beneficios de su recién nacido negocio, debía generar más colmenas productivas. Generar más colmenas significaba abastecimiento de madera e innovación de su parte. Tres semanas de lectura, medidas y toma de decisiones fue lo que le costó aquella inversión de progreso. Amanecer con ese sabor en la boca le resultó más gratificante que el más completo y lujoso de los desayunos.

—Chelsea, hija... no puedes salir con el estómago vacío.

Las actividades apicultoras de su hija enervaban los nervios de Faith Gibbon, la mujer no podía sacarse de la cabeza el riesgo que significaba trabajar con esas condenadas abejas. Temía por la salud de Chelsea; sí, era verdad, hacía meses que no recibía picaduras, pero podía fallar; y aunque bromeara ante el hecho de estar inmunizada al veneno, lo cierto que era que, si sufría un ataque masivo, corría riesgo de vida. La salud de Faith, sin razón aparente, comenzó a decaer años atrás. Debilidad física, seguida de problemas respiratorios. No podía brindar clases de piano como supo hacerlo en los momentos de necesidad, se sentía atada de manos, con la sensación de ser un maldito estorbo. ¡Maldición, si ni siquiera podía cargar un par de leños para el fuego! Margaret, que cumplía múltiples funciones en la casa, estaba en pie con el primer rayo del alba. Ella era la que solía calentar agua para infusiones y hornear pan que untaban con miel de elaboración propia. El problema radicaba en la ansiedad de Chelsea, el amanecer todavía se encontraba a unos cuantos minutos de distancia.

—Madre, prefiero el estómago vacío dadas las circunstancias. —El pan horneado de Margaret era una delicia adictiva, no te detenías hasta devorarlo. El resultado de ese placer venía después, en la sensación de pesadez.

—Tú lo prefieres, dudo mucho que tu cuerpo esté de acuerdo contigo. —Tosió, lo disimuló. Las alarmas de Chelsea en torno a su salud reaccionaban ante lo mínimo—. Estás demasiado delgada, hija... me encantaría decir también «pálida», me es imposible gracias al sol californiano.

—Estoy delgada, madre, es verdad, eso es lo que le sucede al cuerpo cuando no tiene ni un

solo minuto de ocio... —dijo mientras terminaba de vestirse.

Cuando realizaba labores en las colmenas dejaba a un lado el corsé, las enaguas y la falda. Doble camisola de manga larga y pantalón. Uno que Margaret le confeccionó a medida, ancho y con listones en los tobillos para brindar ajuste. En última instancia, se calzó los botines aprisionando la prenda.

—Ya lo sé, no necesito que me lo recuerdes —Su hija no se detenía ni por un minuto—, y no creo que sea saludable trabajar de sombra a sombra. Necesitas descansar más, Chelsea...

—Y lo haré —la interrumpió antes de que lanzara una y otra vez el mismo discurso—, cuando alcance ese techo que me he propuesto, te prometo que descansaré.

Tenía metas, y nada ni nadie le impediría alcanzarlas. Estaba cansada de depender, de vivir una vida a cuenta de las decisiones de otros. Esas decisiones la llevaron a ese lugar como último recurso. Sí, el reclamo de su madre tenía una despiadada lógica a cuestas, comenzaba sus labores antes de que amaneciera y finalizaba mucho después del anochecer. La lógica de Chelsea era muy distinta a la de su madre, esta no podía observar el cuadro completo que como mujeres les fue asignado pintar. Ser mujer era nacer a la sombra de un hombre. La diferencia radicaba en que ella prefería ser su propia sombra antes que la de otros. A su manera, era feliz, no era la clase de felicidad que de niña había soñado, pero la independencia a fuerza de trabajo la nutría con la dosis suficiente del sentimiento.

—Puede que hayas colocado ese techo muy alto, hija. —Por suerte, la resignación de Faith no era contagiosa.

Chelsea se acercó hasta ella y la besó en la frente.

—Puede que sí, así y todo, pretendo alcanzarlo. —La ayudó a recostarse de nuevo en la cama, no tenía sentido que se levantara tan temprano, y se marchó.

En ocasiones compartían habitación, cuando la salud de Faith podía requerir cuidados nocturnos. Margaret ocupaba otra, la tercera y más pequeña estaba reservada a Chelsea por decisión propia. En cuanto a Imat, dormía en una casilla contigua al establo, él lo prefería así, para evitar habladurías y posibles crímenes de odio en su contra. Si bien la esclavitud había sido abolida, el desprecio hacia los de su raza se mantenía vigente. Hacia allí se dirigió Chelsea. Poseían solo un caballo y una carreta simple que apenas ocupaba espacio, el establo era invadido, en su mayoría, por los elementos de apicultura. Ni bien atravesó la puerta, se encontró con el hombre de piel caoba oscura. Estaba dudoso, analizando el resultado de su trabajo de días. Era bueno construyendo.

—No lo sé, señora Hughes... —manifestó en cuanto notó su presencia—, usted dice que será más beneficiosa, pero las abejas, al igual que yo, somos bichos costumbre —bromeó.

—De eso me doy cuenta... eres pura costumbre, Imat, recuerda, aquí soy señora Gibbon.

No podía evitarlo, le era muy difícil enterrar ese pasado en donde ella había sido la esposa de su Amo. El apellido «Hughes» estaba tatuado a fuego en su piel. Y no era un tatuaje en sentido figurado, no, la cicatriz de la marca de hierro caliente todavía se encontraba reluciente en su espalda.

—Lo siento, señora Gibbon, siempre lo olvido...

—No te culpo, Imat... y ya te lo he dicho, para evitar confusiones puedes llamarme Chelsea.

El hombre le sonrió, le triplicaba la edad, y aun así conservaba una fortaleza física única y un espíritu noble lleno de esperanza.

—Oh, no... señora, eso no es conveniente para ninguno de los dos. —Sin importar su libertad bien ganada, continuaba siendo y siempre sería un esclavo hasta el fin de sus días para la sociedad de los blancos. Si lo escucharan llamarla por su nombre, no recibiría azotes, pero de seguro

encontrarían otra forma de castigo—. Usted siempre será «señora» aquí. —Se golpeó la sien con los dedos.

—¿Y allí? —dijo Chelsea señalando su pecho a la altura del corazón.

—Ya sabe la respuesta... —En esa ocasión fue ella la que le sonrió.

Sería siempre su adorada niña Chelsea. No volvería a permitir que nadie la lastimara.

—Bueno, dime ahora, ¿qué es lo que no te agrada? —Era mejor poner las manos en los asuntos importantes y no rememorar el pasado.

Ese día inaugurarían un nuevo proyecto de colmena, reemplazarían algunas de las horizontales por otras de construcción vertical. Por lo que Chelsea había leído, favorecería la productividad.

—Primero, que necesitamos de mucha madera para su confección. —La colmena horizontal era simple, la vertical contaba con cámaras y alzas que se superponían—. Segundo, nos va a ser casi imposible trasladarla.

—Esa es la cuestión, Imat, y parte del beneficio, no vamos a tener que trasladar toda la colmena, solo los cuadros móviles... —Se acuclilló en torno a lo que era la base, golpeó la madera—, esta será la cámara de cría, y esta... —Golpeó el anexo superior—, esta será el alza melaria, solo retiraremos los cuadros móviles con los panales y obtendremos miel en mayor cantidad sin necesidad de mover la colmena. ¿Comprendes?

—Comprendo... comprendo —repitió sin mucho convencimiento. Chelsea lo conocía demasiado bien, no fruncía el ceño, ni entrecerraba los ojos como lo hacía la mayoría, no, Imat se rascaba con disimulo el vientre—. Ver para creer, señora —dejó escapar.

—Eso mismo... ver para creer. —La experiencia era novedad también para ella. A diferencia del hombre, Chelsea podía ver el potencial—. La llevaremos junto al río...

—¿Y luego? —preguntó compartiendo la ansiedad.

Chelsea memorizó el procedimiento hasta el agobio. Lo recitó ante él como si fuese un poema.

—Colocaremos dentro dos o tres cuadros con cría operculada, uno o dos de miel y una reina fecundada, y en dos semanas, tendremos resultados. Déjame ir a por el resto de mi vestuario...

¿Reina fecundada? Imat volvió a rascarse la barriga. Chelsea fue a por sus guantes de cuero y su sombrero de ala ancha que tenía como extensión de red tela de tul, otra magnífica confección de Margaret. Solo ella se acercaba a la colmena madre, existía una simbiosis entre las abejas y Chelsea. En los alrededores circulaba el rumor de que la viuda tenía cualidades únicas, nadie se refería a ella como la señora tal, su apodo era más significativo que un apellido. La llamaban... «*La susurradora de abejas*».

El sol despuntaba en el horizonte, el cielo comenzaba a teñirse de naranja. Sonrió. Respiró profundo. El perfume del desierto le inundó los pulmones.

—Lo sientes, Imat...

—¿Qué señora?

—El aire... la vida, la oportunidad. ¡Hoy va a ser un maravilloso día!

Allí, rodeada de esa desértica soledad, sin rastros del pasado, solo del presente, era feliz. Sí, a su manera... lo era.

La ansiedad lo hacía sudar. Darrel Palmer se secaba la incipiente calvicie con un pañuelo, no traía consigo el sombrero para disimular, se lo había entregado a una de las empleadas del rancho Grant al ingresar.

—Señora Grant... Señoras Grant —se corrigió. La familia estaba reunida casi en su totalidad. Louis y Zachary con sus esposas y la razón de su visita—. Milord... Milady. —Se inclinó hacia Lord Colin Webb y Emily con exageración. La mujer, con su reciente embarazo, le devolvió la cortesía sin ponerse de pie. Si lo hacía, tendría que lidiar con el temperamento de su esposo, y no deseaba arruinar los buenos ánimos. Con disimulo, golpeó las costillas del lord para que no se atreviera a hacer comentarios respecto a lo bien que sus rostros se reflejaban en la cabeza del alcalde de Sacramento.

—Es un gusto tenerte por aquí, Darrel. —La señora Grant se permitía el tuteo con todos en la zona—. Por favor, tome asiento. —Varias muchachas se acercaron con bandejas en las que ofrecían té frío y limonada.

—Es muy amable, señora. —El hombre dudó, nunca sabía cómo proceder frente a Lord Colin.

Zachary rodó los ojos de modo burlón, y compartió ese gesto mudo con su cuñado. Detestaba la forma en que todos se comportaban ante los títulos nobiliarios; si bien ellos se alzaban como los más ricos y poderosos de California, cuando el maldito lord británico visitaba el estado, todos a su alrededor actuaban como completos imbéciles. Incluso más de uno intentaba imitar el acento inglés, arrancando sonoras carcajadas en los hermanos Grant. Debía reconocer que su cuñado había desarrollado una capacidad sorprendente de aguantar la risa y los comentarios mordaces; capacidad que se alimentaba del amor a Emily.

—¿Qué te trae por aquí? Benedict y Jonathan han viajado a San Francisco, pero sin duda podrás tratar lo que sea con Zachary...

—Oh, no se preocupe, señora Grant, mi visita es de índole social. —Volvió a secar su calvicie—. Tengo entendido, ehem —Dirigió la mirada a Lord Colin—, bueno, corre el rumor de la llegada de Lord Webb, me refiero... al otro lord Webb... O sea...

—Lord Thomas —lo corrigió Colin con sus pulidos modales. No podía importarle menos cómo lo llamaran. Al alcalde le gustaba hacer alarde de saber sobre protocolo, aunque en realidad no supiera nada.

—Su hermano menor. Bueno, pues, quisiera encargarme de su bienvenida —dijo—, ya saben, demostrar la hospitalidad californiana.

—No se preocupe —intervino Zachary—, ya nos encargamos nosotros.

—Claro, claro, no quise decir... —El pañuelo estaba empapado a esas alturas—, me refiero a la ciudad de Sacramento. Hemos crecido mucho en estos años, gracias a la ayuda de familias prósperas como la suya, y sería un honor para mí agasajar a un invitado tan especial como Lord Thomas Webb...

Todos le encontraban la gracia al asunto, salvo la señora Grant, que contaba con un corazón del mismo valioso metal que el que formaba su fortuna. Darrel Palmer, alcalde de Sacramento, deseaba hacer alarde de la presencia de un lord en su ciudad. Si bien el poblado se regía como la capital del estado, todo lo que se consideraba elegancia y buen gusto se encontraba en San

Francisco o en Los Ángeles, al sur de California. Para Palmer, los Grant habían brindado algo más valioso que su gran patrimonio e inmensas inversiones, habían colaborado con «status». ¡Tenían no solo un lord británico, sino que ahora dos! ¡Dos! Ya ansiaba ver el rostro de Ed, el alcalde de San Francisco, cuando se enterara.

—Darrel, no tienes que preocuparte por Lord Thomas. Él ya ha arribado, está descansando en este momento. Cuando mis hijos vayan con él a la ciudad, pasarán por la alcaldía, no nos gustaría robar tu valioso tiempo que tan bien inviertes en nosotros...

—Oh, no, no sería ninguna pérdida de tiempo... —insistió el hombre. Emily, tan amorosa como su madre, deseaba rescatar al alcalde y matar a sus hermanos y marido por divertirse a costa del señor Palmer. Zachary fue el primero en cansarse de las evasivas y los eufemismos.

—Señor Palmer, lo que mi madre no quiere decirle es...

—...Que a mi hermano le encantará conocer la ciudad con usted... —completó Colin, y sintió el codo de su amada esposa clavarse en sus costillas. Contuvo el gesto de dolor.

—Webb... —amenazó Zachary, con una dosis de humor. Thelma, su esposa, simulaba abanicarse para cubrir la risa. Salma, la mujer de Louis, creía que iba a morir por la falta de aire. Lo que nadie se atrevía a decir era que Lord Thomas Webb era insoportable, y que el alcalde sería devorado en un solo bocado por las fauces de la soberbia y el desprecio británico que caracterizaba al joven.

—Nadie como Palmer, tan conocedor de las bondades de Sacramento, para introducir a mi pequeño hermano en la cultura californiana, ¿verdad?

—Si usted lo dice, milord —accedió el alcalde con sonrojo. Zachary bufó, el pobre Palmer no entendía el fino e irónico humor británico. ¡Demonios!, y Colin era un manso conejillo al lado de su hermano.

—Sin duda, sin duda. Por favor, Ellen —pidió a una de las muchachas—, ¿serías tan amable de ir a por mi hermano? Agradecerá que interrumpamos su descanso para conocer Sacramento. —La joven palideció, y Zachary se dijo que, si el alcalde no veía las señales, se merecía pues una dosis de veneno británico—. No querrá perderse esta oportunidad única por nada en el mundo.

—Oh, milord, no se preocupe por eso, no será la única...

—Eso lo veremos —susurró con la mirada en su esposa. Emily le permitió la cuota de maldad, en el fondo, reconocía que lo empujaba el cariño hacia su hermano y la felicidad de tenerlo cerca —. Ahora, si me permite unos segundos de confianza —dijo y arrastró al hombre lejos. Le pasó un brazo por los hombros, haciendo que el alcalde sintiera que acababa de ser honrado como Sir al servicio de la reina Victoria—. Verá, mi hermano es... mmm... ¿cómo decirlo?, ¿más inglés que yo?

—Eso es bueno, ¿verdad?

—Para otro británico, puede ser. Pero usted no se preocupe —insistió—, solo, ya sabe, intente ser más ostentoso de lo habitual —ironizó—, Lord Thomas considera de muy buen gusto las cosas de valor económico, no deje de mencionar cuánto costó tal o cual inversión de progreso, disfruta mucho hablar de inversiones.

—Oh, gracias por la sugerencia.

Colin sintió algo de pena, era una presa demasiado fácil, lo que le quitaba cierta gracia al asunto.

—¡Ah, y no olvide remarcar siempre qué cosas son de origen americano! Mi hermano adora la cultura americana y todo lo relacionado a este país. Es un convencido de que esta tierra es el futuro.

—Gracias, gracias...

Lord Thomas Webb se sumó a la reunión con su rictus severo habitual. La amabilidad y los buenos modales le impidieron emitir queja, la misma se veía en su mirada.

—Me han comunicado que tenemos visitas —dijo y se acercó al único rostro desconocido. Procedió a hacer la presentación, para poder retirarse con la misma premura con la que había llegado—. Lord Thomas Webb, a su servicio. —Colocó la mano derecha en su espalda, alzó el mentón y aguardó por la correspondiente reverencia. Una que Palmer hizo inclinándose hasta la cintura del joven lord. Thomas carraspeó, y sintió el eco de risas contenidas a su alrededor.

Colin regresó junto a su esposa, mientras Lord Thomas entablaba la conversación de cortesía que correspondía en esos casos. No se podía decir que la educación del próximo conde de Sutcliff fuera reprochable, por el contrario, realizaba sus buenos modales y los elevaba hasta convertirlos en muros infranqueables. Eso era lo que lo volvía insoportable. Los Grant se mostraban cariñosos, algo gritones, propensos a los abrazos y besos, y a dejar el protocolo de lado en la intimidad de su hogar. Thomas lo había prometido años atrás, sin Chelsea, él solo sería lo que se esperaba: un heredero. Papel que interpretaba a la perfección.

—Lo reconozco —le dijo Zach en un murmullo a Colin—, te hemos educado bien, ya has aprendido a hacer bromas pesadas.

—¿Bromas? —preguntó con gesto inocente. Emily volvió a golpearlo con delicadeza, y él le acarició el vientre con cariño por respuesta. La sonrisa de Colin era amplia y le alcanzaba la mirada. Depositó un suave beso en los labios de su esposa antes de volver la atención a su cuñado—. Ninguna broma...

—Tienes suerte de que tu hermano se negará rotundamente, porque ni yo le deseo eso al alcalde.

—Thomas no se negará —dictaminó Colin.

—Claro que sí, ¿qué te apuestas?

—Diez dólares —propuso Webb la exorbitante suma para un intercambio hogareño.

—Que sean once.

—Quince...

—¿Emily? —Zachary observó a su hermana en busca de información. ¿Colin sabía algo que él no?, porque si se guiaba por el poco trato compartido con el joven lord, no existía posibilidad en el universo que lo arrastrara a dejar las comodidades del rancho Grant y explorar las inmediaciones junto a un alcalde dado a los exagerados halagos. Lady Emily Webb compuso el gesto, si Zachary se había lanzado al juego de apostar con su esposo, que lidiara con las consecuencias—. Bien —Asintió—, que sean quince dólares. Los ganaré, no hay forma de que tu hermanito acceda a...

—Perfecto —se escuchó la voz de Thomas—, que esa invitación se lleve a cabo de inmediato. No veo motivos para dilatar la situación, si me permite, iré a por mi sombrero...

—¿¡Qué?! —masculló Zachary, y escuchó la risa de su esposa Thelma a sus espaldas.

—Ya, ya, sin llantos, americano, quiero mis quince dólares... —exigió Colin, y Emily se sumó a las risas. Recibió una mirada de censura de su hermano.

—Tú lo sabías, maldita traicionera —bromeó—, tú sabías que Thomas accedería, ¿qué me estoy perdiendo? —Miró derredor. Sandra Grant bebía su limonada con resignación, coincidía con los pensamientos de su hijo minutos atrás, si Palmer no veía las señales, se merecía aprender en la práctica.

—¡Oh, Zachary! —dijo Emily—, menos mal que Thelma es lista, no pudiste encontrar mejor esposa, porque si es por ti y tus dotes para ver los hilos del corazón, serías monje.

—¿Una mujer?, ¿Thomas?, ¿una mujer americana?

—Oh, no —intervino Colin—, nada más británico que mi hermano. —Sonrió, y Zachary lo comprendió. Chelsea Gibbon de Hughes. Se golpeó la frente con la palma, y vació sus bolsillos. Se merecía pagar quince dólares por ser tan idiota de no haberlo visto.

Debió suponer que Lord Colin bromeaba a su costa. Palmer era un hombre de firmes costumbres americanas, lo que implicaba modales francos y burlas frontales. No manejaba bien el sarcasmo y la ironía, de ahora en más, lo tendría en cuenta; si un inglés decía *qué bello día*, él saldría con paraguas.

Nada impresionaba a Lord Thomas; ni la reserva de agua que habían fabricado, ni la calle principal repleta de negocios, ni el reloj que habían colocado en la alcaldía...

—¡Oh, un reloj en lo alto! A los ingleses jamás se nos hubiera ocurrido tal cosa... —dijo Thomas y reconoció que, un poco, se divertía a costa del pobre hombre.

—¿No? Es muy útil, verá, los pobladores ajustan sus propios... Ah... —se interrumpió—, bromea. Claro, claro, el Big Ben... —Avanzaron por la acera, las mujeres de Sacramento se asomaban con curiosidad; Darrel Palmer se lamentó haber corrido el rumor de la visita del noble. Su intención de hacer alarde se convertía, a cada instante, en una situación de lo más bochornosa. Para él, por supuesto.

El sudor lo estaba matando. Había pensado en gastarle la broma de siempre al inglés respecto del clima; los lugareños solían poner a prueba la resistencia de los forasteros con respecto al sol y la sequía, pero Lord Thomas parecía capaz de controlar la emanación de líquidos por pura voluntad y buena costumbre. Se veía regio e impecable, sin muestras de agotamiento por el extenuante viaje, el poco descanso y el calor agobiante. Las damas suspiraban a su paso, sin que él voltease ni una vez a prestarles atención.

—Y aquí vive la señora Amy Brosman, la maestra de Sacramento —explicó el alcalde—, no es más de apellido Brosman, pero... usted ya sabe.

—Se equivoca, señor Palmer, no sé de qué habla.

—Bueno... Amy Brosman es coterránea suya y... este... ya usted sabe... —Solo se había metido en ese embrollo, la ceja alzada del lord se lo recordó sin piedad—, es... se ha casado con un mestizo...

—¿Por qué susurra? —inquirió Thomas, molesto ante la demostración de racismo—. ¿Sabía usted que ciertas corrientes antropológicas no creen en el concepto de razas humanas...?

—¿Corrientes *antropoqué*...?

—Como sea, no susurre, es de lo más molesto. Creo saber quién es la señora Brosman, ¿no se trata de la pupila del marqués de Shropshire? —Palmer palideció, lo que no hizo más que resaltar las manchas de su piel. Era mejor dejar el tema ahí.

—Eh, sí... sí, eso creo. ¡Fuera chucho! ¡Fuera! —espantó al perro de la señora Murray.

—Está bien, señor Palmer; los perros no me molestan, de hecho, me agradan. —Se agachó para brindarle una caricia al animal.

—Cualquiera diría que le agradan más que las personas —comentó el hombre en un tono jocosos sin ser ofensivo.

—Sí, cualquiera lo diría. —Thomas estaba impaciente, y el alcalde no ayudaba a serenarlo. Nada en aquel lugar olvidado del mundo le agradaba, era un paisaje agreste, rudo, de calles llenas de polvo, carretas destartadas, construcciones de madera desvencijada y modales hoscos. No era digno de Chelsea, y en su cabeza no dejaba de resonar la pregunta, ¿cómo trataba esa ciudad a una viuda solitaria y sin demasiados recursos?

—Permítame mostrarle la estación de tren, tengo entendido que su familia ha invertido en la

empresa ferroviaria.

—En efecto —aseveró el lord, con esa palabra tan típica de Gran Bretaña, que él pronunciaba estirando las vocales. En cada ocasión que su voz resonaba, un suspiro femenino parecía nacer de detrás de alguna ventana.

El perro de la señora Murray los siguió de cerca, y Palmer no lo espantó; el chucho había conseguido con sus saltos incansables más que él en lo que llevaba de expedición. La estación de tren estaba al final de la calle, separada un par de yardas de modo de que las vibraciones no molestaran a los pobladores. El edificio era de ladrillo, a diferencia de la mayoría de las construcciones de la zona, fabricadas con madera siguiendo el estilo victoriano. Contaba con dos andenes y una reducida sección de carga y descarga.

Thomas se detuvo en seco al llegar a la galería de la estación, en el espacio donde las boleterías estaban dispuestas. El correo contaba con una reducida oficina, anexo de la central, donde recibían y enviaban los telegramas a todo el país. Allí fue donde eligió el lord posicionarse, para tener un panorama preciso de la situación. El perro de los Murray se sentó junto a su pierna.

—Y como ve, contamos con la última tecnología en comunicaciones... nos ha costado... — Palmer enumeraba cada gasto acontecido en sumar progreso a la ciudad de Sacramento. Thomas ya no lo oía, su atención estaba puesta en la escena a unos metros de distancia.

Los latidos de su corazón se ralentizaron, no necesitaba que se volteara para reconocerla. Era ella, ¡mierda!, era su melodiosa voz, su estrecha cintura, su rubia y lacia cabellera que escapaba sin control del alto moño. Su fogoso temperamento, su rebeldía. Era Chelsea Gibbon... su Chelsea.

—¡No puedes cobrarme dos centavos por cada envase! —discutía. A su lado, sobre la calzada, se encontraba una humilde carreta con la parte de carga cubierta por una lona. Un manso caballo de tiraje, algo viejo, bebía del bebedero mientras su dueña se disputaba un negocio.

—Es lo que cuesta —dijo el señor Clayton.

—¡Patrañas!, ¡y lo sabes! Me cobras un extra solo a mí. —Chelsea puso las manos en jarra, marcando aún más su estrecha cintura. Casi podía rodearse con los dedos de lo delgada que estaba. Thomas se percató del cinturón que pendía de su cadera, no era un adminículo de moda, sino un tahalí del que pendía una pistola.

—Puede decir que no, señora Gibbon, y buscar otro transportista. O puede llevarlo usted misma a San Francisco... —¿Señora Gibbon?, Thomas lo prefería, sin dudas, pero le resultaba extraño que no utilizara el apellido de casada.

—Eres el único jodido transportista de Sacramento, Clayton. Hablaré con Matt Perkins, porque esto tiene que ser un delito —aludió al Sheriff de la ciudad, con quien mantenía una buena relación de tiempos pasados. El muchacho había sido de gran ayuda en la acusación de homicidio contra el amerindio Hotah, y cuando Chelsea regresó a la ciudad, fue uno de los primeros en recibirla con los brazos abiertos.

—No lo es, muñeca, es oferta y demanda. Lo que sucede es que las mujeres no saben de finanzas...

Thomas había escuchado demasiado, y el «muñeca» había sido como echar leños secos a un fuego descontrolado. Y si creía que el incendio de su carácter no necesitaba más, subestimaba al señor Palmer.

El alcalde al fin encontraba algo que llamaba la atención del lord, y pensaba explotarlo con el fin de ganarse su gracia.

—Oh, milord, veo que ha descubierto las bondades de nuestras damas —expresó el hombre—,

nada como el temperamento americano en una fémica.

Si la explosión hubiese sido física, el sonido hubiera atravesado el Pacífico hasta Australia.

—¿Sus damas? —siseó—, ¿ha dicho «sus damas»? —Se acercó a donde Chelsea se hallaba, sus pasos hicieron temblar las tablas de la galería. Clayton alzó la vista hacia él, Palmer se secó el sudor y aceptó la derrota, la única que permanecía inmune, más preocupada por su carga que por los cotilleos, era la señora Gibbon; regateó el precio por milésima vez. Thomas frenó solo cuando estuvo a tres pasos de distancia de ella—. Disculpe usted, señor Palmer, pero aquí presente solo veo una dama y no es americana. Es una perfecta flor inglesa...

—Milord...

Chelsea pensó que así debía sentirse ser alcanzada por un rayo. Su corazón galopó furioso dentro de su pecho, la piel se le erizó y el aire abandonó los pulmones dejándola por completo vacía. Se giró con lentitud, presa del temor de estar soñando. No podría soportar la decepción si no era él, si el destino le jugaba una mala pasada. Quedó frente a frente, y se llevó la mano a la boca para contener el chillido histérico que amenazaba con escapársele.

¡Al demonio la buena educación! Gritó:

—¡Thomas! —Y sin importarle más, recorrió esos tres pasos a toda velocidad decidida a lanzarse a sus brazos—. ¡Thomas! No puedo creer que estés aquí.

Thomas la elevó con facilidad del suelo para hacerla girar sin más, y finalizar el recibimiento con un inapropiado abrazo. ¡Cómo deseaba besarla! Los testigos los observaban sin salir de su estupor. El lord, quien hasta ese instante solo había mostrado un rostro cargado de desprecio, reía feliz mientras estrechaba a una dama sin pruebas de ser más que un hombre de carne, huesos y mil sentimientos.

—¡Chelsea!, ¡demonios! —Se le atoraron las expresiones en la garganta. *¡Cuánto te he extrañado!, ¡cuánto te he necesitado todos estos años!, ¡cuánto te quiero!* Nada de eso salió de sus labios; no, había esperado siete años para volver a compartir confesiones con ella, no pretendía hacerlo con decenas de ojos sobre ellos.

—Señora Gibbon... —El señor Palmer intentó establecer algunas normas, recordar que estaba frente a un lord. Thomas rompió el contacto visual con Chelsea, y heló con su mirada al alcalde.

—¿Sí? —preguntó el lord, remarcando que la interrupción no era bienvenida. Eso le recordó otro asunto que lo había enervado, el «muñeca» del tal señor Clayton.

—Eh... no, nada, digo, es evidente que se conocen y que...

—¡Thomas! —Chelsea se separó y lo observó sin dejar de sonreír—, deja de maltratar a nuestro pobre alcalde.

—¿Eso hago? —Él también rio. Los presentes no podían creer el intercambio. El distante y hermético noble parecía compartir una broma secreta con la señora Gibbon, «la susurradora de abejas», un secreto que conseguía un humor distinto al mostrado hasta entonces. Eso los hizo creer que podían relajarse en su presencia. Gran error.

—Sí, eso haces. Aguarda un segundo, por favor —clamó—, necesito solucionar un asunto con el señor Clayton. Dime que tienes tiempo...

—¿Tiempo? —Carcajeó—, Chelsea... —Se quitó el reloj que pendía de su chaleco y se lo entregó—. Mi tiempo te pertenece, eso no quiere decir que me agrada malgastarlo. —Se acercó al señor Clayton a la par de Chelsea. El perro de los Murray también lo hizo.

—Señor Clayton —retomó Chelsea—, usted sabe que dos centavos por frasco de miel es excesivo, se devoraría toda mi ganancia.

—Ese es su problema...

—¡Al señor Soler le cobra la mitad! Lo sé, su esposa me lo ha dicho.

—Es por la cantidad a trasladar, usted produce poco.

—¿Poco?! —La especie de abeja con la que ella trabajaba era gran productora; si bien no competía con apicultores de años, su producción no entraba en la categoría de modesta—. Admítalo, no quiere trabajar conmigo...

Demasiado para Thomas. Entre el trato irrespetuoso y la estafa a la que la querían someter, su medidor de paciencia se había roto. Intervino.

—Disculpe, señor Clayton... Creo que no nos conocemos...

—Thomas... —advirtió Chelsea, él la miró de soslayo, y ella pudo ver la furia que emanaba. Lo había extrañado, ¡joder!, pero esa seguridad que antaño le transmitía ahora la hacía temblar. Su experiencia con «hombres fuertes» no era buena, y eso la llevaba a preferir ganar menos dinero antes que recurrir a ellos. Se odió por poner a Thomas, su Thomas, en el mismo lugar que a los demás, cuando sabía con toda certeza que él no era como nadie más.

—Procedo a presentarme, Lord Thomas Webb, a sus servicios. —Aguardó por la reverencia que el pobre hombre no sabía que debía hacer. Una vez más, en los labios de Thomas se dibujó una sonrisa de desprecio—. Lo siento, lo siento, no conoce mucho de nobleza. Es entendible. Soy el hermano de Lord Colin, yerno de Benedict Grant... —Ahora sí, la palidez de Clayton le agradó.

—Oh, lord mío.

—Milord —carraspeó la corrección el alcalde, deseando que uno de los frecuentes terremotos de esas tierras decidiera alcanzarlos en ese instante.

—Eso, milord... —Clayton observó a Chelsea, la muchacha quiso sentir un poco de pena; no pudo. Clayton no solo siempre buscaba el modo de estafarla, cobrarle más e insinuar que podía conseguir un descuento con otros «favores», sino que además tenía la odiosa tendencia de apedrear a Elsu, el hijo de Amy Brosman, por el solo hecho de ser mestizo.

—Bien, sabrá, señor Clayton, me agradan los formalismos y los buenos modales, algo que... mmm, ¿cómo decirlo?, sentí ausente en la conversación con la señora Gibbon.

—No, no... —Se preocupó el alcalde, intervino antes de la catástrofe. ¡Mierda!, nunca más escucharía a Lord Colin Webb, el muy maldito le había tendido una trampa mortal—. Verá, milord, es... es solo regateo. Ya sabe...

—Hacia a la economía americana más progresista, señor Palmer —comentó, prestándose a la farsa en su propio beneficio. O, mejor dicho, en el de Chelsea—. Digo, tienen un gran reloj en la torre, una moneda fuerte... ¿regateo? Bueno, no soy quien para juzgar su cultura. Entonces, ¿cómo sería? Usted propone dos centavos por frasco de miel, y yo digo, por ejemplo, un tercio de centavo por frasco...

—Eh... claro, claro, y ahora él propone otro precio hasta llegar a un acuerdo. —Darrel Palmer fijó sus ojos en los de Clayton; o el muy maldito se sumaba al juego, o ya vería.

—¿Medio centavo? —dejó escapar.

—¡Muy bien! Medio centavo parece una suma apropiada y rentable, ¿qué dices, Chelsea? Tú tienes la última palabra, es tu negocio, yo solo estoy aprendiendo algo de la cultura de este lado del océano.

—Sí, medio centavo me parece bien. —Clayton apretó la mandíbula; claro que no perdía dinero, de hecho, medio centavo era lo justo por la cantidad y frecuencia de traslado que requería el negocio de la señora Gibbon. Quizá, si no se hubiera puesto nervioso por el maldito lord, habría conseguido dos tercios de centavo y los dos estarían satisfechos. Extendió la mano hacia el noble, y recibió un alzamiento de cejas por respuesta.

—No está haciendo negocios conmigo, señor Clayton. —El hombre se sonrojó hasta las raíces de su ralo cabello; partes iguales de vergüenza y desprecio por hacer negocios con una mujer. Sin

más que decir, accedió a estrecharle la mano a Chelsea, y Palmer largó el aire con alivio.

—Ya ve, milord, somos por completo civilizados.

—Casi, casi —sentenció Thomas, no conforme con lo obtenido. ¡Ese malnacido había llamado muñeca a Chelsea!—, lo serán del todo cuando dejen esto del regateo. Una sugerencia, solamente —comentó para el alcalde—, ¿no piensa que se ahorraría mucho tiempo si determináramos, de ahora en más, medio centavo de dólar como precio fijo? Eso haríamos en Inglaterra, aunque claro, no somos un país nuevo...

—Tiene toda la razón, y Clayton estará de acuerdo, para traslados de esta cantidad de producto, medio centavo de dólar está más que bien. ¿Verdad? —El transportista gruñó.

—Al final logró convencerme, señor Palmer, Sacramento tiene potencial. —Carraspeó con intención al ver que Chelsea se encargaba de traspasar los frascos de su carreta al portador de carga de Clayton. El alcalde corrió a ayudarla y le hizo señas al transportista de que se sumara. Thomas solo movió un frasco de lugar, con el afán de remarcar quién demonios mandaba ahí. Chelsea lo observaba con un gesto de divertida resignación.

—No has cambiado, Thomas, siempre te sales con la tuya —le susurró.

—Muchos dirían que soy otro, pero ahora estoy aquí...—Sonrió, y el resto de su confesión pendió en el aire. *Estoy aquí, contigo, y vuelvo a ser yo.*

Matt Perkins, el sheriff, se acercó a ellos al notar el alboroto. En Sacramento, si algo rompía la paz, eran malas noticias.

—¿Se encuentra todo bien, Chelsea? —preguntó al ver que vaciaban su cargamento entre dos hombres, tres si contaba a Thomas. Al lord no le agradó ni un ápice el tuteo, y lo escrutó sin disimulo.

El sheriff supo entender el desafío masculino, al igual que comprendió de dónde provenía esa nueva luz en la señora Gibbon.

—Sí, Matt, todo perfecto. Permíteme presentarte a mi buen amigo, Lord Thomas Webb. —Matt hizo un gesto de asentimiento a modo de saludo, no se le daban bien las reverencias. El joven lord lo aceptó a medias y optó por estrecharle la mano.

El agarre fue firme.

—En ese caso, regreso a mis obligaciones, gracias a Dios no son muchas. Envía saludos a Margaret, Imat y tu madre.

—¿A los tres por igual? —bromeó Chelsea, provocando un sonrojo del sheriff.

—Sí, Chelsea, a los tres por igual.

Bien, pensó Thomas, al parecer el interés era por la tal Margaret. Entonces podía dar por iniciada la lista de personas que le caían bien en la ciudad, empezando por el sheriff. A los Grant no los contaba, eran familia. Terminaron con la carga, y Clayton se mostró ansioso por marcharse antes de perder más dinero.

—Si ahora estás libre... —dijo Thomas. Chelsea le regresó el reloj, y él lo guardó en el chaleco. Buscó derredor un lugar óptimo para invitar a la muchacha y ponerse al día; acto que le granjeó una risotada de su viejo amor.

—Eres incorregible. ¿De verdad crees que hallarás aquí un lugar de tu agrado? —Rio—. Ven, si puedes romper una norma —dejó escapar con picardía, a sabiendas de que ellos habían roto más de una regla al quererse de niños—, y aceptas tomar el té un poco tarde, te invito a mi humilde morada. Mi madre se pondrá feliz de verte —mintió con alevosía.

Estaba segura, su madre se horrorizaría al verlo, tanto como ella si pudiera hacer a un lado la dicha de tenerlo cerca y pensara con la cabeza en lugar del corazón.

Se subieron a la carreta, Thomas se despidió del alcalde y contuvo su expresión divertida hasta que el pobre hombre no pudo oírlo. El alivio de Darrel Palmer era evidente, y al joven lord le agradaba saber que no había perdido «su encanto».

Sin siquiera consultar, tomó las riendas del caballo, y sus manos impactaron sobre las de Chelsea que ya estaban allí. Pese a los guantes, sintió una corriente que iniciaba donde se tocaban y los recorría por completo. Ambos soltaron las riendas de inmediato, y se observaron.

—No, nada cambió —susurró Thomas, y Chelsea se estremeció. Si tan solo supiera cuánto había cambiado todo. Él, una vez más, ganó la batalla muda e impuso su voluntad. Guio al caballo por el sendero que la señora Gibbon marcaba—. Así que te dedicas al tema de la miel...

—Thomas... —Chelsea sentía que su estómago dejaría ir el delicioso pan de Margaret. El gran panal en plena faena no podía competir con el aleteo que sentía en el vientre, una mezcla de pánico con felicidad, y unas inmensas ganas de besarlo. Besar a Thomas hasta que los labios se le desprendieran del rostro y tuvieran la excusa perfecta para no hablar—, ¿qué haces aquí? —preguntó en cambio. Se demostró a sí misma que la cobardía jamás la caracterizaría, estaba preparada para cualquier respuesta.

O eso creyó. Porque cuando de los labios del joven lord salió la verdad, pensó que moriría.

—¿Tú qué crees?

—¿El rumor de lady Emily es cierto? —sonrió.

—Sí, el rumor del embarazo de mi cuñada es cierto, pero eso no responde a tu pregunta, Chelsea, y lo sabes. Quiero la certeza de que lo sabes, dime, ¿por qué estoy aquí? —Ella se negó a adivinar, no podía hacerlo. Thomas cerró los ojos, pudo jurar que el mundo se sacudió, advirtiéndole de la amenaza. Podía volverla a perder—. Por ti, Chelsea, he venido por ti. No puedo explicar la sensación al leer la misiva de mi hermano, tu viudez... puedes juzgarme si quieres —dijo con abrumante sinceridad—, puedes llamarme despiadado, injusto, pero, Chelsea, volví a respirar en el instante en que leí que Warren Hughes había muerto.

—No, Thomas, no te juzgo —murmuró y elevó la vista al cielo.

—Chelsea, ¿para qué engañarnos, para qué dilatarlo?, aún te quiero —confesó. Volvió a posar las manos sobre las de ella, y Chelsea se retrajo.

—¿Aún me quieres? Thomas, no conoces la mujer que soy ahora. No sabes lo que dices, no puedes amarme. —Más que una proclamación, fue un ruego desesperado. Alimentar la esperanza, cuando era imposible, se trataba de una crueldad. Le había costado mucho superar la primera decepción de la vida, esa que le había enseñado que el amor no lo podía todo, muchas veces el destino era más fuerte. La juventud la había ayudado, y la inocencia colaboró para hacerle creer que estaría bien. No lo estuvo. Las experiencias vividas tras la muerte de Marcus Gibbon la revistieron con una armadura impenetrable; por debajo seguía siendo Chelsea, la misma Chelsea, solo que herida, tanto que no soportaría una laceración más. Y eso sería Thomas en su vida.

—¿Tú me has dejado de querer? —indagó. Buscó en la mirada café de Chelsea la respuesta, ella supo que podría leer la verdad. Bajó la vista y se negó a contestar. No podía mentirle, mucho menos ser franca. La evasiva se erguía como la única opción.

—Todo es mucho más complicado; no somos niños, Thomas...

—Con más razón, los obstáculos del pasado no lo son ahora.

—No —carcajeó sin humor—, los del presente son mucho peor. ¡No te das una maldita idea de lo mucho que deseo mis problemas del pasado!

—Chelsea, ¿qué ha sucedido? —Quiso detener la carreta para hablar al costado de la desolada carretera. Chelsea se apropió de las riendas para impedirlo—. ¡Por favor, habla! —enfureció. Ella quiso reír de dicha, de alegría, abrazarse a él y olvidar todo. El enojo de Thomas, sus modos, sus formas, su cariño... era todo lo que ella consideraba bien en un hombre, no era justo volver a disfrutarlo cuando no podía conservarlo—. No creo que la incertidumbre sea la peor de las desgracias, pero deseo que así sea —le dijo—. Deseo que cada maldito minuto que he pasado preocupándome por ti haya sido en vano, tener la certeza de que todo este tiempo has sido inmensamente feliz, plena, que todos tus sueños se hicieron realidad, y que el único que sufrió estos siete años he sido yo.

La señora Gibbon apretó la mandíbula producto de la furia, un enojo que no iba dirigido a él, sino a la vida. Se secó la única lágrima rebelde que se atrevió a manifestarse.

—Ha sucedido lo que sabíamos que pasaría, nada más ni nada menos. Me he casado cuando mi padre murió, porque era eso o la calle, he enviudado, y aquí estoy...

—¿Dónde es aquí? Porque puedo ver que no te refieres a Sacramento...

Ninguno de los dos había esperado un encuentro de esa índole. La pasión característica de sus temperamentos hacía imprevista ebullición; el cariño contenido de antaño había mutado hasta convertirse en un deseo irrefrenable. Un anhelo frenético de quitarse las ropas allí mismo y dar rienda suelta a cada deuda del pasado. Como no podían hacerlo, gastaban esa energía que le corría por las venas en un cruce verbal, en un desafío de voluntades. Hasta discutir con él se volvía la gloria, aunque no por eso se herían menos.

—A mi situación, Thomas. A lo que ha sucedido recién con el señor Clayton.

—Ese... ese... imbécil.

—Sí, el señor Clayton es un imbécil —repitió la maldición, a Thomas le hubiera resultado enternecedor escucharla blasfemar con esa melodiosa voz tan propia de ella, si no fuera porque la situación se le estaba yendo de las manos. La rienda de la carreta era un simbolismo, se percató de que los dos tiraban, intentando hacerse con el control—. Es un imbécil con el que debo tratar a diario. Y al igual que él, hay miles, miles de los que no podrás protegerme con tu... Soy Lord Thomas Webb —lo imitó.

Thomas rio pese al enojo de ella. Volvió a jalar la rienda, Chelsea forcejeó.

—Pero pude protegerte de este, con eso, por hoy —remarcó—, me doy por satisfecho.

—Thomas... —gruñó—, son las endemoniadas reglas, ¿recuerdas?, las mismas endemoniadas reglas de las que ninguno de los dos pudo escapar. Fui demasiado joven para casarme contigo, y luego fui demasiado vieja para no casarme, ¡y ahora vuelvo a ser demasiado joven para ser viuda! Sin contar con que soy demasiado mujer para llevar un negocio y valerme por mí misma. Y estoy tan endemoniadamente cansada... —Tomó aire, hizo una pausa y volvió a coger las riendas—. Lo siento... —se disculpó por el exabrupto—. Lo siento, Thomas. Te lo advertí, no soy la misma.

Al llegar al rancho Gibbon, Thomas se apuró a descender. Lo hizo a la velocidad requerida para estar con premura junto a Chelsea y ayudarla a bajar. La sostuvo de la cintura más tiempo del debido, no la quería soltar jamás.

—Chelsea, algunos dirán que yo tampoco soy el mismo. Mírame —exigió, aún con sus manos sobre ella—, dime qué ves, ¿a otro Thomas? Querré a cada versión de ti que nazca de la Chelsea que supiste ser, es lo malo de haberte querido cuando no llevabas corsé ni tantas enaguas, cuando no habías aprendido a escribir cartas, a cuidar la caligrafía y a ocultar los sentimientos. Sé quién

eres, a tal punto que, si algún día lo olvidas, puedes preguntarme a mí que yo lo sabré.

Iba a besarla, y ella se lo permitiría. La presencia de Margaret impidió la locura de retomar su historia truncada siete años atrás.

—¡Chelsea!, ¿has podido...? ¡oh! —se detuvo—, lo siento...

—Margaret, no es nada. En Sacramento me he encontrado con un viejo amigo, Lord Thomas Webb. Milord, la señora Margaret Jones.

—Un gusto, señora.

—Ven, Thomas, prepararé té; aún recuerdo algunas normas —intentó bromear—, como el correcto ángulo del meñique al coger una taza.

Ingresaron a la vivienda, Chelsea irguió la espalda, sabía que era demasiado humilde para los estándares de Thomas. Nada de eso afectó al joven lord, por el contrario, todo allí tenía impregnada la esencia de Chelsea. Se sentía demasiado bien, una clase de lujo que no se puede comprar. Imat se apersonó, y al ver la visita, bajó la mirada de manera mecánica.

—Señora Hu... Gibbon, no sabía que teníamos un invitado, me retiro. — Hizo una leve reverencia y giró para abandonar la sala.

—No, Imat, quédate, a Lord Thomas no le incomoda tu presencia —dictaminó sin siquiera consultar. No era necesario. La respuesta del hombre la hizo estremecer.

—¿Lo ves, Chelsea?, aún me conoces, puedes saber lo que pienso, siento... —El susurro se interrumpió cuando Faith les hizo compañía. Su respiración de por sí trabajosa se cortó en seco, y Margaret y Chelsea se vieron en la obligación de socorrerla.

—Madre, ven, siéntate. Estás pálida...

—Milord —dijo ella, en cambio, petrificada en la escalera que dirigía a la planta de las recámaras.

—Señora Gibbon, ni se le ocurra hacer una reverencia. ¡Me conoce desde que era un crío! — Se acercó a ella con amabilidad y la instó a sentarse en el sofá que Chelsea le indicó. La sala era pequeña aunque acogedora. Como la joven señora Gibbon se encargaba del trabajo con las abejas, las tareas domésticas recaían en su mayoría en Margaret y Faith, entre ellas habían agregado algunos toques personales a la decoración que ya venía con la casa. Los tonos melocotón y blanco prevalecían, se podían ver en las cortinas y en los tapizados de los sillones.

Imat corrió a buscar la jarra con agua fresca y le sirvió un vaso a Faith. Margaret se marchó a la cocina dispuesta a preparar el té y Chelsea se disculpó por tener que dejarlos a solas unos segundos.

—Enseguida regreso, somos pocas manos y mucho trabajo. —Se escabulló tras los pasos de la señora Jones, pero no llegó a la cocina, solo necesitaba unos segundos para recomponerse.

Thomas quedó a solas con Faith.

—¿Se encuentra mejor, señora Gibbon? —Rellenó su vaso con agua—. ¿Necesita que abra la puerta para generar mayor corriente de aire? Aunque no sé qué es peor, si perder el frescor del interior o la quietud de la brisa...

Los ojos de Faith lo escrutaban y en ellos se podía adivinar el pánico. A mayor amabilidad de Thomas, mayor el malestar de la mujer.

—No se preocupe por mí, milord. —El trato comenzaba a fastidiarlo. Sabía que Faith esgrimía esa actitud distante como un muro de contención, del mismo modo que él lo había blandido en la sociedad para resguardarse. Solo que cuando estaba cerca de Chelsea, ansiaba como nada en el mundo volver a ser Thomas. Simplemente Thomas—. Ojalá mi hija hubiera sido un capricho y nada más que un capricho para ti... —murmuró. Él la oyó, apretó la mandíbula, se negaba a detestar a la madre de la mujer que amaba, sobre todo porque la conocía y tantos años de amistad

con lady Marion no podían ser en vano.

—Chelsea jamás podría ser un capricho...

—Lo sé, lo sé... —se resignó la mujer—, solo era una expresión de deseo.

—¿Por qué desearía eso para su hija?

Faith no contestó, hizo abuso de su condición de dama convaleciente para evadir la pregunta. Prefirió tomarle la mano a Thomas y brindarle un suave apretón.

—Eres tan Webb —Le sonrió—, me recuerdas a tu padre. Pero algo me dice que eres peor que él...

Margaret regresó con el té, y Chelsea reapareció compuesta, obligando a Faith y Thomas a mantener las apariencias. Entre madre e hija se dio un cruce de miradas, un pacto de silencio que solo el lord no podía interpretar. Imat insistía en mantenerse apartado, temeroso de traerle problemas a sus señoras. Más problemas, para ser preciso.

La hora de té fluyó gracias a esas normas sociales que tanto detestaban. Tres de los cinco presentes habían sido adoctrinados por la educación británica y podían entablar una conversación civilizada incluso en un campo de batalla. Salud, clima, familia en general, alguna anécdota del pasado que no pesara. El sol fue el regente y puso fin al encuentro; Chelsea acompañó a Thomas hasta la carreta, Imat lo llevaría de regreso a lo de los Grant.

—Chelsea —dijo antes de subirse en compañía de un mudo Imat. Podía dar por perdido cualquier intento de socavarle información al hombre—, si estos siete años han hecho que me dejes de querer, entonces emplearé catorce más en recuperarte. Volveré —Le sonrió y acomodó un mechón rubio, libre del tirante moño—, ¿dónde más podré tomar un perfecto té inglés en Sacramento? Hasta luego —saludó. Subió a la carreta y dejó que el silencioso hombre se pusiera en marcha.

Chelsea lo observó alejarse por el sendero, hasta que debieron girar y perderse en el paisaje. ¿Dejarte de querer, Thomas?, pensó, y buscó en su escote la cadena que siempre ocultaba. Al final, un anillo de platino con una rosa Tudor de diamantes y rubíes se reía de los dos.

Ya no le parecía tan mal California. Cabalgaba con el sol sobre su cabeza, los rayos lo alcanzaban con todo su calor. Sandra Grant le había dicho que el clima lo favorecía, él no estaba de acuerdo. Colin siempre fue el de las actividades al aire libre, las cabalgatas y las disputas de boxeo; él, por el contrario, practicaba esgrima para mantenerse en forma y en verano amaba nadar un par de metros a primera hora de la mañana, cuando recién amanecía y el agua conservaba el frescor de la noche. Nada lo espabilaba más que un baño helado en aguas británicas. Pero aceptaba que la ausencia de nubes cumplía con la función vigorizante de otro modo, le quitaba cualquier deseo de retozar en la cama. El problema era, según él, que su piel blanca no soportaba muy bien la exposición constante al sol; sin contar con la variante de atuendo obligada. En pocos días dejó de ser el pálido británico de traje siempre negro, a un forastero de ropaje claro y nariz salpicada en doradas pecas. Hacía oídos sordos a lo que las mujeres del rancho dijeran, ese rasgo que consideraban «adorable» y «encantador», en su opinión, le quitaba autoridad. Si a eso le sumaba el estado de ánimo desde reencontrarse con Chelsea, ¡maldición!, parecía... parecía... parecía lo que era: un joven de veintitrés años, enamorado hasta la médula y con un legado en hombros que pesaba más de lo que podía soportar.

Guio la montura por el camino memorizado hasta divisar la casa de las Gibbon. Visita sin anuncio, ¡sí que América lo estaba cambiando en poco tiempo!

Descendió en el silencio de los alrededores. Buscó derredor hasta encontrar la sombra de un árbol y el bebedero del único caballo con el que contaba Chelsea. Dejó el animal allí, se trataba de un Mustang con el que había congeniado desde el primer día. Se aproximó a la vivienda, la puerta de ingreso estaba abierta y el aroma a pan horneado era tentador. Imat lo encontró dubitativo en el umbral.

—Buenas tardes, milord. —Rompió el contacto visual. A Thomas no le agradaba eso, sabía de nobles que les exigían la misma sumisión a sus sirvientes, le resultaba irritante.

—Buenas tardes, Imat. ¿Se encuentra la señora Gibbon?

—Se encuentran las dos señoras Gibbon.

—Pero usted sabe a cuál me refiero. —Acompañó lo dicho con un gesto confidente. Imat se contuvo de sonreír, pero las comisuras se le movieron apenas. Thomas se dio por satisfecho.

—La señora Gibbon se encuentra trabajando. Permítame que le anuncie su llegada, por favor, pase, la señora Jones debe estar en la cocina y la otra señora Gibbon descansando... —Lo instó a ingresar. Thomas no lo hizo de inmediato.

—No se preocupe, si me dice dónde hallar a Chelsea yo...

—¡Oh, no, señor... milord! No puede acercarse a las abejas así, es peligroso.

—¿Y Chelsea?, ¿no es peligroso para ella? —El hombre no pudo evitar alzar la negra ceja, luego bajó la cabeza con más pudor, casi doblegándose ante el lord—. Oh, no, Imat, de eso nada —lo reprendió, y fue peor, el pobre se puso a temblar ante la autoridad de Thomas. El joven se maldijo por lo bajo—. Me refiero a que no se sienta culpable usted por las sandeces que digo yo. —No, a Thomas la esclavitud no se le daba bien. No necesitaba alzar un látigo, Imat iba a morir de un infarto.

—Usted no dijo sandeces, milord, lo siento si interpretó de mi parte... no quise...

—Imat... —Lo serenó posando una mano sobre su hombro, este observó los blancos dedos con una mezcla de pavor y sorpresa—, no lo dijo usted, lo dije yo. No sé absolutamente nada de abejas y supuse que Chelsea podría estar en peligro. Ahora, si es tan amable de no decírselo a ella, porque me matará por suponer, aunque sea por un instante, que puede llegar a ser arriesgada, terca e insensata...

—Tarde, Thomas... —Se oyó la voz a sus espaldas. Chelsea había observado el intercambio completo, con su corazón bombeando desenfrenado, llevando con cada latido sangre y amor a cada rincón de su cuerpo—. ¿Así que piensas que soy arriesgada, terca e insensata?

—¡No, claro que no pienso eso! —dijo y se volteó. La sonrisa pícaro se congeló en su rostro al ver la vestimenta de Chelsea. Pantalón claro, camisa, botas, guantes y un sombrero que en esos momentos cargaba en su mano izquierda—. Lo sé.

—Y tienes razón...Imat, ya te he dicho, no tienes nada que temer con Thomas.

—Sí, madame... —El hombre solía dirigirse a ella con ese término tan propio del sur americano. No era «señora», tampoco «madame» al estilo francés, era una variación con la D casi muda.

—¿Puedes ir a por Margaret y preguntarle cuánto me quiere? —pidió, e Imat sonrió. Thomas observó el intercambio sin entender, hasta que la voz de la señora Jones los alcanzó desde el interior.

—Mucho, Chelsea, te quiero mucho. Limón, jengibre y menta...

—Soy la mujer más afortunada de la tierra. Ven, Thomas, debes probar la limonada de Margaret... —Pasó a su lado y lo invitó a ingresar, en esa ocasión, la razón por la que se quedó clavado en el dintel fue otra. Chelsea en pantalones. ¡Mierda! No dejaba nada a la imaginación, su trasero redondo enfundado en esa tela fina y blanca lo acompañaría en cada sueño erótico desde ese día en adelante; sin contar con que no vestía corsé, y la camisa...—. ¿Vienes?

Ahora sí te doy la razón, señora Grant, el sol me favorece, pensó Thomas. Podía culpar a él del sudor y el sonrojo que se había instaurado en sus mejillas. Y el maldito no era de pudor, por ser pescado in fraganti, sino de deseo.

—Sí, claro, no me lo perdería por nada. —Chelsea estuvo a un segundo de señalarle que sus ojos estaban varias pulgadas por encima de donde el tan correcto lord miraba. No fue necesario, porque cuando Thomas fijó sus ojos celestes en los cafés de ella, quien cayó presa del deseo fue Chelsea.

—No quiero arruinarle la sorpresa, milord —dijo Margaret, y consiguió romper el hielo. Si se podía decir hielo al fuego mismo del infierno—, pero el ingrediente secreto es la miel. Lo endulzo con lo que nos sobra de la producción. Ya verá cómo no probó nada igual.

Tomaron asiento y bebieron en un ambiente ameno y distendido. Thomas recuperó la calma y se felicitó a sí mismo, Chelsea había cruzado las piernas con pantalón y él por poco tiene necesidad de imitarla. La presencia de testigos lo ayudó a serenarse.

Halagó a Margaret, su limonada era la mejor que había probado en su vida. Por desgracia, no podían dilatar el momento mucho más, las labores demandaban a Chelsea.

—No deseo ser descortés... —empezó a disculparse, Thomas se lo impidió.

—He venido temprano adrede, Chelsea, me interesa conocer el negocio que llevas, pero me ha dicho Imat que es peligroso... por lo que las lecciones deberán iniciar desde algo más básico que... «Bien, Thomas, este insecto es una abeja y las abejas pican».

Chelsea rio; Thomas perpetuaba su efecto halagador. No se posicionaba por encima de los demás, incluso cuando su título así lo demandaba. Aceptaba el conocimiento ajeno, aprendía, se nutría y hacía sentir a las personas de su alrededor inteligentes e importantes. Claro que el mismo

poder que te elevaba, podía destruirte, y aunque Chelsea no lo había atestiguado, podía adivinarlo. Lo había comprobado apenas con Clayton, solo una muestra de lo hondo que podía presionar cuando algo o alguien lo disgustaba. Lugar que ella no quería ocupar jamás; el pensamiento formó un nubarrón en su mente y le recordó que Thomas era como esos días previos a la tormenta: calmos, cálidos, apacibles, pero no por eso menos amenazantes.

—Lo intentaremos, pero no es tan sencillo...

—¿Más complicado que Kant? —indagó, y consiguió despejar una vez más la nube de su mente.

—¡Nada es más complicado que Kant!

—Entonces estaremos a salvo.

—Demos gracias, el híbrido es de africanas con italianas; de ser alemanas todavía no poseería colmenas. —Rieron ante los ojos desorientados de los presentes. Nadie más que ellos podían encontrarle la gracia—. Bien, la mejor forma de aprender es en la práctica... ¿Estás listo?

—Eso creo.

Chelsea lo observó de arriba abajo, evaluando su atuendo en detalle. Se acercó a palpar el grosor de la camisa, y Thomas sintió que le faltaba el aire.

—Irá bien —fue el veredicto—, acompáñame.

Imat se puso de pie para sumarse a ellos, Margaret lo detuvo de un tirón de mangas.

—Que te hayan convencido de que eres transparente y no existes, no lo hace verdad, Imat. Vamos —lo instó la señora Jones—, ya te sacaremos esa mala costumbre que esos malnacidos te han fijado a latigazos. Quédate que nos reservé otra jarra de limonada y jugaremos a los naipes por frijoles, ¿qué dices? —El hombre accedió con un asentimiento de cabeza.

Thomas y Chelsea dejaron la sala y se dirigieron al improvisado establo, que cumplía la función de depósito y casilla de herramientas.

—Lo primero es la seguridad —expuso—, colócate estos guantes. —Le entregó unos de Imat, que poseían cordones para ajustarlos bien a la muñeca—. Cálzalos por encima de los puños de tu camisa. Mientras menos piel dejes al descubierto, mejor.

—¿Por eso los pantalones?

—Créeme, no quieres una abeja bajo la falda. —Rieron—. Y tú no quieres una por dentro de tus pantalones. —Chelsea se arrodilló junto a Thomas. El hombre la observó y cerró los ojos, la necesidad de incorporarla y besarla lo abrumaba, y era tal el deseo, que se contuvo solo porque supo que no le bastaría. La muchacha utilizó unos paños cortados en forma de vendaje para fijar las botas a los pantalones; la tarea no era ardua, pues las botas de Thomas, hechas a medida, parecían parte de sus pantorrillas—. Ahora, el sombrero... —indicó. El sonrojo en sus mejillas la delató. Thomas supo que se había percatado del efecto en su cuerpo. Otro recordatorio de que no eran niños, la inocencia de Chelsea se había esfumado con los años. Se colocó el sombrero, y ella lo ayudó con el tul. Lo extendió hasta su cuello, donde desanudó la pañoleta y dos botones.

—¡Demonios, Chelsea! —susurró. No había analizado la posibilidad de que la compañía de ella fuera una tortura. ¿Cómo podía ser el paraíso y el infierno al mismo tiempo? La muchacha no se detuvo.

—Tú te lo buscaste... —replicó, también en un susurro.

—Me declaro culpable, ¿tengo perdón?

—No. —Le sonrió, la sonrisa más seductora que jamás hubiera visto. Los dedos de Chelsea se introdujeron por el cuello de la camisa hasta traspasar todo el tul. Volvió a abotonarla y a anudar la pañoleta. Luego, con la destreza de tantos meses de práctica, hizo lo mismo con su sombrero, los guantes y las botas—. Ya estás listo, y tu primera lección, como sé que eres un alumno

aplicado, será bastante avanzada.

—¿Qué haremos?

—Pasar un enjambre a una colmena.

La zona de las colmenas estaba alejada varios metros de la casa y, a la vez, del río. Chelsea le explicó que esa especie de abejas podían trasladarse hasta un cuarto de milla en un enjambre furioso y que, además, tenían comportamiento parasitario a diferencia de otras subespecies. Lo que significaba que un par de obreras podían ingresar a una colmena que no fuera la suya, matar a la reina y colocar un reemplazo.

—A su majestad la reina Victoria no le agradarían estas abejas, Chelsea. —La muchacha carcajeó.

—Yo que tú, le advierto de los riesgos en las colonias africanas.

—Si la vieras ahora, no la reconocerías —comentó como tal cosa. Chelsea bajó la mirada con disimulo, para ocultar el efecto que tenían esas palabras. Thomas siempre fue para ella su gran amigo y luego su primer y único amor, olvidaba cada tanto el lugar social al que pertenecía, ese que había implicado la distancia para los dos.

—¿Ah, sí?

—Desde que murió el rey se le ha dado por el espiritismo. Algunos temen que haya perdido la cordura; otros tememos que se utilice en su contra, para derrocarla. Entre las abejas una reina significa una cosa, pero entre hombres...

—Nunca les agrada que una mujer les diga qué hacer.

—No a todos. Yo espero que sea regente cuando me llegue la hora —admitió—. Aquí, ¿cómo funciona?

—Pues de una manera similar. La reina deja una heredera en la colmena vieja y se traslada con sus súbditos más fieles. Eso es lo que llamamos un enjambre.

Al acercarse a la zona de las colmenas, el zumbido era intenso, aunque no ensordecedor. Provocaba algo de temor, que era erradicado por la seguridad de Chelsea.

—¿Y por qué sucede?

—Porque la colmena les queda pequeña. Con Imat hemos implementado las colmenas verticales, nos brindan mayor capacidad y producción. La ventaja con mis pequeñas —dijo con cariño hacia sus abejas—, es que el motivo por el que producen tanto es por la velocidad de reproducción. Entonces, con rapidez se generan enjambres que hay que controlar. Ayer hemos notado con Imat que se formó uno, le hemos brindado una de las viejas colmenas kenianas para que se instalaran y trajeran a la reina. Veamos cómo funcionó...

Se acercaron a la caja que poseía un agujero; las abejas, en su mayoría, estaban en el interior. Chelsea sonrió por debajo del tul.

—¿Lo ves, Thomas?, si están así de calmas es porque la reina está dentro. Debemos preparar la colmena para ellas. Hogar, dulce hogar.

Él le ayudó a cargar la caja vertical y trasladarla cerca del enjambre. Tras ello, Chelsea le dio las instrucciones para preparar los cuadros móviles, algunos ya poseían una pátina de cera de colmenas viejas, y otras estaban vacías para que las abejas fabricaran su propia cera. Al parecer, cuando enjambraban llevaban polen y estaban listas para la construcción de su nuevo hogar.

Pusieron manos a la obra, la conversación fluyó entre ellos, hasta arribar a los asuntos imposibles de evadir.

—Es evidente que las abejas no te agradan, Thomas, ¿por qué lo haces?

—No tengo nada en contra de ellas. No es personal... —intentó bromear, al ver que Chelsea lo escrutaba, se permitió la honestidad—: Porque es evidente que a ti te apasionan. Y si es

importante para ti, lo es para mí.

No debiste indagar, se reprendió Chelsea, pues ahora debes lidiar con la respuesta. Thomas estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, incluso quedarse allí, fabricando miel, lejos de la nobleza, sus salones y los té con la maldita reina Victoria.

—¿Sabes? —continuó—, no tengo por qué ocultar lo que hay en mi corazón, cuando tú, más que nadie, sabe lo que albergo en él. O a quien, para ser precisos. —Acomodó uno de los cuadros de la colmena y se lo dejó ver a ella para que se cerciorara de que estaba bien hecho—. Cuando supe que te había perdido... me refiero... al señor Hughes... me sentí vacío, realmente vacío. —Chelsea dejó lo que estaba haciendo decidida a observarlo, Thomas no abandonaba su tarea, mantenía las manos ocupadas mientras purgaba su pesar—. Me dediqué a ser lo que se esperaba de mí; estudié, mucho, te sorprenderías de mis calificaciones...

—No lo dudo, y no me extrañaría un despliegue de excelencia de tu parte. —Él le sonrió.

—El tema es... Mi hermano ama los caballos, siempre lo ha hecho, compite con Zachary por las cuadras en cada ocasión que puede. Mi hermana ama la enseñanza, si supieras en los líos que se ha metido... —relató con nostalgia—, pero yo no me he permitido descubrir mi pasión. Y ahora te tengo aquí, tan dedicada y comprometida, y me pregunto qué hice yo con todo lo que tengo...

—Thomas, has hecho muchísimo. ¿No lo ves?, ¿no ves el hombre en el que te has convertido con solo veintitrés años? Reconozco que te falta algo...

—¿Qué?

—Salir más de tu burbuja, y no... no lo digo de mala manera. ¡Ojalá yo hubiera permanecido en la mía! —se lamentó—, pero no logras dimensionar el excelente hombre que eres porque solo conoces a personas buenas. Tu padre, tu hermano... Pero créeme, si por tu camino se atravesaran algunos de los hombres como los que yo he tenido la desgracia de conocer, no tendrías ninguna inseguridad respecto de lo que vales. No... —negó y retomó la tarea—, al contrario, te levantarías cada mañana y exclamarías al espejo ¡demonios, el mundo es afortunado de tenerme!

—Ya soy vanidoso, Chelsea —dijo, con una risa para desatar el nudo de ahorque en su garganta que nada tenía que ver con su pañoleta—, no quieres alimentar más eso. —Chelsea le sonrió, le confirmó en el reflejo de sus ojos cafés que jamás sería vanidad para ella, la perfección de Thomas era un hecho probado, tanto como el comportamiento de sus abejas—. Y solo para sentirme menos niño mimado, te diré que con lo vivido he aprendido algunas cosas.

—¿Ah, sí?

—Sí, verás... hace unos meses conocí a una muchacha... —A Chelsea se le cayó el cuadro con miel de las manos. Dejó escapar una maldición que haría sonrojar a Satán. A Thomas eso lo hizo reír. Esa risa ronca y seductora que ejercía un completo poder sobre ella—. Tomaré eso como un halago mayor al anterior, Chelsea.

—¿Mis maldiciones?

—Tus celos. —Fijó su mirada en ella hasta verla arder por completo—. ¡Demonios!, te ves hermosa cuando te sonrojas.

—No es vergüenza de mi parte, tenlo por seguro.

—No, lo sé, es profunda ira. Eso lo hace mucho mejor. —Rio un rato más, antes de explicarse. Tenía derecho a deleitarse un poco, ¿verdad?—. No conocí a una muchacha en términos románticos...

—Tendrías derecho de hacerlo. —¡Oh, era encantadora hecha una furia!, pensó. No veía la hora de poder derribar esos muros y saborear esa fogosa pasión.

—Pero no lo hice. La señorita Holland no es más que mi socia comercial. —Al fin obtuvo la calma atención de Chelsea.

—¿Una socia mujer? Eso me agrada.

—Sí. Cuando la conocí, no pude dejar de pensar en ti, en nosotros, en lo injusto de todo esto. Tienes razón, vivo en una burbuja hasta cierto punto...

—Me hace feliz saberte a salvo, Thomas.

—A mí no, no cuando tú no lo estabas. Como sea, la señorita Holland quiere su independencia económica, está trabajando en una fábrica de perfumes. Lo que intento explicar es que ustedes, al igual que el asunto de la reina Victoria, me han demostrado que si necesitan mi ayuda en alguna ocasión no es porque sean débiles o incapaces, sino porque otro, en mi situación de poder, las ha puesto en ese lugar de desventaja para que siempre nos necesiten. ¿No es eso de cobardes? ¡Mierda! Sueno como mi padre. —Una carcajada escapó de su boca.

—Estoy segura de que Lord Webb estaría por completo orgulloso. —El resto de la apreciación debió contenerla entre los labios, porque implicaba confesiones imposibles. Thomas daba con su dardo en el blanco, dependencia, miedo, desventaja, necesidad... todo aquello de lo que Chelsea huía—. Estamos listos. —Enfocarse en el trabajo era la cura para su enfermedad.

—¿Sí?, porque yo prefiero seguir conversando, o beber limonada, o cualquier cosa que me aleje de eso... —Señaló el enjambre con no tan fingido pavor.

—Vamos, ya has llegado hasta aquí; no dolerá.

Chelsea le indicó a Thomas como coger la colmena keniana, abrir la tapa y voltearla. Las abejas salieron al vuelo, y el joven lord pensó que soltaría todo y correría a refugiarse. Si eso no lo alejaba de Chelsea, nada lo haría. La mujer golpeó la caja y las abejas cayeron en la otra, la colmena vertical.

—Listo, suelta eso. Rápido, ayúdame a colocar los cuadros antes de que la reina escape...

—¿Cómo sabes que se encuentra la reina?

—No lo sé, es fe ciega. —Acomodaron con cautela y premura los cuadros. No querían dañar a las abejas, aunque algunas muertes eran inevitables. Una vez finalizada esa parte de la labor, pusieron la tapa. Se alejaron y aguardaron en silencio, Thomas no sabía qué esperaban, adivinó el éxito de la operación por la sonrisa de Chelsea—. ¡Lo hemos conseguido!, ¿lo ves, Thomas?, las abejas buscan entrar a la colmena porque su reina está allí y decidió quedarse. Ven, debemos quitar la protección, así pueden entrar y salir.

Lo hicieron y desplazaron la nueva colmena junto a las demás. Debía reconocer que la tarea era agotadora, sobre todo por el nerviosismo ante la posibilidad de fallar, de que el enjambre escapara o de matar a la reina. Una vez listos, regresaron al cobertizo, donde procedieron a quitarse las protecciones.

Llegaron a la casa a la hora del té. En el mismo instante en que ellos se hacían visibles, un jinete atravesaba los límites de la propiedad. Chelsea sonrió de inmediato al verlo, y Thomas bebió una cucharada de su propia medicina. Los celos no eran algo agradable.

—¡Matt!, ya veo que la inversión del alcalde Palmer ha sido excelente. Todos en Sacramento poseen una puntualidad inglesa —bromeó.

El joven lord pensó que quizás había descartado al sheriff como amenaza demasiado pronto.

—Solo pasaba por aquí para cerciorarme de que todos estuvieran bien. Milord... —lo saludó al bajar de la montura. Amarró la misma junto al Mustang de Thomas.

—Todos en perfecto estado, y ha llegado justo para la hora del té. —Chelsea guiñó un ojo, y Thomas pensó que ardería de ira—. Ya sabe, demás está decir que queda usted invitado.

—Muchas gracias, enseguida me sumo, conozco las reglas... —dijo Matt y señaló su pipa encendida. Estaba prohibido por las damas fumar dentro debido al delicado estado de salud de Faith.

—Tómate tu tiempo, aguardaremos por ti. Yo iré a cambiarme... Thomas... —invitó, y sin esperar, atravesó el umbral.

—Enseguida, creo que le haré compañía al invitado. —La mujer se encogió de hombros y se perdió en el interior de la casa. Matt observó a Thomas y sonrió con la pipa en los labios.

—Supongo que no importa cuántos títulos uno tenga, la ropa fina, los modales o el acento. —Matt absorbió el humo—. Un hombre nunca deja de ser un hombre...

—Sí, podemos ser muy básicos —lo desafió Thomas, y el sheriff amplió su sonrisa.

—Esa es la diferencia, milord, usted «puede» ser básico, simple —remarcó—, yo, en cambio, lo soy siempre. —Observó el paisaje, relajado. Sacramento tenía otros tiempos, que en nada se parecían a los de Londres. Thomas intentó armarse de paciencia—. No voy a mentirle, ¿qué sentido tiene?, usted mejor que yo sabe cómo son las cosas.

—¿Y cómo son?

—La señora Gibbon tiene la misma capacidad de hipnotizar abejas que de hipnotizar hombres. —Thomas caviló las consecuencias que le traería aparejado matar al sheriff de Sacramento. ¿Iría a prisión?, ¿por cuánto tiempo?, había condenas que valían la pena—. Pero como le dije, soy un hombre simple, modesto... y pronto entendí que la señora Gibbon es todo lo contrario. Es compleja y ambiciosa.

—Sí, coincido con usted —dijo Thomas en un siseo entre dientes—, solo que prefiero expresarlo sin eufemismos. La señora Gibbon es mucho para un hombre como usted.

Matt se quebró en una risotada.

—Mmm, no es como yo lo veo. Prefiero el término «incompatible». Como sea, he comenzado a venir a ver cómo estaban por ella, pero he seguido viniendo por Margaret. No tiene por qué preocuparse, las damas complicadas se las dejo a los hombres complicados... —Le dedicó una mirada evaluativa—, para mí la sencillez es una virtud.

—Una vez más podemos estar de acuerdo. Para usted la sencillez es una virtud femenina, y para mí su opinión es por completo irrelevante. No hay más que decir... —Se dio media vuelta para ingresar al hogar, Matt lo frenó con sus palabras.

—Solo intentaba explicarle que yo no soy la amenaza, milord.

—¿La amenaza? —inquirió. Se volvió a él, con el ceño fruncido—, ¿eso quiere decir que sí hay una, aunque no sea usted?

—Exacto. —Matt dejó que la pipa se apagara y la guardó en su morral—. No solo vengo por el té y por Margaret, vengo a asegurarme de que esa amenaza no ronde el lugar. —Llevaba meses apersonándose, a la espera de una revelación. Margaret le correspondía en afecto; no mentía, era un hombre simple que disfrutaba de las cosas sencillas: un sonrojo, una galleta de más en su plato, unos bocadillos de miel preparados especialmente para él. La señora Jones le correspondía en afecto, sin embargo, no aceptaba su cortejo y lo evadía cuando intentaba hablar de sentimientos. Y no era tonto, reconocía que Chelsea era la mujer más lista que hubiera conocido, por algo lo había deslumbrado en primera instancia. Compleja, ambiciosa, decidida... y enamorada de ese lord de modales refinados y autoridad incuestionable. ¿Por qué dos mujeres que anhelaban la felicidad del exacto modo en el que se le era presentada se negaban a aceptarla?

Sus tripas le gritaban el inminente peligro.

—¿Y cuál es esa amenaza?

—No lo sé, ¿la sabe usted? —Thomas meditó, el único obstáculo que él conocía estaba muerto y enterrado. Negó con la cabeza—. Bien, hagamos un trato, milord, el primero en enterarse le advierte al otro. No tiene por qué volarme los sesos, no soy competencia, soy un aliado.

—Me alegra saberlo, es bueno tener al sheriff de aliado. —El hombre rio.

—Es bueno tener a un lord de aliado... Venga ya, no hagamos esperar a las damas.  
E ingresaron a disfrutar de las migajas que esas mujeres les podían entregar.

La noticia del embarazo inesperado de Emily puso de cabeza a toda la familia Grant. Católicos por elección, atribuían tal milagro al todopoderoso. Cuando el amor es puro e inmenso, no tiene más alternativa que expandirse. Esas fueron las primeras palabras de Sandra Grant, la afortunada abuela, y después de ellas, con maternal cariño, manipuló los hilos para tener a su hija bajo su techo y cuidado. Confiaba en su yerno, en los más de trece años que llevaban de matrimonio, supo cubrir cada una de las necesidades de su esposa, tanto físicas como emocionales. Hacerla feliz era su única meta en la vida, porque la felicidad de ella multiplicaba la propia. El resultado de esa felicidad crecía ahora en su vientre. Pero en algo fallaba Lord Colin Webb, no era tan perfecto al fin de cuentas, y esa falla se encontraba en su inexperiencia ante el manejo de la ansiedad. Si había algo que Emily Grant de Webb no necesitaba, era sobreprotección. Cedió a los deseos de su madre porque no quería ocasionarle pesar, y junto a Colin abandonaron la residencia propia para alojarse allí.

Emily, además de desear compartir tiempo junto a su madre en ese período tan especial de su vida, buscaba un poco de brisa fresca y libertad. No la encontró. Fue ingenua al pensar que la población Grant podría contener a esa amorosa fiera llamada Colin Webb.

—Hija, es de sabios reconocer cuando se necesita ayuda... —Se refería a las absorbentes atenciones de Colin, en ese preciso instante, se encontraba en la cocina, dando indicaciones puntuales. Todo debía ser perfecto y medido, incluyendo la selección de frutas de estación que su mujer desayunaba.

—Ya lo sé, madre... mi necesidad de ayuda se ha convertido en un reclamo tácito desde que estoy aquí, y como te darás cuenta, no me ha servido de mucho.

En la gran casona Grant solo vivían Benedict y Sandra junto a Louis, Salma y el pequeño hijo de estos últimos. Zachary y Thelma poseían una estancia propia no muy lejos de allí, lo que los hacían unos habitantes cotidianos. El resto de los Grant realizaban visitas semanales, salvo que sus presencias fuesen reclamadas. El patriarca se encontraba recorriendo las tierras, Louis partió a primera hora hacia el centro de Sacramento. Se encontraban solo las mujeres y los hombres Webb.

—Tal vez has hecho el reclamo equivocado —sugirió Salma. Bebió su infusión de leche y cacao.

—Me he planteado lo mismo, Salma... pero de ser así, no encuentro una alternativa funcional. —Colin la seguía a sol y a sombra.

—Puedes valerte de los antojos, hija, ese siempre será tu mayor recurso —susurró con picardía.

—Lo hice, le encargué una tarta de nueces pecan de la despensa de Sacramento... ¿Y sabes qué?

Salma se echó a reír. Conocía el desenlace de la historia, en el instante en que Colin se apeó al caballo en busca de la tarta, Louis ofreció su ayuda.

—Lo siento, si hubiese ocurrido delante de mis narices, te lo juro, Em... lo hubiese impedido.

—No te preocupes, Salma... culpo a madre por eso.

—¿A mí?! —Sandra se aferró a su taza de café, presentía el motivo del llamado de atención.

—¡Sí, a ti... has criado a un maldito buen samaritano! —bufó Emily. Los primeros calores de

la mañana le perlaban la piel.

—¡Emily! Los modales, hija, no te olvides que eres una «lady».

—Es verdad, pero esta «lady» tiene exceso de hormonas...

—Y exceso de marido —convino una voz masculina que, de a poco, comenzaba a serles familiar—. Buenos días, señoras —saludó cuando todas cayeron en cuenta de su cercanía.

Después de su primer día en Sacramento, en donde el humor del futuro conde de Sutcliff pareció una cualidad variable difícil de domesticar, la verdadera esencia Webb salió a flote. Lord Thomas Webb era la combinación genética perfecta, le ganaba a su hermano mayor en belleza, en elegancia, en modales y, cuando se quitaba la coraza protectora, era la amabilidad personificada. Ni siquiera Louis le llegaba a los talones. Ahora, si a esas características le agregabas las que incluían su gran capacidad de negocios, esa visión única del futuro y los conocimientos generales acerca de todo... era... era...

¿Alguien podría explicar el motivo por el cual ese muchacho continuaba soltero y sin prospecto alguno de compromiso? ¿Alguien, por favor?

La única capaz de explicarlo era Chelsea Gibbon.

—Que conste ante todas las presentes que eso salió de tu boca, Thomas, no de la mía. —Emily se tomaba todos los permisos habidos y por haber. Bajo el techo Grant, los títulos nobiliarios existían solo para ser utilizados como burla.

—Mi querida cuñada, yo me responsabilizo de cada una de mis palabras desde muy temprana edad. Sé que no peco de exceso en lo que digo, un par de días aquí me han bastado... si necesitas mi ayuda, solo tienes que pedirla.

—Toma asiento muchacho. —Sandra lo invitó a ocupar el asiento en la mesa contiguo al de ella—. Dime qué deseas beber... ¿nuestro delicioso café americano o un té?

—Considerando que en Londres bebo café, lo lógico sería que aquí...

Sandra le sonrió. La adoración por ese muchacho crecía a la par del vientre de su hija. Sin nada más que decir u oír, le sirvió té.

—Gracias, señora Grant.

—Oh, no... nada de señora, llámame Sandra, o... mamá Grant, eres familia.

—Gracias, mamá Grant.

Salma carraspeó atrayendo la atención de Emily. Intercambiaron un par de miradas. Los ojos de las mujeres se posaron en él. Los ojos de Thomas brillaron con picardía. Torció los labios en una mueca, bebió un sorbo de té y luego desafió a las miradas.

—Lo repito, Emily, si necesitas mi ayuda, solo tienes que pedirla...

Colin interrumpió el intercambio entre cuñados, traía consigo una bandeja repleta de comida, frutas de estación en toda su variedad, avena, quesos.

—Perfecto, te nos has unido... estaba a minutos de ir a tu recámara. —Depositó la bandeja frente a su esposa. El estómago de Emily se revolvió ante el exceso de comida.

—Pues en eso coincidimos, en cuanto terminara mi té, iba a ir a por ti. —El ceño de Colin se frunció. A esas horas de la mañana solo podía pensar en alimentación saludable, nada más—. Estaba pensando en que podríamos ir a recorrer las tierras, estoy deseoso de conocer las plantaciones de vid Grant tan famosas.

—¿Ahora?

—Sí, ahora... —repitieron al unísono Thomas y Emily. Luego coincidieron en miradas cómplices.

—Ve, cariño... la mañana esta preciosa. —Emily le acarició el brazo finalizando con un leve apretón. El subtítulo de ese gesto indicaba: *Tu hermano es la visita, debes ocuparte de él, aquí*

*me quedaré yo, devorando estos saludables y exquisitos manjares.*

—Pues que así sea... —Sonrió. La ansiedad lo devoraba, una buena cabalgata le sentaría de maravillas.

Thomas finalizó la infusión y se marcharon. En cuanto tuvieron los pies fuera de la casa, Emily hizo a un lado la bandeja y exclamó:

—¡Bendito seas, Lord Thomas Webb!

—¡Amén! —respondieron Sandra y Salma.

Las tres rieron.

Cabalgaron de punta a punta, recorrieron el vasto territorio Grant entre galopes y carreras que podían compararse a traviesas pujas infantiles del pasado. Nada más lejos de la verdad. La diferencia de edad nos les permitió compartir una adolescencia juntos; los guio siempre por caminos muy diferentes. Cuando Thomas era tan solo un bebé, Colin se vio obligado a hacer aquello que hoy atormentaba a su hermano, afrontar las responsabilidades del título nobiliario a heredar. Al alcanzar la adolescencia, en el momento en el que, quizás, Thomas hubiese necesitado más la experiencia y consejos de Colin, éste contraía matrimonio y se entregaba a una vida lejos de Londres, haciendo que el peso del condado recayera en la siguiente figura masculina en línea sucesoria.

Existían posibles recelos y algún que otro reproche atenazado en el pecho del futuro conde, eso era indiscutible. A lo largo de los últimos años, las cartas de su madre y Daphne giraban en torno al cambio en su hermano menor, y Colin, en cierto punto, se sentía responsable. Lejos estaba de su pensamiento la real razón de la mutación de carácter en su hermano. La mayor herida en Thomas tenía nombre de mujer.

Luego de explorar el extenso sector de olivares a caballo, emprendieron una caminata en dirección a la preciada joya de la familia, las plantaciones de uvas Chardonnay. Comieron de la fruta ahí mismo, dulce y jugosa, saciaron la sed y el paladar.

Improvisaron unos asientos con unas cubetas de madera que se utilizaban para la recolección. Se refugiaron a la sombra de las vides más altas. Estaban a media mañana, el sol se hallaba en lo alto, el calor podía ser implacable.

Thomas no sudaba. Era extraño. Colin rio para sí, las primeras gotas de sudor le decoraban las sienes a él.

—¿Qué tal te sienta California?

—Mejor que Londres, y creo que, mejor que a ti —se burló Thomas, la imagen impoluta que siempre fue un sello distintivo en su hermano ya no existía. Colin era un californiano más, apelaba a la comodidad y al disfrute. Era envidiable.

—Tarde o temprano, todos sudan en Sacramento. Dale un tiempo a estas tierras... dale tiempo a los Grant, y después me cuentas.

—Eso pretendo hacer, darme todo el tiempo que sea necesario. —Inspiró profundo y exhaló hasta liberar cada molécula de dióxido de carbono. Saboreaba la posibilidad de recuperar aquello que le había sido robado—. Me agrada este lugar y todo lo que trae consigo... en verdad es una tierra de oportunidades, no sé por qué tardé tanto en venir.

—Yo me hago la misma pregunta, y esa pregunta me empuja sin piedad a otra, Thomas...

—¿Cuál?

—Te he extendido la invitación en más de una oportunidad, y siempre te has negado. Daphne, madre y padre, todos han estado aquí, salvo tú, ¿por qué? —Colin estaba tan encerrado en la feliz burbuja de la paternidad que no podía ver lo que ocurría ante sus narices. Era triste descubrir que

conocía poco o casi nada de su hermano—. ¿Por qué ahora?

—Es una buena pregunta, Colin... la respuesta es algo que hace años esperaba.

—¿Qué?

—Esperanza... y tu carta me la ha brindado.

Colin se incorporó. La conversación que se daría a continuación era su asignatura pendiente.

—¿Dime que no estás aquí porque crees que el niño que Emily carga en el vientre cambiará las cosas para ti?

—Yo no lo creo, todos lo creen... —mintió. Nadie en la familia Webb creía que las cosas cambiaran; Thomas había asumido la responsabilidad como se esperaba de él, nadie le quitaría los honores tras años de trabajo.

—Pues se equivocan, eso no sucederá, decliné mi título años atrás, y ni yo ni mi hijo lo exigiremos. Además... es una niña.

—¿Niña? ¿Cómo lo sabes? —Lo imitó en verticalidad, quedaron frente a frente. No había actitud de desafío en Thomas, ni de enojo, estaba en paz con Dios y con el Diablo, siempre y cuando le permitiesen vivir el resto de su vida junto a Chelsea.

—Cosas de las mujeres Grant...

—¿Y tú confías en ellas? —resopló con burla.

—Nunca han fallado hasta ahora... y, aunque lo hagan, la decisión ya fue tomada, hermano. El niño que venga a este mundo será mitad Webb y mitad Grant, con eso le basta para tener todo lo que necesite en la vida. Un título de nobleza no es más que...

—Que una maldita ancla —finalizó Thomas, su trasero impactó de nuevo sobre la cubeta de madera—. Lo sé, me estoy hundiendo hace años.

—Conozco la sensación, Thomas, puede que ahora goce de una libertad única, pero durante una gran parte de mi vida sufrí las consecuencias del mandato familiar con el sabor de la decepción en la boca... —Volvió a tomar asiento junto a él—. Este niño es una bendición, y no lo digo porque con su nacimiento me quitaré de la espalda el peso que significa no poder engendrar un heredero en un hombre. —Durante mucho tiempo cargó con el estigma del fracaso, de no poder ser lo que se esperaba de él. ¿Qué se esperaba de él? Un conde que hiciera honor al legado familiar. ¿Legado? Eso fue imposible en él, un sinfín de amoríos y ninguno dio como fruto clandestino un hijo. Años, transcurrieron años de amoroso matrimonio con la sola satisfacción de saberse amado aun a costa de esa falla. Emily lo aceptó, con sus miedos, sus defectos, con su imposibilidad. ¿Quién sabe? Tal vez es verdad lo que dicen, el amor todo lo puede, todo lo sana. El amor encuentra el camino—; este niño es una bendición porque viene a esta vida como la consagración de lo mejor que me ocurrió, amar a Emily y tener el privilegio de compartir mi existencia a su lado.

—Me alegro, Colin, en verdad me alegro de tu felicidad... —Las palabras sonaron a triste resignación.

—¿A pesar de que mi felicidad sea la mayor piedra en tu camino?

La vida de Thomas bifurcó el curso de su historia cuando tuvo que asumir el rol que su hermano dejó vacante.

—Tú no eres una piedra en mi camino, hermano... aunque reconozco que hubo un tiempo en que así lo creí —intentó bromear, enterrar cualquier posible rastro de dramatismo y recuperar el buen clima en la conversación—, a fuerza de errores entendí que ni tú, ni yo, ni siquiera padre tenemos ni voz ni voto cuando de mandatos sociales se trata. —Exhaló con pesadez, como si eliminara los últimos resabios de los resquemores pasados—. Pero no voy a canjear mi felicidad por ello...

—Y no tienes que hacerlo, Thomas, eres lo mejor de lo mejor Webb, y en nuestros genes se encuentra esa habilidad única de comulgar los deseos con el deber... —Provenían de un matrimonio construido a base de amor, eran una de las pocas excepciones a la regla en la nobleza.

—Decirlo es más sencillo que lograrlo.

—Por supuesto que sí, pero sé que encontrarás la manera...

—No te ofendas, Colin, pero dudo que me conozcas lo suficiente para saberlo.

—Tienes razón... en los últimos años, la distancia es la única constante en nuestras vidas. Déjame reformular lo dicho, por el bien de ambos —Colin no quería atesorar esa culpa por siempre, una que le susurraría al oído que era cómplice de la desdicha de su hermano—, encuentra la manera. Lo siento, Thomas, debes aprender a ser feliz con lo que tienes...

Soportaría el peso del condado, las responsabilidades. Llevaría el estandarte de su apellido, tal y como le habían enseñado. Lo haría... lo haría a su manera.

Ya no era un maldito crío de dieciséis años.

La estadía en California cambiaba, día a día, de matiz. En una primera instancia, las energías fueron invertidas en lo importante, el reencuentro con Chelsea y el restablecimiento de los vínculos familiares. Con unas pocas semanas en Sacramento y esas metas alcanzadas, Thomas ya se sentía victorioso. ¿Cómo no sentirse así? Nada había cambiado entre él y la mujer que amaba. Cuando estaban juntos era como si el tiempo se hubiese detenido años atrás, solo que no lo había hecho. Existían todavía retazos de una historia vivida por Chelsea que él no conocía, un pasado que no encontraba lugar para salir a flote cuando estaban juntos. Era como si Chelsea se negara a recordar, como si esa parte de la historia no hubiese sucedido. El nombre Warren Hughes no se escapaba jamás de sus labios. Él no pretendía invadir su dolor, su duelo, pero eso no quitaba el hecho de que ansiara con desesperación saber. Sí, su corazón le confirmaba con sus latidos que el sentimiento, a pesar de la amarga distancia, latía de igual manera en el pecho de la muchacha. Así y todo, se preguntaba, ¿había algún resto de sentimiento hacia su difunto esposo? Quizá, lo que en un principio fue un matrimonio beneficioso, se transformó en un enlace marcado por el compañerismo y la afinidad.

No, algo no estaba bien. La situación actual de Chelsea era absurda; aun si la guerra de secesión hubiese diezmado la fortuna de su marido, quien supo ser un acaudalado hombre en la industria algodonera, el pasar económico tendría que ser otro. Era posible que la terquedad en Chelsea y su afán de independencia la hicieran desvincularse de los restos de fortuna. Sin embargo, su aislamiento, la insistencia en hacerse llamar con el apellido paterno y no con el de viuda dejaban expuesto la punta de un hilo que podía desanudar una secreta madeja.

Thomas no deseaba ahondar en heridas, en todo caso, pretendía sanarlas. Estaba colocando nuevas metas en su mente, y para eso debía hacerse uno con esas tierras. Los negocios del condado podían cruzar el océano, ampliarse; en cierta forma, Colin ya era un vocero de esa dinámica comercial. Quedarse en California era una posibilidad a analizar, lo único que no contemplaría era separarse de Chelsea, y como no la forzaría a regresar a Inglaterra si no lo deseaba, muchas alternativas no le quedaban. Debía preparar un plan de contingencia, y eso hacía cada mañana, proyectar vínculos comerciales que construyeran un puente entre los continentes. Ser de aquí y ser de allá. En otras palabras, ser de Chelsea y afrontar sus responsabilidades ante la cámara de lores cuando llegaran.

Perdía la cuenta de las horas con el sol del desierto que parecía estar siempre en lo alto. Tenía memorizadas las jornadas laborales de Chelsea en las colmenas, por ello se esforzaba en coordinar sus visitas en esos horarios. Todavía le era imposible hacer a un lado los pensamientos sobre la peligrosidad de la tarea con las abejas, se preocupaba por ella en silencio, porque sabía que el más amoroso comentario sobre a su bienestar solo expondría la visión masculina sobre la debilidad de su género. No era débil, si era honesto, el único que demostraba ese rasgo era él con su temor.

Al llegar al hogar Gibbon y hallar a Faith en el pórtico disfrutando de la brisa del mediodía, supo que arribó en el horario menos indicado. No se veía ni a Chelsea ni a Imat por los alrededores. Descendió del caballo, lo guio hasta la sombra del árbol junto al bebedero y, una vez que le brindó el agua necesaria, se dirigió a la mujer que desde el primer día de reencuentro rehuía de su mirada.

—Buen día, señora Gibbon.

—Milord... —Faith devolvió el saludo con un gesto de cabeza. Estaba sentada en una silla mecedora al resguardo de la sombra. Junto a ella, una pequeña mesa, un libro y un vaso de limonada.

—Llámeme, Thomas, señora Gibbon... me conoce de nacido.

Ella asintió. Esquivaba su mirada, pero sonreía ante la rememoración.

—Escuché tu primer llanto, sostuve la mano de tu madre cuando tú te abrías camino en esta vida.

—Con más razón entonces, debe olvidar las innecesarias reglas sociales y llamarme por mi nombre. Además... —Subió los tres peldaños de la escalera de bienvenida y señaló una de las banquetas rústicas que estaban a la espera de invitados—, con su permiso, ¿puedo? —Faith asintió, desplegó el abanico, la incomodidad brotaba en ella como también lo hacía el sudor—, además —repitió al tiempo que tomaba asiento—, estamos muy lejos de casa.

—En eso tienes razón, muchacho... —Thomas sonrió, prefería el «muchacho» antes que el «milord». Era un avance—. Tan lejos estamos que apenas lo recuerdo.

La oportunidad fue servida en bandeja, si podía satisfacer a Faith Gibbon con sus deseos de volver a la madre tierra, lo haría. Era fundamental que supieran que lo que durante años las había obligado a una vida a miles de kilómetros ya no las ataba más. Imaginaba que el único impedimento que las mujeres podían albergar era económico, volver a instalarse en Londres requería de una inmensa cantidad de ahorros, algo que, se atrevía a asegurar, no poseían.

—Señora Gibbon, si usted desea regresar a su hogar, no tiene más que decirlo.

«Hogar», a fuerza de golpes y tristezas, Faith aprendió el verdadero significado de esa palabra.

—Como te he dicho, Londres es tan solo un recuerdo, mi único hogar se encuentra ahora aquí... —Agitó el abanico, sus ojos reclamaban una ventisca de contención para lágrimas—, quizá, de aquí a un tiempo, ese lugar sea en el fin del mundo, no lo sé... no me importa, mi hogar es mi hija, donde ella esté, yo estaré. —Exhaló con lentitud, volteó el rostro hacia él, buscó su mirada celeste profunda. Podía verlo en sus ojos, era el mismo Thomas de siempre, por desgracia su hija ya no era la misma. ¿Cuánto tiempo tardaría él en darse cuenta? —. Agradezco tu sutil ofrecimiento, espero que puedas entender el motivo de mi negativa.

En Londres, las mujeres eran socialmente reconocidas, ni bien pusieran un pie en la ciudad los rumores del retorno alcanzarían cada oído. El rumor se convertiría en noticia, y la noticia les robaría el anonimato que tanto intentaban conservar. Allí, al otro lado del continente, en ese lugar alejado de todo, estaban a resguardo. Los lugareños apenas hablaban de ellas, y si mencionaban a Chelsea, se referían a la muchacha como a la «surradora de abejas».

—No, no entiendo el motivo de su negativa, y creo que me faltan un par de piezas que Chelsea mantiene bajo llave, pero coincido con usted, Señora Gibbon... a mí me ocurre lo mismo, mi hogar se encuentra en donde esté su hija.

Si eso no era una confesión de amor, ¿qué lo era? Faith no sabía si abrazarlo por la pureza del sentimiento, o abofetearlo por la terquedad del mismo. Thomas, sin ser consciente, colocaba sobre sus cabezas una gran farola, y no solo los insectos volarían hacia esa luz, también invitaría al acercamiento de otras bestias, la clase de bestias que uno no quería toparse en el camino. Faith dejó escapar un bufido, fue la única alternativa que encontró para disimular el terror del pensamiento anterior.

—Te subestimé, muchacho, te subestimé demasiado...

—Y no fue la única, señora Gibbon, todos lo han hecho —afirmó él, realzando lo que sentía

por Chelsea. No fue un maldito amor juvenil, fue y sería, hasta el fin de los tiempos, un amor auténtico.

—Me doy cuenta... me doy cuenta —repitió. La voz se deshizo hasta confundirse con la brisa a causa de un repentino ataque de tos. Cuando recuperó la quietud en su pecho y garganta, continuó —: No voy a negar que una parte de mí está feliz de saber que, en este mundo, hay un hombre dispuesto a amar a mi hija como lo merece. —La confesión estaba vestida con ropajes de dolor y amarga culpa, las manos de Faith fueron en busca del vaso de limonada. Temblaban, víctimas de un pasado al que él no podía acceder. Thomas cogió el vaso y lo colocó en sus manos—. Gracias... —Bebió más que nada para darse el tiempo de encontrar el valor que le permitiera escupir las palabras atoradas—. Pero la otra parte, la que se encuentra aquí, frente a ti, desearía que te hubieses olvidado de ella.

—¿Por qué? ¿Por qué desearía eso, señora Gibbon?

No podía entenderlo. Al diablo todo, las normas, el estigma de la viudez, su condenado título de nobleza. No sería el primer Lord que sería bastardeado a sus espaldas por las decisiones tomadas en torno a su vida personal, y que sería alabado en sus narices por las acciones que realizara cumpliendo sus funciones nobles. Así funcionaba la maldita rueda social.

—Porque puede que el amor sea el mismo, pero ustedes no lo son.

—Yo soy el mismo, si cambié en algo, fue solo en apariencia...

—Bien por ti, muchacho, me alegra saberlo —lo interrumpió, una lágrima rebelde recorrió su mejilla—, tú tuviste ese privilegio, mi pequeña no.

El llanto contenido en Faith Gibbon era la antesala al infierno de Chelsea. El infierno que no compartía con él. Las tripas de Thomas se retorcieron a causa del fuego que lo devoraba por dentro. Abandonó la banqueta, se arrodilló ante la mujer. Tomó su mano, la apretó con fuerza, le demostró que estaba dispuesto a todo por Chelsea.

—Faith... ¿qué le ocurrió a Chelsea? Conozco el titular de su historia, pero no la letra pequeña. Dímelo, por favor.

Ella le devolvió el apretón de manos, y luego se soltó de ellas.

—No me corresponde a mí contarlo... puede que no esté de acuerdo con el silencio de Chelsea, pero lo respeto. Solo me atrevo a decir esto, lo que sea que estés buscando, desiste, muchacho, no lo conseguirás.

—Amo a Chelsea, y sé que ella todavía me ama... no desistiré jamás. No lo hice antes, ¿qué le hace pensar que lo haré ahora? —Fue un comentario plagado de desafío.

—Porque no está en ti esa decisión, Thomas... —Los escalones de la confianza fueron subidos de dos en dos. No había más lugar para la maldita distancia protocolar—. Prométeme algo, por favor, prométeme que respetarás la decisión de Chelsea, aunque esta no sea la que esperas... Sé esa clase de hombre.

—Voy a ser para Chelsea lo que ella decida o requiera de mí...

—¿Aunque no sea lo que tú desees? —La sola idea de considerar eso como una posibilidad, lo hizo estremecer.

La respuesta se atoró en los labios de Thomas. Tuvo que escupirla apelando a toda la fuerza de voluntad que le recorría el cuerpo.

—Lo que ella decida —repitió—. No puedo, ni podré ponerme en sus zapatos, nací hombre y ese es el más grande de los privilegios que uno puede tener. —No era justo. Claro que no. Por desgracia él no imponía las reglas, solo las burlaba cuanto podía—. Soy consciente de que la vida de Chelsea fue marcada y comandada por decisiones ajenas, y yo no pretendo formar parte de eso.

Faith rio con sorna. También con algo de desprecio hacia sí misma. Lo dicho por Thomas

impactaba de lleno contra su pecho, le quitaba la respiración. Tosió. Él tomó distancia de ella. Sin darse cuenta, sus talones rozaron el borde del primer escalón del pórtico. Ahí se quedó.

—Es una sabia y respetuosa decisión, Thomas, me hubiese gustado tener el valor para asumir esa misma postura en las elecciones que pesaron sobre la cabeza de mi hija.

—¿Se arrepiente de algo, señora Gibbon?

La pregunta fue un manotazo de ahogado, Thomas esperaba que, en su última bocanada de aire, Faith dejara escapar una gota de verdad.

—Me arrepiento de muchas cosas, pero con el paso de los años la vida me ha enseñado a no juzgar, ni a mí ni a los demás, por lo que crees que es correcto o incorrecto; en el pasado lo hice y me equivoqué dos veces... ya no más, y menos en lo referido a Chelsea. ¿Puedo hacerte una pregunta, Thomas? —Él asintió, mientras su cabeza vagaba en las posibles equivocaciones de la señora Gibbon—. ¿Me odias?

El ceño de Thomas se frunció. No era la clase de pregunta que se esperaba.

—¿Odiarla? ¿Por qué debería de hacerlo?

—Por desmerecer el amor que sentías por mi hija...

—Que siento... —la corrigió. Ella torció los labios en una mueca.

—Si hubiese confiado en las palabras de mi hija, otra sería su historia. Ella rogó, una y mil veces rogó por un tiempo que yo no le pude dar...

Faith tomó la decisión que creyó correcta en ese entonces y empujó a Chelsea en esa dirección. Un matrimonio con Warren Hughes era una alternativa más viable y, sobre todo, más inmediata que una promesa de amor de juventud.

—¿A qué se refiere, señora Gibbon?

—Chelsea dijo que tú vendrías a por ella, y yo... yo no le creí. O simplemente preferí no hacerlo, no lo sé.

Existían muchas piedras en su camino, pero esa confesión de Faith no era una que entorpeciera su andar, al contrario, lo motiva a continuar. Chelsea lo intentó, conservó el amor y la promesa que se hicieron hasta que las trampas de la vida la obligaron a enterrar las esperanzas en nombre de la supervivencia familiar. Sin Marcus Gibbon quedaron a la deriva, y el único barco que pasó junto a ellas fue el de Warren Hughes.

—No podría odiarla, señora Gibbon, al fin de cuentas, hizo lo que pudo hacer, hizo lo que le enseñaron... si le sirve de consuelo, Chelsea es la mujer que es en parte por usted.

Ella sonrió. Le hubiese encantado beber de ese cumplido como si fuese un sabroso vaso de limonada. Pero no... no podía.

—En eso te equivocas, el mérito es todo de ella. —Suspiró, a lo lejos divisó el cuerpo de su hija, caminaba en dirección a ellos. Venía de la colmena madre, a orillas del río—. Me trae paz que no me odies, Chelsea dice tampoco no hacerlo. Quizá llegue el día en que yo misma me perdone.

El rostro de la muchacha, bronceado por el sol, palideció tanto que pudo contemplarse su blancura repentina a metros de distancia. Su expresión indicaba cierto temor a lo que sea que estuviesen conversando. Thomas sonrió. Le era imposible no hacerlo cada vez que la veía, y esa reacción instintiva funcionó para aplacar el miedo en Chelsea; por lo visto, ocultar la naturaleza real de esa conversación era una prioridad. Faith tosió para capturar su atención. El intercambio de miradas entre ambos fue suficiente, establecieron un pacto de silencio.

—Thomas, pensé que ya no vendrías... —Chelsea y Faith compartieron miradas.

—Pues pensaste mal, no me perdería mis clases de apicultura por nada en el mundo. —Ella rio feliz. Estaba feliz, la cercanía de Thomas la hacía sentirse de esa forma.

—¿De qué hablaban? —Chelsea necesitaba asegurarse de que los secretos continuaban bajo siete llaves.

Faith cogió de nuevo su vaso de limonada. Bebió. Thomas respondió por los dos.

—¡Del calor, de qué más! Estamos en medio del desierto... ¿hay acaso otro tema de conversación pertinente?

—No, no lo hay... —Extendió su mano a la de él—. Ven, vayamos a por un vaso de limonada, presiento que los dos lo necesitamos.

Decir que la necesitaba solo a ella era una cursilería fuera de lugar. Siguió sus pasos hacia el interior de la casa. Bebería un millón de limonadas si con ello pasaba tiempo a su lado.

Faith observaba a su hija, la veía ir y venir higienizando los frascos de vidrio para colocar la miel. Esa tarea la hacían en el interior de la casa, en las instalaciones de la cocina. Le recordaba a una conversación tiempo atrás, cuando le comunicó a una niña de catorce años que estaban en quiebra. Ella le había dicho, sin más, fregar no debe ser muy complicado. Faith había intentado evitar ese presente al que su hija se encomendaba con una sonrisa y un viejo vals en los labios.

Para asegurar que nada malo le sucediera a la miel, Margaret, Imat y Chelsea limpiaban la cocina con mayor conciencia de la habitual; se cubrían el rostro con paños y utilizaban un compuesto químico que la joven Gibbon había descubierto en un folletín de ciencia, de esos que arribaban a las oficinas de Miler & Miler, bajo la gestión conjunta de Louis Grant y su cuñada, Thelma Ferrer de Grant. Los franceses lo llamaban *Eau de Javel*, y se trataba de una mezcla de dos elementos químicos, el cloro y el sodio. Faith solía pensar que su hija exageraba, al fin de cuentas, ese compuesto era solo utilizado por médicos y boticarios, pero Chelsea contraatacaba, folletín de ciencia en mano, y realizaba la baja en la mortalidad en aquellos lugares que lo implementaban.

No conforme con eso, y también gracias a otro de los dichosos folletines, que Thelma enviaba regularmente —a Chelsea le agradaba estar al tanto de todos los avances de la ciencia, incluso los que no eran aplicables a su negocio—, supo de un método para evitar problemas de fermentación, moho o prematura putrefacción, desarrollado por un tal Louis Pasteur. Por lo que, tras el aseo de la cocina, procedían a envasar y luego a sumergir esos frascos a temperaturas de alrededor de los ochenta grados centígrados.

El proceso era frecuente y mecánico; las abejas de esa especie daban miel con regularidad, así como la consumían; era requerido encontrar un balance en la asiduidad y en la cantidad del producto retirado, de tal forma que los zánganos no se quedaran sin alimento y, a la vez, no lo ingirieran por completo. La felicidad de Chelsea no se concedía con la tarea, una tan rutinaria y tantas veces realizada en el pasado. No, la sonrisa de la joven y el tarareo se nutrían de otra cosa, de otra persona. De aquel que la visitaba a diario y aprendía apicultura solo por ella. Y Faith sentía, al igual que su hija, que volvía a respirar. En su caso, de manera literal. La mejora era evidente, sentía los pulmones inundarse de aire, no se cansaba tanto y comenzaba a poder aportar algo al hogar más allá de algunos tejidos y remiendos. El problema era lo inminente de una nueva catástrofe, lo inevitable del destino y Faith temía cometer los errores del pasado. O peor, que su hija los cometiera por ella y tuviera que vivir con la culpa carcomiéndola hasta quitarle el aire y enfermarla. La conversación con Thomas había cumplido la función de sanar más que cualquier otro cuidado, tenía la certeza de que su hija era amada... amada de verdad, y que jamás estaría sola.

Y sí, lo reconocía, también le traía paz que ese que la amaba fuera un hombre poderoso, decidido y alejado de los prejuicios. Porque era exactamente lo que Chelsea necesitaba.

Era tiempo de que su hija lo comprendiera. Y más aún, asumiera lo inevitable de la situación. Por mucho que intentara mantener la distancia, por mucho que remaricara que su relación con Thomas era de amistad y nada más que de amistad, brillaba... brillaba como la más intensa estrella del firmamento, y el joven lord no era ciego. Chelsea podía repetir no, no, no, tantas veces como quisiera, pero todos a su alrededor oían el eco del «sí» que se colaba en cada acción,

sonrisa y momento compartido.

Y mientras ella emanara esa esencia de mujer enamorada, Thomas estaría allí, a su lado, para embargarse de su aroma y nutrir a su corazón de ella. De Chelsea.

—Hija, ven... —pidió—, descansa un momento, de todos modos, necesitan que ese compuesto... ¿cómo dices que se llama?

—*Eau de Javel*...

—Eso, necesitan que se airee...

—Sí, por eso iba a aprovechar ir a ver si el enjambre que mudamos de colmena con Thomas...

—Siéntate un segundo —insistió—, me agota verte ir y venir. Y come, ¿o tendré que invitar a Lord Thomas? Al parecer es el único que consigue detenerte un segundo para beber el té.

La mirada de su hija se iluminó.

—No es el único, ¿has visto, madre? —Hizo la voz un susurro—, Matt Perkins no disimula sus intenciones con Margaret; a Thomas lo motiva la costumbre del té, pero el Sheriff... ¡por favor!, que aquí llaman puntualidad a no llegar una semana tarde...

—¿A Thomas lo motiva la costumbre del té? —Faith carcajeó—. Oh, Chelsea, estás tan decidida a no ver...

La joven Gibbon negó con la cabeza. Sí, estaba decidida a no ver, no asumir, no afrontar. Al menos, por unos días más. Sabía que Thomas le daría un ultimátum, ¡por supuesto!, había atravesado un océano y medio continente, demandaría una respuesta, y entonces recibiría la negativa definitiva y pondrían fin, de una vez y para siempre, a la historia iniciada siete años atrás. Tenía derecho, se dijo no sin un deje de remordimiento, a dilatar el asunto, a disfrutar un poco más de él antes de la renuncia.

—Madre... si por esto me has hecho detenerme... —Se incorporó, Faith la detuvo y su rictus se volvió severo. Aún era madre, aunque los roles de responsabilidad hubieran cambiado tras la muerte de Marcus Gibbon.

—Sí, por esto, por lo que sabes y te niegas a asumir. No repitas mis errores...

—¿Qué errores? Madre... Aquí hacemos lo que podemos, no hay errores ni aciertos, eso daría la falsa ilusión de que existe elección.

—¡Oh!, había olvidado el cinismo y sarcasmo de mi pequeña. —Faith sonrió, ya no lo remarcaba como un defecto, por el contrario, formaba parte de las «virtudes» salidas a flote con el regreso de Thomas. Antes de su aparición en esas tierras, la resignación comandaba la vida de su hija—. Tienes aún ciertas elecciones.

—No, no las tengo.

—Puedes contarle la verdad... —dijo, sin dar señales de haberla oído.

—¡Claro que no! No puedo creer siquiera que lo pienses —siseó.

—¿Por qué no?, ¿acaso no alientas la relación de Margaret con Matt Perkins?

—Es distinto... —masculló.

—¿Por qué?

—¡Porque Matt es sheriff, no un jodido lord británico! —gruñó. Detestaba la cantidad de maldiciones que salía de sus labios, ¿dónde había quedado la dulce señorita británica? Enterrada, muerta y enterrada en una plantación de Virginia—. Soy abierta de mente, madre... —dijo tras un suspiro profundo—, no juzgo el amor de las personas, me importan un comino las reglas sociales y lo sabes. Pero no todos pueden darse ese lujo, y Thomas es uno de ellos, ¿sí? Además, es probable que... mmm, ya sabes, que Margaret no tenga el mismo destino que yo.

—Tal y como lo sabemos, sí. Igual, no es mi punto; yo no soy, ¿cómo has dicho?, ah, sí, abierta de mente. Intento ser pragmática. Thomas no se va a marchar...

—Lo va a hacer cuando al fin me atreva a decirle que no. Y lo haré, lo prometo, madre, lo último que deseo es hacerlo sufrir...

La mujer rio sin humor.

—¡Oh!, y dime, Chelsea, le dirás que no con esa sonrisa y tarareando un vals. Déjame advertirte... no sonarás muy convincente, y, por lo que sabemos, nuestro querido lord requiere de un gran poder de convencimiento para rendirse. ¡Momento!, no, ni eso lo ha hecho rendirse...

—¿Quién es sarcástica ahora? —se molestó la joven. De manera mecánica, posó la mano sobre la pistola que cargaba consigo. La conversación le recordaba el peligro inminente, la necesidad de alerta. Al único lugar al que no iba con ella era a las colmenas.

—Chelsea, Thomas te ama —dejó ir sin más, y observó la reacción de su hija. La joven señora Gibbon no mostró indicios de sorpresa. No, bien sabía que era un hecho indiscutible—. Si le cuentas la verdad, te entenderá. Hasta es posible que encuentre la forma de ayudarte...

—¡No!

—Chelsea, no seas terca.

—No lo soy. ¡Oh, madre!, por favor, dejemos esta conversación aquí, antes de que...

—¿De qué? —insistió la mujer.

—Antes de herirte. Te quiero, madre, te quiero muchísimo...

—Hiéreme, vamos, o inténtalo. Deja ir eso que piensas que me dolerá.

—Nunca amaste a padre. —Faith carcajeó, sirvió un vaso de agua y bebió un sorbo.

—Eso no hiera, ¿no dicen que la verdad no puede hacer daño? Es cierto, respeté y aprecié a tu padre, pero no, Chelsea, no lo amé.

—Pues yo sí amo a Thomas. Así que deberás aceptar mi conocimiento del asunto, el bienestar de él es prioridad para mí. Yo ya no soy su Chelsea, la jovencita inocente que él amó. Lo sabes...

—¿Y crees que él no? No conoce tu historia, pero tiene ojos. Dos ojos celestes que no quita ni un segundo de ti. —Chelsea se sonrojó, el calor de la mirada de Thomas aún entibiaba su piel.

—Madre... no, no lo pondré en esa situación. Tiene solo veintitrés años, es atractivo, rico, poderoso, bien relacionado; una vez asuma que lo nuestro terminó, regresará a Inglaterra y podrá elegir entre todas las damas disponibles. No soy tan arrogante y vanidosa como para pensar que entre ellas no hay quién se me compare...

—No, ese pensamiento le pertenece a Thomas...

—Una de ellas lo amará y lo ayudará a sanar, y yo... —Se encogió de hombros.

—¿Y tú no mereces ser feliz?

—Sí, lo merezco, y eso hago. —Se puso de pie, decidió que tenía suficiente de esa conversación—. Soy feliz estos días a su lado, las dos lo sabemos, solo que en esta ocasión quien no desea admitir la verdad eres tú... Tengo los días contados. Mi agonía tras verlo partir será breve, antes de eso tengo mi receso de verano a su lado. Mi último receso de verano... Ahora, sí, tengo una producción de miel que envasar... con tu permiso, madre.

Zachary observó a las mujeres Grant y negó con la cabeza. A su lado, Colin lucía la misma expresión.

—Hace con ustedes lo que quiere...

—¡No es verdad! —se defendió Thelma, mientras atravesaba un grueso paño con la aguja. Salma, a su lado, daba las instrucciones. La mujer de Louis Grant se había asociado con Lila Anteen y juntas elevaron la tienda de la modista de Sacramento al nivel de estatal; el alcalde Palmer las adoraba por eso, ¡eran más exclusivas que la de San Francisco! Y, sin embargo, allí se encontraba una de las socias, cosiendo una camisa junto a sus cuñadas—. Solo lo ayudamos. Él no nos lo pidió.

Colin resopló; Zach rodó los ojos, y en ese instante se hizo presente Charles Miler, quien se hallaba por una temporada en California, y alzó las cejas. Los niños, tanto la nueva generación Grant como los hijos del marqués de Aberdeen, correteaban en las galerías del rancho y aprovechaban la compañía los unos de los otros, ajenos a otra clase de disputa infantil, la de los adultos.

—¿Cómo tampoco le pidió a mi esposa que hallara todos los libros de apicultura de mi biblioteca? —Se dejó caer junto a Colin y Zachary en el sillón.

—Bueno, bueno —intercedió Emily—, pero si tenemos tres hombres grandes celosos del hermanito pequeño.

—¡No es mi hermano! —se defendió Zach—, de ser Louis ya hubiésemos arreglado esto. — Con «esto» hacía referencia a que su esposa Thelma lo ignorara.

—¿Arreglar qué? —Thelma intervino—, ya te he dicho, no me lo ha pedido, me he ofrecido. Él solo comentó al pasar que las abejas atravesaban la delgada tela de su camisa, ¡no podíamos dejarlo a merced de las picaduras!

Los tres hombres bufaron. Lo cierto era que Lord Thomas Webb era un encantador de mujeres, y siempre se salía con la suya. Mientras tres damas se dedicaban a la confección de un atuendo de apicultura siguiendo las instrucciones de uno de los libros de Miler, el susodicho estaba encerrado en la biblioteca estudiando junto a Nora Miler, la marquesa de Aberdeen, todo sobre las abejas de la subespecie que se encontraba en los terrenos de Chelsea Gibbon.

Según él, era frustrante, no se trataba de una crusa controlada, lo cual hacía que su estudio debiera ser empírico. Tal y como había hecho Chelsea; tras una investigación general, se lanzó a la prueba y error con sus «pequeñas» como las llamaba. Thomas no lo admitiría, porque sentía que su miedo podía ir en contra de su seguridad, la seguridad de que su adorada Chelsea sabía lo que hacía. ¡Pero joder!, si lo aprendido hasta el momento se aplicaba a la realidad, tenía ante sí a las abejas más letales que existieran en la tierra. Solo superadas en agresividad por algunas avispas.

Ese descubrimiento hizo reaparecer a Nora Miler.

—¡Muchachas! Denme una aguja, este niño no puede ir allí sin protección. —Se sentó junto a las demás, en un coro de suspiros masculinos nada halagüeños.

—¿Niño? —Zachary y Charles estaban a segundos de dejar ir todos los logros conseguidos en sus vidas hasta los veintitrés años; se veían en la necesidad masculina de la competencia. Se serenaron por la risotada de Colin.

—No batallen —dijo—, es en vano. El encanto Webb se incrementa con cada retoño nacido, y si mal no recuerdas, poco faltó para que mi hermana Daphne te hiciera papillas, Zachary. —El hombretón tuvo que darse por tocado; la joven Webb era un peligro—. Y mi esposa aquí presente insiste en que estamos en deuda con Thomas, ¿por qué era, cariño?

El aludido se apersonó en el salón, libro en mano, pañoleta desatada, camisa arremangada y ojeras que solo a él podían sentarle bien. Contaba con una noche completa de estudio, sorprendiendo a todos con su capacidad devoradora de libros.

—Por arrojarle un vaso de leche a Daphne la noche de la fiesta de... ¿quién?

—Lady Helen... —convino Emily, al recordar el evento.

—¡Lady Helen! Oh, de haber sabido arrojaba leche sobre todos, ¡qué mujer insoportable! —dijo el joven lord—. Como sea, gracias a eso, Colin, tú fuiste a por Emily y la rescataste del veneno de la lengua viperina de esa odiosa mujer. Ya ven... fui la mano ejecutora del destino. Por cierto, yo fui «una mano» ejecutora del destino, me pregunto, ¿dónde estaba la otra? —Observó a Zachary Grant y el sonrojo de su esposa, Thelma.

—No te pases, muchacho; no te pases —advirtió el hombre. Thomas mantuvo impávido su angelical rostro. Colin no intervenía, disfrutaba del intercambio, la sangre tiraba y un triunfo Webb era un triunfo Webb. Él no tenía muchos, los Grant lo habían domado años atrás, y él se había rendido gustoso a esa familia. Lo que no significaba que no pudiera permitirse un poco de diversión a su costa; incluso si eso implicaba que su mujer cosiera cuando, en su opinión, debía de estar en reposo absoluto, entre algodones y bajo los más excéntricos cuidados.

—No lo haré, al menos no hoy. —Sacó su reloj de bolsillo y constató la hora—. Debo marcharme si deseo llegar antes de que la señora Gibbon encuentre la forma de deshacerse de mi no tan útil ayuda.

—¿Así que existe alguien que se resiste a tus encantos? —Sandra Grant les hizo compañía, cargaba una bandeja con té frío. Lo instó a beber, no dejaría el rancho sin estar hidratado.

—Ya ve, mamá Grant —dijo él, cogió la bandeja y se dispuso a servir—, soy una víctima aquí. Los presentes no hacen más que alardear de su suerte frente a un pobre desahuciado.

—Son unos desalmados, muchacho. Pero no son más que los celos, y no por sus mujeres, eh... —confesó la señora Grant, como si los hombres no estuvieran allí escuchando—, es que envidian tu inteligencia, pequeño. Estos tres, tan gruñones, tardaron en aprender lo que tú ya sabes, que solo aquella que puede batallar contra los encantos de un hombre es quien elige con el corazón y no con la piel. Y esa es la única elección que cuenta.

Thomas le sonrió, porque de contestar tendría que ahondar en cosas demasiado personales. El corazón de Chelsea y el suyo eran uno hacía años, y las elecciones no siempre se correspondían con la realidad. Elegirse no siempre bastaba.

—Pues de todos modos tengo intención de cuidar mi piel. —Sonrió. Salma le tendió el traje de apicultura finalizado—. Aunque solo sea de las abejas. El sol de California es más despiadado.

—Esta noche le diré a Ellen que deje en el tocador el ungüento de Aloe Vera, ya verás cómo desaparece la rojez y solo quedan esas bellas pecas.

Thomas les dio las gracias a las mujeres Grant y saludó a los caballeros con excesiva cordialidad, consiguiendo un nuevo eco de bufidos molestos que lo hizo sonreír durante todo el trayecto a la casa de las Gibbon.

Montó el Mustang moteado, lo había decidido, se lo compraría a Zachary; ya lo sentía suyo y habían desarrollado, según Hotah, el experto en caballos, la clase de relación necesaria entre montura y jinete, el animal respondía a las órdenes no por adoctrinamiento, sino por amistad. Ni siquiera tuvo que guiar las riendas, el caballo conocía el camino.

Se sintió exultante al poner un pie en el rancho y encontrar a Chelsea en el porche de ingreso, con su trasero enfundado en pantalones apoyado sobre los escalones de madera, el sombrero con tul a su lado y un vaso de limonada en las manos. Aguardaba por él antes de dar inicio a la jornada de la tarde. Ya formaba parte de la rutina, de su rutina, y Thomas sentía que volvía a tener un remanso de verano.

Dejó el caballo junto al bebedero y fue a su encuentro.

—Vine preparado —dijo como saludo inicial—, ya no tendrás que elegir entre Imat o yo, sobre todo porque sé que prefieres a Imat. —Hasta el momento poseían solo un traje masculino, y Chelsea había sacrificado rendimiento laboral en pos de compartir las horas con su viejo amor. Thomas no deseaba interponerse en el proyecto de ella, entendía cuánto costaba.

—Excelente. Ven, tienes tu vaso de limonada antes de iniciar con las labores.

—Hoy todos están decididos a darme de beber.

Chelsea elevó la vista al cielo, el sol era enceguedor.

—Debes hacerlo, el clima seco es algo traicionero respecto al calor. A veces no te das cuenta de la falta de líquido hasta que te vas a la cama con un insoportable dolor de cabeza. —Bebieron juntos, el silencio era tal que se oía el zumbido lejano de las colmenas.

—¿Qué tarea nos aguarda hoy?

—Trabajar la cera... —Dejaron los vasos en la pequeña mesa junto a la mecedora del porche. No solía sentarse allí, ese era el lugar de su madre. Thomas no se había cambiado de atuendo antes de dejar la casa de los Grant, acarreaaba con las partes en su morral. Sin necesidad de instrucciones, fueron al cobertizo para colocarse los guantes y los cerramientos en cada posible hendidura por la que una abeja fuera capaz de colarse.

No podían evitar hacer de ese momento algo íntimo, personal. Siempre encontraban la excusa para una caricia mal disimulada: que te ha quedado un poco de tul fuera, que la venda no ha cerrado bien, que los guantes no están tan en lo alto de tu muñeca.

El proceso de trabajar la cera era por completo distinto a la miel; en ese caso, casi el ochenta por ciento de lo producido se reutilizaba en las colmenas, solo el veinte restante se vendía.

—La mayoría —explicó Chelsea, mientras le indicaba el modo de retirar la miel, identificar cuál poseía polen y cuál no, y rescatar la cera—, será utilizada para fabricar nuevos cuadros móviles. Ya has visto que colocamos cuadros con cera y cuadros vacíos, para que ellas construyan su propio panal. Pues el tamaño de las celdas es de gran importancia... —Continuó con la explicación respecto a las celdas de cría y la posibilidad de que, al no adaptarse a las necesidades, las abejas las rellenaran con propóleo.

Thomas hacía preguntas precisas, en base al conocimiento adquirido. Ahora conocía sobre el tamaño de la abeja, la capacidad reproductiva, la cámara de crías y demás. Chelsea intentaba contener la sonrisa, y también la preocupación. Terminaron con la separación de la cera, y la trasladaron junto a Imat, que se disponía a la fundición. La construcción de las láminas era algo que hacían Margaret junto a Faith, era una labor delicada y precisa, ideal para la paciencia de ambas mujeres.

—Veo que has estado estudiando —dijo Chelsea.

—Lo intenté. Supongo que lo sabes, no hay demasiada información sobre tus «pequeñas».

—Sí, lo sé. Todo es especulativo. Con Imat estamos casi seguros de que alguien ha cometido un gran error, un error que me ha permitido comprar esta casa y empezar el negocio, así que lo agradezco. Ven... —lo invitó—, déjame mostrarte cuánto me han dado mis pequeñas.

Se quitaron los sombreros, los guantes y los vendajes; permanecieron con la ropa, esa que los hacía lucir a tono. Los dos con pantalones claros, camisa blanca arremetida en la cinturilla, botas

altas y chaleco. En Thomas se veía como la expresión máxima de la elegancia, Chelsea estaba segura de que, si alguien lo observaba con ese ropaje, inspiraría la moda de la próxima temporada; en ella, en cambio, el traje lucía como la expresión máxima de una oscura fantasía. Cada una de sus curvas quedaba al descubierto, el tamaño real de sus senos se adivinaba contra los botones de la camisa, sin el sostén de un corsé; las caderas redondeadas, sin miriñaque, no dejaban nada a la imaginación. Su altura y estilizada figura se ponía en manifiesto con toda su grandeza, y Thomas se preguntó cuánto tiempo podría mantener a raya su piel.

Rememoró las palabras de mamá Grant. Elegía a Chelsea con el corazón, pero, ¡mierda!, su cuerpo también formaba parte. Clamaba por ella a cada instante, la necesitaba cerca, y por las noches, su recuerdo lo atosigaba como latigazos que le quitaban el sueño y la serenidad. Solo ella podía darle sosiego, aunque en pequeñas dosis, porque cuando el efecto de su compañía remitía, la tortura de no tenerla se acrecentaba.

—La propiedad se extiende desde el río, quinientas yardas a la redonda —sonrió con picardía—, al parecer, sin tanta investigación, los lugareños descubrieron que esa es la distancia que un enjambre de mis pequeñas puede recorrer cuando están furiosas.

—¡Demonios!, ¿quinientas yardas?

—Imagina, quinientas yardas en un enjambre de miles. Nadie quería esta casa, porque no podían quitar el panal central...

—Y tú lo has hecho tuyo.

—¡Oh, no!, ellas me han permitido la convivencia —dijo, y se volteó hacia él con una sonrisa—. Supongo que ya has conocido a Hotah... Él fue el primero en animarme, cuando yo no sabía si me atrevería; consiguió convencerme de que los animales reconocen la amenaza de un modo instintivo, si yo les mostraba respeto, ellas me respetarían. Y estaba en lo cierto, aún pago su sabiduría con miel y cera. ¡Tienes que ver los milagros que obra con esos dos productos!, lo que ese hombre sabe de medicina supera por mucho a cualquier estirado con estudios.

—Lo he notado, ahora poseo un caballo por su culpa. No me ha dejado más remedio, tendré que pagarle la desorbitante suma que propone. —Nada en sus palabras indicaba que tal cosa le molestara. Por el contrario, sonreía—. No puedo quejarme, la verdad es que el caballo sabe a dónde me dirijo sin siquiera tener que usar las riendas; mi estado de ánimo le indica cuando vengo aquí, junto a ti. —La detuvo cogiéndola de la mano, cuando ella se giró, él la aprisionó en un suave abrazo desde la cintura.

—Thomas... ¿hasta cuándo insistirás en lo nuestro?, ¿no podemos ser solo amigos?

—Ya somos amigos, Chelsea, el problema es ser «solo» amigos. Éramos pequeños, pero lo entendimos mejor que nadie, nuestra amistad solo necesitaba de un chispazo... He esperado siete años para convertir ese chispazo en llama, puedo esperar más. El tiempo que necesites, que requieras para procesar el duelo y estar lista para intentarlo de nuevo, esta vez conmigo...

Chelsea se aferró a sus hombros. Debía dejarlo ir, explicarle que no era el periodo de luto, esa absurda regla social que indicaba cuánto tiempo una mujer debía vestir de negro o evitar los bailes. No pudo; se acercó más a él. Sintió sus senos pegarse al pecho firme de Thomas, elevó el mentón, ahondó en los ojos celestes de él, se perdió en ellos.

Thomas ascendió con la mano, desde su cintura hasta la nuca, sintió los lacios mechones enredarse en sus dedos. Dejó ir el aire atrapado en sus pulmones, y bajó la boca hasta unirla a la de ella. Cerró los ojos en un acto de completa rendición; al fin la tenía, la tenía de regreso en el lugar exacto del cual jamás debió marcharse: entre sus brazos.

Movió los labios, sintió los de ella abrirse, preparada para la invasión. La lengua de Thomas se adentró en la cavidad de Chelsea, bebiendo el dulce sabor de su miel, una que sabía aún más

tentadora. Era un manjar hecho a la medida de su paladar, de sus necesidades de hombre. Chelsea no se mantuvo al margen, lo necesitaba, llevaba una vida ansiando ese momento. Se aferró más a él, se sumó a la danza de lenguas, de gemidos y suspiros. Los pezones se irguieron, clavando sus enhiestas puntas en el pecho de Thomas. La ausencia de las absurdas barreras de la moda ponía en manifiesto aquello que de pequeños no supieron ocultar, estaban hechos el uno para el otro, en el sentido más primitivo de la oración. Eran uno, separados, arrancados, mutilados, pero eran uno. Dos piezas de un todo que reclamaban volver a sentirse enteros.

—Solo tú puedes desnudar la farsa que he sido todos estos años —le confesó Thomas con los labios sobre los suyos. Ella se embriagó de esa declaración, conocedora de su significado. Mientras más capas de ropa, mientras más decoro y normas sociales se esgrimieran, más secretos se ocultaban. Y Lord Thomas Webb, próximo conde de Sutcliff, poseía un oscuro secreto: no era un caballero, no era un noble, no era la prueba fehaciente de la corrección británica. Era un hombre de carne y hueso, ardiente y deseoso de perderse en los placeres femeninos de la mujer que amaba; sin modales, sin resguardos; como la más salvaje de las criaturas de la faz de la tierra.

Aferró con ambas manos las nalgas de Chelsea, la aproximó a él y oyó el gemido de sus labios cuando la muchacha se percató de la respuesta en el cuerpo masculino. Le permitió que la manipulara a su antojo, él le indicó con caricias la necesidad de sentir sus piernas aferrándose a su cintura. Chelsea se elevó hasta complacerlo, y pronto sintió la corteza de uno de los árboles a sus espaldas. Solo un instante de cordura la hizo advertir...

—Si nos perderemos de la vista de los demás, debe ser en aquella dirección, porque allí está el panal. —Señaló la zona opuesta al río. La arboleda les brindaría privacidad, solo por si existía la remota posibilidad de que Imat, Faith o Margaret fueran en su búsqueda. Thomas acató la muda orden, arrastrando el cuerpo de Chelsea al interior del follaje.

La última barrera social cayó cuando el sol no los alcanzó entre las hojas. Si él, que todo lo veía, no podía atestiguar la unión de los amantes, nadie en las inmediaciones lo haría. Volvió a apoderarse de la boca de Chelsea, ella le respondió aferrándose a la cabellera rubia de él, con ímpetu. Un nuevo tronco servía de sostén, las piernas firmes de la mujer hacían el resto. Aprisionaba las caderas de Thomas entre sus muslos, y sentía el roce instintivo de la pelvis contra sus pantalones. Las manos del hombre estaban libres para la exploración; escalaron por la cintura, hasta aprisionar los sensibles senos de Chelsea. Los gemidos fueron al unísono, como una melodía de la cual los dos supieran la letra y la interpretaran a coro. Los acarició por sobre la tela hasta que el placer fue dolor, y el dolor, un reclamo de más.

Con dedos ágiles desabrochó los botones, abrió la camisa hasta el inicio de sus pechos y bajó con la boca por la piel del cuello, del esternón, hasta perderse en la perfecta hendidura que formaban las formas femeninas. Lamió la blancura cremosa, buscó a tientas las puntas sensibles de los pezones; pero su boca se encontró con algo más, con una delicada cadena que pendía en el valle de sus senos. Su índice se enredó allí y jaló hasta descubrir el tesoro que Chelsea conservaba siempre cerca de su corazón. Ante sus ojos, la alianza de platino, la rosa Tudor, esa pieza que faltaba de la colección de joyas familiar desde hacía siete años. Faltaba en la familia Webb como faltaba Chelsea, el máspreciado tesoro que completaría la fortuna del próximo conde.

Elevó la mirada hacia la de ella, la unió en las profundidades cafés de los ojos de la mujer que amaba. Solo pudo susurrar su nombre: Chelsea...

Nunca dejó de ser suya, nunca dejó de esperarlo. No existían mentiras entre ellos, las pieles clamaban la verdad a gritos y la prueba estaba ante ellos. La pasión arremetió contra Thomas, arrasó con su cordura. Sus manos, intrépidas, buscaron el premio mayor; no necesitaba de bendiciones, de Dios ni aprobaciones sociales. Chelsea era su mujer, con las leyes de la

naturaleza como prueba irrefutable. Desabrochó los botones del pantalón femenino, jaló de la tela, desesperado; ansioso de invadir el punto de placer de Chelsea y conseguir elevarla a la cima del gozo. Deseaba escuchar su nombre en labios de ella cuando el orgasmo la alcanzara, cuando su cuerpo al fin proclamara quién era su dueño.

Nada de eso sucedió, en cuanto sus dedos alcanzaron la humedad femenina, las manos de Chelsea se volvieron garras y las caricias, golpes. La expresión de amor mutó a la de pánico, y la cristalina superficie de sus ojos, antes todo fuego, ahora eran lágrimas de miedo contenidas.

La soltó de inmediato; intentó regresar la ropa a su sitio, y vio cómo Chelsea se retraía, presa del pavor. Solo existía una explicación, y la misma tensó la mandíbula de Lord Thomas Webb hasta hacer rechinar sus dientes.

—Si no fuera porque ese malnacido está muerto, lo mataría con mis propias manos. —Impactó su puño en la corteza—. Escupiré su jodida tumba, ¡maldito desgraciado! —Usó la furia que lo poseía para volver feroz su abrazo, contuvo a Chelsea contra su pecho, mientras la mujer se desarmaba en mil pedazos ante la muda confesión. Su cuerpo le pertenecía a Thomas, pero antes otro hombre lo había mutilado; estaba rota y ninguna de sus partes podía regresar al lugar que jamás debió abandonar: El corazón de Thomas Webb.

No era llanto, ni un miedo racional. Había escuchado de personas a las que le sucedía, presas del pánico no podían funcionar ni procesar lo que les ocurría; jamás pensó que sería una de ellas. Se aferró a los hombros de Thomas e intentó inhalar aire, creyó que moriría.

—Vamos, cariño, respira —pedía él—, respira, puedes hacerlo. Eres fuerte, puedes hacerlo.

No parecía fuerte, aunque sabía que lo era. De eso se trataba, de intentar ser fuerte por demasiado tiempo, creer que podría olvidar el pasado, seguir adelante, como si fuera una puerta que se cierra tras de sí y no nos llevamos nada de eso con nosotros. Pero nos lo llevamos.

Las lágrimas no derramadas, los miedos no proclamados, la desesperación no manifiesta crecieron hasta presionar dentro de ella, y Thomas, como siempre, contaba con la clave perfecta para liberar esas emociones. Con su amor, con su persistencia y su incapacidad de rendirse había abierto la compuerta sin saberlo. Chelsea tampoco lo había esperado, convencida de que tenía su vida bajo control.

Nadie que cuenta los días de existencia tiene la vida bajo control.

—Estoy bien —mintió—, o lo estaré. En unos segundos podré caminar...

—¿Te ha sucedido antes? —preguntó Thomas, preocupado.

—No, es la primera vez. —El miedo, en las ocasiones anteriores, no fue injustificado ni paralizante. Intentó ponerse de pie, las piernas le flaquearon.

—¡Al demonio, Chelsea! —Thomas pasó el brazo por debajo de sus rodillas y la instó a aferrarse a su cuello. La elevó con facilidad, que no llevara el típico atuendo femenino con al menos cinco enaguas facilitó la tarea. Chelsea no pudo protestar a ser rescatada, no tenía más fuerzas.

El pánico dio paso a la tristeza con cada metro recorrido juntos. Cuando estuvieron cerca de la casa, Margaret, Imat y Faith salieron a su encuentro.

—¿Qué ha pasado?, Chelsea —Faith intentó socorrerla, Thomas fijó sus ojos celestes en ella y la petrificó. La mujer supo que lo sucedido no era de índole física, sino de los reveses del pasado.

—Hazte a un lado, Faith —siseó. La mujer acató la orden, Margaret e Imat estaban dudosos, dispuestos a pelear por la joven señora Gibbon si era necesario; eso incrementó el enojo de Thomas, no hacia ellos, sino hacia Warren Hughes.

Avanzó escalera arriba hasta la recámara de Chelsea, reconoció al instante la impronta de la muchacha, una mesa de noche repleta de folletines de ciencia y una vela a medio derretir, un gastado tocador y un espejo. La depositó sobre la cama con suavidad.

—Chelsea... te quitaré las botas, solo las botas para que estés más cómoda. —Probó posar la mano sobre la pantorrilla antes de intentar la acción. Si volvía a entrar en pánico, solicitaría ayuda de Margaret, sino prefería encargarse él mismo. No podía, ni quería, dejarla a merced de ese miedo que la había azotado.

Ella se ovilló. Estaba tensa, se podían ver los músculos tirantes bajo la ropa. Apretaba la mandíbula y contenía el llanto.

—Thomas, por favor, vete —pidió con un hilo de voz—, por favor. Necesito llorar y no puedo hacerlo contigo aquí.

—¿Por qué no? —inquirió—, llora, grita, maldice...

—Porque no puedo, no me siento lista. Por favor... —Clavó sus ojos cafés, suplicantes, en los

de él. Thomas apretó aún más los dientes, jamás en su vida se había sentido tan impotente, ni siquiera cuando la había perdido la primera vez. En aquel entonces, se aferró a la esperanza, ya no. El daño que Warren Hughes había hecho era irreversible. Comprendió, en el ruego de Chelsea, cuántas veces clamó por favor en el pasado sin ser oída ni respetada.

—Te quiero, Chelsea —Besó su frente—, te quiero y me iré, no porque esté de acuerdo, sino porque lo pides, y tu palabra es mi ley. —Se arrodilló a su lado—. Esperaré un mensaje tuyo, y si no llega, entonces volveré solo a asegurarme de que estás bien. El resto de mí aguardará a una señal tuya.

Chelsea le tomó la mano por unos instantes, y luego lo soltó, lo dejó ir. Solo cuando sus pasos resonaron en la escalera, el llanto acometió para llevarse el último vestigio de fuerza.

O eso creía. Las lágrimas no venían para debilitarla, sino para limpiarla, purificarla. Necesitaba dejar ir el pasado para aceptar el presente, y huir no era sinónimo de enfrentar.

Thomas reapareció en la sala, tres pares de ojos aguardaban por él, expectantes. Se dirigió a Faith.

—¿Por esto crees que debo odiarte? —inquirió. En pocos minutos, su expresión aññada de pecas en la nariz, sonrisa perpetua y felicidad mutó a la de autoritarismo. Dejaba de ser Thomas, para ser el lord que supo ser todos esos años.

—Sí —asintió, dispuesta a enfrentar la ira.

—¿Por qué?

—No me corresponde, milord. —Esgrimió el milord como resguardo emocional entre ellos—. Puede que piense que mi hija se equivoca en algunas cosas, puede que la aconseje a hablar con usted, pero jamás traicionaría su confianza. —Thomas observó a Margaret e Imat. Ellos profesaban lo mismo, Chelsea era la prioridad de los tres. Una risa sin cuota de humor escapó como bufido de sus labios.

—Me agrada saberlo, Faith. Chelsea se merece lealtad, es evidente que la necesitó en el pasado y algo los trajo a los cuatro aquí. No me impondré sobre ustedes, pero eso no quita que tenga otros recursos.

—Thomas...

—¿Vuelvo a ser Thomas? —Sintió que la mandíbula le dolía de tanto apretarla para contener la furia—. Averiguaré qué sucedió en Virginia, Faith; sé que no puedo borrar el pasado, pero puedo sanar el presente. Y eso solo se consigue con justicia. La muerte de Warren Hughes no es suficiente para lo que acabo de atestiguar, si le ha hecho lo que creo que le ha hecho... —No pudo finalizar, abandonó la casa sin más, o su temperamento sería preso de la furia, algo que no deseaba.

Tenía que ser racional, medido, frío; de lo contrario, podría confundir justicia con venganza, y aunque sonara muy bien la segunda opción, solo la primera curaría las heridas de Chelsea.

Faith se adentró en la habitación con una bandeja del té, cuya infusión estaba lejos del estilo británico. Una mezcla de hierbas endulzada con miel. Margaret e Imat estaban tensos y silenciosos, trabajaban solo para mantener la cabeza y las manos ocupadas, pero no soportaban los nervios. La señora Jones se permitió un par de lágrimas, ella sí había llorado desde que abandonaron la plantación de Virginia. Muchas, muchas noches. Algunas lágrimas habían sido derramadas en nombre de Matt Perkins y el deseo de rehacer la vida a su lado, ¿cómo no entender a la señora Gibbon?, que desde años aguardaba ese amor que ahora no podía corresponder.

—Hija... —pronunció Faith ni bien estuvo junto a la cama de la joven. Chelsea se encontraba como Thomas la había dejado, ovillada, rígida, con el llanto empapando su rostro y, aun así, era

un llanto contenido.

—Madre. —Se incorporó y, como cuando era niña, se aferró a ella en un fuerte abrazo. Permitted que la acunara sobre su pecho—. Madre, estoy tan rota...

—No lo estás, no estás rota, estás entera. Cada pieza de ti está en su sitio. —Chelsea lloró, su cuerpo se convulsionó—. ¿Qué ha sucedido?

—No sé si es una de esas cosas que una puede compartir con su madre. —Sorbió por la nariz, Faith cogió una taza con la infusión, agregó más miel y la disolvió con un girar rítmico de la cuchara. Se la tendió y repitió el proceso con la suya.

—Entonces, piénsame como una amiga. Una vieja amiga con más años que tú. Supongo por tu evasiva que tu cuerpo ha confesado la verdad que te niegas a compartirle... —Chelsea asintió—. Eso pasa cuando nos desnudamos, hija, por eso necesitamos andar tan cubiertos.

—Creí que no lo aprobarías...

—No lo hago. —Se encogió de hombros—. No lo apruebo, tampoco lo juzgo. Aprendí a no juzgar los caminos que yo no transito, quizá por miedo a que alguien haga lo mismo conmigo y pueda ver la magnitud de cada uno de mis errores. No deseo enfocarme en el pasado, no hallo una sola cosa reprochable en tu vida, hija. Tus miedos vienen de allí, de Virginia, pero te asaltan ahora. ¿Sabes por qué? —La joven señora Gibbon sorbió su té, sintió que le raspaba en la garganta. Negó en la cabeza—. No te aterra lo que ha sucedido, porque ya has sobrevivido a eso, te asusta el futuro.

—No tengo futuro.

—Sí lo tienes, de lo contrario, no le temerías. No te mentiré, no es alentador. Thomas no sabe lo que ha sucedido, lo adivina, pero no tiene certezas. Se palpaba su impotencia al marcharse...

—Es mejor así.

—No, no es mejor así; respetaré tu decisión, tal y como hice hasta ahora, pero también te daré mi opinión. —Bebió para serenarse—. Tú conoces a Thomas desde que es un niño, has visto siempre su lado humano. Pero los nobles, al fin de cuentas, no son tan nobles ni tan humanos...

—Madre...

—Lo ha dicho, recién, cuando se marchaba. Averiguará qué sucedió en Virginia, ¿y qué crees que pasará al descubrir la verdad? —Chelsea se cubrió la boca—. Lo has visto humano, te recuerdo su otra faceta, esa que desde pequeña te has negado a aceptar. Thomas, Thomas, Thomas... ¿Cómo decía yo que debías llamarlo?

—Lord Thomas Webb.

—Lord Thomas Webb, heredero de uno de los condados más fuertes e influyentes de Inglaterra... No es un niño, Chelsea, no es «solo» un hombre... Es poderoso, más poderoso que Warren Hughes, y tú estás dejando que esa tormenta se desate...

—No, madre. No estoy dejando que esa tormenta se desate, al contrario, quiero impedirla.

—Oh, sí. —Le acomodó los cabellos rubios—. Como los que rezamos antes de un tornado. No podemos cambiar la furia de la naturaleza, Chelsea, eso no es fe, es negación. ¿Por qué le has dicho que se marche, por qué no compartes con él tu pesar? Te ama, Chelsea, te ama de ese modo que pensé imposible.

—Porque... —Posó la taza en la mesa de noche, se abrazó las rodillas con ambas manos y el llanto regresó a ella. Faith tenía razón, no eran lágrimas de temor al pasado, ya había sobrevivido a él, era temor al futuro. Hundió la cabeza en el hueco entre sus piernas. Se sintió pequeña pero no frágil, eso la ayudó a respirar. Comprendió que no era debilidad, sino un intento de ser más fuerte que cualquiera en la tierra—. Porque... no quiero que él sufra, madre, quiero preservarlo de la verdad. Le dolerá... le dolerá tanto saberlo... He visto lo que ese dolor te provocó a ti, a tu salud.

—Oh, Chelsea. —Su madre también dejó la taza, se acomodó sobre el colchón y abrazó con fuerza a su hija.

—No sé por qué lo hacemos, madre, por qué nos culpamos a nosotros mismos. Supongo que para tener la sensación de control: si es mi responsabilidad, entonces también en mis manos está la solución. —La voz se le quebró—. Pero no fue tu culpa, ni la mía, ni la de Thomas... fue culpa de Warren Hughes. ¡Y no quiero que su odioso recuerdo toque un cabello de Thomas!, ¡no quiero que lo ensucie!, ¡que borre su sonrisa! Ya ha borrado las nuestras...

—Entonces, no le brindes más poder a ese malnacido, Chelsea —dijo Faith—. Thomas lo averiguará, no importa qué hagas o dejes de hacer. ¡Recórcholis!, ha atravesado medio mundo para reencontrarse contigo, bien puede ir a Virginia... —La joven Gibbon palideció—. Pero esto va más allá, hija, él no desea ir a por la verdad por sí mismo, es por ti. Desea acompañarte en tu duelo, estar a tu lado en estos momentos de sanación y busca la medicina; cree, erróneamente, que la hallará en Virginia; él no necesita tu protección, es fuerte, puede con la realidad; lo que él necesita es estar contigo, no permitas que Warren Hughes les quite eso también. Ya te robó el pasado, años de vida, no dejes que te robe el futuro...

—¿Qué futuro?

—Así sean cinco minutos, una semana, tres meses... ¿no prefieres pasarlos con Thomas? Una vez le cuentes la verdad, no podrás contener la tormenta, pero sí dirigirla. Se ha marchado porque se lo has pedido, si tú le ruegas que no vaya a Virginia, te oirá. —Se separó de ella y rellenó la taza antes de abandonar la habitación. En el umbral se detuvo—. Lloro, hija, deja ir el dolor de una buena vez; ese panal ya está seco, no hay nada para sacar de allí, migra y construye uno nuevo, renace como la reina de una nueva colmena dulce y productiva. Sé que tú puedes hacerlo.

*Querido Estimado Amado Thomas,*

*Es extraño que justo elija este medio para contarte la verdad, yo, que tanto odio escribir cartas. He meditado mucho en el modo de hacerlo, y supe que no tendría el valor de hablar de mi pasado mientras me viera reflejada en tu mirada. Si te preguntas por qué no me atreví hasta el momento, déjame decirte que intentaba protegerte.*

*Todos tenemos un límite en nuestra fortaleza, y el mío eres tú.*

*La última vez que me senté frente al papel, pluma y tintero en mano fue para contarte sobre mi decisión de casarme. Fui breve, quizá demasiado, no deseaba angustiarte con mi suerte. Tal vez, al igual que todos a mi alrededor, me pregunté a diario si cada elección tomada fue la acertada.*

*No pienso torturarme con eso en este instante, de nada sirve, y si miro hacia atrás una vez más no es para regodearme en el dolor, sino para superarlo.*

*Tras dejar Inglaterra, arribamos a California con la intención de empezar de nuevo. Mi padre, gracias al tuyo, obtuvo un puesto en los ferrocarriles americanos bajo la gestión de Sean Walsh. Lo destinaron a San Francisco, a un puesto de gerencia media, acorde a sus conocimientos y potencial. Él no estaba de acuerdo, había sido dueño de una compañía y ahora clamaba por más, sin contar con que la deuda aún nos perseguía y gran parte de lo ganado se asignaba al pago de los intereses acumulados. Poco nos restaba, sin embargo, teníamos una buena vida. Mi madre comenzó a dar clases de piano y yo no requería de ningún lujo. Contábamos con buenos amigos, los Grant, la familia Foster, Amy Brosman, Hotah... Todos ellos nos dieron la bienvenida e hicieron de California un hogar.*

*Te extrañé a diario, Thomas, y te pensaba a cada instante. Solía ir al rancho Grant con cualquier excusa, en busca de migajas de información. Y aunque mi espera fue agónica, era feliz, porque la esperanza estaba presente.*

*Mi padre, en cambio, no era feliz. Se sentía frustrado por no poder proveer la calidad de vida que supimos tener; las discusiones con mi madre continuaron, no deseaba que impartiera lecciones de piano ni que yo usara ropajes remendados; pero nada podíamos hacer al respecto. Él decidió que sí, que había algo por hacer: tomar un puesto que nadie quería. Así fue como en el '61 le propuso a Sean Walsh dirigirse a Virginia, a tomar un rol gerencial en los trenes del Estado. Era una apuesta arriesgada, la guerra había iniciado y ese era el motivo por el que nadie quería esa posición, pero mi padre insistió en que no sería grave, una disputa menor que se solucionaría de manera política.*

*Nos trasladamos a Virginia, y sentimos, en parte, que podía ser una decisión acertada. La sociedad virginiana nos recibió con los brazos abiertos, sus salones de baile, su ánimo patriota, su intención de fingir que no había peligro, que conseguirían ganar. Allí, entre eventos sociales y políticos, conocí a Warren Hughes.*

*El señor Hughes no tardó en hacer una proposición, a la cual me negué de inmediato. Solía decir que yo era todo lo que un hombre podía ansiar en una esposa. No era un halago, me temo. Los dos conocemos las cualidades deseadas en una señorita y próxima señora. Luego hizo otra proposición, pasando por encima de mis deseos, en esa ocasión a mi padre, quien dio indicios de evaluarla. Intentó convencerme de que no había nada malo en el accionar de*

*Hughes, así se manejaban los hombres, más aquellos con ideas conservadoras. Sin embargo, nada nos apremiaba y mis padres me brindaron el tiempo necesario, yo tenía tan solo dieciséis años.*

*El tiempo de una señorita es relativo y las posibilidades, limitadas. Unos meses después, mi padre logró saldar la deuda, quedamos en cero y creímos que llegaba el tiempo de bonanza. No fue así, tuvo un ataque en su oficina que lo dejó postrado en la cama, hasta perder la vida unos días después. Mi madre y yo no tuvimos ni un segundo para lamentarnos, el pago de la deuda había dejado nuestras arcas vacías y debíamos subsistir.*

*Vendimos todo, nos trasladamos a una casa más pequeña y decidimos retomar las lecciones de piano, a las que yo le sumaba canto, baile y protocolo. No nos fue bien, cada alumna asistía un máximo de una clase y cambiaba de parecer. ¿Tan penosas éramos?, no lo supe hasta después, Warren Hughes utilizaba su influencia para hacerlas desistir. Nos quería a su merced.*

*Lo consiguió.*

*La pobreza comulgó con la guerra, los soldados, los levantamientos de esclavos; no solo faltaban alimentos, la violencia se palpaba en el aire y temíamos por nuestras vidas. No lloré, creo que allí comenzó mi procesión interna, en ese instante empecé a retener el dolor hasta hacerlo esa inmensa tormenta que atestiguaste. Observé a mi madre, su salud se deterioraba, el hambre hacía estragos, de modo que cuando Hughes repitió su proposición, acepté.*

La pluma dejó caer una gota de tinta en ese punto del relato; la mente de Chelsea viajó al pasado y supo que no podría poner todo aquello en palabras. La noche de bodas, en la que Warren Hughes la arrojó a la cama matrimonial, le alzó la falda y la penetró sin consideración. «Eso te pasa por hacerte rogar como una perra», le había dicho, «no me permites ser amable». Ella, de manera instintiva, se lo había querido quitar de encima y lo abofeteó. La respuesta triplicó la violencia, agarrotada por los golpes, no se pudo defender y solo restó soportar. Al día siguiente, él llegó con un ramo de flores, aunque sin una disculpa. «Tú te lo buscas», le había dicho, «por ser tan bella y tan esquiva. Pero ahora eres mía, sé que aprenderás a ser la perfecta señora Hughes que siempre he deseado». Las siguientes palizas fueron precisas, el único que había aprendido era él, a no magullar a su hermosa señorita británica, esa flor inglesa que lo elevaba a Warren al podio del hombre más envidiado de Virginia.

*Warren resultó ser un hombre violento... Prosiguió. Algo que yo no sabía, fui ingenua por mi edad y, tal vez, por mis vivencias. Siempre creí que los hombres respetables lo eran en todos los aspectos, pronto caí en cuenta de mi error. Deseé haber entendido de filosofía antes, del concepto de «moral» manejada por los hombres; muchos no consideraban amoral lo que Warren me hacía, yo era su propiedad y le correspondía adoctrinarme, al igual que hacía con sus esclavos.*

*Su violencia no se limitaba a mí, y tampoco a él. Christopher Jones, el marido de Margaret y capataz de la plantación, era mil veces peor. Solo que, por fortuna —si así podemos llamar a algo en esas condiciones—, no era tan poderoso como Warren. Dependía de él y de su aprobación, de lo contrario las barbaridades acometidas no hubieran tenido parangón. El señor Hughes poseía una plantación, y para hacerla funcionar, requería de los esclavos. Los torturaba, según él, para enseñarles respeto, ya que no eran más que animales, pero no los mataba. Al igual que a mí. Christopher Jones dejaba ir el resto de su ira en el cuerpo de su mujer.*

*Margaret, mi madre y yo nos aliamos para sobrevivir. Sanábamos nuestras heridas, intentábamos cuidarnos las unas a las otras. No sé ellas, no puedo saber qué atravesaba sus*

*mentes, pero puedo abrirte mi corazón, Thomas. En esos momentos, no deseaba rendirme. Veía en las sublevaciones de esclavos la esperanza, si ellos podían liberarse, yo también podría.*

*Imat fue la luz en mitad de la noche; él llevaba años en la plantación, no creía tener escapatoria, y estaba dispuesto a morir por los suyos. Los ayudaba a escapar, a llegar a las líneas de soldados de la Unión y pedir asilo, o bien huir hacia el Oeste. Lo descubrimos con Margaret, no lo delatamos, comenzamos a colaborar con las fugas. Necesitábamos nuestra cuota de fe. Yo me preguntaba, a diario, cuánto más aguantaría, y me sorprendía cada mañana encontrando la fuerza para ponerme de pie. No deseaba darle el gusto de morir.*

*Pero un día, eso cambió. El señor Hughes era preso de la ira, la guerra no terminaba y los unionistas ganaban terreno. Solo restaba Virginia, el último bastión de Lee. Descargó su enojo conmigo, ninguno de los dos lo sabíamos... estaba embarazada. La sangre comenzó a manar de mi interior tras el primer golpe. Luego fueron muchos más. Ya no solo me pegaba debido a su frustración por la guerra, lo hacía porque yo no le había advertido del embarazo y lo había «obligado» a matar a su propio hijo.*

*Thomas, en este punto de la historia, la verdad sobre mi ser debe salir a flote; necesitas comprender la clase de mujer en la que me convertí. Mientras mi madre me ayudaba a combatir la posible infección, yo sentí una mezcla de emociones de las que me avergüenzo. No quería a ese hijo. No solo por ser de Warren Hughes, sino porque sabía que, pese a eso, lo amaría, y entonces jamás encontraría la fuerza para huir. Estoy segura de que fue ese el sentimiento que impulsó mi accionar, el saber que mi pérdida era también una señal de libertad. Una libertad obtenida con sacrificio, dolor y sangre.*

*Fui en busca de Margaret, para hacernos compañía mutuamente. Los pocos esclavos presentes me indicaron el camino al establo, cuando llegué, ella estaba golpeada, pero nada en comparación a Imat. Christopher nos había descubierto. Aún no Warren, pues él se había marchado a beber y maldecir, pero lo sabría al regresar. La muerte de Imat sería inevitable, aunque por cómo lucía su espalda tras los latigazos casi podía decirse que era lo mejor.*

*Así como tú presenciaste mi primer brote de pánico, en ese instante supe de verdad el significado de la ira. Me silbaron los oídos, me latió la sien, se me agrió la boca y vi todo borroso. Imat era mi luz de esperanza, era la fuerza de quienes sufrieron más que yo y sobrevivieron, era lo único que me mantenía de pie. Tomé una masa, la alcé y golpeé a Jones en la parte trasera de su cráneo. Lo vi derrumbarse, y con él, mis posibilidades de vivir.*

*No sé, Thomas, si lo he matado. Quizá sea una asesina. Desaté a Imat, los tres éramos un desastre, apenas podíamos sostenernos los unos a los otros. Imat me dijo que Jones estaba vivo, respiraba, pero sabíamos que podía morir de no recibir atención inmediata, y no íbamos a ir a por ella. Trastabillamos camino a la casa, mi madre nos vio. Ya estábamos muertos, lo sabíamos, solo era cuestión de tiempo.*

*Juntamos algo de dinero, objetos de valor, y escapamos los cuatro. Warren Hughes nos hallaría al amanecer, era imposible esconderse de él en Virginia. El destino fue quien nos brindó un nuevo halo de esperanza, unas millas más allá, nos encontramos con un batallón reducido de soldados de la Unión. Nos detuvieron, los prisioneros de guerra tenían su valor; Imat sabía de eso, pues había sido el juego para salvar a su gente. Les dijo, ¿por qué tomarían de rehén a la señora Hughes?, la respuesta era clara, para hacerse con la plantación. Un lugar estratégico en Virginia, sin contar con que necesitaban las instalaciones para armar hospitales de campaña y refugios para el ejército. Imat negoció con los soldados, su nombre ya era conocido por ellos. Si nos dejaban marchar, les diríamos cómo tomar la plantación sin bajas, cuáles eran los puntos sin custodia, cuáles esclavos estaban sublevados a la espera de una*

*señal para atacar, dónde se posicionaba cada hombre armado y dónde se almacenaban las municiones. Les dijimos todo, y nos dejaron ir.*

*Con nuestra traición —yo lo veo como justicia— compramos tiempo. La plantación cayó en manos de los unionistas, y la presunción obvia fue que fui tomada como prisionera.*

*La guerra ha terminado, Thomas, y con ella, mi periodo de gracia. Warren Hughes ya debe saber que no fui prisionera, y, por lo tanto, conoce mi accionar, como compré mi libertad. Está tras mis pasos, lo sé, y yo lo estoy esperando pistola en mano.*

*O me mata, y es mi final, o lo mato y sobre mí caerá la pena capital. También será mi final. Ya no tengo miedo, estoy lista. La única certeza que poseo es que te amo y que no volveré al infierno.*

*Ahora lo sabes, comprendes mi silencio, estoy segura. Tú también me protegerías de una verdad así; pero ahora lo entiendo, si lo hicieras, me quitarías la oportunidad de elegirte una vez más. No deseo arrebatarte nada más. Si te marchas, te amaré a la distancia, hasta mi último aliento y seré feliz al saber que estás a salvo. Si te quedas, te amaré de cerca, hasta mi último aliento y seré feliz al saber que fui valiente.*

*Siempre tuya,  
Chelsea.*

No era capaz de dormir. A su alrededor, todos lo hacían, salvo las incansables abejas. Se escuchaba su lejano zumbido, la brisa atravesando las hojas, el rumor distante del río y su respiración pausada. Se sentía liviana, al escribirle a Thomas se había quitado un gran peso de los hombros. Lo que sucediera con él, desde ese instante en adelante, lo afrontaría con paz.

Se amaban, era cierto. Por desgracia, la lección la aprendieron siete años atrás, el amor no todo lo puede. Chelsea Gibbon estaba casada, le pertenecía a otro hombre bajo las leyes humanas, y Lord Thomas Webb estaba obligado a respetar esas leyes.

La mecedora se movió con su peso, las maderas del porche crujieron. Chelsea sostenía una taza de té con miel en sus manos, sentada en mitad de la noche a la espera de que el sueño se asomara. No sería la primera vez que se quedara dormida a la intemperie. A su lado, el rifle estaba apoyado contra la pared bajo la ventana; nadie veía raro el asunto, era el Oeste y las mujeres aprendían a defenderse de bandidos y asaltantes. Nadie sospechaba de los motivos de su alerta.

Se había quitado el corsé y parte de las enaguas para estar más cómoda. Sus piernas se escondían bajo la falda, flexionadas; ella se tomaba el tobillo derecho con la mano en una posición que Faith insistía que era impropia de una dama. ¿A quién horrorizaría, a las abejas? A ellas no les importaba el aspecto, solo la supervivencia. Se entendían. Encendió la farola, un gusto que se daban por ser fabricantes de cera, y cogió uno de los últimos folletines de ciencia. Abordaba un tema que le era desconocido aunque interesante, las inoculaciones para prevenir enfermedades.

Su serenidad fue interrumpida por los cascos de un caballo a lo lejos. Se irguió en la silla con cautela y la mano derecha se posó en la culata del rifle. Escrutó la oscuridad, sin miedo ni resquemor, solo algo de cautela. Su corazón lo reconocía antes de que se hiciera visible, era Thomas.

Hombre y jinete atravesaron los límites de la propiedad, y Chelsea regresó la mano a su regazo y aguardó por él con una media sonrisa en los labios. Lo observó descender de la montura y guiarla a paso de hombre junto al bebedero. La luna se reflejaba en sus cabellos dorados, en su piel blanquecina y en sus ojos celestes que eran todo pupila por la falta de luz. También reflejó la cinturilla de sus pantalones a la altura del chaleco, donde ahora lucía un revólver.

Él se detuvo a unos metros del porche, la observó sentada allí, calma y a la espera de una explicación no necesaria.

—Leí la carta.

—¿Y no podías esperar a mañana? —replicó con una dosis de humor. Deseaba quitarle dramatismo al asunto, solo así no malgastaría sus últimos días con Thomas entre lamentos y sobresaltos.

—No...

—Dime que tu plan no es el que parece.

—Sentarme en el porche cada noche y asegurarme de que nadie las ataque. Sí, mi plan es exactamente lo que parece.

Chelsea extendió las piernas y se puso de pie con lentitud. Dejó la taza a un lado, junto al folletín de ciencia y el rifle. El cuadro era, mínimo, ecléctico. Solo la joven señora Gibbon podía

conciliar esos tres objetos sin que se vieran fuera de lugar, sin contar la imagen que ella misma proyectaba. Una belleza que, en opinión de Lord Thomas Webb, rayaba el absurdo.

La figura femenina se adivinaba por debajo del humilde ropaje, por la ausencia de enaguas y corsé. Solo la camisola y un vestido compuesto de pechera en forma de chaleco y falda amplia que se arrastraba alrededor de sus pies descalzos. Su rostro oval de pómulos altos, nariz pequeña y boca de labios no demasiado anchos, lucía más angelical bajo la luz de la luna, ya sin rastros de miedo o de esquivos secretos. Volvía a ser Chelsea, su Chelsea.

Ella se acercó hasta los escalones, él hizo lo mismo, las alturas quedaron igualadas. Thomas observó el cambio efectuado en ella, la confesión le había devuelto parte de la juventud que el malnacido de Warren Hughes le había arrebatado.

La mano de Thomas viajó con cautela hasta su rostro y apartó un mechón rubio; lo acomodó detrás de la oreja y sintió cómo Chelsea inclinaba la cabeza para extender la caricia. Eso también había vuelto a la normalidad, no le temía.

—Ya no usas esos ridículos lazos para formar bucles en tu peinado... —bromeó. Ella le sonrió.

—Me he resignado a mi lacia cabellera.

—¿Resignar? Lo dices como si fuera algo malo. —Enredó un dedo entre los cabellos—. No, es parte de ti, es igual a ti. —Los acarició, siempre le había fascinado la suavidad de esa melena—. Rebelde y desafiante de las reglas y modas. No sé por qué insistes en amarrarlo, domarlo, cuando nació para ser libre, como tú. —Continuó hasta llegar al lazo que sostenía la trenza y lo deshizo. Los cabellos de Chelsea se liberaron de inmediato, y cayeron como una cascada bañada de luna hasta debajo de los omóplatos. Thomas subió uno de los peldaños, obligando a Chelsea a elevar el rostro—. Te lo dije, Chelsea, si llegaba el día en que olvidaras quién eras, solo debías preguntarme. Yo siempre sabré quién es Chelsea Gibbon.

—Ahora conoces la verdad, Thomas. No soy viuda.

Él rio sin humor. Le había sido difícil serenarse antes de reaparecer en la casa de las Gibbon. Lo último que quería era que Chelsea atestiguara su ira y pudiera pensar que él era tan peligroso como Warren Hughes. Rememoró las charlas con su padre, esas lecciones que antaño había odiado, en las que el conde insistía en que su hijo aprendiera los peligros del abuso de poder. Thomas lo sabía, y Chelsea también. El lord heredero del condado de Sutcliff era más poderoso que el dueño de una plantación algodonera de Virginia, la venganza estaba en sus manos si así lo deseaba, al igual que la injusticia. Pero eso no le traería paz a Chelsea, sino más tormento; y a él lo pondría en el mismo lugar que al hombre a quien odiaba más que a nadie en el mundo.

—Eres viuda, Chelsea, solo que a Warren Hughes aún no le ha llegado la noticia.

—Thomas...

—No temas, no iré a por él. —Se acercó más y le brindó su pecho como resguardo. Chelsea pudo oír el bombeo rítmico del corazón del hombre que amaba—. Sé que no es lo que deseas, y tus deseos son las únicas reglas que sigo. —Su mano le acarició la espalda, sintió cada vértebra, y la forma en que se estrechaban en su cintura—. Él vendrá aquí, eventualmente te hallará, y yo estaré a tu lado. Lo enfrentaremos juntos, Chelsea, porque ya no estás sola y eso, ese malnacido no se lo espera.

—Nunca quise esto para nosotros —confesó ella.

—Ni yo, Chelsea. —Se separó apenas, para mirarla a los ojos—. ¿Sabes?, nunca creí eso de que venimos en mitades a la espera de encontrar una parte de nosotros diseminada por el mundo. No... estoy seguro de que así no funciona. Tú no eres mi otra mitad, ni mi complemento, ni esa absurda idea de mi costilla... No estoy aquí porque sin ti no soy nada, eso sería muy sencillo y

determinante, eso elevaría mi amor a algo egoísta, a la premisa de que no estoy aquí por ti, sino por mí. —Le alzó el mentón, moría por besarla—. Chelsea, si estoy aquí es porque así lo elijo, y no te pido que actuemos como un solo ser, sino como la unión de dos.

Chelsea rodeó el cuello de Thomas con los brazos, pegó su cuerpo al de él en busca de su calor y sus besos.

—Mejor así, Thomas. —Le sonrió conmovida y con la dosis de humor necesaria entre ellos—. Porque de hacernos uno, siempre pelearíamos por quién es la cabeza de este monstruo.

Él rio mientras rodaba los ojos, resignado.

—Yo intentando ser romántico y tú sacando a colación a Mary Shelley —aludió a la escritora del famoso libro Frankenstein—. Ya ves, de ser uno tú serías el cerebro y yo, el corazón; insensible.

No, pensó Chelsea, si supieras todo lo que siento en este momento no me llamarías insensible. Se pegó más a él, ansiaba reanudar lo iniciado en la arboleda. Posó sus labios en los de Thomas, debió ponerse de puntitas para lograrlo. Sonrió complacida al percibir cómo se estremecía, le recordó a tiempos pasados, a cuando recién descubrían los cambios en sus cuerpos, el despertar del deseo. Para Chelsea era así, su pasión se había adormecido en el momento exacto en el que subió al buque Virginia East, y Warren Hughes había terminado de herirla de muerte. Ahora, en brazos de Thomas, renacía.

—¿Estás segura? —vaciló Thomas, la rodeó con sus brazos, la aproximó hasta que no cupo ni un alfiler entre ellos, pero dispuesta a dejarla ir de un momento a otro sí así ella lo necesitaba.

—Sí, nunca tuve dudas, Thomas. —Navegó por la superficie celeste de sus ojos—. No te temo a ti, lamento haberte hecho sentir eso.

—No lo hagas, no lo lamentos. —Volvió a besarla, con suavidad, en un juego de labios que no se permitían la invasión aún. Suspiró, una exhalación que sonó como un animal herido, y Chelsea se estremeció.

El cuerpo femenino respondió al deseo de él, a esa barrera de contención que Thomas ponía a sus pasiones para hacerla sentir segura. La certeza de estar a salvo entre sus brazos le permitió ir más lejos. Concederle al miedo el poder de colocar a Thomas a la altura de Warren era una blasfemia, y no lo consentiría. La razón prevalecería en ese encuentro de pieles, y viajarían tan lejos como su mente se lo permitiera.

Ahondó el beso, y una vez su lengua se adentró en la húmeda cavidad de la boca de Thomas, recibió la respuesta ansiada. Él respondió al ataque, sumándose a la batalla, a la danza de húmedas caricias que arrancaban gemidos de placer. Las manos no tardaron en unirse a la odisea de complacerse; las de ellas, sin titubeos; las de él, con cautela.

Sintió la tibieza de las palmas recorrerle la piel desde debajo de los senos, la cintura, hasta rozar las caderas. No podía rodearlo con las piernas como en el bosque, la falda se lo impedía, y ella anhelaba palpar la prueba de que el cuerpo de Thomas le pertenecía, al menos por una noche. Acarició el pecho firme, desabrochando por el camino los botones de su chaleco. La camisa era de una tela delgada, que dejaba poco a la imaginación.

Había cambiado, la anatomía de Thomas ya no poseía vestigios del adolescente larguirucho que fue. Todo en él era una tensa musculatura sobre una estructura ósea de huesos estilizados. La definición de elegancia masculina. Prosiguió con su descendente caricia hasta la cinturilla de sus pantalones. Se deshizo de la funda del revólver, esa noche no pensarían en amenazas, y la dejó sobre la mecedora.

—Chelsea... —La voz de Thomas sonó ronca, deseosa, y arrancó un estremecimiento en la muchacha que inició en el centro de su femineidad y la recorrió por completo, desde los pies hasta

su melena libre—. En este momento solo le temo a una amenaza —dijo y observó el arma junto al fusil de ella—, y no es justamente alguien al que podamos disparar.

Ella rio entre dientes.

—¡Oh, ¿no creerás que mi madre puede imponerse ante Lord Thomas Webb?!

—No lo creo, lo sé. —Frunció el ceño—. Me temo que, de pescarnos en estas... — Desabrochó uno, dos, tres botones de la camisa y el chaleco de Chelsea. Introdujo su mano por debajo de la tela hasta su seno izquierdo, lo acunó al tiempo que su pulgar estimulaba la enhiesta punta. Ella cerró los ojos y se mordió los labios para no dejar ir un gemido que pudiera despertar a todos los habitantes de la casa—, encontrará alguno de esos cinturones de castidad medievales.

Chelsea se sumó al juego de la tortura. Con dedos temblorosos, desabotonó el pantalón de Thomas, liberando la presión sobre su miembro erecto. Solo la tela de su ropa interior impedía la completa desnudez. Posó la mano, deslizándola a lo largo. Él no dejó escapar un quejido de deleite, sino un rechinar de dientes seguido de una maldición.

—¿Qué crees, Thomas, el cinturón me lo pondrían a mí o a ti?

—¡Demonios, Chelsea! —Le retiró la mano y la atrajo más a él. Reemplazó esa caricia por el roce de su falda sobre la delgada ropa interior—. Demos gracias de no ser medievales, pues yo estaría en un claustro y tú arderías por hechicera. —La besó con ímpetu, mientras ella tiraba del chaleco para quitárselo, deseaba hacer lo mismo con la camisa, desnudarlo, exponerlo para su completo deleite.

—Thomas, antes de hacerme perder la razón, dejemos el porche o nuestras bromas serán nuestra realidad. Ven... —Tiró de él al interior de la casa—. Y haz silencio, ¡Oh, y no se te ocurra pisar el cuarto escalón, cruje! —advirtió en un susurro mientras se dirigían a su habitación. Todos dormían, pero la casa no era tan amplia como para que ellos se prestaran a juegos en los corredores o salones de baile. Esos recuerdos se los reservarían y los volverían esperanzas a futuro; si conseguían sobrevivir y hacer justicia, entonces reanudarían la historia que jamás debió truncarse.

Ya en la recámara, cerraron la puerta con sigilo. Una vez se oyó el ahogado clic, Thomas aprisionó el cuerpo de Chelsea sobre la madera y volvió a besarla.

—Detenme si sientes que voy muy lejos, más allá de lo que puedes soportar —pidió, antes de entregarse a las garras del deseo. Ella asintió, sabedora de que no necesitaría frenarlo. Advertía el modo en que la humedad entre sus piernas se volvía lava ardiente, palpitaba por él al borde de la erupción.

El único lamento era no poder gritar, tener que morderse los labios y cubrirse la boca. Thomas terminó de abrir el chaleco del vestido y la camisa, desnudó los senos y reveló la cadena con el anillo que pendía entre ellos. Sin el sostén de sus hombros, ni el armazón de varias enaguas, el vestido cayó por su propio peso develando la ropa interior. Solo dos enaguas sostenidas desde la cintura y, por debajo, las medias enlazadas al ligero y a los pololos.

—Me alegro de que hayas aceptado mi sugerencia de no usar corsé —le dijo, con la boca en sus pezones.

—No lo hice por ti, sino por la comodidad.

—Sí —Cayó de rodillas—, coincido, es mucho más cómodo. Imagina hacer esto sobre la tela rígida de un corsé.

La risa de Chelsea se cortó por el placer. Padeció el viaje de la mano de Thomas por debajo de sus enaguas hasta los muslos, y las piernas le flaquearon. Tuvo que aferrarse a sus hombros para mantener el equilibrio. Ya era tiempo de ponerle fin a la diversión y pasar a la acción. Se incorporó, volvió a besarla, y con sus bocas unidas la dirigió, paso a paso, hasta la cama. Se

detuvo un instante para quitarse el chaleco, la camisa y las botas. Chelsea no permitiría que le robara el derecho a terminar de desnudarlo, por lo que se encargó ella de los pantalones y la ropa interior.

Creyó que eso le bastaría para explotar de deseo. Thomas desnudo, y ella aún cubierta, le brindaba una extraña sensación de erótica dominación sobre él. Y eso, en su situación, era sinónimo de seguridad. No temió cuando el peso masculino recayó sobre ella, ni cuando la prueba del ansia de Thomas hizo presión en su entrepierna cubierta de tela. El roce de la ropa interior sobre su inflamado montículo la hizo gritar, un grito que Thomas ahogó con un beso.

—Shh... —la reprendió con picardía—, debes hacer silencio. Yo te ayudaré con eso... —mintió. Se introdujo por debajo de las enaguas, y Chelsea cerró los ojos. Sus dedos se clavaron en el colchón y la pelvis se le tensó al sentir cómo Thomas le arrancaba el pololo—. Shh... —insistió el hombre, y mordió el muslo a modo de castigo—, ni un sonido. —Ella no podía ver lo que él hacía debajo de sus enaguas, solo restaba sufrirlo, gozarlo, maldecirlo. Los labios de Thomas recorrían la porción de piel desnuda entre el final de sus medias y el centro femenino. Sumó la lengua a la tortuosa caricia, hasta alcanzar su destino.

—¡Thomas! —exclamó ella, y su cabeza impactó en la almohada.

—¡Demonios! —rio él, y su aliento fue una caricia más—. Despertarás a tu madre, ¿de verdad quieres que nos interrumpen?

—No...

—Entonces sé una buena muchacha. —Volvió a pasar la lengua por los pliegues, y Chelsea optó por cubrirse el rostro con la almohada, evitando que todo Sacramento la oyera clamar el nombre de su amado.

Una vez y otra, y otra. El estímulo la enloqueció. Cuando Thomas sumó sus dedos a la exploración, pensó que moriría. ¡Maldición!, así sí valía la pena morir, no sin antes matarlo a él. Pues Thomas decidió que ese era un buen instante para detenerse. Salió de debajo de sus enaguas.

—¿Thomas? —preguntó en un tono de voz febril. Él no lucía más relajado que ella, estaba tenso, deseoso. Llevó los dedos a su boca, para saborear los restos del placer de Chelsea. Ya no fue gentil, y ella no se lo pidió. El apremio era mutuo. Le quitó las enaguas, dejó las medias; no por buscar una imagen sensual, aunque no emitiría quejas por eso, sino porque no podía esperar más. Ella abrió las piernas, lo recibió gustosa, exponiendo su sexo sensible a su mirada.

—Chelsea... —Era una súplica, sabía que ella podía necesitar detenerlo, y él, estaba seguro, encontraría la fuerza para hacerlo.

—Sí, Thomas, por favor.

Acomodó su cadera entre los muslos y dirigió su miembro a la entrada femenina. Estaba lista, dilatada y húmeda para recibirlo; en una simple estocada la colmó y Chelsea alzó la pelvis de manera involuntaria. Volvió a emitir un ahogado grito de placer que no pudo acallar a tiempo. Thomas le sonrió, ¡mierda!, si no fuera por las formas..., se lamentó. Así la había fantaseado siempre. Dispuesta, entregada a la pasión, gimiendo su nombre en cada embiste.

Se movió en su interior con hondas estocadas, cada una de ellas arrancaba nuevas sensaciones en Chelsea. La muchacha se aferró a la espalda masculina e hincó los dientes en el hombro de él para acallar cualquier sonido; el dolor de la mordida se sumó al deleite de su cuerpo, y fue Thomas quien emitió un desgarrador gruñido.

Chelsea no esperaba más de ese encuentro, el placer de la unión de sus cuerpos le bastaba y resultaba mágico, increíble. Aquel acto que le fue enseñado como «obligación marital» tomaba otra dimensión con Thomas; se trataba de la coronación de sus emociones, de entregarse el uno al otro y saber que, cuando hay amor, la entrega es placentera. No hay sacrificio, ni abnegación, ni

renuncia; el verdadero amor no se trataba de eso, sino de dicha y goce. ¡Y que el infierno se congelara si ella no estaba gozando!

Nadie le había explicado que existía más de lo vivido hasta el momento; una cima, una culminación. Cuando Thomas le alzó las caderas, se irguió y volvió los embistes furiosos, no estaba lista para la reacción de su cuerpo.

—Thomas... yo... —suplicó. Sus músculos se tensaron, los pezones se irguieron hasta el dolor y el botón entre sus pliegues íntimos latió furioso, hambriento del roce de pelvis con pelvis.

—Sí, Chelsea —clamó él—, sí, cariño. Por favor...

Thomas experimentaba lo mismo que ella, de hecho, adivinó sin conocimientos previos, él lo estaba reteniendo a la espera de su respuesta. No supo por qué ese pensamiento funcionó como detonante, ni el motivo por el cual esa imagen casi agónica de Thomas alimentó la hoguera más que mil caricias. Explotó en mil pedazos, y supo que al amanecer debería dar explicaciones por cada uno de ellos. Pues se habían esparcido como un eco por la casa, un eco que repetía un único nombre. Thomas.

Solo cuando su cuerpo comenzó a convulsionar por el deleite, el de Thomas se le sumó. Chelsea cerró los ojos al percibir la tibieza en su interior, el derrame del orgasmo llenándola, nutriéndola. Lo aprisionó por instinto con sus muslos, y lo obligó a desplomarse sobre ella.

El calor de Thomas sería su abrigo por esa noche, y por muchas más.

Chelsea intentaba no darle espacio en su mente a los escenarios fatídicos. Era una tarea difícil, en especial cuando Thomas estaba con ella. El dulce desgraciado la hacía olvidar de todo, a causa de eso, cuando la cercanía de su amor no era más que un deje de perfume en el ambiente, la fatalidad construía castillos gigantes en la punta de su nariz.

Faith, tal vez, estaba en lo cierto, y para variar, tenía que hacer a un lado la preocupación y disfrutar. Lo merecía. ¡Por supuesto que sí! Era posible que esto no fuese más que la antesala a la perdición. Chelsea apostaba todas las fichas de su corazón a esa jugada. El destino solía ser así de despiadado con ella, le entregaba en bandeja lo bueno y se lo quitaba antes de que pudiera hacerlo propio. Thomas era la más hermosa de las calmas, era brisa fresca y pura, un sabor dulce perenne que se asentaría por siempre en sus labios. Con eso le bastaba, podía morir con el sabor de Thomas en su boca, con el calor de Thomas cobijando su piel. Sí... podía morir sabiendo que, a pesar de todo, fue amada como el amor pretende que se ame.

La única desventaja ante la cual se enfrentaba era a esa maldita y adorable costumbre de ser él quien tomara las riendas. Riendas en un sentido superior al figurado. Era indiscutible la capacidad de Thomas en el ámbito de los negocios, algo que superaba en creces a la de Chelsea. Ella era la mano ejecutora, la hacedora, la susurradora; ahora, en término de oferta, demanda y contraoferta, dejaba un tanto que desear. La falta de competitividad en la muchacha hallaba su base en dos pilares fundamentales; uno, era mujer en una sociedad de hombres, y por ello descendía varios escalones en cualquier escalera de éxito; dos, en su afán de mantener un perfil bajo, reducía lo posibilidad de crecimiento. La miel que producían sus colmenas podía convertirse en la mejor del condado, ninguna otra se le igualaba, y el motivo de esa diferencia única se encontraba en sus «pequeñas». Un híbrido poco habitual, con el que solo Chelsea logró comulgar. Debía obtener más que una módica ganancia. Se lo había ganado a fuerza de trabajo y tenacidad. Thomas estaba encomendado a hacer valer esa labor.

—Imat, necesito que me apoyes con esto. —Thomas requería de otro soldado, luchar contra la obstinación de Chelsea podía ser la peor de las batallas.

El hombre de piel azabache y barba blanca se limitó a reír. Margaret reía a su par.

—Lo siento, señor... Milord... lo siento, pero ese barco ya ha zarpado. —Reía mirando de soslayo a su señora Gibbon.

—Thomas, no busques cómplices para avalar lo que tú crees más conveniente...

El joven Lord pecaba de sobreprotector. Se entregaba a la amarga separación cuando la última estrella coronaba el cielo nocturno, y regresaba junto a su amada con el primer rayo del sol. Si no fuese por el maldito decoro, también pasaría las noches con ella.

Chelsea recibía con los brazos abiertos esa dosis de Webb en su vida. El problema residía en que Thomas no hallaba el equilibrio. Los tentáculos de su cariño no median la fuerza.

—Es lo más conveniente —la interrumpió mientras la tomaba por la cintura y la ayudaba a subir a la carreta—, y lo sabes... los dos lo sabemos. —Una vez Chelsea se situó en la butaca, exclamó a la espera de que entrara en razones—. ¡Todos lo sabemos!

La insistencia de Thomas, en ocasiones, despertaba el ser combativo en ella.

—Que lo menciones y lo reiteres solo potencia aquello por lo que intentas manifestarte en contra.

Margaret coincidió, su barbilla asintió en silencio al tiempo que sus cejas se alzaban. Era un mundo de hombres, y siempre pagarían las consecuencias que significaba vestir faldas.

—Lo sé, y me detesto hasta cierto punto, cariño... —Chelsea carraspeó, de mutuo acuerdo establecieron que las expresiones de ese calibre quedarían relegadas a la intimidad. Imat y Margaret hicieron de cuenta que no oyeron el afectuoso vocativo—, y bajo ningún punto me expreso de esta manera para desmerecerte, mereces lo que vales, pero por desgracia, no lo conseguirás...

El cierre final no fue muy acertado. Chelsea resopló con furia, estaba harta del dominio masculino, se aferró a las riendas decidida a emprender viaje, olvidándose por completo de que Thomas pretendía ser su acompañante. Él no tuvo más opción que impedirselo, le quitó el control de la carreta.

—Chelsea... —Margaret intervino, con la cuota de resignación mínima en sus palabras, la vida junto a la muchacha Gibbon traía consigo una idea de libertad que podía palpase—, me duele reconocerlo en voz alta, pero lord Webb está en lo cierto. Tienes una destreza única, nadie puede negarlo... —Hacía referencia al trabajo de apicultora—, así y todo, cuando pones un pie fuera de estas tierras, te encuentras con otro tipo de enjambre, uno que jamás podrás controlar.

¿Cuánto podía resoplar hasta sacar el hartazgo que presionaba en su pecho? ¿Días, meses... toda la vida?

Thomas se valió de la comparación brindada por Margaret, la clase de lenguaje que Chelsea conocía.

—Déjame ser tu explorador, déjame allanar el camino, y tú dedícate a ser lo que tienes que ser... —El brillo en los ojos celestes de Thomas la guiaron al camino de la perdición. La furia se evaporó como gota de agua en el desierto.

—¿Ser qué? —Sabía la respuesta, solo deseaba oírla en sus labios.

—Sé la reina...

Marcharon rumbo a Sacramento con la reciente producción de miel lista para ser despachada. Tenían un largo recorrido hasta el centro del poblado y transitaban senderos que no eran muy concurridos. Chelsea se apropió de esos minutos de soledad, apoyó su rostro en el hombro de Thomas y cerró los ojos, pretendía immortalizar el momento, convertirlo en la clase de recuerdo onírico que decoraría sus sueños a futuro. Porque lo que estaban viviendo juntos era eso, tan solo un sueño. Presentía que, en breve, se transformaría en pesadilla.

Amaba a Thomas, y ella, que conocía cada una de sus facetas, sabía lo que se encontraba bajo esa fachada de título de nobleza. El futuro conde de Sutcliff realizaba la verdadera cualidad de esa responsabilidad heredada: era noble, como muy pocos hombres lo eran. La mayoría lo fingían. No él. Poseía un corazón que contemplaba al mundo con su propio cristal, y en él todos se proyectaban de igual manera. Por supuesto que existían las malditas reglas, y las respetaba si ellas no entraban en choque con sus convicciones, inclusive acataba las que consideraba estúpidas, porque la estupidez era tal que, de no hacerlo, otro pagaría las consecuencias. Otro como Chelsea, Imat o cualquiera que se hallara en el último peldaño de la escalera social. Oh, sí... cuánto lo amaba. Sin embargo, no podía evitar tensar la mandíbula y rechinar sus dientes al verlo. Un hombre en un mundo de hombres, obteniendo los beneficios que su género le otorgaba y, a la vez, haciendo uso de la educación privilegiada que solo ellos podían obtener.

—Por si no se ha dado cuenta, señora Gibbon —La voz del sheriff Perkins la atacó de improvisado por la espalda, se volteó con rapidez. Él sonreía, cómplice de lo que allí sucedía, Margaret lo mantenía informado de la evolución amorosa de ese par. Matt esperaba que el avance

de ese romance motivara a la señora Jones; al pobre sheriff se le estaban acabando las estrategias de cortejo—, devora a su socio con la mirada... —Chelsea se obligó a mutar la expresión, tarea que le resultó sencilla al apartar la mirada de Thomas—. Eso sí, no me atrevo a arriesgar la intención de esa mirada —susurró por lo bajo.

—Sheriff Perkins, mi mirada tiene una sola intención... —fingió ofensa.

—Y no necesito que me la explique, señora Gibbon, puedo elaborar mi propia conclusión.

Chelsea se volteó de nuevo, Thomas hablaba con el encargado comercial del ferrocarril. Podía verse en el rostro del hombre la inminente aceptación a cualquier propuesta del lord inglés. Los planes del joven Webb pretendían quitar de la ecuación al transportista Clayton y reemplazarlo por un traslado con mayores beneficios. El ferrocarril reduciría tiempos, daños colaterales en los frascos y permitiría una mayor oferta. Las colmenas se reproducían y la manufactura crecía dando un producto que podía ser comercializado a gran escala. Thomas proyectaba, de ahí a unos meses, que la miel elaborada por Chelsea estuviese disponible en todas las despensas de San Francisco, Oakland y los alrededores de la bahía. Contaba con toda la predisposición del alcalde de Sacramento, poseer un producto regional de exportación lo hacía babearse como un crío recién nacido.

—Quisiera no hacerlo, Matt... pero detesto esta dinámica —Le venía bien confesarse con alguien, así no cargaría con el malhumor en el cuerpo. El sheriff, por fuera de los Grant y las amistades en torno a ellos, era su único amigo. Si ella hubiese sido la que planteara la propuesta, sería desestimada sin siquiera oírla—, es cruel y sin sentido.

—Chelsea, la mayoría de las cosas que suceden en este mundo no tienen sentido... de ser así, yo no sería Sheriff —se burló de sí mismo. Chelsea rio.

Matt provenía de una familia humilde, sin conexiones en el entorno político de Sacramento, era imposible obtener un puesto mayor al de ayudante de sheriff. Los errores de su sucesor, sumado a su conocido hábito de alcoholismo, pusieron en jaque las decisiones de los terratenientes que solían elegir a las fuerzas de la ley en función de sus necesidades y no las del pueblo. Sin más opciones, y a fin de que el cargo no quedara vacante provocando el levantamiento de los bandoleros de la zona, le entregaron la insignia a Perkins. Años después, con el apoyo de los Grant y los Foster ante su gran desempeño, continuaba ejerciendo su función.

—Tienes razón, Matt... con o sin sentido, nadie puede quitarte el mérito a tu labor.

—Aplica ese pensamiento contigo, Chelsea... deja que Lord Thomas Webb haga su trabajo, y no olvides que no solo lo hace por ti, es un hombre de negocios, sentimiento o no de por medio, no perdería el tiempo en una empresa predispuesta al fracaso.

—Bueno, detente ahí, Matt... que hoy parece el día «alabemos a Chelsea Gibbon». —No estaba acostumbrada a eso, se sentía incómoda. Además, su afán de supervivencia solía murmurarle al oído que la atención no era buena.

—No soy un hombre de falsos cumplidos, lo sabes... lo que has logrado ha dejado a más de uno con la boca abierta. Recuerdo el primer día de tu regreso, el día que te instalaste en aquel rancho abandonado. No voy a mentirte, cuando te lanzaste a esta aventura de insectos y miel, en el pueblo se lanzaron apuestas en tu nombre, en cuánto durarías...

—¿Y tú apostaste?

—¡Por supuesto que sí!

—¿Ganaste?

—No, perdí... y me alegra haberlo hecho.

—¿Alguien ganó?

—Sí, alguien ganó.

—¿Quién?

—Creo que lo intuyes, Chelsea.

¡Claro que sí! Estaba tan segura que apostaría por ese nombre.

—Es verdad, así y todo, quiero oírtelo decir.

—Hotah... —Chelsea se echó a reír con ganas—. ¡El muy desgraciado vació nuestros bolsillos!

—Y bien merecido lo tenían... Puedo imaginarme qué hizo con el dinero ganado.

Matt se permitió reír también. Le agradaba el mestizo, y recurría a él cada vez que necesitaba de sus habilidades de rastreo.

—Invirtió cada centavo en la escuela de su esposa... ¿Te has dado cuenta? Tu negocio de la miel ha sido beneficioso desde sus inicios y sin que lo sepas.

Era reconfortante conocer ese fragmento de historia, le gustaba saber que, de manera indirecta, aportaba al crecimiento de la escuelita. En sus primeros tiempos en California lo hizo como una auxiliar de la maestra Amy, ahora, su grano de arena estaba conformado por una buena provisión de miel. No era mucho, pero complementaba el desayuno de los niños que llenaban sus estómagos vacíos gracias al compromiso de la maestra.

—Y en un par de semanas, será imparable... —Thomas se sumó a ellos con una sonrisa de par en par—, conquistaremos todo California, a lo largo y a lo ancho.

—¿Walaby ha aceptado realizar el traslado de la mercadería? —Matt se mostró ansioso de información.

—Más que eso, se ha comprometido a encargarse de la logística en todo el estado. Tiene conexiones en la cámara de comerciantes de San Francisco... ¡Si todo marcha sobre rieles, la miel de la señorita Gibbon llegará hasta Santa Bárbara y baja California!

La felicidad de Thomas desbordó su cuerpo al punto de rozar la mano de Chelsea con una amorosa caricia. Las miradas de los transeúntes detectaron el impropio movimiento en un abrir y cerrar de ojos. Los rumores jugosos escaseaban por esas tierras, y un lord británico, heredero de un condado, en amoríos con una joven viuda, compensaría la falta de cotilleo.

El anonimato que Chelsea se esforzó en erigir como método de supervivencia durante meses fue derrumbado como un castillo de arena en plena tormenta. Su nombre no tardaría en atravesar los límites del pueblo, de la región, del estado. Su nombre alcanzaría los oídos de la muerte misma, y lo haría en honor al amor.

Vivir en un pueblo como Sacramento tenía sus privilegios, los lugareños actuaban como manada y defendían su territorio. Podían ser prejuiciosos, especular, compartir información que no debían compartir y difamar sin ningún tipo de problema si la situación lo ameritaba; eso sí, lo hacían entre ellos; los de afuera, jamás de los jamases, romperían esa secreta cofradía.

Las mujeres Gibbon eran consideradas miembros de esas tierras. Por supuesto que nadie olvidaba los orígenes que las ataba con un hilo invisible al otro lado del mapamundi, claro que no, los modales ingleses, tan refinados en comparación a los locales, fueron noticia de primera plana; así y todo, con unas diferencias que, en un primer momento, restaron en vez de sumar, se fundieron con el sol californiano, se convirtieron en animales del desierto como ellos y, entonces sí, fueron bienvenidas. Por tal motivo, que un forastero alzara la voz reclamando información sobre residentes activaba las alarmas.

El problema se encontraba en los habitantes carente de moral, existentes en todos los poblados del mundo, dispuestos a romper las reglas, tanto tácitas como explícitas, a cambio de una remuneración justa. Warren Hughes tenía un olfato perfecto, y los detectaba a la legua.

Larry Platt, el auxiliar de cantinero del burdel del pueblo, irrumpió a las corridas dentro de la comisaría.

—¡She- riff... Perr...kins! —El pobrecillo que apenas rozaba los quince años luchaba con la respiración agitada que le imposibilitaba el habla.

Matt reaccionó saltando de su silla. Rara vez Madame Margot reclamaba asistencia, solía encargarse por sí sola de los inconvenientes que sus clientes ocasionaban.

—¿Qué ocurre, Larry? Pero antes de contármelo, por favor, respira.

Inhaló profundo y con la exhalación escupió su recado:

—Madame Margot lo necesita, sheriff Perkins. Según me ha dicho, tenemos problemas — Volvió a inhalar, esta vez más profundo y con calma—, la clase de problemas que no aparentan ser problemas, o algo así, no lo recuerdo.

—Dame unos segundos... —le solicitó palmeando en su hombro. Matt cargaba el arma a la cintura, pero en vista del inesperado acontecimiento, fue a por su escopeta. No sabía con qué sorpresa se encontraría.

—No, sheriff... —le alertó el muchacho—, Madame Margot dijo que concurriera casual.

—¿Con que casual? —Regresó la escopeta a su lugar mientras su cabeza elaboraba las hipótesis. La maldita intuición le decía que estaban ante verdaderos problemas. Estaba alerta, tenía un pacto con Lord Thomas, uno que el joven noble había cumplido al informarle de la verdadera amenaza que acosaba a las mujeres de la casa Gibbon. En ese instante lamentó lo escueto de la información, al parecer lo grueso del asunto era de índole personal y el secretismo era otra arma de protección.

La maldita intuición no le falló. Una profunda voz resonaba como macabro eco dentro del antro. Ingresó al lugar en el mayor de los silencios, observó la situación. Dos hombres. El ropaje de uno se diferenciaba mucho del otro. Por un lado, la mejor calidad en tela y accesorios de plata y oro. Por el otro, un látigo y un arma a la cintura.

—Sé que se hace pasar por viuda... no lo es, es mi esposa, y como ven, aquí me encuentro ante ustedes, más vivo que muerto. Posiblemente la conozcan como señora Gibbon... —Los ojos de

Madame Margot hicieron disimulado contacto con Matt. La mujer fue más que acertada con lo que le dijo a Larry: la clase de problemas que no lucían como uno—, un apellido que dejó de pertenecerle cuando se casó conmigo...

El sheriff carraspeó, y los dos extranjeros giraron sobre sus talones en busca de la interrupción. Nadie interrumpía a Warren Hughes.

—Patrón... la autoridad de este pueblo se ha dignado a hacerse presente —se burló el que cargaba consigo el látigo.

—Perfecto, supongo que su placa va a darme las respuestas que estos malditos borrachos desgraciados se niegan a darme...

—Con lo de borrachos está en lo correcto... con respecto a lo otro, yo evitaría volver a utilizar las expresiones «malditos» y «desgraciados» —le alertó Matt. Las fieras del burdel respondían a la madame regente, el más mínimo gesto de su parte iniciaría una revuelta—, son gente de pueblo y no suelen tomárselo para bien, más cuando están ante un desconocido.

—No soy un desconocido, acabo de presentarme...

—Pues me lo he perdido, si es tan amable, repítalo, por favor. —Matt marcó territorio con sus palabras, sus manos hicieron presión en la hebilla del cinturón. Se mostraba relajado ante el hombre.

—Warren Hughes, mi nombre es Warren Hughes... —presentó a su acompañante—: El hombre que me acompaña se llama Christopher Jones, y es el capataz de mi hacienda, o lo que queda de ella.

Reconoció los dos apellidos ni bien los oyó. «Hughes», el apellido de casada de Chelsea, y «Jones», el apellido que Margaret aún utilizaba. Tragó saliva. Mantuvo la calma. Por dentro, otra era la historia. En breve se desataría una tormenta.

—Señor Hughes, señor Jones... mi nombre es Matt Perkins, soy el sheriff de este pueblo, y en nombre de Sacramento, les doy la bienvenida. —Caminó hasta ellos y, cuando estuvo a escasos centímetros, retomó la palabra—. Ahora, dígame, ¿hay algo que pueda hacer por ustedes? ¿o simplemente se extraviaron en el camino?

—Oh, no... la única extraviada aquí es mi mujer.

—¿Su mujer?

—Sí, mi mujer, puede que la conozca como Chelsea Gibbon.

Matt fingió desconocimiento al igual que el resto de los presentes. Existía un código de silencio en ese burdel y quienes eran habitués del antro debían de cumplirlo a rajatabla, de lo contrario, ya no eran más bienvenidos.

—Lo siento, reconozco a la mayoría de los habitantes de Sacramento...pero Gibbon, si mal no recuerdo, un par de años atrás tuvimos unas Gibbon en el pueblo, ya no.

—¡Qué extraño! Los investigadores que contraté me han asegurado lo opuesto. Usted no me mentiría, ¿verdad? —Hughes no compró ni una sola de las palabras del sheriff, y su secuaz, Jones, rio en nombre de los dos.

—¿Mentirle? ¿Por qué habría de mentirle?

Técnicamente no lo hacía. Chelsea y su madre no vivían en el pueblo, vivían en las afueras del mismo.

—No lo sé, sheriff... porque de hacerlo, estaría faltando a su juramento.

—¿De qué habla?

—De encubrimiento, de eso hablo... Mi señora esposa no solo anda fingiendo una viudez que no es tal, sino que huyó con parte de mi dinero y agredió de muerte a mi capataz aquí presente. — Señaló a Jones.

Los concurrentes del burdel se burlaron con la autorización silenciosa de Margot.

—¿Agredió de muerte? —repitió uno entre risas.

—No sé de qué mujer hablan, pero la quiero para custodiar a mi ganado... —se mofó otro. Las risas generales no tardaron en sumarse.

—Ey, el látigo es un accesorio de moda, ¿o qué?

El rostro de Jones se tensó, Matt vio la furia reflejada en sus pupilas, los dedos del hombre fueron en busca de la pistola que reposaba en su cinturón. Perkins conocía esa clase de tipejos, sus pieles solían destilar el mismo perfume: violentos cobardes. No pudo evitar pensar en Margaret, en el recelo que esta tenía en tanto a hombres, la desesperanza, el temor a un nuevo contacto físico. El motivo se hallaba frente a él. Los dedos de Matt también acariciaron el frío acero de su arma, un disparo en medio de la frente... tan simple como eso, dictaminó su conciencia. ¡Maldición! Se contuvo.

—¡Silencio! —ordenó. Luego retomó la conversación con Hughes—. La acusación que plantea es muy seria...

—Lo sé, he hecho mi denuncia en el estado de Virginia, y realizaré la misma denuncia aquí para asegurarme de que todo el peso de la ley caiga sobre esa mujerzuela.

—De ser así, lo invito a retirarse de aquí así le podemos tomar la declaración pertinente...

—¿Tomará cartas en el asunto? —Warren era una alimaña rastrera y ventajosa, y no le creyó ni una sola palabra a Perkins.

—No lo ponga en duda, acompañenme... —Los instó a salir de las instalaciones del burdel. Antes de marcharse, agradeció con un gesto de cabeza la colaboración de Madame Margot, la jugada de la mujer le daría tiempo. Les daría tiempo a las mujeres Gibbon.

Atravesaron la plaza central del pueblo, caminaron en torno a la iglesia y, al cabo de unos extensos minutos, llegaron a las oficinas de la comisaría.

—¿Café? ¿Agua? ¿Whisky? —Intentó ser un cordial anfitrión—. Lo que gusten, no tienen más que pedirlo. Tomen asiento —dijo señalando uno de los escritorios.

—Depende de la clase de whisky que ofrezca, sheriff. —Hughes se desplomó en la silla. Era un hombre corpulento, con unos cuantos kilos de más. Jones se quedó parado a su lado.

Matt colocó una taza de dudosa higiene ante él, y, con otra jarra de igual característica, le sirvió agua.

—De ser así... aquí tiene. —Extendió la taza hacia él—. ¡Jeremy! —llamó a su asistente que de seguro estaba limpiando una de las celdas. Se apersonó al instante.

—¿Sí, sheriff?

—Ven, siéntate aquí y has tu trabajo, muchacho. —Los labios de Jeremy se torcieron en una mueca, eso era lo que estaba haciendo... su trabajo. En fin, se encaminó a la silla que solía ocupar Matt. No solía hacer labores de escritorio, le agradaba, pero nunca lo hacía—. Aquí, el señor... —Hizo de cuenta que no recordaba el nombre.

—Hughes... Warren Hughes —resopló el hacendado con la ira a flor de piel.

—Aquí, el señor Hughes quiere efectuar una denuncia... toma nota, mientras yo me encargo de otros asuntos.

Jeremy asintió.

—¿Otros asuntos, sheriff? —Hughes no compraba la pantomima de Matt.

—Sí, otros asuntos, ha oído la expresión... «Pueblo chico, infierno grande».

—Por supuesto que sí...

—Pues esa expresión se gestó aquí, en Sacramento. Con su permiso.

Sin nada más que decir, abandonó la comisaría. Jeremy fue en busca de papel, tinta y pluma, tomar una declaración era una novedad para el joven aprendiz. Warren aprovechó la desatención del muchacho y le encomendó una tarea a su acompañante.

—Jones... —le habló por lo bajo.

—¿Sí, patrón?

—Hazme el favor de servir para algo, ¿quieres?

—Lo que ordene, patrón.

—Sigue al muy imbécil del sheriff... presiento que nos va a guiar al lugar en donde se encuentra nuestro tesoro. ¡No le pierdas el rastro! ¿Has entendido?

—A la perfección...

—Vete... y no vuelvas a fallarme. No pienso marcharme de aquí sin mi maldita esposa, viva o muerta.

En preferencia la quería muerta. Bien muerta.

La observaba y la ira se apoderaba de él; una ira que no había remitido desde hacía meses. La muy maldita le había visto la cara de idiota, entregó la plantación y le hizo creer que era prisionera, cuando en realidad había escapado junto a ese negro mugroso y a la perra de Margaret Jones.

Christopher, a su lado, también temblaba por la furia; Warren no sintió piedad. El imbécil se había dejado golpear por Chelsea. ¡Joder!, si su mujer casi lo mata. Su mujer... Se relamió, sometería a esa malnacida antes de matarla con sus puños.

Y él que la había creído tan modosa y sumisa, tan flor británica. Con su rubia melena, su cuerpo menudo y acento refinado, jamás la pensó capaz de aplastar el cráneo de un capataz. Sin contar con el rumor que le había comprado por un par de dólares a un borracho en la puerta del burdel: la «viuda Gibbon» —¡Oh, la mataría por eso!— se había hecho de un amante. Un apuesto lord relacionado con los Grant.

La tenía ante sí, a unas pocas yardas. Analizaba la nueva vida de Chelsea desde las lindes de la propiedad, oculto entre los secos pastizales que le hacían escocer el cuerpo. Jones estaba impaciente, pero Jones no tenía cerebro. Desde donde se encontraban, podía divisar que su dulce muchachita británica portaba un arma en la cintura y contaba con otra más, apoyada junto a la mecedora del porche.

Limpiaba y reía, les comentaba algo a Margaret, quien se hallaba del otro lado de la ventana, y a Imat. El negro descansaba apoyado en el umbral, con un vaso de limonada en la mano, mientras su señora fregaba. ¡Joder, el mundo se iba a la mierda! Para Imat guardaba un escarmiento especial.

—¿Y, patrón...? —rogó Jones, con los ojos fijos en su esposa—. Son dos mujeres y un negro viejo.

—Tres mujeres, mi querida suegra debe andar por aquí.

—Esa vieja estirada... —Jones escupió el suelo. Los acompañaban dos hombres más, no eran fieles a Warren como el viejo capataz, sino unos rebeldes sin hogar tras el final de la guerra. Por unas monedas hacían lo que les pedías. La restructuración... ¡Ja!, así llamaban a esos años en los que todos debían trabajar como esclavos por un penoso salario. Él había recuperado la plantación, pero rendía menos y le costaba encontrar mano de obra; los antiguos esclavos habían emigrado, a sabiendas que sobre ellos caería la venganza. Los hombres blancos no aceptaban las jornadas extenuantes, las pagas miserables y los maltratos. Bueno, a decir verdad, los hombres negros tampoco y por eso se habían sublevado—. Cuatro débiles contra cuatro fuertes. Vamos, ¿qué espera, patrón?

Lo cierto era que aguardaba por si aparecía su amante, los quería a los dos muertos. Le enseñaría a ese jodido lord a respetar a la mujer ajena, era un maldito mandamiento ¡demonios! No respondió al apremio de Jones. A los otros dos no les pagaba por hablar, y lo entendían muy bien.

Ni la suerte ni el viento estaban de su lado. Chelsea simulaba limpiar, estar relajada; no lo estaba. Imat tampoco y menos Margaret. Faith no descansaba como parecía; se hallaba en su recámara, que era la que daba a la parte trasera y protegía la retaguardia. Estaban alertas, la advertencia de Matt los había hecho prepararse; lo único que temía era a la resolución del sheriff

de ir a por Thomas. Claro que lo haría, los muy malditos habían pactado protegerlas días atrás. Aliarse contra un enemigo que ahora los asechaba desde las sombras.

—Imat, están a mis espaldas, ¿verdad?

—Sí, *ma'am*; los muy idiotas no saben cómo funciona el viento.

Chelsea rio, los nervios contribuían a eso. Estaba asustada, resignada, y quizá por eso le hacía gracia que Imat al fin se atreviera a maldecir a su antiguo amo y torturador.

—¿A qué creen que esperan, Chelsea? —preguntó Margaret, que ya estaba acalabrada de pasar un paño por el marco de la ventana. Su mano derecha estaba sobre la culata de una escopeta escondida detrás de la pared.

—Mal me temo que Sacramento ha crecido, pero tiene alma de pueblo —dijo, y cerró los ojos, resignada. Conocía a Warren, demasiado bien por desgracia. Adivinaba cuál era la razón de su demora, aguardaba por Thomas.

—Sabe que vendrá, ¿verdad? —Imat estaba en pleno estado de tensión—, no la dejará sola.

—Sí, vendrá. —La mirada de Chelsea se perdió en el sendero—. Y mientras se acerque, estará vulnerable. Ellos lo verán antes que él, y podrán abrir fuego. Ve a avisarle a mi madre, Imat, nos adelantaremos. —Negó con la cabeza, a sabiendas de que era una movida arriesgada—. Intentaremos contener el embiste, hasta que Matt y Thomas arriben. Entonces ellos los podrán asaltar por sorpresa.

—¿Entenderán la estrategia?

—Sí, lo harán. Son inteligentes, no como nuestros rivales. De todos modos, ¿qué alternativa tenemos?

—Que ellos sean los señuelos, *ma'am*, y que cuando Hughes ataque al lord seamos nosotros quien devolvamos la escaramuza por la espalda.

Chelsea le sonrió a Imat. Margaret no opinaba, miraba el lustroso e impecable marco de la ventana. El antiguo esclavo priorizaba a la señora Gibbon, la apreciaba y tenía presente que le había salvado la vida, a él y a muchos de los suyos. Ella, al igual que la señora Jones, se hallaba dividida por el amor; deseaban vivir, y también deseaban preservar a esos hombres que le habían dado los motivos para ir a la batalla.

—No, Imat. Es mi guerra, él es mi aliado no mi soldado. Ve a decirle a mi madre que se aliste, en cuanto estemos en posición... —Palpó la culata y nada más debió ser pronunciado.

Al regreso de Imat, Chelsea dejó el paño y se adentró en la vivienda. Poco a poco, fueron cerrando todas las ventanas y corriendo las cortinas. Se atrincheraron, con la mayor cantidad de muebles para impedir que la balacera los alcance.

El movimiento alertó a Warren; Jones sudaba, ansioso por pasar a la acción. Los otros dos hombres dudaron en si valía la pena, se suponía que era una misión sencilla, ir en busca de dos mujeres, un anciano y una anciana. El panorama no les agradaba. Salieron de su escondrijo con las armas en alto, un disparo impactó en sus pies.

—¡Demonios! —exclamó Jones—, ¿de dónde ha venido eso?

—La maldita vieja. —Hughes señaló la planta alta de la casa, la punta de una escopeta asomaba desde la hendidura de la ventana. Otro disparo les zumbó demasiado cerca—. ¡Joder! Menos mal que no sabe disparar.

Avanzaron a gran velocidad. El desierto californiano brindaba muy poco resguardo para una balacera, o se quedaban en su sitio, escondidos por siempre, o se movían y buscaban la protección de los pocos objetos que los rodeaban.

—A la carreta —indicó uno de los hombres—, el bebedero y el cobertizo, esos son los únicos lugares.

Un nuevo tiro se oyó; otro de los hombres aclaró que por el tiempo entre disparos se trataba de una escopeta doble cañón de caza. Los perdigones podían alcanzarlos incluso si el impacto no les daba de lleno. A diferencia de Hughes y Jones, los otros dos habían participado de manera activa en la guerra, no se habían resguardado tras su rol privilegiado en la sociedad.

Abrieron fuego para cubrirse hasta llegar a los puntos estratégicos, lo hicieron con las armas en alto, atacando la ventana en donde se hallaba Faith acorazada. De la segunda ventana, le llovieron más disparos.

—Es tu maldita esposa, Jones —se quejó Warren, como si el hecho de ser atacados por Margaret implicara que Christopher hubiera fallado en su misión de adoctrinarla. Se comería sus propias palabras, porque lo que las dos mujeres de la planta alta no consiguieron, lo hizo Chelsea.

Se aupó sobre el sofá damasco de su madre, protegida tras el copero que obstruía el ingreso. Los midió, estaban atentos a la planta alta; Warren y Jones eran unos malditos cobardes, lo sabía como nadie, ¿acaso no era el miedo lo que llevaba a un hombre a someter a una mujer? Claro que sí, Thomas también lo pensaba así, se lo había dicho. Ellos eran peligrosos, pero no tanto como los dos soldados rebeldes que los acompañaban, resentidos por la guerra, por la derrota, sin mucho más que perder.

Si eran listos, y esos dos eran los únicos con semejante cualidad, se dirigirían al cobertizo. Era el lugar más seguro. Apuntó, y cuando corrieron hacia allí para refugiarse de los disparos de su madre, ella apretó el gatillo. Le dio a uno en la pierna, cayó de inmediato y empezó a arrastrarse. El otro lo socorrió, Chelsea giró el tambor, amartilló y volvió a disparar con su mano firme sostenida sobre el copero. La segunda bala dio en el hombro del socorrista. Los dos se apuraron a esconderse en el cobertizo.

—Imat, utiliza la ventana trasera para asegurarte de que no vuelvan al ataque. —Le arrojó una caja con municiones para el fusil. Ella recargó el tambor de seis balas; cargaba un par más en el pequeño morral que pendía de su cinto.

Warren y Jones comprendieron que las habían subestimado, no podrían concretar su venganza de someterlas, violarlas y apalearlas hasta la muerte. Solo restaba devolver el fuego, y sabían que en esas tenían las de ganar. Contaban con fusiles Henry y Spencer, los más avanzados, los mismos endemoniados que le habían otorgado la victoria al ejército de la Unión. Abrir fuego con ellos implicó agujerear por completo la casa de madera de estilo victoriano; las municiones de calibre .44 atravesaban las paredes sin problema y el ruido a cristales rotos, madera astillada y metal abollado fue ensordecedor.

Desde el interior respondían al fuego, por lo alto, las mujeres; Imat se aseguraba de que los hombres de apoyo no pudieran salir del cobertizo, mientras Warren y Christopher buscaban amparo en la carreta. El único caballo de Chelsea logró liberarse y salir al trote despavorido por el sendero camino a Sacramento.

A pocos metros de conseguir su cometido, un disparo alcanzó a Jones directo en el brazo.

—¡Maldición! —No había sido Chelsea, la voz de Margaret resonó por sobre el estruendo y colmó el ambiente con el aroma dulce de la pólvora y la justicia.

—¡Toma eso, maldito hijo de perra! —Volvió a colocar un cartucho de perdigones y disparó. El hombre consiguió resguardarse, los perdigones salieron despedidos y se incrustaron en la piel de los atacantes.

Sin embargo, ya habían conseguido su cometido. Estaban protegidos por la carreta y el bebedero, además del árbol que les brindaba sombra a los caballos. Jones, herido y todo, trepó para esconderse en el follaje y dejar ir la ira contra su esposa.

—¡Margaret!, escapa con mi madre —ordenó Chelsea—. Nos estamos quedando sin

municiones, ellos han traído más. —Observó que los desgraciados contaban con morrales repletos de balas, sin contar con que, pese a no ser soldados, Warren y Christopher eran mejores tiradores que ellos cuatro. Tampoco habían doblegado a los otros dos, quienes se mantenían al resguardo, a sabiendas de que tarde o temprano gastarían todas las reservas y podrían devolver el ataque sin riesgo—. Vayan al pueblo.

—Podemos aguantar.

—¡No!, no las pondré en riesgo. Imat...

—No me iré, *ma'am*. Moriré aquí de ser necesario, al fin de cuentas, ya era un hombre muerto hasta que usted me salvó.

El estruendo constante era ensordecedor.

—Bien, solo te pediré este favor, cúbre las hasta que puedan perderse a lo lejos. Si Jones divisa a Margaret, irá a por ella. Yo no le importo.

—Sí, *ma'am*.

Debía generar una distracción, y qué mejor distracción que ella misma. Cargó una vez más el tambor, las últimas seis balas, y salió por el frente. Disparó hacia donde estaba Warren, sin mirar demasiado bien, correría hacia la arboleda.

Hughes la observó.

—Si sales, cariño, es porque te has quedado sin alternativas. —Rio devolviendo el ataque—. Y yo disfrutaré mucho de alcanzarte. Corre, pequeña flor británica, corre que voy a por ti.

Salió de su escondite, Jones bajó del árbol para perseguir a su esposa. Imat las protegía, avanzando de reversa, disparando a ambos lados. Faith y Margaret también lo hacían, la señora Gibbon sentía el escozor en su hombro por el retroceso de la escopeta sobre el mismo. Al no saber usarla con precisión, la ley de acción y reacción castigaba su cuerpo. No le importaba. No tanto como el hecho de ver que uno de los hombres del cobertizo iba a por Chelsea, tal y como su hija había previsto.

—Cúbreme, Imat —pidió Faith. Se arrodilló sobre sus enaguas, acomodó la culata en su hombro ya adolorido y midió la trayectoria del agresor que corría hacia su niña. Ralentizó su respiración, desoyó los disparos de Jones y las devoluciones de Margaret e Imat. Cerró un ojo, apuntó y, con el instinto de madre como guía, apretó el gatillo. El hombre se derrumbó en plena carrera, ella se descolocó el hombro—. ¡Recórcholis!

—¿Recórcholis? —repitió Margaret, histérica y temblorosa—. ¿Esa es tu maldición? —Respondió al ataque de su marido. Ahora eran tres contra uno, la victoria estaba de su lado. Aún adolorida, Faith le alcanzó dos perdigones más. Los últimos que tenía.

—¿Cuál propones tú?

—¡Come esto, maldito hijo de perra! —y disparó dos veces contra su marido. Una bala lo alcanzó en la rodilla, y lo derrumbó. Imat se precipitó sobre el herido, para quitarle el arma y someterlo por completo.

—Queda uno... —advirtió. El mencionado se hizo visible, con las manos en alto y dejó su rifle en el suelo.

—Me rindo.

—No le haremos caso a mi hija. —Faith se acercó y se apropió del rifle del adversario—. Vamos, todavía queda un... ¿maldito hijo de perra?

Deshicieron el tramo recorrido, pero cuando arribaron a los restos de la casa, no había indicios de ninguno de los dos. Solo divisaron a los jinetes. Matt y alguno de sus hombres, y Thomas... Thomas que bajaba de su montura de un salto y se perdía en la arboleda en dirección al río. Allí, donde había visto a Chelsea dirigirse y a su agresor perseguirla mientras disparaba sin

piedad.

Imat se precipitó para impedir a los oficiales el ingreso a la arboleda.

—¡No! —clamó con los brazos en alto—, no, las abejas se sentirán amenazadas y atacarán, y Chelsea no tendrá modo de defenderse.

Un disparo se oyó a lo lejos. Faith se abrazó a Margaret, y las dos mujeres se arrodillaron entre llantos y rezos.

Thomas escrutaba la oscuridad del bosque, solo la luna oficiaba de luminoso testigo; avanzaba con sigilo, consciente de las dos amenazas que allí se escondían. Chelsea intentaría mantenerse lejos del panal, eso implicaba avanzar hacia el franco izquierdo. Así lo hizo, revólver en mano, martillo puesto, se desplazó intentando no hacer crujir las ramas bajo sus pies. Otro disparo le indicó que Warren estaba cerca. Oyó su voz:

—Estás sola, querida, y voy a por ti... —dijo en tono de juguetona amenaza. La falda marrón de Chelsea se camuflaba entre los troncos, no así su melena rubia. Warren la vio, disparó, y la bala impactó en la corteza, haciendo volar las astillas—. ¿Te gusta jugar a los escondrijos? —preguntó, recargando la recámara.

Thomas corrió el riesgo, tenía una obstrucción en el camino, pero podía herirlo. Se acomodó protegido y apretó el gatillo.

—¡Demonios! —La bala lo rozó, el hombre se cogió el brazo, donde la tela se había chamuscado y la sangre manaba de un ardiente raspón—. Veo que nos sumamos todos a la fiesta.

Chelsea corrió hacia Thomas, los proyectiles no la alcanzaron, Hughes había perdido parte de la precisión después de la herida.

—Thomas... —dijo desde el resguardo de otro árbol—, debemos salir de aquí. ¿Las oyes?

Por encima del eco de las armas de fuego y el silbido de la adrenalina en sus oídos, se escuchaba el zumbido constante del panal. Estaban furiosas, atentas a la amenaza. Ellos se tomaron de la mano, Thomas no permitió a Chelsea negarse, cubrió su retaguardia para que pudieran llegar hacia los oficiales. Antes de conseguirlo, Warren estaba frente a ellos. Lograron arrojar al suelo a tiempo para evadir el disparo. Thomas devolvió el fuego, hasta que consiguieron protegerse una vez más en la arboleda.

—Solo nos queda el río —le dijo Chelsea—, los dos sabemos nadar, podemos llegar al otro lado, aquí no es ancho ni tan caudaloso. —Thomas la observó, ¿tan caudaloso?, hasta el más calmo de los estanques sería letal con la vestimenta de Chelsea. Vestido marrón, corsé y cinco enaguas almidonadas.

—No, daremos un rodeo... —Otro estruendo seguido de una risa.

—Oh, ¿los amantes están atrapados? Chelsea, te mantendré viva solo para que veas cómo le atravieso el cráneo a ese maldito lord... —Lo oyeron recargar.

—Por favor, Thomas, por favor... —Creía en la amenaza de Hughes, ella sabía de la crueldad que era capaz. Tiró de Thomas—. El río, lo conseguiremos...

Accedió; le restaban cuatro balas en el tambor más una recarga. Las utilizaría para proteger a Chelsea mientras se quitaba las enaguas. Ella le indicó que tenía más balas, solo que no había disparado por las abejas. En eso, la muchacha también tenía más experiencia, conocía la capacidad de daño de ambas amenazas. Fueron retrocediendo hacia el brazo del río, Hughes los perseguía, ahora, en silencio.

—Ha adivinado lo que pretendemos —advirtió Thomas.

—Sí...

El ataque pasó de provenir desde sur, a hacerlo desde el este; los acorralaba entre el río y el panal. Si intentaban regresar, volverían al inicio del juego del gato y el ratón, pero siempre más peligroso; más cercano al panal, con las abejas más furiosas.

—Verte ahogarte no tendrá el mismo encanto, querida. —Rio con sorna—. Quizá me lance a salvarte, solo para poder matarte con mis propias manos.

Warren no deseaba que le quitaran el privilegio de matar a ambos. Sabía que era probable terminar en prisión, sobre todo por el jodido lord. A nadie le importaba si asesinaba a su esposa, era su maldita propiedad. Pero se armaría un gran revuelo por el lord británico, ¿importaba? No, ya no, la venganza sería tan dulce como la miel que su esposa producía para subsistir.

Disparó por el gusto de hacerlo, por saber que tenía más municiones y podía asustarlos. Recargó, y volvió a apretar el gatillo mientras los oía escabullirse entre los árboles como animalitos heridos. A él, el roce de la bala ya no le escocía, sanaría con un poco de alcohol y venganza.

—Chelsea, te cubro... —dijo Thomas, al llegar a pocos metros del agua—, quita las enaguas ahora. —Ella lo intentó, alzó su falda, pero el movimiento reveló su posición y los disparos se hicieron más precisos. Estaban atrapados.

Los impactos astillaban las ramas a su alrededor, sacudían las copas de los árboles. El zumbido se hizo más intenso a medida que se alejaban, hasta que una de las balas alcanzó el panal.

Chelsea y Thomas se paralizaron; en un instante, se hizo noche sin luna. Una nube negra, furiosa y aturdidora se alzó en el cielo.

—¡Thomas, ya! ¡Al agua! —exclamó ella, desesperada, y jaló de la manga del joven lord. Corrieron desesperados al río.

—Corran, corran... No tienen a donde ir, las balas atraviesan el agua, querida... —amenazó Warren, ajeno al real peligro.

Ellos se lanzaron sin más, dejaron que las profundidades los arrastrara hacia el fondo y la corriente los dirigiera. Su nuevo enemigo era la naturaleza, y contra ella no había armas de fuego para protegerse. Chelsea era devorada por el río, mientras forcejeaba para quitarse las enaguas y las capas y capas de tela que se volvían anclas al estar empapadas.

Thomas se hundió con ella, la tomó de la cintura y entre los dos vencieron apenas la fuerza del río. Chelsea llenó sus pulmones, al igual que Thomas, no sin antes ver el horror a la orilla. Warren gritaba, giraba e intentaba huir del ataque, no tenía escapatoria. Un enjambre inmenso lo cubría, se colaba por su boca, por sus oídos, con el afán de exterminar la amenaza para su reina. No había tiempo de lamentos ni de auxilios, ellos, en esas circunstancias, también eran vistos como un riesgo para el panal. Se sumergieron.

Bajo la superficie, se atrevieron a mirarse. Chelsea le rogó que la abandonara, él negó con la cabeza. Ya la había perdido una vez, prefería ese final a un día más sin ella. La ayudó a forcejear con la cárcel de tela, hasta quedarse sin aire. Thomas corrió el riesgo de asomarse para coger una bocanada, y al regresar junto a Chelsea, posó los labios en los de ella para darle su aliento unos segundos más.

La joven pudo quitarse dos enaguas, y Thomas rasgó los botones del vestido hasta que el simple nado lo dejara atrás. Salieron solo por un último respiro, ya no se oían gritos, solo el zumbido enfurecido de las abejas.

Nadaron en sentido de la corriente hasta recorrer una distancia segura, al menos unas trescientas yardas. Al arrastrarse a la orilla, estaban agotados, con los músculos entumecidos y los

pulmones ardientes; sentían que jamás podrían recuperar la respiración de esos agónicos momentos.

—Thomas... —Chelsea apenas podía incorporarse—, debemos volver. Debemos contenerlas, o serán peligrosas para todos en quinientas yardas a la redonda. Incluso para mis abejas.

—¡Mierda! —Se puso de pie y elevó a la muchacha con él. Intentar correr era en vano, sus pulmones los castigaban con fuertes punzadas si no les permitían la oxigenación perdida. Caminaron, a paso ligero, o eso creían, hasta regresar a la casa. Tardaron varios minutos.

—¿Qué... demonios... hacen... ahí... joder?! —exclamó Chelsea, al ver la comitiva junto a la arboleda.

—A la casa... —pidió Thomas, aunque la casa poco resguardo daba en esos momentos. Era un inmenso colador de madera, que esperaban bastara.

Imat y Margaret pasaron a la acción, le dieron órdenes a los demás de arrastrar a los prisioneros heridos, y los caballos al cobertizo.

—¿Qué ha sucedido? —Faith abrazó el cuerpo húmedo y casi desnudo de su hija. El corsé estaba pegado, la camisola era transparente y las enaguas se fijaban a sus piernas al andar. Thomas lucía similar, pero su ropaje negro evitaba las transparencias. Solo se había quitado las botas, las cuales amanecerían en alguna costa lejana del río Sacramento.

—Le ha disparado al panal. —El enjambre aún era visible sobre la arboleda—. Debemos volver.

—No, de eso nada...

—Madre...

Imat se adelantó a la orden de su señora, quien ahora era su amiga. Entendía que era una obligación, el hombre había alterado el ecosistema, ella necesitaba regresarle su orden natural. Acarreó los tres trajes, Chelsea no contaba con la serenidad mental como para pensar en el decoro; Thomas la cubrió con su cuerpo mientras reemplazaba las enaguas por los pantalones. Luego él mismo procedió a vestirse. Matt estaba con dos oficiales, que controlaban a los tres prisioneros.

Christopher Jones agonizaba, no había modo de salvarlo; incluso si corrieran a Sacramento en ese instante, el malnacido se desangraría. Antes de que Chelsea, Imat y Thomas regresaran al peligroso panal, Perkins les pidió su atención.

—Ustedes son testigos... —dijo, amartilló su arma y apuntó a la cabeza de Jones—, yo lo he matado, no Margaret. Y eso le dirán a quién les pregunte: El sheriff Matt Perkins le voló los sesos a Christopher Jones. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí... —asintieron todos al unísono, menos Margaret, que solo pudo mirarlo a los ojos. Acababa de ser salvada de la pena capital por matar a su esposo. La bala le atravesó el cráneo al moribundo capataz y dejó una horrible mancha en la alfombra de las Gibbon.

—¿Qué podemos hacer por ustedes? —preguntó el sheriff.

—Quedarse al resguardo hasta que regresemos. Atiendan a los heridos aquí, hay algunos artículos de primera necesidad —explicó Chelsea.

—¿Qué pasa con las abejas?

—Debemos calmarlas... —Se terminó de cerrar el traje y se colocaron los vendajes los unos a los otros—. Luego, estaremos a su merced. Debemos saber si la reina ha muerto, y si está viva, entonces hay que esperar para saber si eligen reconstruir el panal o enjambrar. De hacer lo segundo, hay un radio de quinientas yardas que debe ser protegido; aunque cuando enjambran son menos peligrosas, sigue siendo un riesgo alterar su hábitat. Si se alejan mucho, pues son capaces de parasitar otros panales; hasta existe el riesgo de que tomen algunos de los míos.

—Bien, señores, ya la oyeron. A atender a estos dos... —Señaló a los prisioneros—, los quiero con buena salud para que puedan cumplir su condena completa.

Thomas, Imat y Chelsea abandonaron la casa cubiertos desde la cabeza hasta los pies. Pasaron por el cobertizo para buscar los ahumadores y encenderlos, sería la única herramienta necesaria. Partieron silenciosos y bastante asustados, sabían que estaban protegidos, pero aun así, quedar presos de un enjambre no era algo agradable.

Cuando llegaron, el panorama era aterrador. El olor a miel había sido reemplazado por el de muerte.

—Chelsea, respira, cariño, respira... —Thomas la sostuvo y la instó a no entrar en pánico. No debía vomitar dentro del traje, pues no podía quitárselo—. Yo me encargo de él, tú de las abejas con Imat, ¿sí?

Ella asintió, muda, y comenzó a manar humo blanco para calmar el enjambre. Thomas hizo lo mismo, utilizó su ahumador sobre el cuerpo sin vida de Warren Hughes para luego arrastrarlo fuera de la arboleda. Solo unas pocas abejas volaron atontadas de regreso al panal, la mayoría de ellas yacían muertas junto al hombre. Habían clavado su aguijón, dispuestas a sacrificarse por la protección del panal. Y lo habían logrado. Observó a Chelsea humearlas con cuidado, hablarles con voz serena mientras les prometía que pronto estarían a salvo; sí, las abejas obreras habían muerto para salvar a su reina.

Había intentado desarrollar la paciencia, claro que sí. Era una virtud, o eso decían todos, y algo admirable en el futuro conde. ¡Al demonio!, ya había esperado demasiado, sin contar con los obstáculos esquivados. Era hora de ponerle fin al martirio, y, sobre todo, impedir que algo más los separara.

Una vez sorteados los principales problemas, arribaron los secundarios. Chelsea era oficialmente viuda, sin que cometiera delitos probados, de modo que había heredado una jodida plantación en Virginia. Como no quería saber nada con eso, ni poner un pie en el Estado que significó un infierno para ella, un emisario se encargó de la venta en su nombre. El segundo obstáculo era la empresa de miel, la cual gracias a la innovación en colmenas verticales y la participación de Lord Thomas Webb en las negociaciones, había crecido de manera exponencial. La futura condesa lo sabía, y no ponía pegas al respecto, no podría encargarse de ese negocio que vio nacer, crecer y el cual floreció gracias a su dedicación y sapiencia. Debía renunciar, pero no lo lamentaba. Lo dejaba en buenas manos, en las de Margaret —ahora señora Perkins— e Imat. El antiguo esclavo había refaccionado la casa para instalarse en ella, y Margaret residía en Sacramento, donde era obligación permanecer por el trabajo de Matt. Sin embargo, ellos solos no podían con todo, y la señorita Gibbon —volvía a ser señorita, viuda y libre— se encargaba de la selección de empleados capacitados para la labor.

Las abejas del panal salvaje habían construido uno nuevo, a pocos metros del anterior, y al igual que Chelsea, renacían con más fuerza. Contaban con una reina buena y fuerte; la orden de la futura lady fue clara, nadie apresaría ese panal, solo lo controlarían como había hecho ella, asegurándose de que los enjambres terminaran en la producción de la miel. Esa condición espantaba a muchos de los postulantes, salvo a dos, uno de ellos antiguo esclavo como Imat, quien prefería a las abejas asesinas —como las llamaban en la zona— antes que a otro amo como los sufridos en el pasado. La paga y condiciones laborales propuestas por la señorita Gibbon eran por demás tentadoras, y la participación de Imat en la toma de decisiones ponía en manifiesto que allí las cosas se hacían diferentes.

Todo volvía a su cauce, la naturaleza se equilibraba por sí sola; el problema estaba en los hombres, o, más precisamente en las malditas reglas sociales que volvían a regir sobre el lord.

Chelsea se instaló en la casa de Charles Miler, junto a la marquesa y a Faith, para preservar el decoro de la futura esposa. ¡Otra vez el maldito decoro!, y él estaba preso de las mismas normas en el rancho Grant. Darrel Palmer se apersonaba a diario, había hecho de la boda su cruzada personal. ¡Un lord se casaría en Sacramento!, maldición, si hasta hablaba de conseguir toneladas de carne de visón para servir al poblado y alrededores. Consultaba con Sandra Grant, y entre los dos elevaban el festejo a niveles nunca antes vistos. Champaña, la mejor cosecha de vinos, las mejores carnes, postres, decorado. Flores de invernadero. Thomas pensó que a sus veintitrés años le saldrían canas. Sin contar con que Colin se oponía a cualquier propuesta que implicara mover a su esposa un metro lejos de la cama. Emily ya transitaba el último mes de embarazo, y su vientre gigante apenas la dejaba caminar; la niña —porque todos insistían en que sería niña— había sacado la robusta anatomía de los Grant y luchaba por hacerse espacio en el cuerpo de su madre.

Casi no veía a su futura esposa. Faith lo escrutaba con sus ojos de águila en cada ocasión en que visitaba a Chelsea, la mujer sabía que el correcto lord ya se había saltado algunas normas.

Ahora se aseguraba de mantener las formas para que nadie dudara del periodo de gestación del próximo heredero del condado, ya vería cómo explicaban un embarazo de seis meses.

Pues bien, ya no podía más, y notaba que Chelsea tampoco lo toleraba bien. Era entendible, demasiadas cosas sucedieron, necesitaba la seguridad y estabilidad que solo los brazos de Thomas podían otorgarle.

La luna creciente iluminaba el firmamento cuando Thomas decidió que ya tenía suficiente. La noche era cálida pese a ser otoño, y el rancho Grant estaba calmo. La brisa apenas lo acariciaba cuando se dirigió a las caballerizas a por su hermoso Mustang, a quien bautizó como Immanuel, en honor al filósofo alemán. Siempre le recordaría a Chelsea, Immanuel respondía mejor a ese nombre que al anterior, por lo que Hotah, el entrenador de caballos, aceptó rebautizarlo considerando que Thomas ya había decidido que el animal cruzaría el océano con él.

Cabalgó en la noche, sin que nadie lo alertara. O, al menos, sospechara de sus movimientos. Solía salir a montar cuando la mente lo agobiaba y, pese al cansancio, no podía dormir. Algo que sucedía con frecuencia desde la muerte de Warren Hughes.

Esa noche, en cambio, tenía un destino y una misión. Su atuendo lo delataría si alguien fuera un buen observador para notarlo. Pantalón negro, camisa blanca, chaleco negro con ribetes de plata, pañoleta gris de seda y chaqueta entallada. Las botas relucían por el lustre, y el cabello estaba peinado hacia atrás, casi hasta eliminar sus ondas. Los guantes blancos fueron reemplazados por los negros de cuero, la única concesión. Arribó a los pocos minutos a la casa de Miler, el editor y actual marqués se hospedaba en las tierras de los Grant cuando estaba en California. Rodeó la construcción hasta la ventana que sabía que era de Chelsea, Kaliska, la fiel empleada de Miler le había brindado esa información a cambio de varios frascos de miel.

—¡Gracias a Dios por las construcciones de una planta! —exclamó en un susurro al golpear el cristal de la ventana. Chelsea se asomó de inmediato, ya con ropa de cama y más hermosa de lo que él pudiera haberla imaginado. Su futura esposa tenía el poder de robarle el aliento y de hacerlo pensar que cada día se volvía más y más bella, como un buen vino, que mejoraba con los años.

—¿Thomas? —Él se coló por a través del marco.

—Ya no tengo dieciséis.

—Lo dices como si rondaras la cuarentena... —bromeó ella.

—Mira, mira... —Señaló su cabellera—, estoy seguro de que me han sacado canas.

Chelsea carcajeó, le acarició los mechones y le dio un beso en la frente, aprovechando que estaba inclinado hacia ella.

—Eso no explica que estés aquí, aunque no me estoy quejando. —Se pegó a él y lo obligó a besarla. ¿Obligar?, podía utilizarse ese verbo entre ellos. No, entre Chelsea y Thomas jamás existía el imperativo.

—Esta vez lo lograremos, Chelsea. Ya lo verás. —Volvió a besarla y a acariciarla; debió detenerse antes de arrojarla a la cama y calmar las ansias de amarla una vez más, o perdería su ansiada oportunidad.

—¿Qué lograremos? —preguntó casi sin aliento.

—Escapar para casarnos. Vamos, Chelsea, el tren parte a medianoche. —Ella rio hasta percatarse de que hablaba en serio.

—Thomas... —dijo con una sonrisa. Se mordió los labios y luego se arrojó a sus brazos. Sí, huiría con él tantas veces como fuera necesario—. ¡Maldición!, ahora tenemos otros problemas.

—¿Cómo cuál?

—La primera vez solo tenía un vestido de mi agrado, ahora has llenado mi guardarropa de las

mejores prendas. No sé qué elegir para la ocasión.

—Debes tener un preferido —dijo Thomas, el gran armario de Chelsea rebosaba de vestidos, abrigos y accesorios.

—Sí, pero no sé si es apto para la ocasión... no es blanco, ni siquiera es de color claro.

—Romparamos esa norma también, vamos, pónelo, viste lo que te haga feliz, que huimos para eso, para ser felices. —La abrazó, la hizo girar y volvió a besarla—. Yo seré tu pésima doncella una vez más.

Se obligaron a contener las risas o despertarían a todos en la casa de los Miler. Chelsea se dirigió a su guardarropa y cogió el vestido que más le agradaba. Era azul noche, con una sobrefalda de gasa blanca que finalizaba en el bajo con un bordado de hilos de plata. La pechera, estrecha en la cintura, se elevaba con volados de gasa hasta el cuello. Cada botón era de plata con diminutos brillantes que reflectaban la luz, terminaba en unos puños abullonados que se fijaban a sus muñecas. Thomas debió ceder y ajustar el corsé más de lo que consideraba humano, pues el talle del vestido era tan estrecho que de otro modo no cerraba.

—Lo siento por mis cabellos, sin doncella se verán así... —dijo, recogidos en un alto moño sostenido por un lazo azul del mismo paño que la falda. Una vez lista, se escabulleron por la ventana para cabalgar en mitad de la noche hasta la estación de tren.

—Palmer te odiará por esto, ¿lo sabes?

—Palmer puede hacer el festejo en nuestro nombre —concedió Thomas—, pero luego de que yo me asegure de que eres mi esposa y pueda soportar sus visitas contigo a mi lado. —La sostuvo de la cintura para ayudarla a descender en la estación; el tren ya estaba en el andén—. Vamos, Chelsea, debemos correr.

Se apresuraron como siete años atrás hasta la boletería y compraron dos billetes en el expreso de medianoche con destino a Oakland. No se preocuparon en esa ocasión por evadir la primera clase, ya nada podía detenerlos.

Se fugaron felices, risueños, y arribaron al amanecer a la ciudad enfrentada por la bahía con la pujante San Francisco. Recorrieron sus calles, vestidos de gala, hasta encontrar una iglesia abierta y un pastor dispuesto a celebrar las nupcias. Thomas había escapado con lo primordial, los papeles que certificaban que ambos eran libres de casarse.

—Disculpen... —El elegante lord interrumpió el paseo de un matrimonio de ancianos—, ¿serían tan amables de atestiguar la unión entre esta bella y única dama y yo? —Los ancianos accedieron y se adentraron en la humilde capilla.

Chelsea, de frente al altar, se quitó la cadena que pendía de su cuello hasta recuperar el anillo. Un par de feligreses se sumaron al ver la celebración; frente a esos extraños, Chelsea y Thomas sellaron su amor.

*Que lo que ha unido Dios, no lo separe el hombre... puede besar a la novia.*

## EPÍLOGO

Los malos humores nacidos como resultado de la improvisada huida de los jóvenes enamorados —ya convertidos en marido y mujer. Lord y Lady Webb— fueron enterrados en el olvido por fuerza mayor. No existía circunstancia o hecho que pudiera hacer flaquear a la felicidad que significaba darle la bienvenida a un nuevo integrante de la familia.

Las fechas estimadas fallaron, el retoño que crecía en el vientre de Emily Webb pujaba por salir al mundo ante la falta de espacio y comodidad. Días más, días menos, no hacía la diferencia, el embarazo se desarrolló en tiempo y forma sin mayor inconveniente que la de un padre ansioso al borde del delirio.

La habitación más grande del rancho Grant se transformó en la sala de parto. Una recámara tan amplia que podía albergar a todas las mujeres disponibles. El único beneficio de que el parto se hubiese adelantado una semana fue que una parte de los hombres Grant no se encontraba en el hogar, comenzando por el patriarca que sufría como una parturienta primeriza la llegada de cada uno de sus nietos, y, a decir verdad, Sandra lo prefería lejos. Del mismo modo que hubiera preferido a Zachary lejos, ya que el segundo de los hermanos Grant solo se dedicaba a molestar a su cuñado en el momento más anhelado y angustioso de su vida.

—Tú deberías de estar en la habitación, Webb... pusiste eso dentro del vientre de mi hermana y te corresponde sacarlo. —La broma fue solo bien recibida por su hermano Louis, que reía a su par. Los dos hombres más experimentados en esas lías.

Thomas compartía la ansiedad con Colin. El momento le servía como experiencia, una que pondría en práctica en un par de meses. Chelsea estaba en la dulce espera, se trataba de un embarazo reciente y, dados los acontecimientos, decidieron conservarlo en secreto hasta después del nacimiento del hijo del mayor de los Webb. No deseaban generar más histeria familiar. Thomas nunca se había sentido más feliz en su vida, la buenaventura se puso de su lado, estaba casado con la mujer que amaba, sería padre en cuestión de meses y...

Un alarido proveniente de la habitación con el sello distintivo de la voz de Emily hizo vibrar el piso de madera debajo de las botas de los hombres.

—¡Mierda, Colin! ¿Qué diablos has metido dentro de mi hermana? —Los aires de broma se evaporaron, Zachary palideció, el parto de su esposa Thelma se dio en una circunstancia mucho más calma, no estaba preparado para semejante grito, menos de su hermana. La pequeña Em...

Los hermanos Webb compartieron la palidez repentina con él, solo Louis mantuvo la actitud bromista, el parto de su esposa Salma fue por demás de sonoro y gutural.

—Prepárense para más —les advirtió entre risas—, ese bebé es mitad Webb y mitad Grant, no quisiera estar en el lugar de Emily. —No se podía escapar de la genética, y por los kilos que Lady Webb engordó, era lógico que el recién nacido tuviese la contextura de uno de un mes.

El rostro sudado de mamá Grant se asomó por la puerta.

—¡Ellen! Necesitamos más paños limpios... —Miró a los hombres petrificados ante ella—. ¡Por los cielos, están pálidos como la luna! —Los labios de mamá Grant se torcieron en una mueca de alivio al ver que por las escalinatas subían Hotah y Amy—. Qué bueno verte, muchacha, toda asistencia femenina es bien recibida... Ven, pasa.

—Para eso estoy aquí, señora Grant... —Sin pausa, se adentró en la recámara.

—Hotah, dime que has traído alguno de tus brebajes ancestrales para espabilar a estos

hombres...

—Claro que sí, señora Grant... —El amerindio hurgó en su morral hasta dar con una botella de coñac. Sandra rio—, la clase de brebaje ancestral que esta especie de hombres necesitan... —dijo quitando con los dientes el tapón. Palmeó a Colin Webb—. ¿Quién va primero?

—Creo que el padre merece los honores —sugirió Zachary.

—Oh, no... —Amy regresó junto a la puerta. Un breve vistazo dentro de la habitación le bastó para tomar la iniciativa—, nada de coñac, el padre tendrá otros honores... ¡Ven, Colin, tu esposa te necesita!

—¿Mi qué... qué? —balbuceó el pobre lord inglés. No era habitual que los hombres intervinieran en el proceso de alumbramiento. Menos que menos, estar presentes. El único que había participado en la llegada de sus retoños al mundo fue Hotah, de allí la propuesta de la experimentada señora Brosman.

—¡Cooliiiiiin! —Otro alarido.

—Vamos, mueve tu trasero de una vez, hermano. —Fue Thomas quién lo empujó con delicadeza.

Sandra lo tomó de la chaqueta y lo introdujo a la fuerza en la recámara.

—Bueno, siguiendo la línea sucesoria... haré el honor. —Hotah le entregó la botella, y Thomas bebió del pico.

Un nuevo alarido resonó por toda la casa. La puerta se abrió y, en esa ocasión, el rostro que se asomó fue el de Salma.

—Se ha desmayado...

—¿Quién? —preguntó Zachary preocupado.

—Colin... —Thomas escupió el coñac. Louis y Hotah se quebraron en una carcajada—. Ven, cariño... —le dijo a su esposo—, eres el único capaz de afrontar lo que aquí dentro sucede. —Un Colin desmayado era un estorbo.

Cuando Louis estuvo a un paso de entrar, el rostro de Thelma se sumó al de Salma.

—No, no, ya no es necesario... ha vuelto a despertar —les informó a todos. Miró a su esposo—. Cariño, estás pálido, bebe coñac así recuperas el color.

Regresaron al interior y cerraron la puerta.

Zachary le quitó el coñac de las manos al joven Webb, bebió mucho más que un sorbo. Bebió media botella.

Los alaridos crecieron sin piedad hasta que, de repente, hubo un fugaz silencio seguido de...

Seguido de la más hermosa melodía, el llanto de un bebé.

Una vez más, la puerta se abrió, era Chelsea, sonriente... buscó a su esposo con la mirada.

—Eres tío de una hermosa niña.

La intuición femenina Grant no fallaba nunca.

—¿Niña? ¿Soy tío de una niña?

—Sí, de una niña...

Thomas saltó de felicidad. Se abrazó a Louis.

—Oyeron, soy tío de una niña...

—Espera —dijo Louis rompiendo el abrazo—. Yo también soy tío de una niña...

—¡Y yo! —esbozó Zachary ya con más color en las mejillas.

Chelsea rio. Hotah se llevó la mano a la frente.

—Todos lo son... —Les recordó Nora al asomarse tras la puerta—. Ahora festejen en silencio, por favor, que Emily y la pequeña Amelie necesitan descansar.

Volvieron a quedar a solas, con el coñac en mano y las emociones desbordadas en los pechos.

Esa niña traía consigo mucho más que la luz de su nacimiento, traía consigo un mensaje único: sin importar las adversidades y los obstáculos... el amor siempre encuentra el camino.

—Lady Amelie Webb —murmuró Thomas—. Bienvenida a este mundo...

—Lady Amelie Grant Webb —agregó Zachary.

La puerta se abrió, Colin cargaba a su pequeña en brazos.

—Shhh... —los mandó a callar, por sus mejillas rodaban lágrimas de felicidad—. Amelie... simplemente Amelie.

## OTRAS OBRAS DE SCARLETT O'CONNOR

## Tú, mi deuda pendiente



*¡Scarlett lo ha hecho de nuevo! «Tú, mi deuda pendiente» es una novela llena de sensualidad y erotismo que te volverá a hacer creer en el amor.*

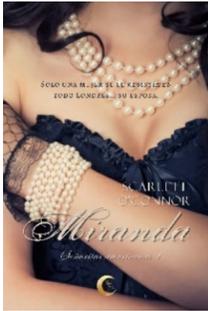
*-Melanie Rogers*

*Una traición ha llevado a la ruina a su familia. Anthony Richmond desea que el traidor pague con sangre, pero cuando Lady Katherine se presenta sola en su casa de soltero a clamar por la vida de su hermano, los planes de venganza tomarán otro rumbo. Uno mucho más placentero para el marqués de Shropshire:*

*Seducirla, mancillarla y pasar por el lodo el apellido Aldridge, como ellos hicieron con Richmond.*

*Pero nadie le advirtió. Lady Katherine puede ser tan buena contrincante como él en el juego de seducción.*

## Serie Señoritas Americanas



*Personajes inolvidables. Romance como Scarlett nos tiene acostumbrados y un final que te dejará con ganas de saber más de esta serie. Ansiosa por más entregas de «Señoritas americanas».*

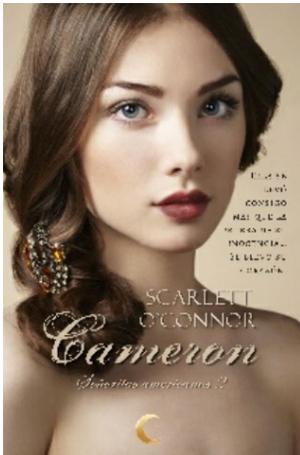
*Para la sociedad inglesa, Miranda Clark es sinónimo de escándalo. Todo en ella resulta repudiable, sus costumbres americanas, su falta de decoro y su deshonoroso pasado.*

*Por desgracia para ellos, Elliot Spencer, el futuro duque de Weymouth, especialista en el escándalo local, piensa lo contrario. Hacerla su esposa se convierte en una necesidad.*

*No enamorarse, ese es el plan de Elliot.*

*No caer en la red de sus encantos, ese es el plan de Miranda.*

*Las apuestas se abren... ¿Quién ganará?*



*Cameron Madison había crecido entre algodones, protegida y alejada de todos, hasta que Sean Walsh llegó a su vida y le robó el corazón.*

*El empresario de Chicago ve más allá de su apariencia, ve su espíritu indómito, sus ansias de vivir y de experimentar.*

*Ambos se aman, ambos tienen planes juntos, hasta que el asesinato de una esclava lo apunta a él como único autor, y a ella, como único testigo.*

*Un océano de distancia no bastará para acallar la verdad, para romper con su amor... para poner fin al peligro que asecha a Cameron.*

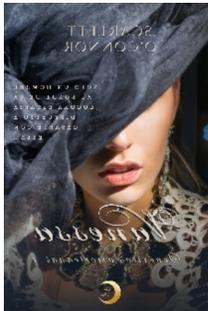
*Ella se había llevado más que su corazón, se había llevado la prueba de su inocencia. Debe recuperarla antes de que sea demasiado tarde.*



*Emily Grant debía casarse. El estatus de su familia dependía de que consiguiera un buen marido, cualquiera con un título nobiliario o buenas relaciones bastaría. Pero... Si todos los hombres eran iguales, ¿por qué no podían ser iguales a Lord Colin Webb?*

*Colin Webb es el heredero del condado de Sutcliff, un dandi que parece tener a todas las mujeres a sus pies. Su secreto lo lleva a mantener una fachada de perfecto amante, una farsa que está agotado de mantener.*

*¿Podrá una discolor americana ser la respuesta que lleva años buscando en sus compañeras de alcoba?*



*Última entrega de la serie Señoritas americanas. Scarlett nos regala una historia plagada de esperanza y superación, una mujer fuerte que intenta abrirse camino en un mundo de hombres.*

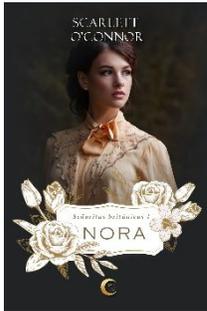
*¿Quién estaría tan desesperado como para casarse con la arisca Vanessa Cleveland?*

*Desesperado y demente. William Witthall, conocido como el conde Loco, está en la ruina. Quizá se deba a su mala administración o, tal vez, a su afición a hablar de duendes. No lo sabe. Lo único de lo que está seguro es de que necesita ayuda para salvar sus tierras, y ¿quién mejor que la brillante señorita Cleveland?*

*Vanessa no podrá resistir el desafío de probar que puede hacer todo aquello que le es vedado, más aún, cuando los secretos de su pasado vuelvan para atosigarla y la obliguen a averiguar de qué están hechos sus sueños y aspiraciones.*

*¿Eres tan loco como William, te atreves a lanzarte a la historia de Vanessa?*

## Serie Señoritas británicas



*Una buena señorita británica es delicada, sumisa y sosegada. Conoce bien su lugar en la sociedad y no lo desafía, ¿en qué problemas puede verse envuelta?  
En muchos.*

*Nora Jolley huye de Inglaterra como polizón en un barco con destino a América. La motiva la búsqueda de justicia por su hermana y solo un hombre puede ayudarla: Charles Miler, el editor más emblemático e inalcanzable de Estados Unidos.*

*Dar con él no será tarea sencilla; ir tras sus pasos implicará toda una aventura, una empresa que la llevará de punta a punta del inmenso país, que le hará conocerse a sí misma y que pondrá en riesgo, no solo sus altruistas anhelos, sino también, su corazón.*

***Un amor que surge en las sombras, pero que está destinado a brillar como el sol de California.***



*Corre el año 1854, es el inicio de temporada en Londres y no pueden existir dos seres más apáticos al respecto que la consagrada solterona, Thelma Ferrer, y el americano Zachary Grant. Ella no tiene expectativas de hallar un buen marido, y él solo busca un pretendiente para su hermana Emily que eleve el estatus de la familia. Nada los preparó para enfrentarse al amor.*

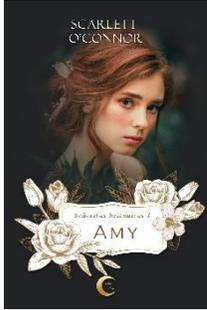
*Mientras Inglaterra le abre las puertas de sus salones a las debutantes y los cotilleos, Zach y Thelma iniciarán una historia de amor tras las bambalinas de la nobleza y sus rígidas normas.*

*Pero los secretos y las mentiras que flotan en el aire confabulan en su contra. Dos culturas, un océano, millas de tierra y años de silencio...*

*¿Podrá el amor sobrevivir al tiempo y la distancia?*

*Scarlett O'Connor nos trae la segunda entrega de la saga Señoritas Británicas, y con ella la tan esperada historia de Zachary y Thelma.*

*Amor, traiciones y desventuras, desde los salones de bailes londinenses hasta el lejano Oeste.*



*Una historia que derriba los prejuicios y escribe con sus escombros el más bello amor.*

**-Melanie Rogers.**

*El sueño de Amy Brosman es llevar el saber a cada rincón del globo, desde su Inglaterra natal, hasta aquel lejano punto del mapa llamado Sacramento. Con un carácter firme y un temple de acero, desafía una a una las normas, para desterrar la ignorancia de los habitantes del oeste, sin imaginar que será ella quien aprenda la lección más importante.*

*En una sociedad dividida por colores, etnias y dinero, no hay sitio para un mestizo mitad Iowa, ni para un amor que rompe con las leyes y mandatos establecidos.*

*Cuando el mundo nos queda pequeño, podemos ajustarnos las cintas del corsé, tomar aire y aguantar; o hacerlo añicos y construir uno en el que quepamos todos.*

*Scarlett O'Connor llega con la tercera entrega de **Señoritas Británicas**. Mujeres fuertes, hombres nobles y un amor con sabor a esperanza que los invitará a soñar junto a Amy y Hotah.*

## Contemporáneo



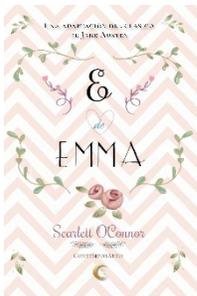
*Melanie Rogers y Scarlett O'Connor se reúnen para escribir una novela erótica que no podrás dejar de leer.*

*"Recuerda siempre leer la letra pequeña".*

*Xavier Fontaine estaba desesperada, día a día, su marido se distanciaba de ella. Por eso, cuando Alice le habla del mejor amante de la ciudad, no duda en recurrir a él para descubrir los placeres del sexo y reconstruir su matrimonio.*

*Pero nadie le advirtió...*

*Una vez pasas por la cama de Leonard, no vuelves a ser la misma mujer.*

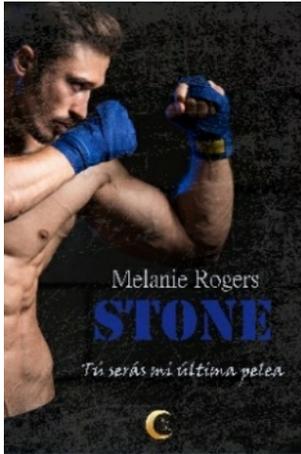


*Scarlett O'Connor llega con una propuesta que combina su admiración por Jane Austen y su pasión por la escritura para regalarnos una emocionante adaptación a tiempos actuales del clásico «Emma».*

*Con tan solo catorce años, Emma Woodhouse decidió que jamás se casaría. No arriesgaría por nada su plácida vida; al fin de cuentas, ¿qué más podía anhelar? Vivía en un lujoso resort, junto a su amoroso padre, grandes amigos y sin más preocupaciones que seguir las excéntricas recetas saludables que proponía la señora Perry.*

*Sin embargo, cuando el aburrimiento propio de su existencia ociosa confabula con sus dotes casamenteros y su «infalible intuición» todos los corazones de Hartfield Resort estarán en peligro; porque, cuando de la señorita Woodhouse se trata, todos los enredos amorosos comienzan con E... **Con E de Emma.***

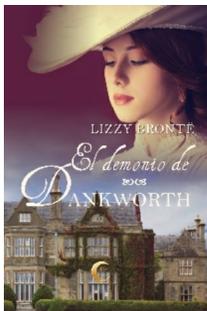
## OTRAS OBRAS DE LA EDITORIAL LUNE NOIR



*Melanie regresa golpeando fuerte. Peleas clandestinas, mafia, odio y, por supuesto, AMOR con todas las letras. Una historia adictiva. -Lizzy Brontë*  
*Una mujer. Un pasado. Y la pelea de su vida.*

*Vince "The Stone" Flynn sobrevive en las sombras. La noche es su fiel compañera, en ella oculta los fragmentos de una vida que quiere dejar atrás. Por desgracia, la presencia de Katrina, una mujer que oculta un pasado igual de oscuro que él, lo arrastrará directo al infierno del cual escapó tiempo atrás.*

*Golpe a golpe, así recordará quién es.  
Puño contra puño, así reclamará lo que es suyo.  
No hay reglas. No hay piedad. Solo... ganar o morir.*



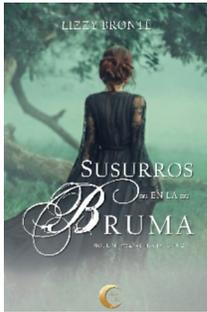
*Un sinfín de emociones. Eso es lo que promete Lizzy Brontë con esta novela de romance gótico. Miedo, misterio y amor se entremezclan para crear una historia adictiva.*  
*-Scarlett O'Connor.*

*¿Quién estaría tan desesperada como para casarse con el Demonio de Dankworth?*

*Diane Mayer, la huérfana del Barón de Tavernier, está atrapada en una vida que no tiene buen presagio. Los avances de su libidinoso tío son cada día más osados, y la única salida que es capaz de evaluar se le presenta en el abismo ante ella.*

*Una tormenta, un cambio de planes y una nueva opción: Morir o casarse con el Demonio de Dankworth. Cambiar un monstruo por otro.*  
*Andrew Lawrens, conde de Dankworth, lleva el disfraz por fuera. Las cicatrices en su cuerpo son reflejo de las que porta en su interior. Tiene en sus manos la posibilidad de salvar a Diane de su infortunio... ¿O será*

*Diane quien lo salve a él?*



*Ava Monroe tiene un don, el de ayudar almas atrapadas. Su vida nómada y excéntrica le brinda todo lo que necesita, libertad y ausencia de lazos afectivos. No desea echar raíces, conoce mejor que nadie el dolor de la pérdida.*

*Una voz susurrante, un pedido de auxilio en medio de la noche la llevan a las tierras de Durstfall.*

*Entre las sombras de la olvidada mansión habitan Luke Skyller y su sobrina Rose. Ambos viven una existencia de exilio; en el caso de la niña, por sus sentidos perdidos, en el caso del conde, por su afán de no volver a sentir. Sortear esos muros emocionales será un desafío para Ava Monroe, uno que pondrá en peligro su tan bien resguardado corazón.*

*¿Podrá Ava sacarlos de su encierro, o será ella la que caiga en la trampa de los brazos de Luke?*



*¿Don o maldición? Julia Wesley era poseedora de una gran capacidad empática, característica que marcó su existencia desde temprana edad.*

*Hija de un general durante la guerra napoleónica, huérfana de madre y con un pasado escandaloso en el frente de batalla, está condenada a la soltería.*

*Sin embargo, su camino puede truncarse. Un enigmático camafeo y dos hombres atormentados alterarán la vida de Julia para siempre.*

*Ella tiene el poder de sanarlos, pero solo uno de ellos tiene salvación.*

*La música y la esperanza resuenan en esta hermosa historia de Lizzy Brontë, una novela que nos enseña que los héroes no necesitan capas ni espadas... El amor es la más poderosa de las armas.*



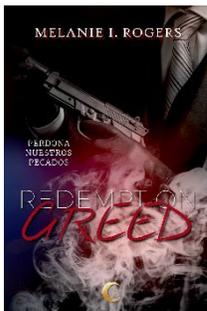
*Un pasado de abusos... Un presente de violencia.*

*Darren Foley, Rage, es el sicario de la mafia irlandesa. El trabajo es muy sencillo, matar a un traidor. Lo ha hecho infinidad de veces, es el mejor... Esa noche algo sale fuera de lo planeado, y la ira que le da sentido a su nombre nace en él como una neblina roja.*

*El motivo: Cadence Hazel y su impulsivo temperamento.*

*Cadence jamás pensó que su sueño de ser actriz se convertiría en pesadilla; tras atestiguar un homicidio y quedar en medio de una guerra de mafias, solo tendrá una opción si quiere vivir; aliarse con el asesino.*

*En Los Ángeles no existen buenos y malos, existen bastardos miserables y... Rage.*



***LOS ÁNGELES ES TIERRA DE PECADO, Y CUANDO VIVES EN EL INFIERNO, DEBES CONVERTIRTE EN DEMONIO PARA GOBERNAR.***

*Maya Brooks hizo una promesa, una que cumplirá, aunque la lleve directo a las puertas del purgatorio y la obligue a admitir sus pecados para hallar la redención.*

*Aiden Hayes, conocido como Greed, es el menor de los hermanos irlandeses al mando de la mafia. Un único anhelo rige su vida y alimenta su codicia: vengar la muerte de su mentor, y la pieza para concretar sus planes está en manos de esa asistente social de piel caoba y rizos endiablados llamada Maya Brooks. Si quiere conseguirlo, deberá dejar las sombras que lo cobijan, pactar una tregua consigo mismo, luchar contra sus demonios y arriesgarse a experimentar el prohibido sabor de la obsesión y el deseo.*

*¿Podrá Maya sacarlo de la oscuridad, o será ella quien caiga en las fauces del infierno?*

*La ciudad estaba en llamas, y solo una fuerza mayor podría regresar las cosas a su cauce. El diluvio que ansiamos cuando el mundo arde...*



***Para toda historia existe un principio... Pero no siempre es el que nos han contado.***

*Evangelina Constantino vive su vida sin saber que por sus venas corre la sangre de un linaje ancestral. Día a día, invierte sus energías en su trabajo de restauradora de arte, especializada en obras del renacimiento, en uno de los museos más importantes de Florencia, Italia. Para ella, eso basta. No necesita de más. Aunque sus sueños digan lo contrario, y la arrojen, noche tras noche, a los imaginarios brazos de un hombre que ni siquiera sabe si es real.*

*Lo es... y su nombre es Dante Sfeir.*

*Filántropo. Millonario. Empresario hotelero. Poseedor de una anatomía digna del Olimpo y un atractivo único, provocador y cautivador.*

*Los caminos de ambos se cruzarán por algo más fuerte que una simple casualidad. Porque el destino, cuando de Evangelina se trata, cuenta con senderos bien definidos... y Dante Sfeir, un hombre plagado de secretos, está en ellos.*

*Un amor maldito. Un amor marcado por la traición.*

*Pasión, arte y religión enlazadas en una lucha sin tregua, en una guerra de puro deseo.*

*Una historia adictiva que te hará vibrar a cada página y que pondrá en jaque todo lo que creías saber.*

# SÍGUENOS EN LAS REDES SOCIALES

Cuenta oficial de Scarlett O'Connor



## Cuentas de Lune Noir



[/lune.noir.libros](https://www.instagram.com/lune.noir.libros)



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](https://twitter.com/LuneNoir7)



*Icons made by: flaticon*

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

*www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.*

<https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir>